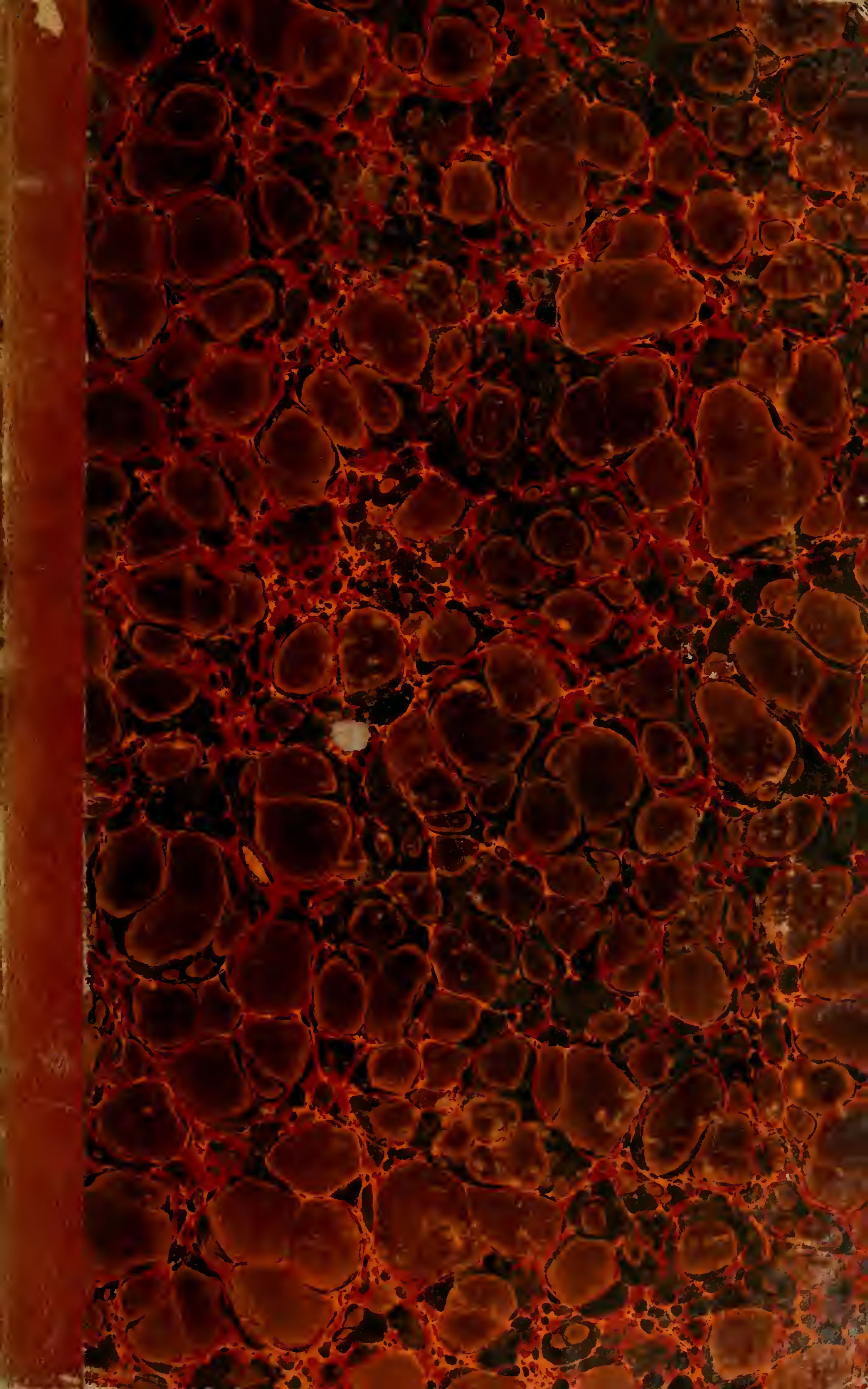


LAS ESPAÑOLAS

PINTADAS

POR LOS ESPAÑOLES

LAS ESPAÑOLAS
PINTADAS
POR LOS ESPAÑOLES

COLECCION DE ESTUDIOS

ACERCA DE LOS ASPECTOS, ESTADOS, COSTUMBRES

Y

CUALIDADES GENERALES DE NUESTRAS CONTEMPORÁNEAS

IDEADA Y DIRIGIDA

POR ROBERTO ROBERT

CON LA COLABORACION DE

Avilés (D. A.)
Blasco (D. E.)
Campoamor (D. R.)
Frontaura (D. C.)
Garcia Santistéban (D. R.)
Lustonó (D. E.)
Martin Redondo (D. F.)
Matoses (D. M.)
Mentaberri (D. A. de)
Mobellan (D. S. de)
Moreno Godino (D. F.)
Nombela (D. J.)
Nougués (D. P.)
Palacio (D. M. del)
Perez Escrich (D. E.)
Perez Galdòs (D. B.)
Puente y Brañas (D. R.)
Rivera (D. L.)
Ribot y Fontseré (D. A.)
Rodriguez Correa (D. R.)
Ruiz Aguilera (D. V.)
Saco (D. E.)
Sanchez Perez (D. A.)
Segovia (D. A. M.)
Ximenez Cròs (D. P.)
Y otros distinguidos escritores.

TOMO I

MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE J. E. MORETE
Calle del Aguardiente, núm. 6
1871

INTRODUCCION

Grande seria mi desengaño, si se me demostrara no ser la ocasion presente la mas oportuna para dar á luz el libro de LAS ESPAÑOLAS PINTADAS POR LOS ESPAÑOLES.

Por mi parte, considero no solo oportuna, sino necesaria, urgente, la publicacion de este libro, y creo tener sobra de argumentos en que apoyarme.

Pues qué, ¿no es hora ya de que nos conozcamos? ¿No es hora ya de que las españolas sepan de un modo claro y concreto lo que piensan de ellas los españoles? Ha cundido entre el bello sexo de mi pátria el alarmante rumor de que la generacion masculina actual le juzga desacertadamente y tiene formado un concepto muy desfavorable de sus cualidades. Quéjase el bello sexo de que el rumor cunda anónimo; de que no sean concretos los cargos que se le dirigen, y pide que se le digan cara á cara las buenas y las malas cualidades que se le atribuyen. Cierto que en ello tiene razon, y seria género de vileza en nosotros el no dar oidos á las queosas y á las que piden; pues entre hombres de pró,

á dama que ruega,
ceder es preciso.

Menester es que cada cual sea responsable de sus juicios; menester es que se atienda á las fundadas reclamaciones á que estamos dando motivo; que ya toca á nuestro decoro el satisfacer segun es debido á las españolas, mostrando al propio tiempo que al buen pagador no le duelen prendas.

Porque verdaderamente, lo de andar diciendo de palabra en corrillos si las mujeres son así ó si son asá, es muy cómodo, porque á nadie compromete; pero no basta decirlo: es necesario probarlo con notoria publicidad por medio de documentos fehacientes, que lleven al pié la firma de quien asevere, y queden depositados en el ministerio de Fomento para todos los efectos imaginables.

Vergüenza es que no se haya podido poner en claro todavía lo que en resúmen piensan en España los varones con respecto á las hembras sus compatriotas.

Vivimos en plena confusion, sin regla fija, sin criterio conocido, y para colmo de rubor, parece como que huimos el cuerpo y nos parapetamos detrás de lo absurdo, conservando por toda afirmacion las contradictorias del soneto de Lope:

Es la mujer del hombre lo mas bueno,
es la mujer del hombre lo mas malo.

Esto es indigno de un siglo analítico y quintesenciador como el nuestro.

Y además, todo lo que es objeto del conocimiento humano lo describimos, lo sometemos al juicio; de todo decimos con mas ó menos acierto cómo es y cómo desearíamos que fuese, y no tememos exponer nuestras teorías á la luz del sol ni lanzarlas á las públicas discusiones.

Solo al tratar del sexo femenino nos apartamos de

los procedimientos comunes, y esto, tienen razon ellas, no puede continuar así.

Lo que ellas dicen: «No sabe una cómo gobernarse para ser buena á gusto de esos pícaros» (porque, sabedlo, españoles, las españolas nos llaman pícaros).

Y dicen mas: dicen que no las conocemos poco ni mucho, y que no sabemos cómo son ni cómo querríamos que fuesen.

«Porque (atiendan Vds. á lo que añaden ellas) por »qué dicen que las francesas son todas artificio, y lue»go se quejan de que no sabemos hacernos atracti»vas como las francesas; ponderan la instruccion de las »alemanas, y no nos instruyen á nosotras, ni dejan de »llamarnos marisabidillas si mostramos deseos de ins»truirnos; se dejan cautivar del nimio tocado de la ve»cina, y truenan contra la esposa si se propone mos»trar igual esmero; leen embobados á madama Stael, y »nos llaman politiconas si emitimos parecer sobre los »negocios públicos; tal hay que admira la libertad de »la soltera inglesa, y apenas sale una á la calle sola, ya »la mira como mujer de poco mas ó menos. ¿Qué hemos »de hacer, desgraciadas de nosotras, si el hombre, de»biendo ser nuestro Mentor es nuestra esfinge, siempre »con el problema escrito en la frente y siempre mudo á »nuestras preguntas?»

Así suelen decir las españolas en general, y aun he oido decir á una: «La mujer podrá condenarse por su »gusto, pero á gusto de Vds. ni condenarse puede.»

Y esto es grave. Convengamos en que esto es muy grave.

La acusacion podrá no ser del todo fundada, si se dirige contra todos los españoles; pero correspóndenos, cuando menos, demostrar lo falso de su fundamento.

Fuera de que, seamos francos, existen entre los va-

rones ciertas individualidades que cohonestan, si no justifican, el duro lenguaje con que suele expresarse el bello sexo respecto á nosotros.

Pues bien, españoles, harto poderosas son las armas de que dispone el bello sexo; no dejemos en sus manos la de esas justas quejas, y á todos nos tendrá cuenta.

No haré á mis contemporáneos el agravio de imaginar que teman los resultados que pueda traer consigo el decir la verdad en esta materia.

¿Cómo habian de temer?

¿Españoles no sois? Pues sois valientes.

Formalicémonos, midamos la gravedad del asunto, y digamos cada uno por su cuenta y bajo su responsabilidad lo que opinemos de las españolas.

Diga el hombre cuál es en su concepto la buena y cuál la mala, y exprese el porqué y el cuándo y el cómo; manifieste cómo cree que son las españolas y cómo deberian ser para su gusto; aclare por qué alaba en la ajena lo que en la propia reprende; añada por qué censura en la española lo que en la extranjera le es grato; abra su pecho, suelte la lengua; entáblese pleito si necesario fuere; pero demos cara á la verdad, salgamos de confusiones, y comience á establecerse la regla general que sirva de criterio comun en lo sucesivo.

Dejen de predominar vulgaridades propaladas, ya por mujeriegos, ya por hombres poco afectos al sexo femenino; y desde aquel lugar eminente, que dista por igual de los afectos extremos y donde la imparcialidad asienta su sólio, díctense los fallos que honren á la buena, enmienden á la extraviada, enseñen á la ignorante, sonrojen á la presumida, animen á la

tímida, y contribuyan al mejoramiento de todas las que son y han de ser compañeras nuestras y de nuestros sucesores.

Aunque solo fuera por egoismo, seria conveniente que supieran nuestras compatriotas á qué atenerse sobre nuestro modo de pensar acerca de ellas, y no dicho á buen tun tun, sino claro y razonado, y sobre todo lógico; porque, no hay que olvidarlo: la mujer quiere que en tratándose de ella, sobre todo para censurarla, sea lógico el hombre.

Y en verdad que, si tratamos de España y sus glorias, nunca dejamos de mencionar á la heroina de Zaragoza, y á la heroina de Granada, y á las heroinas de Gerona; nos envanecemos con el saber de la Latina, doña Beatriz Galindo; enaltecemos el de doña Oliva Sabuco; celebramos el ingénio de la monja de Méjico y el de doña María de Zayas; llamamos doctora ilustre del catolicismo á Santa Teresa, y estas glorias reclamamos como nuestras por ser españolas las que las alcanzaron.

Pero en hablándose de algo frívolo ó disparatado, nunca falta una voz de hombre que exclame con desden: ¡Cosas de mujeres!

Preséntese en una reunion cualquiera una latinista mas aventajada si cabe que la Galindo, y será objeto de burla.

Acuda una mujer varonil á tomar parte en una lucha armada, y se la mirará con mezcla de horror y desprecio; intente alguna contemporánea penetrar los misterios de la vida, y se la silbará por fátua y ridícula, y la que escriba versos, no saldrá mucho mejor librada que las otras.

Y las españolas, que lo saben y reflexionan sobre ello, acaban por retorcerse las manos exclamando: ¡Pero, Dios mio! ¿cómo ha de ser una?

Y aquí de mi libro: responda cada cual lo que le parezca, que la pregunta no puede ser mas congruente.

¿No dice V. á veces, señor español: «Estoy encantado de la amabilidad de fulanita,» y luego á los dos minutos dice á su novia ó á su mujer que ha estado demasiado amable con otro?

Pues explique V. cómo ha de ser la mujer para que sea encantadora por lo amable sin serlo demasiado.

Y V. ¿no se queja de las indiscreciones de sus compatriotas?

Pues narre V. cómo son las indiscretas.

Hable cada uno de las que conozca, preséntelas tales cuales las vea, y salgan á pública luz los aciertos y extravíos de todos en tan importante negocio.

La pintura de LAS ESPAÑOLAS no podia, no debia ser obra de una sola mano.

Ni los españoles habian de ser responsables de las opiniones de uno solo, ni á las españolas les habia de importar gran cosa una opinion aislada.

Cada cual habla de la féria segun le va en ella; conque si el libro llega á estar escrito por un adversario, siquiera inconsciente, del bello sexo, ó por un recien escarmentado ó por un vengativo, ¿á dónde íbamos á parar?

Atento á estas consideraciones, me propuse dar á luz la presente obra, con el auxilio de españoles solteros, casados y viudos, entre los cuales los hubiese de todas edades y condiciones, á fin de que los conceptos y los puntos de vista fuesen muchos, y á ser posible, opuestos, y del conjunto de opiniones parciales pudiese deducirse un concepto general.

La acogida que halló mi propósito fué digna del mas excelente, y los españoles que me ayudan á llevarlo á cabo se prestaron con tan buena voluntad á mis de-

seos, que por lo pronto, dejándome muy agradecido, me han inclinado á creer que no son tan malos ellos como las españolas dicen.

Ojalá queden estas igualmente contentas; que yo quisiera, á fé, verlas alguna vez convencidas de que se les hace justicia.

Pese el juicio femenil en su balanza lo que haya de buen deseo, malignidad, acierto, candidez, apasionamiento y benevolencia, que de todo puede haber, en las siguientes páginas; reclame si lo cree conveniente, proteste si le parece, apele, confórmese, ó queme el libro; para todo tiene expedito derecho.

Si algo bueno encuentra en la lectura que le ofrezco, no lo desaproveche le ruego; y de lo malo, espero que no culpe la intencion de los autores, que han prometido decir verdad y contribuir lealmente al objeto que me propuse dando á conocer Las Españolas pintadas por los Españoles.

Roberto Robert.



LA NERVIOSA.

LAS ESPAÑOLAS

PINTADAS

POR LOS ESPAÑOLES

LA NERVIOSA

¿Quereis ver antes un ejemplar de la familia? Pues aquí le teneis; miradle.

Espigadita, vivaracha y graciosa como una ardilla, tiene los ojos negros, la boca fresca, el cuello largo, y un cútis tan fino, tan finito, tan finísimo, que á través de la epidérmis se vislumbran claramente las azuladas venas de su sangre. Si mira, se come la gente con los ojos; si habla, pronuncia con una volubilidad y una rapidez que asombran; si anda, pisa menudito, menudito, y corre mas que siete... ¡con unos piés tan chiquitines!... Goza de palideces intermitentes y de ojeras crónicas. Lánguida y soñadora en dias de lluvia, pizpereta y despierta por lo comun como la alondra en primavera, malhumorada en ocasiones, displicente de vez en cuando, insinuante con frecuencia y apasionada siempre, esa bonitísima criatura que habla con los ojos y escribe con los piés, mas que niña, mas que flor, mas que pájaro, es lo que técnicamente se llama... un manojito de nervios. ¡Pero qué nervios!

Aquello no son nervios: son verdaderos alambres sin capa aisladora que van uno por uno á sumergir la punta en pilas eléctricas de primera fuerza.—¿Que dónde las guarda?—¡Vaya V. á averiguarlo! Yo lo que únicamente puedo decir es que la tal criatura me parece mas peligrosa que un torpedo, y que si alguno por acaso fortuito roza con suavidad la yema del dedo meñique sobre la satinada palma de su mano, la nerviosa comienza á soltar chispas como una bobina de Ruhmkorff en accion por todos los poros de su cuerpecito, y V. se queda tieso, patidifuso y electrizado al recibir aquella terrible descarga por contacto.

Mientras fué chica, nada. Muy vivita, muy impaciente, muy caprichosita, muy exigente, pero... ¡nada! ni ella misma comprendió que tenia nervios. ¡Mas el dia que cumplió quince años!... Desde esa fecha data su enfermedad.

Aquel dia la pusieron como vulgarmente se dice *de largo*; y para solemnizar la fiesta é introducirla en sociedad, quisieron sus papás llevarla á un gran baile que daba una familia amiga. Hasta la noche del mencionado dia todo fué de bien en mejor.

Clara (que así llaman á esta nerviosa) concurrió á la misa de los Italianos, paseó su remonísima gracia por el Retiro, y solo experimentó seis ó siete sacudidas de nervios en ese intervalo, ocasionadas por otros tantos pisotones que en la falda de su vestido dieran, unas veces sus piés y otras los piés del prójimo. Mas al ir por la noche á envolver su cuerpecito en la crugiente seda de un vestido de baile (único en su especie por aquel entonces), la criada que alumbraba los misterios de tocador y que era por cierto de esas que llaman *de en medio*, vertió... ¡imprudente! casi todo el aceite de una lámpara solar sobre aquel cuerpo escotado y... ¡aquí fué Troya! Verse la criatura manchado su cuerpo, convencerse de la imposibilidad de asistir dignamente á la fiesta, desesperarse y comenzar el jaleo, todo fué uno. Gritó, pateó, lloró, insultó de lo lindo á la culpable, quiso pegarle, rompió en su cólera la inmaculada falda, arrojó las flores, se deshizo el peinado, se mesó los cabellos, se arañó el rostro, hasta que, presa de

un terrible accidente, al fin cayó exánime entre los brazos de su asustado padre. ¡Aquel fué el primero! ¡Desde esa fecha data su enfermedad!

Unas veces, segun dicen, porque no tenia novio, y otras por los pesares que le han ocasionado cuantos tuvo, la infeliz ha sufrido y ha hecho sufrir en su casa lo que no es decible. ¡Qué síncopes! ¡Qué convulsiones! ¡Qué crísis!

La han visitado cuantas celebridades médicas encierra la córte, y al fin y á la postre han tenido que convencerse ella y la familia, de que para la curacion de su mal no hay mas tratamiento indicado que la tila cocida, el agua de azahar y la mucha distraccion.

¡Sobre todo lo último! ¡Ese sí que es remedio! Soñar que le diera á ella el accidente, ni en los preparativos, ni en el tiempo que dura una representacion teatral, un baile ó un concierto... ¡eso, jamás! A la vuelta, aun algunas veces solia acometerle... pero pocas. ¡Pícaros nervios, no parece sino que sepan cuando los divierten!

Tampoco faltaban profanos en el arte de curar que le propinasen remedios caseros, y eran muchos los parientes y amigos que aconsejaban, cuál los baños, cuál el cámbio de aires, cuál el matrimonio; creyendo cada uno que su medicamento era el único y verdadero calmante y emoliente que habia de suavizar, flexar, apaciguar y dominar aquellos nervios facciosos y pecadores.

Su padre, que la idolatraba y que veia la imposibilidad de proporcionarle él distracciones sin intermitencia y de por vida, halló cuerdo el consejo y dió en decir con tal motivo entre familia que iba á buscarla *un buen partido.*

Y como el que busca halla, á la postre se le encontró el novio deseado: un buen muchacho, ancho de espaldas, sano, con alguna hacienda, honradote y afable, el cual se enamoró á poco de las infinitas seducciones de la niña como un podenco, hasta las uñas, bárbaramente.

Trataron de casarse, pero... ¿y los nervios? La agitacion natural, la zozobra del caso, el pesar de la separacion materna, la atraccion de lo desconocido, el miedo con-

siguiente, el rubor, el pudor y el calor (porque era en julio) todo fué parte á que su enfermedad se recrudeciese y agriase y á que sus nervios se estiraran, se enroscaran y se crisparan como nunca. ¡Ah remalditísimos nervios!

Siete veces hubo que dilatar el plazo fatal. Afortunadamente las crísis iban perdiendo su intensidad, y al octavo señalamiento de dia y en fuerza de que todo llega en este mundo, pálida, ojerosa y desencajada, con las manos tembladoras y castañeteando los dientes como si tuviera tercianas, llegó á la iglesia Clarita sostenida por sus progenitores y el novio y rodeada de parientes y amigos. Allí por fin, y ayudada con sorbos de azahar, acabó por casarla católicamente un cura en menos que canta un gallo.

Terminada la sacra ceremonia (que se verificó de noche) la subieron medio convulsa y nerviosísima en un carruaje, la condujeron á su nueva casa, y escurriendo todos el bulto como sombras chinescas, se afufaron para evitar las emociones y sollozos consiguientes á una despedida de tal género, dejándola á solas con su esposo.

Los consejeros de la tal medicina desandaban el camino consolando á los papás y asegurándoles la pronta y radical curacion. «Desde mañana, decia uno, se acabaron los acci»dentes, y si llegamos á tener la dicha de que nos dé algun »fruto de bendicion, cámbio completo de naturaleza: la van »ustedes á ver mas gorda que su mamá.» Así sea, decian los afligidos padres.

Pero... pasó la noche, llegó la aurora, sonaron las doce, y cuando al fin pudo entrar á verla su temerosa mamá, la encontró... ¡Sí curacion! ¡Sí medicina! ¡Sí gorduras!.... Veintidos convulsiones le dieron en el trascurso de aquel pavoroso dia... ¡¡Veintidos convulsiones!! La infeliz estaba deshecha, sus papás inconsolables, el marido... asustado.

Hoy lleva cuatro años de matrimonio. Tiene en Madrid su morada, y continúa sufriendo siempre horriblemente de los nervios. Muchos de Vds. la tratarán, casi todos la habrán visto y mirado en los circos, en el Prado ó en los conciertos, porque es monísima.

Ni vive, ni deja vivir á su pobre marido, que está ya enteco y goza como ella de palideces intermitentes y de ojeras crónicas. Sus menores caprichos son órdenes para él: ¡por no disgustarla!... El dia que se levanta de la cama diciendo que está nerviosa (por supuesto que lo está siempre), aquel dia es de puro jolgorio, y con tan fausto motivo las criadas bailan en un pié, la gata se sube por las paredes, el marido anda á ratos como un azacan y á ratos no sabe donde esconderse, y en fin, la casa entera se estremece en sus cimientos. ¡Todo por esos pícaros nervios!

¿Y cuando está sufriendo un embarazo? ¿Y cuando se le malogra? Porque se le malogra siempre... Pero, en fin, me convenzo de lo inagotable del caso y lo abandono. Dejemos, pues, á Clarita, que al remate no es sino un ejemplar de la clase, de esa falange numerosísima que se subdivide en miles de familias, que á su vez se descomponen en millones de especies que dan lugar finalmente á un enjambre infinito de indivíduos, ó si V. lo quiere mas claro, de indivíduas.

¡Oh, las nerviosas! Las nerviosas son hoy una verdadera plaga en nuestra España.

Y que es un tipo nacional, no hay que darle vueltas... En Francia aun podria hallarse algo que se le aproximara un tanto; pero en el resto de Europa... ¡quiá! Si allí existe ese temperamento presenta otros carácteres, otros fenómenos, otro modo de ser. ¡Pero en Madrid! ¡Pero en nuestras capitales de provincia! ¡Pero hasta en los pueblecillos de nuestra tierra!... ¡Válgame Dios, qué nube de nerviosas! ¡Y qué diversas manifestaciones para el mismo mal!

A esta le da una pataleta furiosa y desarrolla en el acceso una cantidad de fuerzas tan exorbitantes, que no podria con ella un toro: su marido es hombre de peso y sin embargo lo zarandea y lo muele y lo destroza, y no logra nunca sujetarla. ¡Qué nervios aquellos! ¡Ni el acero Krupp los iguala en dureza!

A aquella le da por quedarse inmóvil. Cierra los ojos, aprieta los dientes y se pasa las horas de esta conformidad. A la gente que la rodea todo se le vuelven friegas y mas

friegas, sinapismos y mas sinapismos, y ahumarla con papel de estraza que queman junto á sus narices. Pero... nada; hasta que los nervios no aflojan... Y lo mas raro en estas es que oyen durante el acceso.

Yo conozco una que padece eso que llaman *la risa.* La verdad es que hasta que V. se persuade de que aquello es un mal, el verla le produce á cualquiera el mismísimo efecto que Mariano Fernandez. Esta nerviosa fué novia de un amigo mio, y cierta noche que medio tronaron en una reunion de confianza, al verle ella enamorando á otra, comenzó á encelarse; por fin se emberrenchinó, y... ¡zás! le dió el accidente.

El muchacho, que tiene buen fondo, no pudo permanecer impasible; se aproximó primero al grupo, cojió entre las suyas las manos de la *risueña*, y por fin la deslizó en el oido algunas palabritas dulces, como «Vida mia, tanto como yo te quiero,» etc., etc...: en fin, que á la chica se le pasó.

—Eso será desmayo, apuntó una.

—Darle algun alimento, gritaron otras.

—Aquí traigo un chocolate, dijo la dueña de la casa.

—Que lo sorba, esclamaron todos.

—Venga, repuso el muchacho, quien cojiendo el plato y doblando galantemente una rodilla, lo presentó á su amor.

Ella se incorporó en la butaca, probó dos ó tres veces á cojer la jícara, pero le temblaba tanto la mano... hasta que al fin logró agarrar el canjilon del asa, y como estaba tan nerviosa y como no tenia fuerza en los dedos... ¡cataplum! jícara y soconusco cayeron de golpe sobre el claro pantalon de mi infeliz amigo, quien no tuvo mas remedio que aumentar en 200 reales el presupuesto de aquel dia. ¡Bernaldez le hizo uno nuevo!

Pues en un pueblecito de Andalucía tuve yo el gusto de vivir bajo el mismo techo que otra nerviosa... Este es el caso mas raro que conozco. Era una hermosa chica de veinte años, de buenas carnes, coloradita y aparentemente sanísima; pero... ¡bobería! los nervios no la dejaban á sol ni sombra. Ni tenia accidentes, ni convulsiones, ni risas, ni nada, y sin embargo padecia mucho, pero mucho, ¡mas que Sidonia!

—¿Qué tal estamos hoy? solian preguntarle todos, y ella contestaba ordinariamente:

—¡Ay D. Fulano, fatal, muy fatal!

Nunca supo explicar bien lo que sentia, pero creia que (aparte del malestar general) los nervios le formaban sin duda una especie de nudo sobre el costado izquierdo y poco mas ó menos por el sitio en que suelen tener el corazon algunas mujeres, nudo que la oprimia, nudo que la angustiaba, nudo en conclusion que la hacia sufrir en este valle de lágrimas lo temporal y lo eterno. Hasta aquí no hay rareza, lo considero; ¡esos endiablados nervios revisten tan diversos caractéres! Pero lo estupendo, lo fenomenal, lo imprevisto del caso es la medicina con que lograba siempre deshacer ese pícaro nudo. Ustedes por ser un mal del corazon van á creer que con azafran, con digital ó con cualquiera de esas *cosas* que dicen que lo curan: ¡pues no señor! La receta con que lo combatia, la pocion con que lo calmaba, el medicamento en fin con que lo destruia era... ¡pásmense Vds.!... ¡eran lonjas de jamon magro! Sí señor, yo lo he visto. Tarde ó temprano, de dia ó de noche, en sintiéndose la señorita el nudo, corria una criada á la despensa como alma que lleva el diablo, cortaba una buena rebanada del susodicho, volvia como un rehilete junto á la paciente, ella empezaba á comerlo poquito á poco, y antes que desapareciera la lonja ya hacia rato que habia desaparecido el mal.

Pues ¿y las que van por las calles haciendo muecas con la boquita?

Pues ¿y las que enferman con el calor de julio y únicamente se curan en Deva ó Biarritz?

Pues ¿y las que brincan en cuanto araña V. con la uña la seda de su vestido?

Pues ¿y...

Pero noto que el asunto es inacabable y bueno será que yo no trate de irritar los nervios de mis lectores con un artículo tan largo como nervioso.

Conste por fin que mi húmilde indivíduo comprende y deplora los dulces defectos de la mujer linfática; que conoce

y respeta los graves inconvenientes de la sanguínea, pero que considera y cree firmemente que no hay defectos ni inconvenientes que se acerquen, lleguen ni igualen á los terribilísimos y espeluznantes de la mujer nerviosa.

P. Ximenez Crós.

Nota 1.ª No se lo cuenten Vds. á ninguna idem porque me arañará.

Nota 2.ª La conciencia me obliga á confesar que como todo está sujeto en la tierra á la ley de las compensaciones, aun con esos defectillos á cuestas y algunos mas, ni han existido, ni existen, ni existirán sobre el planeta mujeres mas graciosas, mas mimosas y mas opíparamente apetitosas que las nerviositas de mi tierra.

ELLA ES ÉL

Si por el título que encabeza estas líneas ha llegado alguien à figurarse que doña Petronila Calaguala, de quien, con permiso de Vds., voy á decir cuatro palabras, es una heroina de rompe y rasga, una indivídua varonil, bigotuda, aventurera, de las que pisan fuerte, fuman puro, hablan gordo, pegan al marido, plantan una bala donde clavan el ojo, y que mejor se pondrian, por ejemplo, á la cabeza de una barricada en dias de revolucion que al frente de una tienda de modistas; si alguien, repito, ha llegado á figurarse que doña Petronila es mujer de esos tratos, vive en un error lamentable.

No es tampoco una de esas otras damas histéricas, remilgadas, sutiles como lagartijas, que bajo la capa de la modestia, de la dulzura, casi de la santidad, mezcladas con los modales mas distinguidos y el trato social mas afectuoso, ocultan un génio insufrible, siendo en vez de los ángeles los demonios del hogar.

Doña Petronila ocupa un término medio entre los dos extremos indicados, y apostaria yo cualquier cosa á que mis lectores la conocen, y si no conocen á ella precisamente, co-

nocerán á alguna mujer que se le dé un aire de familia indubitable.

Pero, en verdad, no hay mucha exactitud en decir que conocen á doña Petronila; mas habria en asegurar que en ella conocen al marido de esta señora (aunque en la vida lo hayan visto ni menos dado los buenos dias), por la sencilla razon de que él ha abdicado en ella su completa personalidad, de que ella lo eclipsa hasta anonadarle. Nada tiene, pues, de particular que habiéndola encontrado yo una mañana en la calle de Carretas, la saludase diciéndole impensadamente:

—¡Felices, amigo Silvestre! ¿Cómo está ese valor?

Porque se llama Silvestre de las Ovejas el cónyuge de mi apreciable amiga doña Petronila.

Es hombre angelical; no lo es tanto su figura; pero él pudiera decir á esto lo que aquella fea que á uno que la habia llamado buena moza le respondió con desparpajo:

—Aunque no lo soy, me paseo entre ellas.

Tal vez yo me equivoque al apreciar su figura; pero si un señor que tiene tres dedos de frente, y esa bastante calzada; ojos saltones y parados, boca tan rasgada que toda ella es un rasgon, y lábios abiertos por una sonrisa eternamente imbécil, que pone de manifiesto un teclado de piano, digo una dentadura á la que no falta ni una sola pieza, y las piezas son de padre y muy señor mio; si una criatura de estas circunstancias, amen de su cortedad y sosera perdurables, ofrece atractivos suficientes para despertar simpatías superficiales ó profundas, confieso que no lo entiendo. Y el exterior de Silvestre es un espejo clarísimo de su alma, que mas de cuatro califican *de cántaro.*

Esperar de Silvestre resolucion, ánimo, actividad, iniciativa para nada, es pedir peras al olmo.

—Imposible parece, oí un dia á cierto conocido mio, que haya persona tan inútil como Ovejas; no es ni sal, ni agua, ni pescado. Él, ciertamente, nada necesita, porque doña Petronila, como los reyes absolutos respecto de sus vasallos, se ha encargado de pensar y obrar por su marido.

Como Virgilio guiaba al Dante por los diversos círculos del infierno

> Ond'io per lo tuo me' penso e discerno,
> Che tu mi segui, ed io saró tua guida,
> E trarrotti di qui per luogo eterno,

así doña Petronila guia (y perdonen Vds. la comparacion) á Silvestre por las vueltas y revueltas, encrucijadas y travesías de la sociedad, separándolo de los peligros que á cada paso se presentan al incauto y aun al mas precavido mortal, para conducirlo sano y salvo y sin detrimento en su imbécil sonrisa al término de sus deseos. Por lo demás, doña Petronila no tiene parentesco ni afinidad remota ni propincua con el cantor de la *Eneida*, y lo mismo le sucede á su marido relativamente al sublime poeta florentino.

Mas no se presuma que aunque ella le conduzca y guie por medio de la sociedad, vayan siempre unidos á vista del público: nada de esto. Me explicaré.

De pocos meses acá este matrimonio tiene mas hambre que un maestro de escuela; ha quedado cesante Silvestre, que desempeñaba un empleo de sobrestante de una obra, y es preciso reponerlo en él ó colocarlo en otro.

Silvestre se aflige, y aun tengo entendido que lamentando la injusticia con que se pagan aquí los servicios que prestan los hombres de mérito, en cuyo número él, modestamente, se incluye, aunque indigno, segun manifiesta (en lo cual puede tener la seguridad de que nadie se ocupará en desmentirle), lamentando, pues, todas estas enormidades, ha llegado hasta verter abundantes lágrimas y convertirse en un brazo de mar.

Doña Petronila, con mas pecho que él, no solo sufre resignada los golpes de la adversidad, sino que se complace en retarla, oponiendo la energía y entereza de su carácter.

—Cualquiera, al verte, le dice, pensará que se acerca el fin del mundo.

—Yo por tí siento nuestra situacion.

—Pues no la sientas.

—Los cuartos se acaban, y ya, como no empeñemos el modo de andar, no sé qué vamos á hacer.

—¿Por qué no ves á Lopez y á las de Pelines, para que nos presten algo con qué proporcionarnos víveres?

—¡Si no sirvo para esas cosas!

—¡Ya tenemos lo de siempre!

—Yo quisiera presentarme á Lopez; ¡pero si no puedo!

—Pues hijo, se hace un poder. Lo que es hoy no cedo; quiero que aprendas á buscártelas.

—Corriente, haremos la prueba.

En efecto, Silvestre coje el sombrero y el baston, dispuesto á realizar la hazaña del siglo. Sus primeros pasos por la calle son firmes y rápidos, gallarda su apostura, casi marcial, y en su rostro se pinta el heróico valor que le anima. Pero á medida que se va acercando al domicilio de Lopez, vuélvese lento su paso, es menos soberbio su talante, menos viva su mirada, en una palabra, Silvestre está alicaido. Sube la escalera de la casa donde vive su presunta víctima, y dirije la mano al timbre del cuarto; pero lejos de tomarlo, renuncia á llamar, tiembla como un azogado, y regresa á su tugurio con el desaliento pintado en su fisonomía.

—Está visto, no eres para nada, le dice ella al verlo entrar; me lo estaba temiendo.

—Génio y figura hasta la sepultura. Yo no sirvo para pedir; se acabó; me pondria de veinte colores.

—No esperaba de tí otra cosa. ¡Qué hombre mas inútil! Yo iré.

—Sí, Nilita, preséntate á Lopez.

—En el acto.

Y como lo promete lo cumple.

Lopez es soltero, hombre pudiente (como dice doña Petronila), dispuesto á hacer un favor á cualquier amigo, y si es amiga dos favores, tres favores, cuatro favores, en lo cual demuestra que además de generoso es galante. Silvestre admira por la milésima vez el ingénio y abnegacion de su costilla. Y cuando nuestra estimable doña Petronila no se ha parado en pelillos para acometer al filantrópico solteron, me-

nos ha de pararse tratándose de las de Pelines, tres hermanas ricas, á quienes la de Calaguala de las Ovejas ha prestado servicios particulares (porque es muy servicial nuestra valerosa matrona) y que merecen agradecimiento y recompensa. Si otro dia tengo mas tiempo que hoy, contaré á Vds. la clase de servicios á que aludo.

Vamos á lo del destino.

¿De dónde sacará doña Petronila las recomendaciones que necesita para conseguir la colocacion de su marido?

Es un secreto que existe en las profundidades tenebrosas de lo desconocido.

Ella anda, trota, corre, galopa, baja, sube, se agita, suda para que la victoria corone pronto sus afanes; averigua si no lo sabe, y huele si no lo ve, y si no lo huele lo adivina, quién conoce al portero de tal oficina, al escribiente, al auxiliar y al jefe del negociado tal, y al director del ramo, y al ministro y á los amigos, parientes y testamentarios de todo el personal burocrático de que há menester, y una vez provista, segun he dicho, de proyectiles para atacar en regla la plaza, ora espera á cada uno de por sí en su propio domicilio, tanto de noche como de dia, ora los acecha cerca de la oficina donde van á trabajar, y así que los atisba, se lanza sobre la presa y despliega su maravillosa verbosidad, que amenaza no tener fin; el asalto se repite así infinidad de veces; los atacados la temen como á una peste, sueñan con ella, se ponen febriles en cuanto la ven, aunque sea á cien leguas, y no encuentran medio de sacudírsela de encima.

Yo sospecho lo que dice á cada víctima de sus embestidas, porque tiene una especie de patron para lo que le conviene hablar y hacer en semejantes ocasiones.

Se planta en casa del diputado á Córtes por su provincia, sugeto á quien no ha saludado en la vida, y le acomete en estos ó parecidos términos:

—Aunque no he tenido el honor de tratar á V., porque hace veintiocho años que falto de la tierra y aun era usted párvulo, sabiendo que es V. hombre generoso y patriota

de ley, no he creido molestarle proporcionándole una ocasion en que ostentar nuevamente la nobleza de sus sentimientos. Mi marido está cesante, cesante para asombro de los buenos liberales que siempre han puesto en las nubes los eminentes servicios de Silvestre.

Aquí se lleva el pañuelo á los ojos, y finge limpiarse una lágrima que no asoma.

—Bien está, señora; hágame V. el obsequio de mandarme una relacioncita de esos servicios. ¿Los prestó acaso cuando la guerra civil?

—Algunos. Me consta que durante la guerra todas las noches concurria al café, y allí era uno de los que mas hablaban contra los partidarios de D. Cárlos, ó llámense facciosos. Además cantaba el trágala y otros himnos por el estilo, que mas de una vez le causaron anginas de órdago.

—¿Y despues?...

—Despues... yo diré á V.: como el hambre no da espera y tiene cara de hereje, y era forzoso comer ó sucumbir tontamente, Silvestre aceptó un destinillo en la policía secreta, que le dieron los moderados.

Suprimida á la raíz de los sucesos de setiembre esa benéfica institucion, quedó, como digo, cesante, pero siempre dispuesto, como en tiempo de la guerra civil, á los mayores sacrificios en favor de la libertad. Últimamente desempeñaba la plaza de sobrestante de unas obras, y le han despedido por economías.

—Señora, siento decir á V. que...

—Ahora en las elecciones de diputados á Córtes, un primo de Silvestre, Luciano de las Ovejas, ha votado por V., y aunque piensa pedirle para sí y para un hermano suyo un par de empleos buenos, puedo asegurar que tendrá una satisfaccion completa cuando sepa que tambien ha colocado V. á mi Silvestre.

Al ministro le cuenta, por ejemplo, que ha tratado á un sobrino tercero del abuelo de su Excelencia, que le felicita por haberse elevado á un puesto que debe á sus incomparables merecimientos, y que Silvestre le ha defendido, contra

viento y marea, de sus detractores en cuantas ocasiones se han presentado; que los tiempos son difíciles; que el casero la aprieta; que el comerciante de ultramarinos la echa el *quien vive*; en una palabra, que la pátria está oprimida, aunque nunca haya sido mas libre que ahora.

Lo gracioso del caso es que aquel

Gran padre de la pátria, honor hispano,

tan excelente que ni buscado con candil, y aquel ministro destinado por la Providencia á regenerar este desdichado país, son, si no la sirven, las nulidades mas nulas y los enemigos mas encarnizados que el país y las instituciones tienen.

Conque vayan Vds. concertando estas medidas.

El insigne Silvestre, á semejanza de ciertos personajes de algunos dramas que no salen á la escena mas que en dos ó tres situaciones culminantes, ó como las figuras de reloj que solo aparecen al sonar las horas, tampoco suele presentarse, si acaso, mas que á dar las gracias á sus protectores. Su sonrisa, porque de palabras es tan avaro como Harpagon lo era del dinero, es la que en tales casos dice con la elocuente espresion que la caracteriza: *Ecce homo.*

Regla general: doña Petronila (y cuando digo doña Petronila digo las españolas que tienen su misma idiosincrasia), doña Petronila siempre es casada y siempre muestra decidida aficion á abusar del pronombre posesivo. Así se le oye á menudo: *mi* Silvestre hizo esto; *mi* Silvestre hizo lo otro; *mi* Silvestre es un bendito; *mi* Silvestre es la honradez personificada; y en efecto, es tan de ella, da él tales pruebas de que no se pertenece en cuerpo ni en alma, y tiene doña Petronila tan acreditada á los ojos de todo el mundo la posesion absoluta del caballero de las Ovejas, á quien ha expropiado de las tres potencias del alma por causa de utilidad petronilesca, ó si se quiere de entrambos consortes, que nunca del pronombre aquel se hizo mejor uso.

De recien casados intentó Silvestre ejecutar inocentemente varios pinitos de independencia y de autonomía; pero doña Petronila, que no era celosa ni lo es, pero que no re-

nuncia á su autoridad, le ató corto, y principió á educarlo y amoldarlo de tal suerte á sus órdenes, á sus gustos y á sus caprichos, que en breve tiempo lo convirtió en un sér tan manso como el animal de su apellido.

Figúrense Vds. que cuando esto sucedió se hallaban, ó poco menos, en la luna de miel.

La primera escaramuza tuvo efecto en una noche de verano. Doña Petronila habia llevado siempre colgado del brazo, ó si se quiere, ella habia ido siempre colgada del de su marido, cuando este significó deseos de salir á dar una vuelta por el Prado. El calor era sofocante, el cuarto que ocupaban una sarten, causas suficientes para ir en busca de aire respirable.

—Nilita, ¿quieres que salgamos á estirar las cuerdas?

—No tengo gana de vestirme.

—Así estás bien, de trapillo; nos sentaremos aunque sea junto al monumento del Dos de Mayo.

—¡Ave María Purísima!

—¡Anda, mujer!

—No seas plomo, digo que no.

—Vaya, pues iré yo solo.

Silencio.

—¿No me contestas?

Silencio.

—¿Estás enfadada?

—¿Yo?... ¡No tendria mal trabajo! Puedes ir á paseo, corre, yo te abriré la puerta.

Se levanta, pero de muy mal gesto, y se dirige á la puerta. Silvestre se sienta y se pone á cantar el Mambrú, que es lo primero que le ocurre en tanto ella hace que solloza y hace que llora, destrozando el corazon de su tierno cónyuge.

Al principio solian ir á visitar á Silvestre condiscípulos y amigos; pero muchos tuvieron que abandonarlo por causa de doña Petronila.

—Sinforiana, decia ella á la criada, órden para en adelante: cuando vuelva á preguntar por el amo el sugeto que ha venido ahora, que no está en casa.

—Pero Nilita, exclamaba el marido acaramelando lo posible la voz, mira que es uno de mis mejores amigos, persona apreciabilísima por mil conceptos.

—A tí todos te parecen inmejorables.

Doña Petronila se preciaba de entendida en materias culinarias; pero la verdad es que hacia unos guisotes infernales, en términos de que Silvestre estuvo un dia si se va al otro mundo, á consecuencia de haber condescendido á los deseos de su esposa probando uno de sus platos favoritos. El bálsamo de Fierabrás tomado por D. Quijote en la famosa batalla contra los rebaños de ovejas y carneros, no produjo efectos mas rápidos y maravillosos. No obstante, al cabo de algun tiempo se hallaba tan habituado á las comidas estrafalarias dirigidas y aun compuestas por su cara mitad, que se hacia lenguas de ella y de ellas.

Mucho he oido hablar acerca de este matrimonio: todas las apariencias revelan que entre marido y mujer existe una armonía envidiable, que se aman lo mismo que en los felices tiempos del noviaje. Sin embargo, ella es muy superior á él en inteligencia y en todo; es intrépida, activa, ingeniosa, entrometida, conoce mil veces mejor el mundo que Silvestre, el cual está constantemente en bábia, por cuyo motivo nadie comprende cómo doña Petronila se atrevió à cargar con semejante ganga.

Yo tal vez encuentre la clave de este enigma.

Cuando comenzaron á tratarse, doña Petronila era huérfana de padre y madre, y por añadidura, pobre, desdicha que despues de casada ha seguido afligiéndola aun en los dias de su mayor prosperidad.

Necesitaba, pues, pescar un indivíduo que le proporcionase artículos de comer, beber, arder, vestir y otros.

Contaba treinta años cumplidos, y no era cosa de esperar mas tiempo á que le lloviese de la luna un marido cortado á medida de su gusto.

Concurria además la circunstancia de que la envidia murmuraba si antes de sus relaciones con Silvestre las tuvo con un subteniente de lanceros, y si de aquí resultó ó no re-

sultó... en fin, *dichos que dice la gente*, segun la frase de una vecina amiga suya; y baste con lo apuntado, que yo por mi parte en esto no entro ni salgo. Necesitaba doña Petronila echar un puntal á su honra, que se empeñaban en derribar, y por ende se vió obligada á apechugar (otra palabra de la vecina) con el simpático Silvestre de las Ovejas.

En todas las conversaciones y actos mas ó menos domésticos, mas ó menos públicos, en que toma parte Silvestre á presencia de su mujer, esta desempeña un oficio parecido al de un director de orquesta, con la diferencia de que así como el director de orquesta ha de marcar con la batuta el órden de todas las voces é instrumentos, así doña Petronila insinúa con la expresion mímica de todo su cuerpo, y en particular de sus miradas, de sus palabras ó de sus pisotones, el órden que Silvestre debe seguir en sus discursos.

Cuando á este infeliz se le escapa una frase inoportuna, ó da un paso en falso ó que destruye los planes de doña Petronila, los ojos de esta le confunden, le devoran, ó bien un pisoton mayúsculo ó un pellizco disimulado que le hacen, si es de dia ver las estrellas y si de noche contemplar el sol en todo su esplendor, le ordenan de una manera inequívoca que selle sus lábios y no se meta en honduras sin una mano que le proteja. Cuando no hay posibilidad, ya por la distancia de uno á otro consorte, ya por diferente motivo, de hacer que Silvestre comprenda á fuerza de indirectas del Padre Cobos los límites de sus facultades para regirse por sí solo, entonces doña Petronila busca en los inagotables recursos de su industriosa facundia términos hábiles para disculparle.

En resolucion: él ve y oye por los oidos y por los ojos de doña Petronila, quien asume y echa sobre sí toda la responsabilidad de actos de que Silvestre debiera ser único autor y editor responsable.

Tiene ella del castor la industria, la actividad de la ardilla, la prevision de la hormiga, y en sus pretensiones la pesadez: ama á su marido como se ama á todo desgraciado, á todo enfermo, á toda persona débil, con un amor que se parece mucho á la compasion: es el brazo derecho, el báculo,

el escudo, el ángel tutelar, el procurador, el apoderado de Silvestre: doña Petronila además de ser ella es él.

Si los colores con que he pintado á mi simpática amiga les parecen á Vds. demasiado subidos de tono, rebájenlos á su capricho, suavicen sus asperezas cuanto gusten; si por el contrario, juzgasen demasiado pálidos sus tonos, súbanlos de punto, y brotará en esencia y presencia, bien la Petronila que arrastra la cola del vestido por las altas esferas sociales, bien la tia ó la *seña* Petronila que habita la bohardilla ó el sótano de la casa.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA NIÑA CASADERA

Quisiera yo que ahora mismo me trajesen una coleccioncita de media docena ó una, que por mucho trigo nunca es mal año, de *niñas casaderas*, á fin de examinarlas y estudiarlas, para poder luego describirlas exactamente.

Algo de lo que hacen los pintores con los modelos.

Tomar de esta un rasgo, de la otra una faccion.

Que como yo tomara bien esos rasgos, seguro estaba de hacer un artículo de los de rompe y rasga.

Y cogiendo con acierto esas facciones y lanzándolas al público, tendria la evidencia de conmover mas gente que cuando se echaron al campo los de nuestra guerra civil.

Por desdicha, yo tengo que bastarme á mí mismo, y, recurriendo al arsenal que la memoria y la imaginacion me ofrecen, hacer pasar por vivo lo pintado.

¡Ay! repito, ¡si pudiera dar cuerpo en un instante á los tipos que la ilusion forja en mi cerebro!...

En fin, no quiero desmejorarme pensando en esto demasiado.

Vamos á echar en el molde la hirviente sustancia de las ideas, y salga lo que saliere. . . . .

. . . .

Llegó el ansiado cuanto temido momento de poner á la niña de largo.

Parece como que esta trasformacion debia verificarse sin mas que añadir un poco de tela al traje; pero no... es algo mas complicada, algo que produce el cámbio total del indivíduo del sexo femenino, ó sea de la *indivídua* de que se trata.

Poéticamente, es la trasformacion de la larva en mariposa, supuesto que la niña al hacerse mujer parece como que toma alas.

En mas exacta comparacion, viene á ser un hecho análogo al que se verifica cuando rompe el huevo que le encierra el astuto animal que conocemos bajo el nombre de cocodrilo.

Ambos comienzan por arrastrar cola y concluyen por devorar hombres, ocultando esta siniestra intencion bajo la máscara de la inocencia.

(Entre paréntesis: no os alarmeis, bellas lectoras, por este párrafo de tremebundo estilo, pues el que mas y el que menos está siempre dispuesto, como le pasa al autor de estas líneas, á dejarse devorar por cualquiera de vosotras. ¡Le destrozais á uno tan agradablemente!)

Desde que la niña se viste de largo cambia totalmente de modo de ser.

Antes no solo jugaba en casa con las muñecas, sino que en los paseos públicos se entretenia con sus demás compañeras en correr y saltar que era un gusto.

Es curioso observar como en cortísimo intervalo pasan las jóvenes, desde la libertad mayor al mas grande encojimiento (cuando menos aparentemente), y desde los juegos mas inocentes á los actos mas sérios, y hasta si se quiere... peliagudos.

Verdad que no es oro todo lo que reluce, pues ya esa misma inocente larva, aun antes de llegar á *niña casadera*, hace sus primeros ensayos de coquetería con los cadetes y los estudiantillos de segunda enseñanza.

Bien puede asegurarse que casi todas ellas, cuando alcanzan la categoría del tipo que intentamos apuntar, están á la altura de su importante mision.

El lenguaje de los ojos, el del abanico, el de las flores, todos los medios, en fin, de expresar ideas y sentimientos sin tener que recurrir á sonidos articulados, se encuentran ya en el arsenal de la niña casadera, que no escasea el usarlos cuando llega la ocasion.

Es cosa que verdaderamente desespera encontrarse por la calle, en paseo, en el teatro, con uno de esos pimpollos que le dicen á uno con una mirada tan tierna como expresiva:

—Caballero, me está V. gustando.

¡Y no poder oirlo sonar en aquellos lábios de grana!

Verdad es tambien que el martirio suele ser tan grande para quien se lo calla como para quien no puede oirlo.

De los vagos deseos, de la inexplicable melancolía cantados y decantados por los poetas, va quedando ya solo la mitad: hay que suprimir lo de vago é inexplicable.

La generalidad de las niñas casaderas saben que su deseo es tener cuanto antes novio, y que la melancolía proviene de no encontrarle pronto.

Por eso cuando un pollo comienza á *osear,* ó sea á hacer el oso á una muchacha, esta sabe ya el atrevido pensamiento del galan, y siendo de su gusto, no pierde medio ni ocasion de alentarle á que declare en la aduana de Cupido la mercancía amorosa que oculta bajo la solapa izquierda de la levita.

Lo terrible es que si esta (la levita) no revela por la calidad del paño y por lo escojido del corte que su dueño no pertenece á una clase tanto ó mejor acomodada que la de la niña, viene la autoridad materna á segar en flor los deseos de nuestra heroina.

Las mamás quieren que los novios de sus hijas posean *buenas prendas*, en toda la extension de la palabra.

Y es de ver el desacuerdo que por punto general existe entre las madres y las hijas en este sustancialísimo punto y en todos los que se refieren á fijar el porvenir de las niñas, lo cual depende, primero, de la diferencia de edades, y luego de que la pasion calurosa no puede tomar el mismo rumbo que toma la razon calculadora y fria.

—¿De qué sirve, exclama la mamá, el haberle costeado maestro de francés, y que diga á la perfeccion *Comment vous portez-vous*, y haya comenzado á traducir aquello del Telémaco, *Calypso ne pouvait se consoler du depart d'Ulisse*, etc.? ¿De qué sirven los tres ó cuatro años de solfeo, piano y canto, y la paciencia con que toda la familia ha aguantado el desesperante sonsonete de las escalas y de las vocalizaciones, hasta que la niña ha podido tocar la polka titulada *El último suspiro*, y cantar la romanza *Io morro per te*? ¿De qué sirve todo esto, si no le sirve para pescar un novio de circunstancias?

Y la niña se empeña, á pesar de todo, en que ha de querer á Fulanito, que es estudiante de segundo año de leyes ó sigue la carrera de empleado, hallándose con cuatro mil reales (y el descuento) en las oficinas de la diputacion provincial, donde por el pícaro estado financiero que atravesamos, hasta se suele retrasar durante algunos meses el pago de los haberes. ¡Si al menos se pudiera suspender tambien el comer en todo ese tiempo!

Una vez entablada la lucha entre madre é hija, refiere esta llorosa y románticamente sus penas al objeto que las causa, y entre protestas de eterno cariño deciden resistir al mónstruo desnaturalizado que trata de apretar las clavijas del amor hasta romper bruscamente las delicadas cuerdas del sentimiento.

Puede suceder una de dos cosas: ó que venzan los amantes y termine la tragi-comedia en la calle de la Pasa, donde se halla, bajo el nombre de vicaría, la solucion del problema, en que puede haber entrado como dato eficaz un paso de rapto, ó que, mediante un cámbio brusco de aires y de clíma, se salga la madre con su empeño de no convertirse en suegra, aplicando aquella receta tan bien formulada por un poeta elegantísimo que dice:

Para encontrar un remedio
de amor en la cruda guerra,
no hay como poner por medio
mucho tiempo y mucha tierra.

Y es probado.

Lo malo será que, perdido aquel novio, se pase el tiempo y con él se pase la niña, y no vuelva á presentarse otro mozo que vaya *con buen fin*, sino algun camastron con mas colmillos que un elefante, que diga que se casará el dia menos pensado, y tanto lo piense, que acabe por no casarse nunca.

Y entonces será el rechinar de dientes y las reconvenciones, porque aparecerá la primera causa como la blanca y luminosa indicacion de que la vida es un soplo; y se caerá la muela de la risa, dejando un hueco que solo se cubre á fuerza de dengues; y el terso cútis comenzará á apergaminarse, poniéndose como los campos que se preparan para la sementera, esto es, lleno de surcos.

Tan fatal es este período en que la niña casadera deja de ser niña y hasta de ser casadera sin haberse casado, que renuncio á describirlo.

Esto no quiere decir que vaya yo á apadrinar enlaces disparatados que suelen traer muy malas consecuencias.

Piensen los padres de las niñas que están en estado de merecer, que la mayor parte de las veces la inclinacion de sus hijas depende de la educacion que se las ha dado y de las circunstancias en que se las coloca en el momento crítico en que el corazon se decide.

Piensen las niñas que las exterioridades suelen no corresponder á las condiciones del alma, base, cuando son buenas, de la futura felicidad.

Pero ¿quién me habrá metido á mí á predicador?

¡Jóvenes incautas, pintadas mariposas, tiernas florecillas, *niñas casaderas*, en suma, abrid el alma á los dulces cuanto fugaces antojos del amor puro y ardiente, que los goces que él proporciona no tienen rival en el mundo, y cuando desaparecen, ni la luz brilla, ni el sol calienta, ni la naturaleza rie!

¡Aprovechad el tiempo!

¡Amad con toda la fuerza de vuestra alma jóven y fogosa!

¡Prended en la red de vuestros encantos al que se descuide, y enlazad vuestra suerte á la suya, como la yedra se enlaza al olmo!

Y una vez unidos,

¡Creced... etcétera!

ANGEL AVILÉS.

LA CUCA

I

Todos la habeis visto, aunque es seguro que no todos la conoceis.

Viste generalmente de negro, y suele llevar margaritas en la cabeza.

Su edad varía por lo comun entre los treinta y los cincuenta; el menos ó el mas de estas dos fechas constituyen la excepcion.

Parece viuda, y se dan casos en que lo es. Sin embargo, acostumbra ir acompañada, sobre todo de noche.

En política es comunista, en literatura romántica, en religion atea.

Frecuenta los Bufos y los campos Elíseos; cuando refresca lo hace en el Iris; alguna vez se permite pagar.

Debió ser bonita en su juventud; ahora tiene pretensiones de graciosa.

Por muy tronada que se encuentre, no le faltan nunca dos cosas buenas: las botas y los guantes claros. Delira por tener reloj.

Tal es la *cuca* bajo el punto de vista físico; estudiémosla ahora en sus diferentes aspectos.

Hace algunos años me daba yo por jóven y me tomaban por alegre; lo mismo en el grande que en el pequeño mundo mi papel se cotizaba á la par, y las muchachas se disputaban mi conversacion, única cosa que podia ofrecerles. Las invitaciones y los convites llovian sobre mí.

Una tarde (serian lo mas las tres, pues me acababa de acostar) me sorprendió la criada con una carta, que despues de embalsamar la habitacion me dejó ver al abrirla una elegante tarjeta de cuerpo entero, en que se leia:

FULANA DE TAL

tiene el honor de invitar á V. al baile y concierto con que inaugura esta noche sus salones. Calle de...

Lo singular del lance es que yo no conocia ni de nombre siquiera á doña Fulana de Tal. Es mas, creo que no habia pasado nunca por la calle á donde me citaba.

Mi primer pensamiento fué no acudir á la cita. La imaginacion me representaba en aquella tarjeta la emboscada de un acreedor, la burla de un enemigo ó de un rival, la venganza de un hombre público ó de una mujer no secreta; todo, menos lo que me prometia. Dando vueltas en mi cerebro á estas ideas me dormí.

No ya la del alba, la del alumbrado seria cuando me desperté. Lo primero que ví sobre la mesa fué la tarjeta, que parecia una provocacion. Solo entonces, consideré indigno esquivar el reto.

Vestíme, pues, con los trapitos de cristianar, y con unos cuantos reales en un bolsillo, unos cuantos cigarros en el otro, y las manos en los dos, enderecé mis pasos hácia el café Suizo. Lo menos diez de mis amigos estaban sentados alrededor de una mesa, y ¡oh casualidad! los diez tenian delante de sí una tarjeta igual á la mia.

—¿Qué es eso? Les pregunté no sin asombro.

—Ya lo ves, me respondieron á un tiempo cuatro ó cinco; que estamos invitados á una reunion.

—Donde se bailará, exclamó uno.

—Donde se cantará, añadió otro.

—Donde se cenará, murmuró el mas viejo.

—Todo eso y mucho mas, interrumpió el que ocupaba la cabecera y el único que tomaba café.

—Pues, ¿qué es ello? dije á mi vez.

—¡Qué! ¿No lo sabes, incauto? ¿No lo adivinais, imbéciles?

—No, no, no.

—Yo sí; nos invitan á una *soirée de cucas.*

II

Todavía recuerdo la gacetilla que al dia siguiente apareció en las columnas de un periódico neo-católico.

«Brillantes, decia, estuvieron anoche los salones del ca»llejon del Perro.

»Cuanto encierra Madrid de distinguido en artes, letras, »armas y hermosura, todo allí se dió cita; la señora se lució »en los honores de la casa.»

No hay para qué decir que la gacetilla era obra de uno de nuestros mas notables poetas.

Y ciertamente, para el curioso poco conocedor del mundo ó del idioma que hubiera asomado la cabeza por allí, la reunion ofrecia un golpe de vista encantador. Habia entre los hombres mancebos elegantes, militares de graduacion, filósofos y literatos, célebres los unos y aspirantes á la celebridad los otros: entre las damas no pocas bien vestidas, muchas agradables, algunas hermosas; en fin, ¿qué mas? hasta habia algunas hijas con madre.

Esto no quita que de vez en cuando se oyera al pasar por cerca de un grupo:

—Anda, niña, ves á ver si Fulano quiere darte una *vaca.*

—Mamá, por *ser sota* me he quedado sin nada al *tercer golpe.*

—¿Ha reparado V., doña Mónica, como *levanta muertos* la viudita?

O bien estos diálogos entre caballero y señora:

—¿Me concederá V. el honor de una polka?

—Sí señor, pero á cámbio de una *armadura*.

—Vamos, Lolita, que ya la he visto á V. acertar tres ó cuatro seguidas.

—Pues ya ve V., no tengo mas que siete pesetas.

—Picarona, eso no prueba mas sino que se va V. *al rio*.

Y todo esto mezclado con música y baile, entre parejas que desfilaban por un pasillo hácia el comedor y por un gabinete hácia otro sitio que no quiero nombrar, pero donde tambien entré para contemplar el cuadro mas abigarrado y grotesco que pude nunca imaginarme y que consiguió sorprenderme, á mí, que habia visitado como artista las cuevas de los gitanos en Andalucía y los bodegones de los traperos en París.

Figuraos una mesa ovalada ocupando todo el centro de una gran sala, y en torno de esa mesa treinta ó cuarenta personas de ambos sexos, sentados por lo general los hombres y de pié las mujeres, salvo alguna cuya belleza ó mas bien que esto, las cantidades que apunta, la hacen acreedora á un lugar escogido.

Figuraos aquel conjunto de bocas que murmuran, de brazos que se retiran ó se adelantan, de monedas que van y vienen, de juramentos por lo bajo, de sonrisas por todo lo alto, y dominando esta especie de tempestad donde lo que mas aterra es el silencio, una voz pausada siempre, á menudo conmovida, nunca amenazadora, que repite cada cinco minutos:—¡Juego!

Despues de esto, unos instantes de agitacion; luego, la calma; un poco mas tarde, la explosion de todas las iras, de todos los deseos, de todas las vanidades del corazon humano.

—¡Buen rey! Exclama uno que fuera de allí pasa por un demagogo furioso.

—Hubiera querido ser caballo, prorumpe otro que por mas que quiera no puede dejar de ser burro.

—Yo llevaba medio duro á las de abajo, grita con decidido acento una jóven encantadora.

—Miente V., responde con tranquilidad un honrado padre de familia.

—Hija mia, dice una mamá al oir el ruido de la disputa, no cuestiones con hombres groseros.

—A ver, pocas palabras, ó le vuelvo á cualquiera un revés.

Esta insinuacion restablece la tranquilidad en todos los espíritus.

Es, como si dijéramos, el *sálvese el que pueda*, que impide cuando no precipita las grandes catástrofes.

III

Dejé la sala de juego sofocado por aquella atmósfera, y me instalé en un sofá del gabinete. La péndola de la chimenea acababa de sonar dos veces, para decirnos al oido que eran las dos de la madrugada.

Cerca de mí se hallaba sentada tambien una mujer elegante y no mal parecida. Yo recordaba haber visto aquella cara en otro tiempo y en otro lugar, y medité.

Durante largo rato, no me atreví á creer á mis ojos. Era ella, sí, la misma que yo me figuraba. Pero ¡qué cámbio! Yo la habia conocido inocente y jóven, esperanza de una familia que la amaba, encanto de una sociedad que embellecia con sus atractivos. Me acuerdo de que la oí cantar *la Traviatta*: de fijo no pensaba aun en representarla.

Por fin nos aproximamos, y como era de esperar nos reconocimos. Mi amiga de la niñez habia sido tres años corista, uno escaso ama de llaves de un americano sin ingénio, en la actualidad ribeteaba calzado por la mañana y zurcia voluntades por la noche. La habia presentado en la reunion una que pasaba por tia suya y á quien sin serlo de nadie todos llamaban del mismo modo.

Ella fué la que me inició en los misterios de esa ciencia especial que se llama la *cuquería* y que tiene sus profesoras en todas las clases, particularmente en la siempre benemérita de las huérfanas de coroneles y viudas de jefes políticos.

Tambien aprendí, gracias á ella, que si algunas aplicaciones de esta ciencia no son antíguas, la primitiva ciencia lo es.

La cuca desciende en línea recta de la *buscona* de Quevedo, tiene muchos puntos de contacto con la *Celestina* y no pocas analogías con la *beata*.

Hay cucas de corazon y de cabeza: las de corazon viven poco y llegan cuando mas á patronas de huéspedes; las de cabeza acostumbran á morirse muy tarde y concluyen regularmente en prestamistas. Unas y otras creen asegurado el cielo, como la Magdalena, á fuerza de haber amado mucho.

Todas suelen tener poco que perder, y sin embargo yo he visto á una perder... diez y siete cartas seguidas de á peseta.

MANUEL DEL PALACIO.

LA MILITARA

Llamándose *militares* los hombres que ejercen la profesion de las armas, las mujeres que ejercen dicha profesion deberian llamarse *militaras*. No es así sin embargo; no se da esta acepcion á la palabra militara en ningun diccionario de la lengua, y no es estraño, porque al menos en Europa y en nuestros tiempos, la profesion de las armas no es ejercida por mujeres, si bien algunas hay dotadas de tan belicosos instintos como los héroes y semidioses de la *Iliada*.

Pero esas mujeres guerreras son como las mujeres sábias; no son verdaderas mujeres, son apóstatas, son ex-mujeres que han hecho traicion á su sexo. Su resellamiento de género es evidente. ¡Cimbrería!

Y además, la aficion á la guerra, que no basta para hacer de un hombre un militar, tampoco basta para hacer de una mujer una militara. Es menester para ser militar serlo de oficio, ejercer, como he dicho, la profesion de las armas.

Sin duda ha habido mujeres que han ejercido tan *noble* profesion, pero la han ejercido fingiéndose hombres, lo que no tiene perdon de Dios, porque seria concebible que un hombre se hiciera pasar por mujer para no ir á la guerra, pero ¡para ir á la guerra hacerse pasar una mujer por hom-

bre! Vamos, que se ven cosas... ¡Qué contraste forman esas amazonas con esos miserables que se mutilan desapiadadamente para librarse de quintas, lo que, entre paréntesis, es un robo que de sí mismo hace el indivíduo á la pátria, segun aseguran los exentos!

Ello es que se ha convenido, á pesar de las indicadas aberraciones sexuales, en declarar á la mujer incompatible con la profesion de las armas.

¿No existen pues militaras, tomando este vocablo en su sentido propio? ¡Ay! no, no existen, y es el caso que tampoco da el diccionario á la palabra ningun otro significado.

Afortunadamente, podemos *hojear* el vulgo, si así puede decirse, en lugar de *interrogar* al vocabulario, y lo que por cortedad no nos diga la *sábia* Academia, nos lo dirá la *turba multa* que no se muerde la lengua ni tiene en ella pelos.

Sí, el vulgo nos lo dirá, y va á ser ahora mismo.

¿No dice Quevedo que la gallina es la *mujer* del gallo? Pues con mas razon aun puede decir el vulgo que la militara es la *hembra* ó la *gallina* del militar, y hacer luego extensiva la calificacion á todas las indivíduas ó indivíduos femeninos de toda la militar cohorte.

Así es precisamente como procede el vulgo. Llama militaras á las hermanas, á las cuñadas, á las sobrinas, á las primas, en una palabra, á todas las faldas que se albergan con el militar bajo el mismo techo, ya sea este el de un pabellon sostenido por el Estado, ya sea el de una vivienda particular por la cual la militara paga ó hace pagar al marido, lo que es exactamente lo mismo, un alquiler que no baja de cuatro reales y medio diarios, aparte la portería, aunque la casa no la tenga. Generalmente la tiene. Suponemos á la militara de guarnicion en Madrid ó en alguna capital de provincia. ¡Bien guardada estaria la casa sin portería! ¡Y que no vale nada el ajuar de la militara! Pues es una friolera. Tres cofres, dos maletas, nueve sillas de Vitoria y un espejo, reñido con el azogue, que tiene debajo una como mesa de pino, pintada al óleo por Rafael, si se llama Rafael el asistente, indistinta-

mente destinada á lavabo, á tocador, á escritorio, á mesa de tresillo, á idem de comer, etc.

De la militara antígua, y al decir antígua no queremos significar de los tiempos de Mari-Castaña, sino de la que nosotros conocimos en nuestra adolescencia y hasta en nuestra edad adulta, no se encuentra ya un ejemplar ni aun en estado fósil. Ha desaparecido sin dejar rastro, como los fósforos sin humo. En la época que estamos atravesando se vive muy de prisa, todo pasa pronto; las metamórfosis, y no son otra cosa todos los fenómenos del mundo, se suceden con una rapidez vertiginosa. La manera de existir, la manera de ser de la sociedad, se modifica incesantemente por el reactivo de nuevas instituciones y á consecuencia de nuevos prodigios científicos é industriales, y lo que goza al parecer de mas estabilidad y consistencia, lo que parece formar una parte constitutiva del organismo social, desaparece de la noche á la mañana, sin que nadie se aperciba de su desaparicion, como si no hubiese existido nunca.

Y por eso, porque son tan súbitas y contínuas las peripecias, porque suceden tantas cosas en tan poco tiempo, los que somos hoy viejos nos creemos mucho mas viejos de lo que se creian nuestros padres cuando tenian la edad que tenemos ahora nosotros. Ellos debieron vivir mas larga vida ó nosotros deberíamos vivirla mas corta, para que quedásemos iguales. ¿Pues qué, no se vive mas ahora en diez años, despues de las grandes conquistas que hemos hecho en el tiempo y en el espacio, que entonces en ochenta?

¡Haber asistido á la estincion de la militara! ¡Haber sido testigos oculares de la desaparicion de una especie en el globo! Eso es mas que haber visto borrar á Cartago del mapa; es mas que haber presenciado la catástrofe de Pompeya; es podernos llamar contemporáneos de un cataclismo á que hemos sobrevivido; es casi ser Noé; es conservar una idea clara de que hemos dado de comer á un megaterio. Porque desde la época de la militara hasta nuestros dias, han pasado mas cosas en el mundo á la vista de sus moradores, que desde la época del megaterio hasta la época de la militara.

Los jóvenes del dia (no voy á predicar contra ellos ni á reconvenirles por sus costumbres), los jóvenes del dia, que no saben lo que era un fraile ni lo que era una manola, no saben tampoco lo que era una militara en otro tiempo, y nosotros no podemos decírselo. Cuadros nuevos y no viejos hemos de colgar de las paredes de esta galería, sin que hayan figurado nunca en ninguna otra exposicion. El que quiera ver el retrato de la militara antígua magistralmente trazado, tómese, no la molestia, sino el placer, de hojear los escritos de los inimitables Breton y Serra, y no pida otra cosa. Nosotros nada tenemos que ver con lo pasado, y no hemos de ir ahora á embarrilarnos en una galera ni á pedir por favor á un alcalde de monterilla que nos suministre, como á la militara, un bagaje mayor ó menor con que acompañarla en sus romerías y peregrinaciones, que eran los actos mas característicos de su vida. No puedo recordar aquel sombrero sin enternecerme. Solo por el sombrero de viaje de la militara debia haberse perpetuado el tipo. Nómade antes que hubiera ferro-carriles, la militara seguia á su marido por todos los andurriales y vericuetos para recordarle que era su mujer, como si no lo tuviese el pobre demasiado presente. Si algo hay en el mundo de que el casado no se olvida nunca, es de que está casado. «¿En qué lo conoce?» se le podria preguntar como á aquel jugador que se quejaba de que perdia.

La militara de hoy es mas sedentaria que la antígua. No suele acompañar á su marido en sus excursiones lejanas, sino cuando se lo mandan á un punto que se pueda ir por camino de hierro, y aun así suele aprovechar la ocasion para que tomen baños de mar dos ó tres criaturas que tiene raquíticas y con escrófulas. De un tiro mata dos pájaros.

La militara, como nosotros la hemos conocido, no pertenece ya á nuestra época. La suprimió el vapor, que con el tiempo suprimirá tambien á los militares suprimiendo la guerra. A no ser que para suprimir la guerra suprima á los militares, pues aun no se ha resuelto si la guerra es para los militares ó si los militares son para la guerra.

Es evidente que siendo la militara la mujer del militar, si no hubiera militares no habria mujeres de militares y por consiguiente no habria militaras. Entre tanto las que hay han quedado reducidas á la condicion de simples mujeres como todas las demás, sin caractéres propios, sin diferenciarse ninguna de ellas de las restantes mujeres mas que individualmente, es decir, en lo que entre sí se diferencian todas las mujeres unas de otras. Los distintivos de grupos han desaparecido y han quedado solo los personales, los idiosincrásicos, y aun estos se disfrazan, se tergiversan, se encubren con tanta maña, que basta que una mujer ostente una cualidad física ó moral en grado muy superlativo, para que se pueda presumir que la cualidad que ostenta es precisamente la cualidad de que carece. La que gasta muy buen color, es sospechosa de descolorida; sospechosa es de calva la que exhibe mucho pelo. ¡Qué hermosa dentadura tiene una que yo conozco! Y tiene la ventaja de ser postiza; cuando se descompone, se gobierna mejor que las naturales. Se manda á casa del dentista, y aquel dia la señora, que por falta de muelas no puede salir á la calle, se queda en cama quejándose... de dolor de muelas.

La militara, como todas las hijas de padre y madre antropomorfos usadas en el dia, es un accesorio de un traje; ella, propiamente hablando, no es la mujer, sino la percha de que la mujer se cuelga; la mujer es el vestido, es el *polison*, es la *moña*, es el cosmético en que se trasforma tan completamente, que ha hábido marido que se ha enamorado perdidamente de su mujer creyendo que era otra. La militara, como la que no lo es, tiene la estatura que la dan los tacones de su calzado ó de sus zancos; exhibe la forma que la imponen su corsé y la demás maquinaria; gasta tanto cabello como quiere y del color que quiere; es, á voluntad, morena como una andaluza ó rubia como una alemana, pálida como un lirio ó colorada como una amapola.

Resulta de lo expuesto, que en la época presente, fuera de la cual está expresamente prohibido ir á ajustar partes para que funcionen en este teatro, la militara se ha conver-

tido en mujer como todas las otras, como la médica, como la abogada, como la escribana, como la boticaria, y, por consiguiente, no constituye ninguna variedad ni especie que pueda aislarse del cuadro general de las mujeres. ¿A qué pues la he traido aquí? ¿Qué tiene que hacer en este coliseo? La culpa no es mia; yo no queria traerla. ¡Roberto Robert! ¡Roberto Robert! me has metido en un berengenal de todos los diablos, y así ellos te lleven y á mí contigo.

No puedo salir del paso. Ya algunos años antes de la caida de la raza espúrea de los Borbones, como dicen los patriotas, busqué á la militara para cumplir con un compromiso análogo al que me ha hecho contraer ese condenado de Roberto Robert, y no pude encontrarla, porque ya entonces el nuevo sistema de locomocion habia suprimido sus caractéres propios y específicos. ¿Cómo pues la he de encontrar ahora?

Voy sin embargo á intentar un último esfuerzo.

Me han dicho que la militara antígua no se ha reconstituido como el mundo antidiluviano de Cuvier, pero que despues de la caida de los Borbones se han improvisado en el ejército unos oficiales *sui generis*, á que corresponden unas oficialas de brocha gorda, que son las militaras típicas del dia, las únicas que no se confunden con las demás mujeres.

Me han hecho tambien observar, que así como el rayo en una violenta revolucion atmosférica suele trocar los polos de la aguja magnética, así tambien, despues de ciertas tempestades políticas, varian de sitio los galones de muchos sargentos, subiéndose de improviso desde el antebrazo al brazo, ya que no se bajen á la mismísima bocamanga.

Precisamente enfrente de mi casa, en un cuarto tercero por mas señas, vive la cara mitad de un comandante muy patriota, que está suscrito á *La Iberia*. ¡Si será liberal! Su mujer es una militara que me ha llamado muchas veces la atencion con sus churriguerescos perifollos, con su hiperbólica manera de estremar las modas, con su calzado *chulo*, y, sobre todo, con sus perfumes de rosa y *patcholí*, que en algunas casas del barrio obligan á los vecinos delicados de los nervios á tener los balcones cerrados todo el dia. De una de

las viviendas, la mas expuesta á los efluvios, se han mudado cinco inquilinos en dos meses.

La militara me conoce de vista, pero no nos saludamos. ¿Quieres, Robert, que vaya á verla? Tú dirás que sí, malvado, para comprometerme. Pues bien, iré; la estudiaré de cerca; me introduciré en su casa, y no perderé de ella ni una palabra, ni un gesto. ¿Pero cómo? ¿Con qué pretexto me introduzco? ¿Qué escena inventaré para introducirme? ¿Estará el comandante en casa? No es lo regular; es muy aplicado; son las dos de la tarde, y todos los dias, á las doce en punto, en una casa de la calle de Espoz y Mina se abre un libro de cuarenta y ocho hojas, á cuya lectura es ciegamente aficionado.

Antes de llamar á la puerta, escucho atentamente. Oigo mucho ruido dentro. La militara está en conversacion con otra que la habrá ido á visitar, y que debe tambien ser militara. Como la casa es muy reducida, no pierdo ni una palabra del diálogo. Me abstengo, pues, de llamar, y me ahorro la visita.

— Mi *comendanta*, dice la forastera, ¡qué suerte tiene V. con los *machacantes!* ¿Creerá V. que en un mes he tenido siete y que aun no he topado con uno que atine á fajarme la criatura?

—¡Toma! Responde la de la casa, porque su marío de V. es novato en el regimiento y no conoce el *presonal*. Mi Paco, que ha sido tanto tiempo primero de la cuarta, me ha sacado el mejor chico de la compañía. Es *reganchao*.

—No me arregosto con los *reganchaos*; son muy marrajos.

—Sabiendo tratarlos, no. *De que vino el mio*, le dije: «Mira, Dominguez, si te portas como es debido, tendrás un real mensual todos los meses; pero si te escurres, la primera vez vas al calabozo y la segunda te arrimo un pié de paliza que te vuelvo mico.» Pues misté lo que es hablar con *caráter*, ni una vez ha metido la pata.

—Conmigo la meten todos esos pícaros *azafraneros*.

—Desengáñese V. doña Petra, no tiene V. bastante *cará-*

ter para esa gentuza. El mio, de que tocan diana, ya está haciendo zafarrancho. Despues me arregla los chicos, me les pasa revista de policía, despues me hace el chocolate, despues me trae la compra, despues me levanta las camas, despues me saca de la alcoba todo lo que hay que sacar, despues me afeita á mi pariente, despues me peina, despues me lava, despues me plancha, despues me saca á los chicos á paseo, con un salero, que ya... Le voy á hacer un delantal blanco con caidas almidonadas. ¡Verdad que lo hace por el interés, porque al fin, un real de plus mensual todos los meses!...

Sobre el tema de los pobres asistentes, que lo pasan casi tan mal como la gramática y las buenas maneras, discurren las dos interlocutoras largo rato. Despues hablan de otra cosa.

—Ayer, dice la de la casa, me encontré en la calle de Postas á la capitana Velasco, y no me saludó. ¡Si creeria que yo me iba á rebajar saludándola primero! *¡Ensubordinada!* ¡Puede que se figure que aun duran aquellos tiempos en que su capitan Velasco nos metia en la *correcion!*

—No le haga V. caso, mi *comendanta*; eso es el derecho del pataleo. Está quemada porque su marido no ha *sacado* mas que la gracia general. Capitan era y capitan es, mientras que el marido de V. que era primero de la cuarta, es todo un.....

—Porque el capitan Velasco ha sido *blanco*, y no se comprometió á tiempo como nosotros. ¡Misté qué gracia! ¡Si querrán esos gandules que nos quedemos *prostegados* los que hemos *trabajado en la cosa!* ¡Pero anda, que si no me ha saludado, bien la he refastidiado! Al pasar junto á ella, me levanté la falda para que se muriera de envidia al verme las botas *emperiales* de color de canela, con lazos azules, borlas verdes, hebillas de plata y botones de oro. ¡Ha escupido mas hiel!

La comandanta se acerca sin duda al oido de su interlocutora, y hablan las dos en voz tan baja que apenas puedo oir mas que el murmullo de las palabras. Supongo que lo que dicen no tiene para mí importancia.

Me parece que las dos interlocutoras acaban de levantarse. Oigo que se acercan á la puerta, sin duda para despedirse. ¿Qué hago? Bajo la escalera sin ruido. Al pasar por delante de la puerta del cuarto principal, me parece que oigo un doble chasquido que casi se me figura un doble latigazo. ¿Será un beso? ¿Será ese doble beso de despedida que no se niegan ni aun las mujeres que mas se odian?

Despues... no oigo nada mas.

No sé si los fragmentos de diálogo que he copiado, únicos que he podido conservar en la memoria, bastan para dar una idea aproximada de la militara del dia. Con menos datos que yo he recogido para rehacer á la militara, han rehecho algunos naturalistas sus floras y sus faunas y han rehabilitado algunos historiadores la sociedad antígua reducida á polvo. Preciso es sin embargo confesar que la militara del dia no forma el tipo de una especie, sino la variedad de un tipo. No todas las militaras son como mi vecina. Conste.

A. Ribot y Fontseré.

LA FUTURA

¡Vive Dios! traqueteado lector, que si no sabes apreciar en su justo valor los quilates de la esperanza; si has hecho tuyas, por casualidad, aquellas palabras del poeta, *Lasciate ogni*, etc., ¡vive Dios! repito, que en este caso debes no pasar adelante en el camino que trazan estas enmarañadas líneas y dejarme que le recorra acompañado de los que saben que la esperanza es el *vital aliento* que nos anima á seguir esta vida azarosa llena de tropiezos y contrariedades, de goces futuros y males pasados, de halagüeños recuerdos y esperanzas acarameladas.

A bien que ¿cómo no has de conocer la esperanza? ¿Quién ha dejado de llevar los lábios al borde de la copa que la contiene? ¿Quién no ha sido muchacho y ha dejado de dormir una noche con el recuerdo de ponerse al dia siguiente un trajecito nuevo? ¿Quién no ha jugado en su vida un décimo de la lotería con la esperanza de alcanzar un premio el dia del sorteo? ¿Quién no ha deseado la llegada de una hora en que se citó á la amante para expresarle el cariño en alguna de sus múltiples manifestaciones? ¿Quién no ha esperado el logro de un destino? ¿Quién no persigue su comodidad, su fortuna ó su gloria?

¡Ah! todos, todos esperan, todos sufren con tranquilidad ó por lo menos con paciencia las contrariedades ante la esperanza de alcanzar un bien apetecido, soñado, presupuestado, digámoslo así.

Y ¿qué bien mas apetecido para una jóven que persiguió á Himeneo, que la de una boda bien hecha, una posicion asegurada, un ensueño de amor realizado?

Y si eres tan desgraciado que no la conozcas, ¿quieres, oh lector, saber lo que es la esperanza? Pues ama, busca una mujer medio ángel, en la cual deposites tus sentimientos, auséntate de ella durante un mes, recibe sus perfumados billetes, vuelve á su lado, estrecha su mano nuevamente, siente sus palpitaciones, acuerda con ella el dia en que has de hablar á papá, vístete de negro ese dia,

acude, corre, vuela,
traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,

preséntate al futuro suegro, pídele la mano de tu Sofía, agradécele el otorgamiento, ves á contárselo al juez y al cura, si te has de casar por partida doble, colócate, en fin, en la situacion del hombre que dice: «dentro de quince dias me caso;» y si en todos y cada uno de estos momentos no esperimentas las dulces alternativas de la esperanza... ¡que me emplumen consiento!

Ahora bien; si tú siendo hombre y teniendo tu carrera deseas que llegue

el dulce instante de llamarla esposa,

¿qué no ha de desear ella, qué no ha de esperar, si sabe que su porvenir es ese; si aprendió de sus amigas que la colocacion de la mujer es el casamiento, y si la experiencia le ha podido ya demostrar que para conquistar á un hombre es preciso formar un voluminoso expediente, que empieza por notas ó señas telegráficas, y que antes de llevarlo á la vicaría y al juzgado necesita salvar mil peripecias, fundadas en la natural aversion de ellos al yugo matrimonial, en la falta de

dote de la doncella, y en otros mil fútiles (¿fútiles? ¡bah! dicho queda!) motivos?

¡Ah! sí; la vida de la mujer es una esperanza contínua. Cuando niña espera ser jóven y hermosa para adornar sus encantos y servirse á los solteros como sirven el prosáico pavo en las fondas, rodeado de flores. Cuando jóven desea un amante; cuando le tiene desea casarse, y cuando le dió el sí, cuando de él lo recibió aquella noche en que los papás de ambos jugaban á la treinta y una; cuando ya todos saben que se han dado los primeros pasos en la senda de lo legal, ¿qué esperanza habrá en el mundo que iguale á la que esperimenta la futura desposada? ¿Qué artista habrá deseado con mas impaciencia la terminacion de su obra? ¿Qué general habrá ansiado con mas vehemencia el triunfo en la batalla? ¡Oh! no hay esperanza, no hay deseo, no hay impaciencia como la que experimenta la jóven doncella quince dias antes de firmar sus esponsales (si sabe firmar).

Porque es lo que ella se dice allá en sus adentros, es lo que piensa al propio tiempo que deja caer su cuerpo sobre el solitario lecho, es lo que se pregunta en esas horas de la noche en que tú casado ya quizás no tienes en que pensar *de extraordinario,* es lo que ella recapacita: ¿Se volverá atrás? ¿Me hará traicion? ¿Me repudiará en el último momento? Cierto es que se ha ratificado delante del juez, cierto que nos hemos tomado los dichos, pero ¡tales casos se ven! ¡tales hombres andan por esos mundos! que ¿quién es capaz de predecir lo que ha de acontecer mañana? Bien mirado, él es bueno, ¡eso sí!... es decir... buenos todos lo son en visita; pero luego... ¡Oh! y yo no puedo tener queja. Me ha dado pruebas, ¡yo lo creo! Si no me quisiera, ¿hubiera sufrido por mí durante dos inviernos las inclemencias del tiempo? ¿Hubiera venido desde Málaga, abandonándolo todo el dia en que supo por telégrafo que yo tenia aquellas calenturas? ¿Y el dia que se gastó su dinero por regalarme una joya? ¿Y la cara que puso el dia en que reñimos y dije que no nos volveríamos á ver? ¿Y la sumision y respeto con que pidió un armisticio primero y la paz incondicional mas tarde? ¡Ah!

no, no puedo tener queja, no: Luis me quiere, Luis no me hará traicion, Luis es un caballero. Y eso que los amigos... ¡Oh! no hay plaga mayor para un amante que los amigos. ¡Si se acabara la casta! Porque ahora le pondrán á Luis la cabeza... y le dirán que mire lo que se hace, y saldrá á relucir lo del lazo eterno, y lo de la indisolubilidad del matrimonio, y quizás... quizás le convenzan... Pero no, no, ¡imposible! ¿Mi Luis serme infiel? ¡Jamás! ¡Vana quimera!

Y pensando en esto se queda la infeliz dormida y sueña que Luis hace el dia de la boda lo que aquel del cuento, que fué por tabaco y no volvió, ó sueña que á Luis le pasó algo ó enfermó ó murió la víspera del casamiento, y al verse amenazada de soltería la novia en vísperas se asusta, lanza un grito, se despierta, tienta la cama, abre los ojos, hace memoria, se convence de que ha sido víctima de una pesadilla, y vuelve á dormirse con la zozobra del anterior ensueño.

¡Oh! ¡Efectos de la esperanza! Adelante.

Fuerza será declarar que el tipo que quiero presentarte no pertenece á la *alta sociedad*, donde las bodas y sus vísperas, mas bien que una peripecia de la vida que lleva á la familia de los cónyuges algo de extraordinario y nuevo, es uno de los acontecimientos naturales y previstos que se pactan y tratan con la misma frialdad que pacta un ministro de Estado un tratado de amistad y comercio en el cual no ha de hallar para sí propio ventaja alguna.

En esas regiones suceden las cosas de distinto modo.

Los respectivos papás se reunieron, acordaron el enlace, el uno hizo mil encomios de las haciendas que su hijo aportaba, el otro citó los pormenores de la casta de su hija, hizo cada cual la apología de su respectivo vástago, se consultó oficialmente á la familia, se solicitó el permiso de su majestad, y esto arreglado, el escribano acudió á la casa y hubo actas levantadas, dichos tomados á domicilio, amonestaciones dispensadas, bendicion papal... ¡Vaya V. á saber!

La novia de este rango no hace nada, no la corresponde otra cosa que dejarse casar, y se deja casar con impasibilidad en la capilla improvisada en la misma casa.

El equipo (creo que no se dice así; me parece que es mas aristocrático decir *trousseau*) se encarga á Mad. Leontine, el mueblaje á M. Prevost, los carruajes á París, los caballos á Lóndres, las joyas á Samper, el calzado á Reynaldo, y todos y cada uno de estos ilustrísimos artesanos van paulatinamente depositando sus encargos con una ó dos semanas de anticipacion.

¿Qué emociones ha de experimentar una novia de esta clase? ¡Ah! ninguna. Todo se lo encuentra hecho, todo se lo dan arreglado, á veces hasta el cariño conyugal, y el dia que se casa se limita á abandonar la casa de sus papás para ir á ocupar otra en que ella será la directora. «¡Tendrá esposo!» Esta es para ella la única variacion. «¡Esposo! ¿Y qué es un esposo? Un mueble mas.» Esto dice ella. «¡Esposa! ¿Y qué es una esposa? Un dije nuevo, una sortija nueva, un reloj bonito.» Esto dice él. «¿Y merece esto que yo me tome el trabajo de pensar en que mañana cambio de estado?» Esto dicen ambos.

Por eso yo digo que no es mi tipo aquel en que el casamiento no altera las ideas, no modifica las costumbres, no asegura un porvenir asegurado ya por el nacimiento.

Tampoco es mi tipo la hija de la *señá Nicolasa la albañila*, que segun dicen en la vecindad se casa con Pepe el oficial de carpintero que trabaja mas arriba, porque las vísperas de este matrimonio se reducen á que él salga el domingo anterior á comprarse una capa y un traje (chaqueta por supuesto), y á que ella se haga un vestido de lana y pida á la *señá Tomasa la prendera* que la *empreste* otro de seda para ir á la iglesia.

En efecto, ¿qué necesitan saber estos novios? ¿No le dijo á él el padre de ella que si la queria *se la habia de llevar desnuda*, porque no tenia posibles para mas? ¿No contestó él que así la queria porque él tampoco tenia mas que su jornal y veinte duros ahorrados para pagar al casero los primeros meses? ¿No se ha prestado á ser padrino el maestro del chico «porque le tiene ley y quiere costear la comida de aquel dia, lo cual que se verificará en la Pradera?» ¿No sabe ella, mejor dicho, no cuenta ya ella con el fregadero que la ofreció *la*

Tuerta, con tres sillas que la madre le regala, con una mesa que la va á dar la vecina del 10, con dos toallas que ha ofrecido la madrina, con un pañuelo para la cabeza que la llevará la mujer de aquel señor que siempre recomendó á su padre para que le dieran trabajo, y en fin, con algo que la dará el tendero, amen del ofrecimiento de que cuando necesiten algo que allí está él?

Pues bien, si esta infeliz sabe que el dia de su boda no habrá en casa mas dinero que el que él cobró de la semana anterior; si sabe que no va á salir de estrecheces; si no puede esperar mas que «pan para hoy y hambre para mañana,» ¿cómo ha de ver en el matrimonio mas que un paso que es preciso dar porque así lo hacen los demás? ¿Cómo ha de tener ansiedad ó impaciencia para casarse si se para á discurrir en que ante la seguridad de que mañana tendrá hijos, está la inseguridad de que no tenga que darles que comer, porque él no trabaja en un mes ó dos, ó porque el oficio de él se ponga malo, ó porque le ocurra una desgracia que le deje inútil para siempre?

¡Oh, no! Mi tipo, ó por mejor decir, el que yo he ideado describir, es el de esa mujer que pertenece á la llamada clase media, la cual toma un poco de las costumbres aristocráticas y otro de la clase menesterosa...

Porque has de saber que si la chica lleva dos riquísimas colchas para la cama, es porque una se la regala mamá que no la usó sino el dia de su casamiento, y la otra la hizo la muchacha á *crochet*, desojándose por las noches y empleando en ella media cosecha del algodon de los Estados-Unidos.

Y has de saber que la media sillería de la sala la compró él y ella hizo las fundas.

Y has de saber que él se ha gastado el sueldo de medio año en comprar cómoda, espejo, mesa de escritorio, un lavabo regular, seis cuadros que parecen hechos al óleo y son imitacion, un reloj de pausado campaneo, etc., etc. Y ella, como le toca la cama, ha tenido que comprar lana y tela para dos colchones (porque el de la criada, de uno viejo de mamá se arreglará), y un juego de sábanas y almohadas con

las iniciales, amen de la cama de hierro y el ajuar para la cocina.

Además la infeliz ha tenido que comprar cuatro varas de holanda para hacerle á él la camisa de novio, así como él le ha regalado á ella los pendientes para aquel dia.

Ese es, pues; ese es mi tipo.

¿Crees que ella descansa ni un momento desde que lo del casamiento es cosa formal, desde que se han dado los primeros pasos? Pues no señor, porque faltan quince dias, y en ese tiempo tiene que acabarse aquel vestido de seda que D. Pantaleon la ha regalado en corte, y tiene que hacer los dobladillos de los pañuelos nuevos, y acabar la colcha, y marcar los manteles y servilletas, en fin, ¡que ella misma no sabe si tendrá tiempo para tanto!

Y no creas que su imaginacion para un momento, no señor; que aunque la ves cose que te cose, hecha una negra, ella está en todo. Mira tú, ayer tomó los dichos; por eso llama á mamá y la dice:—¿Han traido ya los dulces?—Sí.—¿Cuantos trajeron?—Seis libras, hija, los que dijistes.—Bueno, porque ya sabes que es preciso aprovechar los seis cucuruchos; hay que enviar uno al jefe de papá, porque ese tiene dinero y algo me regalará; otro á la señora del principal, que ha dicho que soy simpática; otro...—Todo se hará como tú quieras.—Lo digo porque es preciso aprovecharlos. Ya ves, esos cucuruchos comprometen al que los recibe á devolver una fineza, y hay que enviarlos á personas rumbosas y de dinero.—Y dime, hija, ¿habeis pensado algo de la comida del dia de la boda? A mí me parece que en el Vivero...—Ah, no, mamá, eso seria muy cursi. Luis quiere que tomemos el chocolate en el café y que comamos en *La Española*; es mejor y se quita una de pensar en eso. A mas de que esto el padrino lo hará como quiera, porque es cuenta suya.

Y estando en esto suele entrar él á decir que ha visto un cuarto que quiere que lo vean ella y mamá antes de comprometerse con el casero, y ella contesta:—Pero hombre, ¿no lo has visto tú ya? ¿O crees que tengo tanto tiempo de sobra? En fin, iremos, porque si no lo hace una todo... ¡Ah! bien ha-

ceis en casaros: si no fuera por nosotras... ¡Vamos! Si no fuera por nosotras, ¿qué seria en el mundo de vosotros?—¡Tienes razon!

Y como mamá ha salido un momento de la habitacion porque ya empieza á tener confianza al «¡tienes razon!» acompaña un abrazo de ensayo y un beso de imitacion que la muchacha rechaza con... sentimiento, preciso es decirlo, y le añade:—Vamos, no seas loco; ten paciencia, hijo mio, ten paciencia. Y, una cosa te prevengo: si despues de casado has de abrazar á otra, ahora estás á tiempo, vuélvete atrás, porque, eso sí, si una vez casados te viera yo en brazos de otra mujer, ¿qué sé yo? ¡me moriria de repente!

Con esto Luis se ratifica mas y mas, se enamora doblemente, se sobresalta, y haciendo un nuevo esfuerzo, la da al fin un beso por sorpresa y á buena cuenta, á que ella contesta mirándole con tiernos ojos poniéndose colorada y llamándole *traidor*. Él se sonrie, se oyen los pasos de mamá, y se imita entonces la continuacion de un relato ó de una conversacion que si mamá es suspicaz «y ha sido cocinero antes que fraile,» comprende lo violento de aquel lenguaje al parecer tranquilo.

Pero llega la víspera, la verdadera víspera de la boda, y allí son de ver los apuros de la novia que ha visitado cien veces la nueva casa y siempre le ha faltado alguna cosa, alguno de esos pequeños enseres que no tuvo presentes al comprar los cachivaches. Siempre dice: «Estoy atolondrada. ¡Qué memoria la mia! ¿Pues no se me ha olvidado?...»

A veces se presentan en la víspera trascendentales obstáculos. El zapatero no acabó las botitas. ¡Voto á tal! D. Rufino no trajo aun los cubiertos de plata que ofreció costear. ¿Lo hará con mala intencion? La criada que tenia encargada no vino aun del pueblo. ¡Por vida de!... Falta el lazo de gró que ha de ponerse en la cintura. ¿Ha visto V. que desgracia?

A todo esto, sus amigas Joaquinita y Luisita y Felipita vienen á dar la enhorabuena, á ver los regalos y á escudriñar la habitacion. «Esta es la alcoba.—¡Ah, vamos! ¡Está bien!—¡Qué cama mas hermosa!—¡Y qué bien puesta!—¡Y qué ele-

gante!» Joaquinita mira á su novio con aire compungido como quien dice: «¿Cuándo nos veremos nosotros tan cerca?» Luisita dice al oido á Felipita que no han tenido gusto para la puntilla, que es muy cursi. Otra censura el color de la estera del gabinete. A otra le parecen pobres los regalos, y todas las amiguitas, en fin, encuentran algo que censurar, aunque se vayan reconcomiendo de envidia y de ambicion. ¡Cosa natural!

Vienen ese mismo dia las consultas sobre á quien se ha de convidar para mañana. «A la de Rodriguez no, porque traerá á sus muchachos y son muy empalagosos; á las de García menos, porque son ciento y la madre y se encajarán todos; á las de Mendez tampoco, porque no han sido para mandarme una miserable pulsera de regalo; á las de Ruiz no hay que pensar en ello, porque son mas murmuradoras... ¿A quién convido?»

Y sin estos, otros mil y mil cuidados, mil y mil recuerdos, mil y mil pequeñeces, todos innumerables, que hacen de la novia la víspera de sus bodas una víctima prematuramente sacrificada.

Porque es lo que yo digo: ¿duermen estas jóvenes la víspera de sus desposorios? ¡Ah! no, lector mio, no lo creas aunque ellas lo aseguren. Todas se casan con un sueño de retraso y con la esperanza de dormir poco ó nada la noche de la boda.

Y luego, que la víspera hay que dar las últimas puntadas, arreglar la ropa por el órden que al dia siguiente se la ha de poner, ha de dar en fin la última mano al equipo y prepararlo todo, y á veces dan las doce de la noche y le falta arreglar el pelo para que mañana resulte rizado, y fregarse y frotarse con *cold-cream* y esencias y aromas para que el novio crea que le toca en suerte una ninfa bajada de las regiones celestes, y cortarse las uñas, y *arreglarse*, en fin, poniendo en juego lo que el arte femenil ha inventado de mas coqueton...

Y se acuesta tarde... pero no duerme, porque dentro de veinticuatro horas su suerte será otra, su soledad habrá desaparecido, su abandonado lecho será ya lecho matrimonial,

y piensa, en fin, en muchas cosas que yo no debo revelar aquí porque respeto la conciencia de las esposas futuras.

Y ella resume en aquella noche toda su historia pasada, y escribe en su imaginacion toda su historia futura, y se considera ya colgada del brazo de Luis que la lleva aquí y allá, al café y al teatro, al Prado y á un concierto casero, donde no se llamará ya la Pepita ó la Elvirita, sino la de Gomez ó la de Perez.

¿Y ha de dormir la muchacha con estas ilusiones? No, amigo mio, no duerme. Por el contrario, se levanta temprano, despierta á mamá para que se vaya aviando y la ayude. Y mamá derrama las primeras lágrimas de reglamento y repite aquellos consejos tantas veces dichos y tan cuidadosamente explicados. Y ella, atolondrada con la proximidad del instante feliz, lo oye todo como quien oye llover, y todo se la vuelve pedir y mas pedir, que necesita en aquellos momentos cien ayudantes.—«Pónme aquí un alfiler.—Mírame el vestido.—Dame ese lazo.—¿Dónde están los pendientes?—¿Dónde puse los guantes?—¿Dónde eché el pañuelo bordado?» Y mamá la ayuda á aturdirse.—«Hija, estás descolorida; pásate la toalla por la cara; serénate; ¡si todo esto es natural! ¡Ay, hija de mi alma! Dios te dé buena suerte. Me parece que te pierdo para toda mi vida. ¡Qué será de tí!»—«Pero mamá...» —«¡Ah! tú no sabes lo que es una hija, pero ya lo sabrás.» Y aquí lágrimas, sollozos y exclamaciones. Y ella pregunta con impaciencia: «¿Ha venido ese? ¡Caramba! ¡Cuánto tarda Luis! ¿Si...»

Se oye rodar un coche. «¡Ahí está!» gritan todos; bajan, se empaquetan, llegan, y á la puerta de la iglesia vuelven los olvidos.—«¿Y las arras?—Me las dejé en casa.—Yo olvidé mi devocionario.—Yo mis...—¡Que vaya la Pepa en un momento!—¡Voto va!—¡Siempre se olvida algo en estos casos!»

Penetran al fin en la sacristía... y aquí, amado lector, permíteme que dé por terminada mi mision, puesto que mi tipo de futuro perfecto, imperfecto ó plusquamperfecto, se convierte ya en presente de indicativo, y deja de ser novia, soltera, amable, dulce y poética para convertirse en... ¡alto

allá! que esto ya es objeto de un nuevo tipo que tal vez alguno describirá con el título de *La recien casada.*

Réstame preguntar: ¿Puede darse momento mas solemne en la mujer que el de la víspera de su boda? ¡Oh! ¡no le hay! ¡Dia feliz! ¡Dia feliz!

Salvo, por supuesto, aquellos casos en que, además de los indicados anteriormente, la novia en vísperas no experimenta ninguna sensacion agradable, y en que, por el contrario, ó aparece indolente como la que se casa por poderes, ó triste como la que se casa por violencia, ó acongojada por una viudez prematura como la que adquiere un marido *in artículo mortis.*

Pero de estas no me ocupo, porque en el primer caso se casan con una X matemática, en el segundo con un enemigo odioso, en el tercero con un cadáver... Todo lo cual, convengamos en ello, no es casarse.

MANUEL MATOSES.

LA LITERATA

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento.

I

Ninguna, entre la variedad infinita de especies de la familia humana, mas saliente ni de caractéres mas propios y peculiares, que aquella de que vamos á ocuparnos, si no con la fuerza y brillantez de colorido que por primera condicion requieren los asuntos de género, al menos con el acento y riqueza de detalles que nos presta el modelo y nuestra modesta experiencia en la descripcion gráfica de los asuntos *d' aprés nature.*

El estudio de la mujer, á que con tanta aficion se han dedicado las tres cuartas partes de los hombres con el mismo resultado práctico que los partidarios de la aereostática en el curso y direccion de los globos, ofrece en medio de sus inexplicables misterios fisiológicos algun que otro claro á que como tabla de salvacion se agarra fuertemente quien se lanza en busca de rumbo fijo en el revuelto mar de las pasiones femeninas.

Conocer la mujer, delinearla en sus aficiones y extravagancias, imprimir con toda verdad la expresion de sus cuali-

dades y guardar la armonía de sus múltiples detalles con el tono general de la especie, es obra para encomendada á superiores inteligencias, á maestros en el arte, no á sencillos bosquejadores, que por sentimiento y carácter satisfacen sus aspiraciones con el cróquis en que apenas se apuntan los primeros rasgos de expresion y sentido general de la obra.

Por eso, dejando yo la demostracion de tales verdades á quien ó quienes las sepan bien tejer, y concretándome por completo á la ligera exposicion de un tipo *remarcable* (como diria un académico galicista), empuño de bien á bien la paleta, derramo en su pulimentada superficie los colores de mas brillante luz, y partidario decidido de la verdad en tono y efectos que revelen ligereza, travesura y vigor, me siento delante de la imprimada tela para mostrar á Vds. en boceto, lo que en la sociedad moderna conocemos con este nombre: *La Literata.*

II

Ha dicho un poeta:

Los siglos á los siglos se suceden;
los hombres á los hombres se atropellan.

Y como consecuencia de esta fatal verdad, hemos experimentado en breve espacio una transicion social no tan rápida como brusca y de incalculables consecuencias.

Era la mujer, en el tiempo de nuestros progenitores, un sér que, envuelto en una basquiña de medio paso y picarescamente recatada en ámplio y onduloso velo, apenas si descubria otra cosa que la peina monumental, el libro de rezo y los menudos piés encerrados, ya en el chapin de raso, ya en el zapato de galgas.

Su trono era el estrado, su esfera de accion el círculo de la familia, sus ócios *las cuarenta horas*, sus placeres el *sarao* y la botillería, su lujo el *manucordio* y la carroza, su debilidad el rosario y los frailes.

El horror que por todas partes se la inspiraba á la instruccion, la contínua presencia del padre confesor, la interminable série de letanías, procesiones y tríduos en que miraba repartidas las horas de su vida, apenas si la permitian un momento que consagrar á la lectura, y solo robando algun instante á tan inacabable misticismo, podia la mas vertiginosa fijar la vista en las páginas de la *Atala*, del *Solitario del Monte Salvaje*, ó en alguna otra flamante traduccion de Chateaubriand ó del vizconde *d'Arlincourt*.

. . . .

¡Quantum mutatus ab illo!

Húndese de pronto y de una sola vez la sociedad antígua con sus carácteres peculiares, truena el cañon arrojando metralla contra los muros carcomidos del pasado régimen, estallan en fragmentos las bases de una organizacion secular, y entre el fragor de la lucha, y el humo de la pólvora, y el estampido del bronce surgen, como las apoteosis de la escena mágica, las ideas modernas vistiendo con nuevas y deslumbradoras luces el escenario de la accion social, llegando con su empuje y poderío hasta los últimos intersticios sociales.

Nada se salva de lo que fué; apenas si resta algo de lo que existió, y gracias que en el choque sobrenatural del pasado con el presente se levante todavía, como barrera insuperable, algun resto de tradicion, aunque cubierto ya con la corteza de un recuerdo sangriento.

. . . .

¿Qué fué de la mujer que conocíamos en el silencio religioso de la familia, en el rubor hipócrita de la vida social pseudo-contemplativa? ¿Restan siquiera de ella los caractéres exteriores de su adorno y embellecimiento?

¡Ni aun eso! Los que así la buscaren habrian de acudir forzosamente á contemplarla en los recuerdos inapreciables de Goya y D. Ramon de la Cruz. ¿Pero será que la mujer ha desaparecido en tan monstruosa trasformacion?

Nada menos que eso: la mujer existe, ha cambiado de ropas, ha mistificado sus creencias, ha refundido sus inclinaciones, ha sido víctima forzosa de la mutacion, y entre sus

innumerables aspectos ofrece el que voy á presentar á Vds. en el tipo que me tocó delinear en esta coleccion.

. . . .

III

Rotos de una sola vez los lazos que retenian fuertemente á la mujer sujeta al prosaismo de la vida familiar, siéntese animada de un espíritu nuevo y aspira á la participacion del aplauso en los trabajos del entendimiento humano, y hé aquí á *la literata* surgiendo entre las vaporosas nubes de la nueva civilizacion como otra Vénus nacida de las espumas del mar.

No la reviste ya uno solo de los caractéres con que la conocíamos: á la timidez propia ó fingida ha sucedido la desenvoltura estudiada; su cabeza, envuelta antes en recatados pliegues, aparece ahora dando al aire el cabello deshecho en flotantes rizos, y á la mirada pudorosa y cobarde ha reemplazado la visual arrojante y altiva á través de las gafas insolentemente sentadas en el piramidal de la nariz.

Aquellos ócios repartidos antes en iglesias y locutorios, constituyen ahora el mejor tiempo de la inspiracion y el sentimiento material, y á la lectura inocente del *Añalejo* y las *Conversaciones con Cristo,* han relevado las *Aventuras del Baron de Foblás* y *La Mitología comparada.* . . .

Así aparece *la literata*, que en su primera etapa responde al dominio de su organizacion, dejándose llevar tan solo por los arrebatos de la poesía para ser primero *bucólica* y sentimental como un corderillo y mas tarde impetuosa y volcánica como predilecta sacerdotisa de Melpómene.

¡Pobre mujer! Durante un tiempo, la desquician las dulzuras del *idilio* y la absorben las delicias de la *anacreóntica*, sin ver mas paraiso que el que la muestran los apóstoles soporíferos del clasicismo; pero suena de nuevo el momento de la trasformacion, y arroja desdeñosamente la siringa y el cayado para empuñar el *thirso*, y coronada de pámpanos

confundirse en un coro de bacantes y sátiros y ser partícipe en las liviandades de una saturnal.

¡Pobre mujer! ¡Antes la conmovian los ecos de la lira de Melendez y de Iglesias, y ahora la subyugan las pasiones de Larra y Espronceda!

Pero *la literata* en su aparicion era mirada como un objeto raro en la familia; sus parientes y amigos la compadecian; llegaban á considerarla fuera del estado natural de razon, y hasta la toleraban por esta causa aquel desden, aquel soberbio desprecio con que les miraba despues de haber escrito entre las páginas del libro del *gasto diario* ya una *imitacion de Víctor Hugo*, ya el principio de un poema sobre *El juicio final.*

Pasó la edad de aquella *literata*, pálida, ojerosa, inclinada al excepticismo, envuelta con estudiado *deshabillé* en la blanca bata, propensa al suicidio, enemiga del matrimonio, dada á las pasiones fuertes, ambiciosa del rapto y del tósigo, que comprometia la paz de una familia huyendo hasta el pueblo inmediato de su residencia con el primer truhan que llegaba á conocerla, y acabando despues en buena esposa de un especiero ó de un escribiente de loterías.

Pero no sucumbió allí *la literata.* Si terminó su primera época, no por eso dejaremos de encontrarla nuevamente grande, piramidal, inconmensurable, en la de nuestros dias.

Los tiempos de *la literata* que acabamos de bosquejar, eran todavía monótonos en el cuadrante de los siglos para ofrecer emociones sobrenaturales.

Languidecia la literatura uncida al carro de los dramaturgos franceses, y las pasiones humanas apenas si daban ocasion al ingénio para empresas que la enervasen y entusiasmasen.

A falta de asunto fijáronse todas las miradas en el rumbo de la nave del Estado; lanzóse cada cual á opinar segun sus teorías ó planes, y haciéndose poco á poco la atmósfera, empezóse á pensar en alta voz.

Brotó entonces el *periodismo,* fuente inagotable de discu-

sion y emociones de todo género, y fué tal el vértigo con que á él se lanzaron los espíritus, que alcanzando el contagio á la familia, arrastró en pos de sí á la mujer, para presentárnosla bajo dos nuevas fases, *la literata* de hoy y *la literata del porvenir*.

La literata de nuestros dias no tiene relacion alguna con la primitiva literata; es un tipo de esencia y caractéres propios, en el que se reflejan todos los accidentes y detalles de un momento histórico vertiginoso y solemne.

Por una extraña particularidad, *las literatas* de principios del siglo pertenecian todas, ó en su mayor parte, al estado honesto: era su aficion una manía de la juventud, tal vez por esto disculpable, que venia á terminar en los altares de Himeneo.

La literata de nuestros dias pertenece de hecho al estado conyugal, y de derecho á la prensa y á la escena. Los hombres, en un momento de inocente expansion, dijeron que la mujer era la base de la familia y de la sociedad; la mujer, en su prodigiosa inteligencia, se apoderó instantáneamente de esta concesion, y sin fuerzas para contenerse en los límites de lo justo y lo natural, se lanzó á la senda de que se creia dueña, y apoderándose de cuantos medios ponia el hombre á su alcance, se hizo escritora para ser luego propagandista, y desbarró en la propaganda como habia desbarrado en la poesía.

Por eso ven Vds. con que fruicion se entrega á fundar *revistas*, *semanarios* y *bibliotecas* cualquier señora dando al olvido los calzoncillos de su esposo, y como publica tomo sobre tomo con sus inspiraciones poéticas, ya con el nombre de *Cuentos de color de rosicler* y *A la luz de la luna*, ya escribe drama sobre drama condenando *la esclavitud* ó combatiendo el pauperismo.

Por eso la ven Vds. *abonada grátis* en todos los teatros reclamando su derecho de *autora*, cuando no improvisando espectáculos para el socorro de las víctimas del Congo, ó fundando *ateneos* y *asociaciones* para protestar contra el tributo de sangre y defender la abolicion de la esclavitud. Por eso

funda periódicos y compromete á cuantos emborronan papel para que figuren en la lista de colaboradores, y los dedica al príncipe H ó la duquesa Z.

Por eso vive en contínua conversacion con libreros y editores, y hace que se anuncien sus obras, y envia el elogio hecho de su mano, ó publica el *sumario* de su último número, y por eso... está adelantando gigantescamente la aparicion de *la literata del porvenir*, es decir, de la literata *política,* de la ciudadana del *club* y del *folleto*, de la *proclama* y *del petróleo*.

. . . .

Cuando llegue el momento, tendrá el honor de hablar á Vds. de ella su afectísimo

EDUARDO SACO.

LA VIUDA

Grande metamórfosis produce el matrimonio, y más especialmente en la mujer que en el hombre. Algunas de las causas de aquel *más* son puramente físicas y fisiológicas: estas se las dejo al curioso lector; y pido á la lectora, aunque la supongo no menos curiosa, que me dispense de puntualizarlas. Atengámonos por ahora á otros efectos del consorcio conyugal, y estudiémoslos en la consorte en su último término, esto es, cuando ha dejado ya de serlo, y para hablar más claro todavía, en la VIUDEZ.

Teóricamente podria cualquiera figurarse que la mujer viuda, sometida á una observacion, así... (¿cómo lo diré yo?) así... puramente externa, es sumamente parecida á la mujer soltera: ¡error grave!

Míreselas con atencion á una y otra, en la calle, por ejemplo: cuando en el rostro de una soltera fijamos los ojos, ella baja los suyos, y parece como que exclama, allá para sus adentros: «¡Ay, Jesús!» Por el contrario: cuando clavamos en una viuda la mirada, ella nos la devuelve altiva y arrogante, como quien dice para su capote: «¿Y á mí, qué?»

Yo no soy muy feliz en esto de comparaciones, y así es que por más que busco alguna para aclarar mi pensamiento, no me ocurre otra que la del recluta ó soldado bisoño pues-

to en cotejo de un veterano aguerrido y fogueado. Perdóneseme lo trivial del símil en gracia de su exactitud.

Y esta tan marcada diferencia entre la doncella libre y la casada que dejó de ser esto y aquello, se hace mas patente cuanto más de cerca se las examina. Porque aquel diverso aspecto que dejo apuntado, puede tambien notarse entre la mujer que tiene marido y la que no le ha tenido todavía; pero la que le tuvo y se quedó sin él, se distingue muy particularmente de las otras dos.

No es necesario ser Cuvier ni Linneo ni otro alguno de esos grandes naturalistas familiarizados con las clasificaciones, para caracterizar la especie *viuda*, y aun sus infinitas variedades. Seria muy largo y enojoso el describirlas todas; pero no cumpliria mi propósito si no bosquejase, *siquiera sea á grandes rasgos* (1), algunas de las principales.

Empecemos, si Vds. gustan, por

La viuda verde.—Esto de *verde* no significa, por supuesto, que no esté madura, sino que, al contrario, se parece á una planta verde, lozana, y muy en disposicion de dar fruto. La mujer que tan en sazon se queda viuda, siente casi en el mismo instante la necesidad y la conveniencia de dejar de serlo: por inspiracion, y como si dijéramos insconscientemente (2), empieza á tender sus redes y echar sus aparejos, aun antes de que se enfrie el cadáver de su adorado esposo. Pero estas artimañas son de muy distinta estofa que las que solia usar allá cuando soltera. Entonces eran las galas, los moños y las flores; ahora son los crespones y gasas fúnebres. Entonces eran las sonrisas, los quiebros, los remilgos y los dengues; ahora son el semblante melancólico, las cejas remontadas, los ojos clavados en el cielo y arrasados en lágrimas, los suspiros lastimeros, y hasta el llanto y los sollozos. Cuando soltera, se iba á pasear á las calles, á las tiendas de modas, á los

(1) ¡Qué bonita frase! y sobre todo ¡qué nueva!

(2) No pueden Vds. figurarse lo que he sudado para traer tambien á colacion esta palabrilla. Al fin acerté á encajarla: loado sea Dios. Lo mismo irán saliendo otras frasecillas y vocablos, sin cuyo auxilio ningun español contemporáneo puede alcanzar fama de escritor.

paseos y á los teatros; cuando viuda, hay que echar los anzuelos frecuentando las iglesias, por supuesto las más concurridas; yendo al jubileo, en el cual puede entrarse y salirse muchas veces, como para probar fortuna y correr el albur *toties quoties*; acudiendo á los sermones de los oradores de fama, únicos que atraen gran muchedumbre masculina. Y no hay para qué añadir que á todos esos ejercicios piadosos ha de ir la viuda, no precisamente por el camino más corto, sino por el menos solitario, donde es muy posible encontrarse algun pez que caiga en el garlito (1) á vista de la enlutada belleza, de la tristísima hermosura.

Regla general.—La viuda verde tiene obligacion de ser jóven y linda, y si pudiere hermosa.

Si alguno creyese que hay en esta descripcion algo de falso ó de arbitrario, le ruego que me diga, si por acaso ha visto en su vida una viuda de estas que llamamos verdes en un paraje desierto, mal perjeñada, y con aquel desaliño, y aquel desórden en su *toilette* (2) y aquel desgarbo en toda su persona, que acusan (3) una melancolía profunda, una enagenacion del pensamiento, una *preocupacion* (4) invencible.

Un inconveniente tiene esta situacion, esta que pudiéramos llamar *posicion social* de viuda verde, y es que dura muy poco, en lo cual se asemeja á los destinos públicos, y... á otras muchas cosas mundanas. En efecto, no hay verdor que al cabo no se marchite y se ponga amarillento ó negruzco. La viuda de esta especie, ó se destruye por las segundas nupcias, ó prolongándose, se desnaturaliza y se desvirtúa, como las interinidades gubernamentales y las cámaras constituyentes. Así es como la viuda *verde* viene con

(1) *Garlito*, para quien no lo supiere, es una especie de nasa, artificio para pescar. Dicho sea con perdon del título de cierta obra dramática moderna: «*Un pájaro en el garlito*,» y sin ofensa de otro autor que ha puesto en su última zarzuela: «Me ha cogido de patas en el garlito;» como si en una red de pesca entrase animal con patas y de patas.

(2) ¡Qué bien traido! ¿Eh?

(3) ¿Pues y ésta?

(4) ¿Qué tal? No tiene mi editor oro con que pagarme este parrafillo.

el trascurso del tiempo á degenerar en la que podríamos llamar

La viuda seca.—Seca, porque ha enjugado su llanto, el cual es ley de naturaleza que no sea perdurable. Seca, porque pierde por lo regular la lozanía de su complexion, la frescura de su rostro, el brillo de la tez, y la morbidez de las formas.

La viuda seca es generalmente capaz de secar á cualquiera con la eterna narracion de su dicha conyugal pretérita, con los recuerdos de aquel dominio absoluto que ejercia sobre su difunto esposo, el cual, sometido á todas sus voluntades y caprichos, pasaba la vida entera en complacerla, regalarla, mimarla y hacerle arrumacos. «Así es, añade, que nunca he »podido resolverme á casarme segunda vez, aunque he tenido »veinte proporciones. ¡Pepe de mi alma! (1) ¿Dónde habia yo »de encontrar otro Pepe? El vacío que él me ha dejado no me »le llena á mí nadie!»

A cualquiera podria parecer inverosímil esta protesta solemne y pública de viudez sempiterna, porque siendo muy á propósito para alejar pretendientes, es en la viuda un procedimiento enteramente contrario á su interés bien entendido. Mas no hay que olvidar que la viuda seca tiene completamente perdidas las esperanzas de dejar de serlo, y si alguna vislumbra, la establece sobre la remota probabilidad de que un varon caprichoso y tan desesperado como ella, tome á empeño el vencer y domeñar aquella jactanciosa resistencia de la viuda á la reiteracion del connubio (2). De esta variedad de la especie pasemos, dando un salto, á la diametralmente opuesta; es á saber:

La viuda reincidente.—De estas las hay que han despachado tres ó cuatro maridos: forman una clase, un carácter tan marcado, y sobre todo tan cómico, que de buena gana le bosquejaria yo aquí á no parecerme una profanacion tocar á

(1) Es de advertir que toda viuda seca recuerda á su difunto por lo que los franceses llaman *le petit nom:* Pepe, Anton, Tolico, Curro... etc.

(2) Tambien esta expresioncilla es una imitacion; pero no me atrevo á decir de quien.

figura en que ya el magistral pincel de INARCO CELENIO lució todo su acierto y valentía. ¿Quién no conoce á aquella *Doña Irene*, joya del teatro español y arquetipo admirable de la viuda reincidente?

—«Lo que sé decirle á V. es que aun no habia cumplido »los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi »difunto D. Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre »que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más »respeto, más caballeroso..., y al mismo tiempo más divertido »y decidor. Pues, para servir á V., ya tenia los cincuenta y »seis muy largos de talle, cuando se casó conmigo.»

Se habla luego de la prole, y dice doña Irene: «¡Ay, señor! »dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mu- »cho... ¡Hijos de mi vida! Veintidos he tenido en los tres ma- »trimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña »me ha venido á quedar.»

¿Por qué admiramos tanto la verdad de este retrato? Porque en la sociedad estamos tropezando con el original á cada paso. ¿Quién no ha oido mil veces á la viuda reincidente quejarse, como doña Irene, de que «desde el último mal parto »que tuvo quedó tan sumamente delicada de los nervios... Y »va ya para diez y nueve años si no son veinte?» Pues, ¿y la evocacion de los maridos en cualquier apuro?

—«Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una »pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran »contra mí!—Al cabo de mis años y de mis achaques, verme »tratada de esta manera, como un estropajo, como una puer- »ca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de V.?... »¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el »último difunto que me viviera, que tenia un génio como »una serpiente... Que lo mismo era replicarle que se ponia »hecho una furia del infierno; y un dia del Córpus, yo no sé »por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordena- »dor, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen que se »pusieron de por medio, le estrella contra un poste de los »portales de Santa Cruz.»

No añadamos una sola pincelada á tan magistral pintura,

y pasemos á observar el contraste de otro tipo singular: el de

La viuda fantástica.—Por otro nombre, la que se dice viuda sin haber tenido jamás marido.—Yo no lo invento, pero malas lenguas lo aseguran, que doña X..., hoy viuda, nunca fué casada. Por de pronto, lo que no puede negarse es que si ha tenido maridos, pasan de media docena; porque en sus conversaciones, que son interminables y de una prodigiosa locuacidad, se la oye hablar de su marido el *brigadier*, de su marido el *general*, de su marido el *diputado*, de su marido el *gobernador civil*, de su marido el *regente de Audiencia*, de su marido el *director de telégrafos*, de su marido el *abogado*, etc.—Aunque bien mirado, en todo esto puede no haber contradiccion; porque en España, donde todos servimos para todo, este marido, en apariencia multiforme, pudo muy bien ser una persona sola, única y verdadera: y vamos á demostrarlo.

Llamémosle, por ejemplo, D. Sisebuto, y supongamos que era letrado en cualquier rincon de una provincia (ya tenemos aquí al abogado).—Eligiéronle para representar á su campanario en el Congreso (cátenle Vds. diputado).—Vino de oposicion, por supuesto, y se convirtió al ministerialismo, de cuyas resultas se le confirió á poco un gobierno importante (marido gobernador).—Acomodándole mas una toga, sentó á poco plaza y le encaramaron al primer puesto de una Audiencia (marido regente).—Cesante á los tres meses, se pronunció echándose al campo (1) al frente de unos cuantos facinerosos bautizados de patriotas, y como estos pasaban de 14, se puso tres galones en la bocamanga. Venció la insurreccion, y aquel... gobierno (llamémosle así) premió los servicios del paisano-coronel, dándole entrada en el ejército con el grado de brigadier. (¿Tenia razon doña X...?) Al mismo tiempo se le hizo director de telégrafos, para que tuviese el gusto de que le esplicasen por primera vez aquel reló mágico que con su misterioso chiqui-chaque, hace que por medio de un alambre

(1) Frase gráfica.

se oigan á millones de leguas las palabras que en voz baja pronuncia un telegrafista (otro marido siendo el mismo).— Por último, como no parecia justo que un tan consecuente liberal se atascase mas de seis meses en la *humilde* posicion de brigadier, consiguió sin dificultad la faja y con ella la aptitud necesaria para la presidencia del Consejo.

Toda esta historia se la habia forjado doña X..., aunque en rigor es por todo extremo inverosímil. (¿Verdá-usté, señor lector?) Pero las citadas malas lenguas sostienen que no hay tal marido uno ni múltiple, sino que como doña X... tiene á su lado una niña de veinte años que no ha conocido á su padre, en lo cual se parece á todo el mundo menos á su madre, ésta le ha fabricado uno á su gusto, confiriéndole, *auctoritate qua fungor*, todos aquellos empleos y dignidades.

Y el mejor dia oirán Vds. á doña X... hablar de su marido el *literato*, título casi tan fácil de adquirir en España como el de marqués ó como el de general: basta para ello, pongo por caso, que se publique una coleccion como la de LAS ESPAÑOLAS PINTADAS POR LOS ESPAÑOLES; que el editor se vea un dia apurado por un artículo; que se le encomiende á un amigo de pocas letras pero de mucho desparpajo, y que este amigo, ufano de hombrearse con escritores de ingénio y caletre, le endilgue unas cuantas hojas de papel manuscrito, y firme al pié de la última con todas sus letras...

ANTONIO MARÍA SEGOVIA.

LA SEÑORITA CURSI

¡Mal año para los etimologistas! Échense á revolver raíces y desinencias, barajen cuanto quieran copto y sanscrito, griego y hebreo, á ver si sacan en limpio de dónde nos vino el vocablo.

Y trabajo les mando tambien á los que presumen de saber describir clara y concretamente las cosas.

¿Qué es cursi? ¿En qué consiste el ser cursi? les preguntaremos, y ya nos parece oirles responder:

—Consiste en cierto *no sé qué...*

¡Basta! Enterados.

En cámbio el empírico se echa á la calle, da una mirada, señala entre cien mujeres una, y dice con la infalibilidad del buen sentido: «¡Allá va una cursi!»

Y cursi es.

La cursi no engaña jamás con falsas apariencias, al contrario.

Divídese y subdivídese el tipo, de manera que seria innumerable el catálogo de sus familias, géneros y especies; pero la índole es una y se evidencia de manera, que aun entre personas de menos que mediana discrecion, rara vez se califica de señorita cursi á la que no lo merece.

Hay cursis precoces: niñas que aun visten de corto, y de

las cuales se puede vaticinar que serán cursis andando el tiempo.

Ser cursi, imprime carácter; si se entra en el grémio, no se sale de él.

La coqueta puede acaso dejar de ser coqueta, la fea puede dejar de ser fea; pero la cursi, cursi muere.

La naturaleza y la organizacion social se ponen de acuerdo para crear una cursi, y la crean cabalita.

Si los romanos la hubiesen conocido con este nombre, indudablemente hubieran dicho: *cursi nascitur*.

Cursis hay churriguerescas; todas greñas, todas colores chillones, con ahuecamientos y redundancias que aturden.

Haylas con cierta propension arqueológica, rezagadas siempre: las que en tiempo del romanticismo defendieron á última sangre la peineta, las galgas y las mangas de jamon, así como hoy profesan el culto de las ojeras, el rodete bajo y el *Renato* de Chateaubriand, ó séase *René*, como le llaman ellas y sus traductores predilectos.

De ciertas cursis que hoy solo cuentan la tierna edad de catorce años, se puede asegurar desde ahora que en 1890 se preguntará: ¿Por qué no se casó fulanita?

La cursi se casa poco. No acertaríamos acaso á dar la razon de ese hecho; mas nos atrevemos á responder de su certeza, plenamente convencidos de que la experiencia no desmentirá nuestro aserto.

Por lo pronto convendrán todos mis lectores en que suele decirse una *señorita* cursi, y no una *señora* cursi; y no sucede así porque la cursi al casarse deje de serlo, pues el matrimonio no entraña eficacia alguna para trocar esencialmente un sér en otro.

Digámoslo todo, lo bueno y lo malo. Hay en toda cursi, hasta en la menos cursi, algo de originalidad, si no en ideas, en aspiraciones y sentimientos, y no puede ser cursi la señorita que carezca de imaginacion por completo.

La cursi por excelencia viste siempre con atraso respectivamente á la moda mas generalizada, y nótese que no viste nunca con arreglo á una moda que pasó, sino que se engala-

na con prendas que pertenecen á distintas épocas, y entre aquellas suele haber una que nunca ha sido moda: creacion propia y exclusiva de la persona que la usa.

Esa prenda es una revelacion; es el sello individual de cada una; ninguna cursi la copia de otra; cada cual inventa y lleva la suya, y se las respetan mútuamente como las marcas de fábrica.

Una cosa muy particular debíamos haber dicho antes y no se nos ha ocurrido hasta ahora.

Las cursis no se conocen entre sí, no tienen nocion alguna de que existan como raza.

Regla general: no es cursi la mujer de quien otra dice que lo es.

Nada de extraño tendria que una cursi ignorase de sí misma que lo fuese; pero lo extraordinario es que teniendo muchas de ellas buen discernimiento, y todas en general poco ó mucho de la adivinacion que constituye el artista, no se encuentre ejemplo de una cursi que conozca que otra lo sea.

Los jugadores, los poetas, los músicos, los hombres que viven extramuros del Código penal; en resúmen, todos los que tienen maneras de ser excepcionales, por cortos de alcances que sean, en seguida se adivinan y conocen unos á otros. Las cursis nunca. Ve una cursi á otra y dice: ¡Qué bien va aquella!

La cursi ha nacido en la clase media, y se ha ido extendiendo por las inferiores primero y por las superiores despues: cosa que tiene una explicacion natural y sencillísima. La clase media estuvo siempre en contacto con las inferiores y no siempre con las superiores, y la cursi es un producto de la confusion de clases.

Mujeres hay que no saben vestir como es debido. Carecen por completo de gracia natural ó no tienen mas gracia que aquella con que siempre la hembra se diferencia del macho, aun entre los irracionales.

La mayor parte de esas mujeres llaman temerariamente cursis á todas las que no hacen como ellas, es decir, que se

someten serviles á todas las prescripciones de los periódicos de modas.

Llaman elegante á la que es una copia exacta del figurin, y cursi á la que dotada de iniciativa protesta con acierto ó sin él contra la autoridad de las modistas.

En las poblaciones domingueras se cita como mas elegante á la mujer que lleva mayor número de costosos atavíos, y cursi á la que tiene poca ropa, por mas que con solo el donaire natural ejerza mas prestigio en los corazones ó en los sentidos.

Las criadas de servir y las doncellas de labor llaman siempre cursi á la amiga íntima ó á la parienta de sus amos que, siendo reconocidamente menesterosa, no viste á usanza de los dueños de la casa.

Para los mozos y dependientes que medran con sisas y propinas, cursi es la señorita que gozando ó pareciendo que goza de algun bienestar, sabe poner en claro las cuentas y no consiente que por fraude le cobren lo que no debe.

¡Cuántos errores sobre las cursis! Pero cualesquiera que sean los errores y preocupaciones en la materia, la cursi existe: está probado.

Cursi es la que con los cordones de un uniforme viejo de artillería rodada se ornamenta con arabescos el espaldar de un abrigo y con anti-estético cinismo se jacta de ser autora de semejante despropósito.

Cursi es la que cuando son moda los adornos de pieles de martas ó boas, alterna con las que los llevan, guarneciendo sus vestidos de gala con tiras de piel de conejo, esté ó no apolillada.

Cursi es la que viste hábito por economía y lo achaca á antojo devoto.

Cursi es la que exige de su familia que dé bailes á estudiantes y empeña las sábanas para comprar velas.

¿Acabaríamos la enumeracion? Sí, pero tarde.

Hay, empero, una cursi... Es decir, así la llaman. ¿Lo será? A ver. ¿Qué les parece á Vds.?

Anita (por ejemplo) es tenida por cursi de solemnidad. Y ¿qué hace Anita (por ejemplo)?

Vive con su madre en un cuarto tercero, tan elevado como humilde. Madruga, borda, lee novelas, manda reteñir sus vestidos; restaura personalmente su calzado cuando este solo ha padecido leve detrimento; se hace la pomada, tiene álbum, asiste de vez en cuando á teatros de segundo órden, y va á ver la parada, si la parada se verifica en dia festivo.

Se desoja trabajando hasta deshora de la noche; economiza, no murmura, tiene buen juicio y manos hábiles. Aun conserva su semblante un resto de su hermosura, que antes que su juventud se va acabando...

De todo lo dicho no ven nada sus amigas, ni los amigos de sus amigas: unas y otros la llaman la cursi.

Amó y fué querida; fué olvidada y no olvidó. Guarda en su corazon el culto de aquel amor primero... digo mal: de aquel único amor; y aun hoy, al peinarse, deja suelto sobre la frente un mechoncito corto que riza aparte, porque allá, en otro tiempo, cuando *él* no estaba obeso ni tenia título de licenciado, solia decir con apasionada ternura que aquel rizo era el complemento de las gracias de Anita.

Trabaja hoy junto al velador mismo de aquel tiempo en que *él* la requebraba, le hacia idilios en honesta prosa, le ponia cuidadosamente la ceniza del cigarro en una cajita de papel hecha por él mismo, la ayudaba á devanar, amenizando la faena con mil cariñosas travesuras, y le estrechaba furtivamente la mano, haciendo un gracioso y aniñado mohin, cuando ella, con adorable malicia, le daba la izquierda en vez de la derecha.

Allí, en la silenciosa noche de invierno, recuerda la hora en que le solia oir subiendo la escalera; recuerda su modo de llamar, dónde dejaba la capa, y la hora á que se iba para volver al dia siguiente, y aquellas despedidas en que se decían veintiocho veces *adiós*, como en el duo de *Rigoletto*.

Parte de su corazon vive en lo pasado. Ustedes comprenden el porqué, ¿no es verdad? ¡Ah reaccionarita!... Pero te respeto.

Pues y ¿Claudina? (Supongamos que esta otra se llame Claudina.)

La infeliz ha sido condenada á cursi perpétua.

Su familia habia poseido algunos bienes de fortuna, pero vino su familia á menos y tuvo que cercenar gastos y mudar de hábitos. Veíase pobre entre muchos parientes ricos, y el temor, muy natural, de verse además menospreciada, la indujo á conservar ciertas apariencias. Los padres de Claudina educaron á esta en el mayor respeto y veneracion hácia aquellos parientes bien acomodados, y la acostumbraron á mencionarlos siempre diciendo: Nuestro tio fulano, que es tan rico; nuestra prima fulana, que es tan rica...

Ella y los suyos padecian amarguras cada vez que se anunciaba una fiesta en casa de los susodichos parientes. Andaban medio locos preguntando: ¿Nos convidarán? ¿No nos convidarán?

Eran convidados por mera fórmula y aceptaban cordialmente, llevando á la fiesta la alegria del amor propio satisfecho, como si fuera una condecoracion de brillantes.

Y así se acostumbró Claudina á hacer burla de lo que es ridículo para el acaudalado frívolo; así adoptó las muletillas de los que poseen acerca de los que no poseen, y en su estado menesteroso se acomodó á opiniones, dichos y hábitos que eran el sarcasmo mas cruel de su propio estado.

¡Ay! Cuando Claudina volvió en su acuerdo, ya parientes y conocidos no la conocian sino por la cursi trasnochada.

Antes de llegar á tal extremo, cuando tenia que ir á comer ó al teatro con alguno de aquellos parientes, ¡lo que padecia la muchacha! Planchaba su ropa blanca la víspera, con febril actividad; pasaba con frenesí la goma elástica por los guantes menos echados á perder, mientras su madre le recosia una ceja del vestido; peinábala por favor, atormentándola materialmente, una vecina, que la despellejaba inmaterialmente despues; abrillantaba con polvos de asta de ciervo unos baladíes pendientes de oro; punzábase cien veces el dedo con la prisa de remendar cien pequeñeces; amanecia velando; iba á la fiesta pálida y dolorida, y todo ¿para qué? para que

entre las ricas resaltasen su pobreza y su encogimiento, y de oido en oido anduviera silbando el apodo de *cursi, cursi.*

Bien hacia en presentarse con el mayor aliño, y no se lo reprendo; pero ¿por qué se quejaba de la peinadora y de la modista y de la costurera, séres fantásticos que para nada habian intervenido en su traje y en su tocado?

¿Por qué? Porque era cursi.

En la comida elogia todos los platos, aunque le sepa mas bien su ordinario alimento, y sus amigas, con mas delicado paladar, dicen *cursi*, al oirla.

Y si hiciese dengues ó dijera que no le causaba novedad lo que comia, dirian tambien *cursi.*

Ella la pobre no es mala. Cree que para ser persona decente ha de tener los mismos gustos é inclinaciones de aquella parentela, y lo procura.

A fuerza de tiempo y perseverancia, ha logrado someterse á la mas rigurosa disciplina.

Cursi hasta la muerte, adivina lo que piensan, aman, temen, sueñan y fingen aquellos parientes ricos que son lo bello ideal para ella; y ya identificada con ellos, como ellos piensa, ama, teme, sueña y finge.

Abandonada á su propia iniciativa, habria sido una cursi comun; asimilándose extravagancias ajenas, es una cursi resellada.

No se viste de invierno ni de verano sino al tiempo que sus parientes: ellos son su almanaque; adopta sus modas, colores y tocados: ellos son su figurin; propaga sus aforismos políticos: ellos son su filosofía; ódia las revoluciones como los ricos; menosprecia á los que no tienen que perder, sin advertir que se menosprecia á sí misma; teme á la plebe ignorante, ella, que aun escribe *ybierno* y *ojepto*... ¡Pobre muchacha, víctima inocente de las sandeces y vanidad de sus padres y de las exigencias de la parentela!

Desgracia es haber nacido cursi; pero en el seno de ciertas familias esta desgracia puede llegar á lo trágico.

¡Pobre Claudina! Comenzó temiendo ser irrespetuosa; no se resistió á llevar hasta la abnegacion su obediencia; no vió

mas senda que el surco trazado por la rutina; y por no dar que decir al mundo, se ha violentado, se ha torcido y deformado moralmente; ahogó su iniciativa, y hoy repite como un loro, y refleja como una hoja de lata y no como un espejo.

Ella habria vestido mal y discurrido poco; pero habria sentido bien, y ahora que se ha sacrificado á los suyos viste peor, no discurre, condena sus mejores sentimientos, y el premio de ese heroismo consiste en que sus sacrificadores la califiquen de cursi en grado heróico y eminente.

Y la que cae en ese abismo de las cursis no se redime ni puede ocultar su desgracia, si bien no lo pretende tampoco, pues segun hemos dicho, la cursi no sabe que lo sea.

Hemos hablado con algun detenimiento de Claudina porque abunda mucho, mas que algunos piensan, el tipo de cursi por consanguinidad.

Los parientes ricos, Balzac lo ha explicado, son el infierno de los parientes (y sobre todo de las parientas) pobres.

Cuando hablan de los suyos Claudina y su familia delante de los extraños, nunca dejan de decir: «Nos reciben muy bien; jamás se olvidan de nosotros; nos aprecian mucho;» y despues á sus solas meditan en el aprecio tal como ellos lo habrian querido, lo comparan con el que reciben, y acaban por ponerse tristes.

La gente grosera, si es pobre, no perdona á los pobres la vanidad, pero aun les perdona menos la delicadeza.

Para esa gente, ser bien educado y no tener dinero, es ser cursi; ser pobre y no ser bajo, es ser cursi.

En muchas bohardillas hay pobres muchachas sin otro amante que el del folletin que leen; sin mas joyas que las que sueñan; que lo economizan todo menos su salud; temerosas de Dios, del casero y del qué dirán; muchachas que jamás han podido escoger el color de su vestido; que empiezan el dia cantando la jota y suelen acabarlo llorando.

Preguntad en su barrio cómo se llaman, y nadie os sabrá decir su nombre. Dad sus señas y os contestarán: ¡Ah, ya sé; es la señorita cursi!

Me equivoqué. Hay en el barrio un sér que recuerda su nombre y apellido: el tendero que les vende al fiado.

El tendero pasa toda la semana temiendo que la chica le salga cursi; pero paga la chica el sábado, y ya no cree que lo sea.

A nosotros la infeliz no nos debe nada: tengamos, pues, siquiera tanta discrecion como el tendero.

Ser jóven, ser pobre, ser honesta, ser alegre, aunque no se sea elegante ni se tenga refinado el gusto, no es ser cursi.

Roberto Robert.

ROSA LA SOLTERONA

Rosa es una niña encantadora. Se agita como un colibrí, sonrie como un ángel, gorjea como un canario, y lo ignora todo como un bienaventurado.

Tiene padres, lo cual es lógico, pues solo á Eva le fué dado nacer sin ellos.

Va al Prado durante el verano para compartir con sus amigas los juegos de la niñez junto á la fuente de Cibeles, esa diosa del Olimpo que tiene la ventaja de no envejecer nunca sobre su pedestal de piedra.

Rosa no se cuida de nada, ni aun de su bella madre, que sentada á respetable distancia, no aparta de ella los ojos, ni los oidos del caballero que está á su lado.

Es la compensacion de la edad.

La niña juega al escondite y la madre al escondido, para que todo quede en casa.

Pero la niña crece en edad y la madre mengua en belleza. Es necesario, pues, entrar en el período de la rigidez y de la mojigatería.

Un consejo de familia acuerda enviar á un colegio á la niña. El punto elegido es Francia, donde hay colegios para todos los gustos y paladares, ó como si dijéramos donde se encuentran todas las sucursales de las Salesas.

Pero el tiempo se pasa y la niña no va al colegio. ¿Para qué? Es mucho mas cómodo acudir á su educacion en la propia casa. Además, hoy es inútil todo lo que tienda á gastos supérfluos. La niña es bella, y con esto tiene formado su patrimonio. ¿No es el destino exclusivo de la mujer el matrimonio? Pues cuando tenga la edad que la naturaleza requiere, no faltará un primogénito de un título de Castilla, ó un viejo banquero, ó un alto funcionario, ó un militar de graduacion que apechugue con el *ángel*, solo por el placer de estar mas próximo al cielo.

Pero la madre, que es discreta, le dice un dia á su marido:

—Rosa va creciendo, y es preciso pensar sériamente en su educacion.

—Pensemos, dice el esposo.

—Creo que lo mas acertado seria sujetarla en casa, dándole los maestros necesarios para asegurar su educacion.

—Me parece bien pensado. Dibujo, francés, nociones de inglés, música... ¿Para qué mas?

—Le sobra con esto. En tal virtud, será conveniente que desde mañana te ocupes en buscar personas de reputacion y confianza que coronen la empresa.

—Mañana tendrás elegidos los maestros y serán presentados á nuestra hija.

—Así sea, dice la madre añadiendo para sus adentros: Esa niña va á conseguir hacerme vieja, y no me conviene arrinconarme todavía.

A los pocos dias los maestros se ceden el puesto al lado de Rosa. Uno entra y otro sale. Los afilados dedos de la criatura recorren el terso teclado del piano y se embadurnan con el sutil polvo negro del lápiz. En cámbio su organizacion se desarrolla, balbuciendo algunas palabras francesas y olvidando muchas españolas.

Ha cumplido quince años. Es una edad encantadora. Se sueña en todo y no se piensa en nada. Es ser como los pájaros, las flores y las mariposas.

En esto llega la época de las confidencias. Margarita es la

doncella de Rosa y su primera amiga, como de costumbre. Cintura de avispa, ojos chispeantes, boca sensual, cabellos de ébano, y veinticuatro años por añadidura.

Es una tentacion, y como tal lo es de Rosa.

Una noche se halla Margarita en su habitacion, embebida en la lectura de un libro.

Como da la espalda á la puerta, Rosa entra de puntillas, le cubre los ojos, y le dice con enérgico acento:

—La bolsa ó el libro.

Margarita da un chillido y se levanta.

—Hija, le dice Rosa riendo, ¡qué asustadiza te has hecho! Sin duda te ha quedado esta mala costumbre desde aquella mentira que me contaste.

—¿Cuál, señorita?

—Olvidadiza eres. Un dia me dijiste que estando en tu cuarto viste entrar á media noche una fantasma que se fué alzando, alzando, alzando hasta tocar con las narices en el techo, segun á tí te pareció; y que luego, rodeándote el cuello con dos brazos que imitaban á las aspas de un molino de viento, se fué bajando, bajando, bajando hasta tocar su boca con la tuya; y que tú, creyendo que te iba á besar, le pegaste un mordisco y le dejaste media nariz colgando, visto lo cual por la fantasma, dió un rujido y salió volando por la ventana, mediante dos alas tamañas como las dos sábanas de mi cama.

—Y es verdad que me sucedió; y es mas, que por aquella época habia un mozo en el pueblo con el que me querian casar mis padres, aunque yo no queria; y siempre he creido que el que se me apareció era Satanás, con la cara de aquel aborrecido mancebo, para ver si me tentaba.

—¡Jesús, qué miedo! dijo Rosa tapándose la cara con las manos y mirando por entre el hueco de los dedos. Y dime, ¿por qué no te casaste queriendo tus padres que lo hicieras?

—¡Toma! porque no me gustaba el novio.

—¿Tan feo era?

—No señora, sino muy gallardo y sobre todo rico.

—¿Y desobedeciste á tus padres?

—¡Vaya! ¡Pues ahí es puñalada de pícaro el casarse con quien no le gusta á una!

—En ese caso, si tengo un novio que me guste, aunque mis padres no quieran, ¿puedo casarme con él?

—Claro está.

—Bueno es saberlo, dice Rosa.

—Pero eso no quiere decir, añade la doncella, que se obre de este modo con el primer badulaque que se encuentre al salir á la calle.

—¿Pues con quién?

—Con aquel á quien se tenga amor.

—Pues qué, ¿no se puede amar á todos?

—No, señorita, con uno basta y sobra.

—Ta, ta, ta, ta, responde Rosa castañeteando los dedos. Entonces los preceptos divinos están demás. «Ama á tu prójimo como á tí mismo.» «Amaos los unos á los otros.» ¿Es esto acaso música celestial? Veo que estás muy atrasada en gramática. Amar, ¿de dónde se deriva? La palabra lo está diciendo: de amor. Luego el amor es un precepto universal y no exclusivo. Y yo lo he de cumplir al pié de la letra, amando á cuantos prójimos se me presenten. Entre paréntesis, ¿qué libro es ese?

—Una novela de amores.

—Ajajá; préstamela, porque quiero leerla.

—¿Y si la ven sus papás de V.?

—Que la vean.

—Me echarán de casa.

—¿Tan mala es?

—Al contrario, señorita; si se embelesa una con las cosas que le pasan á la jóven que es la protagonista.

—Pues mira, quiero leerla. De dia te toca á tí y de noche á mí. Echo la llave á mi cuarto, y ni el espíritu malo entra en él. ¿Quieres así?

—Como V. guste.

Desde aquella noche da principio Rosa á la lectura de su nuevo devocionario. Es el libro en cuestion una de esas novelas nocivas donde las emociones se suceden sin in-

terrupcion y cuyos episódios recorren toda la escala social.

Todas esas novelas han sido leidas, devoradas y comentadas por la tercera parte de las mujeres que componen la sociedad civilizada del universo, lo mismo las que pertenecen al mundo galante y á la vida airada que las que viven recogidas en una modesta honradez y con uncion evangélica.

Sino que entre unas y otras existe una pequeña distincion de formas, y es que, mientras las que viven en el escándalo las leen á la luz del dia, las que viven en el recogimiento las devoran á la luz de la noche.

Diferencia entre ambas:

La que media entre la luz del sol y la luz de una lámpara.

Diferencia de moralidad:

Ninguna.

Efectos de la inmoralidad literaria del libro:

Que mientras á la prostituta no la puede hacer honrada, á la mujer honrada puede prostituirla.

¿Es poco esto?

Pasemos adelante.

La niña lee la primera noche un capítulo y parte de otro. A la siguiente le va gustando el argumento y lee mas.

A la cuarta noche se desvela dos horas mas, y á la octava amanece con el libro en la mano, la vista candente, los lábios marchitos y el corazon palpitante.

Los padres se asustan, acuden á un médico, el cual la pulsa, le examina la lengua, y...

—La edad, dice á los padres. Lo único que necesita, es distraccion y ejercicio.

No tengo mas que recetar.

Pero la verdadera farmacopea de la niña no está en la ciencia de Galeno ni en la del doctor Simon.

Su verdadero médico es Margarita, ese Mefistófeles del hogar doméstico encarnado en el cuerpo de una doncella bonita y desengañada.

—A propósito, le dice un dia Rosa á Margarita, ¿has traido el libro que me prometiste?

—Lo tengo en mi ropero hace dos dias.

—Y dime, ¿quién te los deja?

—Señorita...

—Hija, si yo no te merezco confianza, cuéntaselo á mi madre.

—Me los deja... un primo mio.

—¿Es buen mozo?

—Ya lo creo. Como que es sargento de artillería montada.

—¿Y te casarás con él?

—A eso estamos.

—Bueno, yo seré la madrina. Ahora venga el libro. ¿Sabes que el último que me dejaste era divino? ¡Vaya un episódio terrible! Un hombre que seduce á una mujer casada y despues le pide una cita que la dama le concede en el jardin; y ¡qué jardin aquel tan melancólico! ¿Verdad? Llega él y trepa por la ventana. ¡Ay qué miedo me dió entonces! Y ella, ¿te acuerdas qué valiente ella? ¡Jesús! Cuándo él se apoya en el antepecho para penetrar en el gabinete, y la dama le detiene con una mano aferrándole el cuello, y con la otra le apoya la boca de una pistola en la frente, se me puso el pelo de punta, ¡de punta, te digo! Ah... y mira, despues... es decir, inmediatamente, cuando ella dispara ¡bun! y se retira sombría y silenciosa, despues de verle caer desplomado, con la cabeza hecha pedazos... ¡Oh! vamos, me gustó mucho; porque es muy bonito, vamos, muy horrible.

—Pues los hay de todas clases; otros que sin ser horribles son muy curiosos.

—¿De veras?

—Yo sé de algunos...

—¿Y aun no me los has contado? Anda, cuenta, cuenta, interrumpe Rosa acomodándose en un sillon junto á la ventana.

—Le contaré á V. uno recientito.

—Venga.

—El caso es histórico. Dos jóvenes se amaban.

—Lo primero, qué edad tenian.

—La jóven diez y siete años y el mozo veinte.

—Está bien, prosigue.

—La familia de la jóven, es decir, los padres, no se oponian á que el mozo visitase la casa, porque no veian en su conducta nada que indicase el amor que profesaba á su hija.

—Es decir, que se amaban sin consentimiento de los padres.

—Generalmente es lo que sucede, aun cuando no debiera ser así. Las hijas no ocultan nada á su madre hasta que se enamoran; desde este momento cesa entre ambas la confianza.

—¿Y por qué es eso?

—Porque la naturaleza humana es así, responde Margarita creyendo haber dicho una gran cosa.

—Prosigue.

—Un dia que la niña habia salido, tuvo la madre que buscar no sé qué cosa. Y busca por aquí, y revuelve por allá, entró en el dormitorio de su hija para hacer la misma opecion. Entretenida se hallaba de este modo, cuando dando la vuelta á la llave de un cajoncito le abrió, y cátese V. su sorpresa cuando se da de manos á boca con un almacen de objetos desconocidos para ella. Lo primero que sacó fué un manojo de cartas atadas con una cinta color de rosa y escritas en papel vitela.

—¿Eran de amor?

—Sí, señorita, de amor y muy de amor.

Siguió registrando y fué sacando flores secas, cintas, un anillo con dos letras entrelazadas, un mechon de pelo dentro de un medallon de oro, una cruz de oro para el cuello, un pañuelo con la cifra de la niña, un bolsillo de abalorios, y otra porcion mas de friolerillas que le habia regalado él. La madre al ver esto se tragó la tostada; pero deseando afirmarse y conocer al pecador que habia hecho á su hija pecadora, leyó las cartas y quedó convencida de que el jóven que las visitaba era el único criminal. Inmediamente le co-

municó á su marido el hecho con pelos y señales, añadiendo de su cosecha lo que tuvo por conveniente. El caso es que cuando llegó el jóven, se encaró con él la madre y en buenas, pocas y corteses palabras, le echó de su casa.

—¿Y qué hizo él? interrumpió Rosa.

—Poca cosa: ocho dias despues sacar depositada á la jóven, casarse con ella, y...

—¿Y nada mas?

—Y aburrirse los dos pasado algun tiempo, terminando por separarse para siempre.

—¡Bonito desenlace! Por eso no me casaré. Tú me has dicho que los hombres son pérfidos, falsos, audaces, y no he de olvidar tan fácilmente tus lecciones. A propósito: ¿sabes á quien ví anoche en el baile de la marquesa?

—¿Al señorito Enrique?

—Al mismo.

—¿Bailó V. con él?

—Toda la noche. ¡Si vieras qué cosas me decia!

—Ya lo creo; como que para eso ha hecho Dios el amor.

—Pues mira, lo acertaste.

—Hola, hola, ¿con que la cosa fué mas lejos?

—Que si fué... Nada menos que me hizo una declaracion, y como me decia aquello con tanta humildad... acabé por corresponderle.

—Hizo V. bien. Cuando el corazon manda es fuerza obedecer.

Desde este momento empieza la granizada de cartas. Si fuera posible reunir en un tomo todas las que se han escrito á los veinte años, indudablemente seria un libro que podria pagarse á precio de oro. Si algunos ó algunas de las que esto lean las han conservado como recuerdos de la juventud, les aconsejamos que las lean, á ver si no se horrorizan de las simplezas que escribieron y las arrojan al fuego por el miedo de que puedan caer en ajenas manos.

¡Válgame Dios y qué de frases pomposas y campanudas campean en todas ellas!

Las de *ellos*, llamando á sus amadas *ángeles*, *huríes*

y *diosas*; poniéndoles en la cara *luceros* en vez de ojos, *perlas* en lugar de dientes; arrancándoles á todas las Venus sus narices de mármol para plantárselas de carne, pero iguales á las otras, al objeto de su veneracion; convirtiendo sus bocas en tiestos, á fuerza de repetirles que sus lábios son *claveles*; revolviendo, en fin, el cielo y la tierra, para usurpar al uno el pelo de las vírgenes, las alas de los ángeles, la blancura al ropaje del Padre Eterno, las estrellas, los rayos á la luna, sus prismas al sol, y á la otra, sus flores, sus brisas, sus auras y sus ambientes y aromas; los murmullos á las fuentes, los cantos á las aves, el follaje y toda la creacion entera para formar con ella el cuerpo del objeto amado y decir que su amor es célico, puro y diáfano, que el Paraiso se hizo para ellos, y que sin ella, la muerte es el único remedio que podria poner fin á su dolor.

Las de *ellas*, si bien menos exageradas en la hipérbole, no por eso dejan de tener su *ángel mio* y su *alma de mi alma* con su correspondiente aleluya de *tus ojos me fascinan* y *tu voz me embriaga*, terminando siempre con la imprescindible forma de *tuya hasta la muerte*.

De manera que no hay una sola carta de amor, de las primeras que se escriben, en que no campeen tres frases sacramentales, escritas indistintamente por los dos sexos, y son: *ángel, embriaga* y *muerte*.

Consecuencia de todo:

Que de creer á esta gente, resulta que la tercera parte del mundo se compone, segun ellas, de ángeles con sombrero de copa, levita y pantalones, y segun ellos, *de querubines* con miriñaque, escofieta y pelo postizo.

Y luego aquello de *ángel mio, tuyo hasta la muerte*, sin calcular el barbarismo que cometen sujetándose á la mortalidad, cuando debian saber, por los rudimentos de doctrina cristiana, que los ángeles son inmortales, y que era mas sencillo que dijesen: tuyo por toda mi incorruptibilidad, que tuyo hasta la muerte.

En fin, Rosa ha entrado en sociedad por la puerta del amor. Su educacion está completa. Habla el francés, dibuja,

toca el piano, canta... y no sabe coser. Es decir, que sabe todo lo inútil para el hogar doméstico y todo lo útil para hacer desgraciado á un hombre.

Es verdad que borda flores y pespuntea pañuelos; ¿pero basta con esto?

El fuego de su primer amor, avivado por el soplo maléfico de Margarita, toma un incremento alarmante. Hay que advertir que cuando falta la doncella sobra una amiga para producir los mismos resultados en el virgen corazon de la primera juventud.

Rosa dice á Margarita:

—Este amor me matará. Siento un infierno en el alma.

Y escribe á Enrique:

—No concibo la existencia sin tu amor. El dia que me falte me mato.

No hay veinte años enamorados sin la idea del suicidio, decimos nosotros, y sin embargo, todos llegamos despues á cumplir los treinta y ainda mais.

Llega un dia en que el jóven debe emprender un viaje; Rosa pretende arrojarse por el balcon; Margarita la convence de que es mejor arrojarse en la cama.

Pero Rosa desea despedirse de su amado, y la entrevista se efectúa en la puerta de la escalera, con ó sin permiso del portero.

Una vez frente á frente, los ojos de ambos parecen canales de tejado en dia de tempestad. Enrique lleva su desesperacion hasta un punto, que le vale un abrazo de Rosa. Empeñado en que su cabello tiene la culpa de aquella separacion, le da tales tirones, que al fin se queda con un manojo de negras hebras en la mano, exclamando con dolorido acento:

—Yo no puedo vivir sin tí.

—Ni yo.

—Ni yo.

—¡Rosa!

—¡Enrique!

—¡La señora! exclama Margarita apareciendo como la sombra de Hécuba.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Y... *tableau.*

Ocho dias despues, las espuelas de un oficial de artillería resuenan sobre el enlosado de la calle. Como es el jefe de la batería en que milita el primo de Margarita, esta pone la mecha en el corazon de Rosa para engancharla en el regimiento.

Quince dias despues Enrique no existe.

El oficial de artillería, con su dorado uniforme, perturba los sentimientos de la sensible Rosa.

Aquí el amor toma otra forma. Rosa no come, ni duerme, ni sonrie. Ama como Safo, y sueña en la trágica muerte de aquella desgraciada heroina. Ahora sí que su amor va de veras. Quiere casarse. Pero á los seis meses el oficial sale de guarnicion á Cádiz. Rosa tiene unos furiosos celos de las gaditanas. El oficial le jura constancia eterna, Rosa le jura amor eterno, Margarita les jura complicidad eterna, y...

La del alba seria dos meses despues, cuando Rosa ve en el Retiro unos ojos que se clavan en ella. Piensa en el oficial y mira al que la mira. Es el nuevo Adonis, el primogénito de un título de Castilla. La sigue, la ve en el teatro, luego en paseo, despues en un baile, y cátese V. á Rosa en vísperas de ceñir una corona condal.

—No he amado como amo á este, dice Rosa.

Y Margarita contesta:

—Es que ahora va de veras; los otros fueron devaneos de los primeros años.

Y se pasó un año así... y el título de Castilla se casó con otra.

—Es mi último amor, dice Rosa.

Pasó trece meses en viudez y á los catorce ya amaba á un diplomático.

Los padres de Rosa murieron en tanto, dejándole un decente capital.

Rosa tiene ya treinta y ocho años, treinta y ocho arrugas y treinta y ocho ex-amantes.

Es decir, que ha terminado su juventud, su amor y su dinero.

—La vida es una miseria, exclama un dia mientras se embadurnaba el rostro con albayalde, bermellon y polvos de arroz.

No recibe ya visitas en el dia, porque la luz del sol ofende su arrugado cútis.

En cámbio lo emplea en el tocador, para recibir de noche á media docena de viejos remozados, antíguos diplomáticos, generales de cuartel, y títulos atrasados en rentas y adelantados en deudas.

La política y algunos guiños de ojos de los mas verdes completan la noche.

Pero los años pasan, las necesidades apremian, los tertulianos desaparecen, y una mañana se ve precisada Rosa á firmar el siguiente billete, dirigido á un ex-embajador:

«Mi banquero no me ha enviado la renta de este mes; acudo confiadamente á mi bondadoso amigo, para que supla esta imperdonable falta.»

El ex-embajador sabe que el banquero es un sér ideal, pero recuerda un pasado agradable y no se escusa de acudir al presente. Envia el dinero y dice cerrando la gabeta:

—Cara me cuesta; pero por una vez, pase.

En esta situacion, van pasando los dias.

Rosa vive sola, y si alguna vez un amigo desperdigado va á visitarla, es para decirle ingénuamente:

—La encuentro á V. inconocible. ¿Está V. enferma?

—Sí, dice Rosa, sufro bastante.

¡Horrible situacion! Al fin, la necesidad de la vejez la obliga á morirse, que es lo mas acertado, ó á perder la vergüenza, que es lo mas frecuente.

¿Y la música, el francés, el inglés y el dibujo? Todo es inútil. Si hubiera recibido la educacion del porvenir, la que forma á la mujer en el hogar doméstico, la que crea á la esposa y á la madre, otra cosa seria.

Pero desgraciadamente, la educacion que se da en España á la mujer, puede condensarse en esta gráfica frase: «Educacion de ahuyenta matrimonios.»

Y si no, que respondan por nosotros muchas solteronas.

S. de Mobellan de Casafiel.



LA COLILLERA.

LA COLILLERA

I

Españoles: existe en España, y especialmente en la villa y córte de Madrid, un tipo español por todos sus cuatro costados, ó mejor dicho, por todas sus infinitas puntas; tipo originario de esta clásica tierra de la aficion al tabaco, al contrabando y á la infraccion de la ley.

Este tipo es la colillera.

Ignoro si la Academia española ha admitido y consignado en su diccionario la denominacion susodicha; pero de todos modos es tan castiza como otras muchas adoptadas por la Academia.

Pero por si algunos de mis lectores (pocos) ignoran el significado de la palabra *colillera*, voy á hacerles una definicion clara, terminante y precisa.

Colillera es la que recoje puntas de cigarros fumados; mas en atencion á que á estas puntas se las llama colillas, y esta palabra tiene cierto sabor marítimo, bien puede sustituirse el verbo *coger* por el de *pescar*.

Quedamos, pues, en que la colillera pesca colillas; esta es la base de su industria; pero su industria consiste en vender el tabaco recolectado: si se le fumase, seria viciosa y no industrial.

14

Entonces no seria tipo ni mucho menos, y la colillera es un tipo muy español.

Debo hacer una salvedad.

He dicho que la colillera coje ó pesca colillas, en el mismo sentido en que se dice que tal ó cual general ganó una batalla, no por medio de la accion personal, sino combinando la estrategia, dirigiendo los movimientos y alentando el valor de sus huestes; pues así como hay grandes capitanes que nunca se han batido, en la acepcion material de esta palabra, del mismo modo jamás la colillera ha recogido la mas mínima punta de cigarro.

¡Oh! La colillera es discreta y conoce los deberes que la impone su profesion.

Si una sola vez recogiese por medio del gancho ó de la mano la mas insignificante y apurada colilla, ¡adiós industria, crédito, respetabilidad y fortuna!

La colillera tiene mas pudor que los tahoneros, mozos de café y sacristanes, pues los primeros pisan el pan, los segundos, en un momento de apuro, enjugan los vasos con el pañuelo de los mocos, y los terceros limpian las imágenes con un prosáico y mundanal plumero.

La colillera perpetra quizá mas horrores, pero en la sombra, en el misterio, en el secreto de la vida privada.

Su éxito consiste en el misterio de sus confecciones, en la posibilidad de vender magníficos géneros á un precio fabulosamente equitativo.

En los tiempos del oscurantismo, cuando las mas inocentes industrias eran perseguidas, cuando el tabaco estaba, mas que estancado, petrificado, la profesion de colillera era casi titánica y casi poética, por la terrible grandeza del peligro.

Madrid, en pequeño, era entonces lo que los montes de Toledo, Gibraltar ó Sierra-Morena.

Hoy el oficio de colillera no es lucrativo, pero sí vulgar.

II

Edad provecta, cabeza grande, frente deprimida, ojos grises, lábios delgados, dientes grandes y negros, color de cigarro de papel súcio en la cara y de tabaco Kentuky en las manos, piés chatos y juanetudos, mantilla de manto en los dias claros ó pañuelo-manton de color oscuro en los dias turbios, vestito inmemorial de alepin de la reina (léase rey), medias negras y zapatos rusos de la valentía: hé aquí la colillera en su parte exterior y física, con ligeras variantes.

Porque, ó la colillera se asemeja á ciertas razas reales que siempre conservan un tipo especial, ó su oficio imprime el aspecto susodicho á la colillera.

La colillera tiene grandes cualidades. Es emprendedora como un viajero explorador del Africa, activa hasta el punto de no declararse nunca en huelga, sóbria como un moro de kabila, y andarina como el Judío Errante.

Es además astuta, silenciosa, insinuante y prestidigitadora; y digo prestidigitadora, porque causa admiracion la prontitud, perfeccion y destreza con que colillas de todas clases, tamaños y procedencias se trasforman entre sus dedos en una cosa parecida al tabaco picado, y luego en mazos de cajetillas blancas, iguales, correctas y coquetamente atadas con un hilo encarnado ó azul.

La colillera es la hada de los desperdicios, y como además posee algunos conocimientos en química, me atrevo á llamarla la Locusta del tabaco.

Casi siempre está casada, ó cosa así, con un hombre que padece de dolores reumáticos ó de alguna otra enfermedad que produce impedimento físico; de suerte que siempre ella es la sostenedora y dueña árbitra del hogar doméstico. Suele tener tres hijos, dos muchachos y una niña, á quienes desde la infancia educa convenientemente para que la secunden en su oficio, haciéndoles comprender que tienen que ganarse el sustento.

¡Cosa rara! La colillera siempre está en estado interesante.

¿Pues cómo, se me dirá, siendo así no suele tener mas que tres hijos?

No sé qué contestar á esta pregunta. Tal vez la colillera sufrirá muchos malos partos; quizá la sábia naturaleza ha ordenado que la mayor parte de la prole colilleresca muera en los primeros albores de la vida, con objeto de que no se multiplique la especie, ó acaso yo tomo por embarazo lo que puede ser hidropesía.

En fin, no sé.

En religion la colillera cree poco en Dios.

En política es progresista y teme vagamente á la Internacional.

Respecto á moral filosófica es excéptica y *ergotista*, hasta el punto de hacer el siguiente dilema: el vicio de fumar es parecido á la necesidad de beber; cuando se tiene mucha sed, apenas se nota diferencia entre el agua de la Mancha y la de la *fuente del Berro*, *ergo* ¿qué mas da fumar *vuelta de abajo* ó colilla putrefacta? *Ergo* en vez de ejercer un oficio mal mirado, hasta cierto punto, no titubeo en decir que es filantrópico, útil y necesario, supuesto que proporciono á la humanidad viciosa, solaz y esparcimiento, mediante una módica retribucion.

No obstante estas argucias dialécticas, la colillera es poco sensible. En julio siente algo el sol, en enero un poco el frio.

En cuanto á las chinches y demás insectos, los desprecia.

Otras dos cosas raras: la colillera suele tener la voz dulce y un nombre poético. Conocí una que se llamaba Margarita, conozco otra que se llama Laura, y no pierdo la esperanza de encontrarme á Galatea con una cesta de cajetillas en el brazo.

III

Apenas el rubicundo Apolo esparce sobre el haz de la tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas

los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas saludan la aparicion de la naciente aurora, que con sus rosados dedos abre los balcones del Oriente, cuando la colillera salta, no de las blandas plumas del lecho, sino del jergon relleno de hojas secas, despojos de los árboles de la Vírgen del Puerto, y despues de desperezarse, despertar á la familia y atender á las primeras é indispensables faenas domésticas, se sienta *cabe* una mesa de pintado pino, y ayudada de su marido, ó cosa así, é hijos, se entrega á la elaboracion de su mercancía.

(Creí que no se acababa este período.)

Terminado el trabajo, hecho ya cierto número de cajetillas-torpedos, que deben reventar en los intestinos de algunos incautos, la familia se desayuna, la madre y los tres hijos se lanzan á la calle, mientras el marido, ó cosa así, se queda en casa para espumar el puchero.

Ya en la calle, la madre y los hijos se dividen, es decir, que aquella se va por un lado y estos por otro.

Sigamos á estos.

Los muchachos llevan cada uno de ellos una vara corta, atravesada en uno de sus extremos por un clavo muy puntiagudo, y la niña un bote de hoja de lata colgado al cuello por medio de una cuerda.

Y comienza la pesca.

¡Qué pesca, gran Dios! La pesca del cocodrilo, la pesca de la ballena, las pescas de un entorchado, de una direccion ó de una capitanía general de Cuba, no son nada en comparacion de la pesca de las colillas.

¡Qué actividad y astucia tienen que emplear, qué humillaciones que sufrir y qué peligros que correr los pequeños colilleros!

A veces pretenden deslizarse en un café que les promete abundante recoleccion de puntas, y se hallan con un mozo que les espera en acecho y que los arroja á puntapiés de aquel privilegiado recinto. A veces ven junto á un monton de basura una magnífica punta de cigarro, ó mejor dicho, un cigarro apenas fumado y que á ellos les parece tan largo

como las escolopendras del charco de Tebas; su corazon palpita de alegria, se acercan, van ya á pescarle hincando en él el clavo de su vara, cuando hé aquí que un enorme mastin se arroja sobre ellos y los pone en precipitada fuga.

¡Oh mozos de café, oh perros, animales serviles, esclavos del fuerte, verdugos del débil! ¿cuándo dejareis de ensañaros contra el araposo?

¡Oh mar de la sociedad, negro, tormentoso y fétido! ¿cuándo dejarás de producir colillas que tienten la codicia de los pescadores?

¡Pobres niños, que volveis á vuestra casa golpeados y rendidos de fatiga!

¡Desgraciada niña, que en vez de un ramo de olorosas flores lleva en el pecho un súcio bote de hoja de lata lleno de desperdicios de asqueroso tabaco!

IV

Entre tanto la madre, ó séase la colillera, anda las siete partidas del mundo.

Si os hallais en el elegante Suizo, en el rico Fornos, en la *política* Iberia, ó en el espacioso Imperial, no temais encontraros con ella.

Estais *fuera de cacho*, como dicen los taurómacos.

Pero de aquellos abajo, ninguno; es decir, que á excepcion de unos pocos establecimientos *comme il faut*, en los que la colillera no espera hallar compradores, todos los demás, desde Lavapiés hasta Maravillas, desde las Peñuelas hasta Chamberí, están bajo el dominio de aquella activa propagandista del humo.

Todo lo recorre: las tiendas, los cafés cantantes, las fondas de cubiertos á cuatro reales. Espia la salida de los trabajadores del taller y de los albañiles de la obra. Aparece en las estaciones de los ferro-carriles, especialmente si llegan viajeros de Cuenca.

Se multiplica. Está á la vez en todas partes. Se asemeja á

aquel prestijiador que salió en un mismo dia y á una misma hora por todas las puertas de San Petersburgo.

Vuelve á su casa á la caida de la tarde, despues de haber andado leguas; come frugalmente; riñe un poco con su marido, ó cosa así; indica á los niños los lagos, golfos, charcos y ensenadas en donde pueden pescar con éxito; examina la recoleccion de puntas recojidas en el dia; emplea en ellas sus conocimientos químicos, echándolas en remojo al mismo tiempo que los garbanzos, y terminados todos estos quehaceres, torna á salir al mercado inmenso.

Y sola, sin hablar con nadie, excepto lo necesario para anunciar y vender su mercancía, anda, anda, anda hasta las dos de la mañana.

Duerme tres horas solamente; es casi como Machbet: ha matado el sueño.

V

Merced á esta actividad prodigiosa, la colillera vive y da el sustento á su familia.

Sus hijos van casi siempre descalzos; sus alimentos no suelen ser muy confortables; á su marido, ó cosa así, se le agrava el reuma, por falta de abrigo, en tiempo de invierno: todo esto es muy triste; pero á aquella mujer superior la hacen poca mella tales pequeñeces.

Su aparicion en los sitios donde va á vender es repentina y como espectral.

Estais sentados á una mesa; de repente veis aproximarse una cosa oscura, y oís una voz suave que os dice:

—¿Quiere V. cajetillas de superior tabaco?

—No señora.

—Son buenas y muy baratas.

Callais.

—Se pueden probar, insiste la colillera.

—No, gracias, no fumo.

En esta ocasion y en otras varias, la irritacion que le pro-

duce la dificultad de la venta, es causa de que la colillera se vaya por los cerros de Úbeda.

Porque así como todo claro horizonte tiene puntos negros, así la colillera carece de una cualidad: la prudencia.

Si fuera prudente... ¡Quién sabe! Quizá hubiera llegado á reina constitucional.

Si oye decir á un hombre: no fumo, suele contestarle: V. disimule, no habia advertido que tiene V. facha de marica.

Pero cuando llega á su colmo la reprimida exasperacion de la colillera es si algun chusco, despues de fumarse uno de los cigarros que ella le ha dado á prueba, dice con sorna tirando la punta:

—No me gustan, señora.

Entonces le mira indignada, y agriando la voz le dice:

—Lo que á V. le gusta es fumar de gorra.

No obstante estos percances del oficio, la colillera vende. No se ha extinguido la raza de los que en otro tiempo imponian dinero en las sociedades de crédito y compraban acciones de minas y sortijas de diamantes de lance.

Estad seguros de que si hay algun tonto económico que fume, la colillera le encontrará.

Y si alguno abriga el temor de que andando el tiempo, cuando ni los negros ni los chinos quieran resignarse al penoso trabajo del cultivo del tabaco se estinga la planta, deseche el recelo: la colillera venderá siempre una materia fumable envuelta en un papel y que haga humo.

Fumadores, la colillera vela por vosotros: ¡fumad en paz!

F. Moreno Godino.

LA PEINADORA

Es uno de los tipos mas curiosos y divertidos que pasean la villa coronada. Con su vestido de lana, su pañolon y su manto en invierno, y su flotante falda, su sombrilla y sus escarpines en verano, desde las nueve de la mañana está en la calle y va de casa en casa lisando cabelleras, haciendo *bandeaux*, rellenando *crepés*, y poniendo trenzas postizas á domicilio.

La peinadora recorre toda la escala social, desde la dama de mostrador ó la fondista, que desde muy temprano tienen que estar acicaladas, hasta la elegante señora que abandona tarde las batistas de su voluptuoso lecho y entra en el tocador de tres á cuatro; de manera que cuando llega á estas mansiones de la opulencia tiene hecha su provision de episódios, chistes y anédoctas galantes, que cuenta con volubilidad para distraer el fastidio de sus abonadas predilectas, las cuales, mujeres, en fin, son curiosas y se dignan dejar que asome á sus purpúreos labios desdeñosos una sonrisa protectora que alienta la narracion de aquella gacetilla ambulante, cuya lengua se mueve con tanta rapidez como sus manos manejan el cepillo, la tenaza y los peines de concha.

No hablemos de los polvos, tinturas y otros excesos que la química ha inventado para prolongar la juventud, porque

pareceria poco galante; mas la peinadora conoce todos estos secretos, y los usa hábil y discretamente sin revelar nunca á una parroquiana los misterios de la *toilette* de otra. Únicamente cuando entra algun galan almibarado, uno de esos felices mortales que tienen el privilegio de ser recibidos en el tocador, despues, por supuesto, que la dama está aderezada, y oye que el hombre, deslumbrado por la opulencia de una cabellera rubia ó negra, magnetizado por la atraccion de una lángida mirada azul ú oscura, y trastornado con el penetrante aroma de los cien perfumes, cuyas coquetas redomas cinceladas se esparcen todavía en desórden sobre el mármol de la mesa guarnecida de seda y encajes, oye, digo, que sus lábios trémulos de emocion pronuncian, por ejemplo, estas frases: «Está V. hoy hechicera; sus rizos son verdaderamente »espléndidos y de un brillo tan puro... La naturaleza sola»mente tiene el poder de realizar tales prodigios...» La peinadora entonces se sonrie maliciosamente mientras cepilla los peines y ayuda á la doncella á colocar los frascos en su estuche. Ella conoce el misterio de aquellos encantos, y su orgullo de artista reclama mentalmente una parte en la fascinacion que producen y en el culto que inspiran; pero el hombre, del todo absorto en la contemplacion de la diosa, no repara en las ninfas, no ve nada, y sus ardientosas miradas vagan inquietas desde el ebúrneo seno descubierto hasta la moña azul de la chinela blanca que un pliegue caprichoso del peinador permite siempre ver cuando el pié es chico; que cuando no, ya se sabe, el pudor y la moral se oponen á que ojos indiscretos...

La peinadora toma su mantilla, la desdobla con garbo, se la pone en la cabeza, y despues de mirarse en el espejo, saluda y sale diciendo con voz argentina: Hasta mañana.

De allí se va á otra parte, donde entra sonriendo con aire misterioso y los ojos cargados de revelaciones. Va á peinar á una señorita.

Las niñas solteras acostumbran ocultar que tienen peinadora; sin duda no quieren asustar á los futuros maridos con la perspectiva de este gasto, ó tal vez comprenden instintiva-

mente que la apreciable artista puede convertirse fácilmente en mensajera de amor, y adivinan que esta perspectiva es una de las fases del Minotauro y no debe seducir á ningun predestinado. Ello es que cuantas veces sus admiradores se extasian ante el primor de su tocado y lo celebran, ellas dicen: ¿Sí? ¿estoy bien? pues no sé cómo; yo me peino sola...

Aquí es donde la peinadora hace sus confidencias, contando á la señorita, y aun á su madre, todo cuanto sabe, porque está segura de que no han de hacerle traicion.

—¿Qué trae V.? Su semblante está encendido y parece V. muy agitada.

—Nada, señorita, el deber de mi oficio es ver, oir y callar; pero á veces se ven cosas que, vamos, como una aunque pobre es honrada...

—¿Qué?

—Pues, se subleva la conciencia. ¡Un marido tan bueno!...

—Diga V., diga, exclaman la mamá y la niña á duo; ya sabe que aquí somos mudas.

—¡Ah! si todas las señoras fueran como Vds.; pero hay una desmoralizacion que espanta.

—No, dice la mamá con voz grave y grande austeridad de gesto; delante de la niña no diga V. cosas de esta especie. ¡Pobre ángel! Y mira enternecida á la inocente hermosura, cuyos cabellos están ya destrenzados y caen en ondosa lluvia de seda sobre un peinador blanco como la nieve.

—Sí, sí, mamá, que cuente; aquí nadie nos oye.

—Además que, despues de todo, lo que yo he visto no tiene nada de particular; á veces las apariencias...

—En fin, ¿qué ha sido ello?

—Nada; venia de peinar á la generala C... y cuando iba á entrar en el tocador, tropecé en la puerta con el capitan S... que salia al mismo tiempo; un buen mozo, con bigotes rubios retorcidos y un aire muy marcial.

La señorita se ha puesto como la grana y respira con dificultad; un furor mal disimulado brilla en sus hermosos ojos; su madre lo nota y se apresura á intervenir diciendo:

—Eso nada tiene de particular, Gertrudis. ¿V. ignora que el Sr. S... es ayudante del general?

—¡Su ayudante!... me lo pensé.

—Ahí lo tiene V. ya esplicado.

La peinadora, que habia visto la turbacion de su señorita, no insiste mas, concluye de alisar los *bandeaux*, hace tres sortijillas en la frente, y se despide como siempre diciendo: Hasta mañana.

Mas despues que ha cerrado la puerta, la niña deshecha en lágrimas se arroja al cuello de su mamá.

—¡Madre mia, madre mia! ¡Es un infame, me engaña, ama á otra, César no me quiere, ya lo has oido!

—Cálmate, hija mia, no seas injusta; el general puede darle una órden para su mujer, y el pobre chico ¿qué habia de hacer mas que cumplirla?

—¿Sí? Bueno; pues por si acaso, ya verá esta noche en el teatro: no he de mirarle una sola vez, y el domingo en casa de la marquesa no bailaré con él. ¡Mónstruo!... ¡En el tocador de la generala!... ¡Una vieja!

—Eso no; la pasion te hace injusta; la generala tiene mi edad; unos treinta y...

—Cuarenta y..., mamá.

—¡Insolente! Vaya V. á su cuarto y no salga de allí sin órden mia. Esta noche no iremos al teatro.

La jóven se retira de muy mal humor, y su madre murmura tristemente:

—¡Ah! Los hijos ¡qué ingratos! nos matan á disgustos.

Todo esto y las amarguras que luego pasaria el pobre capitan por la peinadora.

Otras veces sucede que riñen dos amigas porque una sabe que su marido va á casa de la otra con frecuencia excesiva, y lo ha sabido por una indiscrecion de la peinadora.

Esta además suele ser concurrente asídua á los bailes de Capellanes, donde acompaña calladamente alguna vez á una dama celosa que sigue los libertinos pasos de su adorado tormento y quiere sorprenderle en flagrante delito de infidelidad.

La importancia social de la peinadora es tan grande, que hasta bodas ya concertadas se desbaratan por ella.

Conozco un caso de estos ocurrido el invierno pasado.

Amaba cierto jóven á una niña bella, y al parecer era correspondido por esta, cuya familia lo sabia y daba gustosa su consentimiento para el enlace. La niña era rica, y el novio, aunque no tanto, ocupaba una posicion distinguida en el mundo; era elegante, estaba en moda, y pasaba por haber tenido recientemente una cuantiosa herencia. No habia hecho variacion ostensible en su tren de vida; pero, como antes gastaba ya mucho, á nadie le extrañó, y su forzada modestia se tomó por un rasgo de buen gusto.

Cierto dia que la familia congregada departia sobre la boda próxima y hacia en coro un elogio pomposo del feliz mortal que iba á entrar en el gremio, llegó la peinadora, y tomando la conversacion donde la encontraba, se permitió decir:

—Ya, ya, buena suerte tiene V., señorita. Haber cautivado á un hombre como ese, tan inconstante, tan mimado por las mujeres...

—¿Le conoce V.?

—Ya lo creo; visita muchas casas donde yo peino y ¡sé cada historia suya!...

—Todo eso acabará en casándose conmigo, dijo vivamente la niña queriendo evitar que las infidelidades de su novio fuesen pasto de la murmuracion íntima y manantial inagotable de broma.

—Naturalmente, ¡pues no faltaba mas! Y era afortunado, porque sin ser rico, tenia muchas conquistas.

—No es pobre tampoco, dijo la novia algo picada.

—Mas bien...

—Está V. poco enterada, Gertrudis, insistió ella con orgullo; tiene seis mil duros de renta.

—Señorita, ni dos mil; mire V. que yo le conozco bien.

—Es que últimamente heredó de una tia esa fortuna.

—¡Ah! Eso es diferente; yo no lo sabia.

La artista en cabellos salió y fué á embellecer la cabeza

de otra hermosa, triste por el abandono del mismo seductor, á quien se habia visto en el caso de expedir sus pasaportes desterrándolo del reino de sus amores, y la noble familia de la novia quedó deliberando acerca de la autenticidad de la cifra á que ascendian las rentas del futuro, discurriendo medios de comprobacion.

—Bueno seria, observó la mamá con decisivo acento, que hecho el matrimonio resultase que tu marido tenia menos de lo que hemos calculado. Es preciso averiguarlo ahora que es tiempo todavía.

—¡Como que yo me voy á casar sin tener una seguridad!... exclamó la sensible doncella haciendo un delicioso mohin de vanidosa suficiencia.

Un relámpago de satisfaccion iluminó los ojos grises de la respetable mamá, á la par que otra hija suya, de la escuela romántica, elevaba los suyos al cielo con desolada y compasiva expresion.

Aquel mismo dia se dió comision á un respetable amigo de la casa, hombre muy reservado y discreto, que en sus verdes mocedades hizo la córte á aquella madre previsora, para tomar informes.

Pero estos llegaron antes de lo que se pensaba. Al dia siguiente la peinadora entró muy triunfante y contó al cónclave femenino una conversacion que habia tenido con la hermosa abandonada: su resúmen era que el galan no habia heredado nada de su tia; que los seis mil duros de renta eran un mito.

Madre é hija se miraron consternadas, y la hermana romántica las contempló un instante con expresion sardónica.

Siguióse un largo consejo de familia, y aquella tarde la novia estuvo de paseo muy séria con su novio y mas amable con otros adoradores que hacia tiempo no miraba.

Por la noche el amigo de confianza confirmó la version de la peinadora: habia preguntado diplomáticamente al mismo interesado, y este con caballeresca franqueza le confesó que era pobre, autorizándole para declararlo así donde le conviera. Comprendiendo de dónde partia la investigacion,

prefirió la muerte de sus esperanzas á realizarlas por medio de una mentira.

Pero tanta lealtad no podia quedar sin recompensa; y así la primera vez que el jóven vió á su novia esta le trató con frialdad, rompió él con ella, y, á fuer de hombre de mundo, trás breve angustia se quedó tan fresco, diciendo que habia pasado sobre su corazon el cauterio de la ingratitud y por su mente la esponja de la vulgaridad, cosas ambas que son remedio heróico á las grandes pasiones desgraciadas.

Tiempo despues supo el secreto de esta intriga, y cuando otra aventura galante puso en su camino á la peinadora, le mostró su agradecimiento dándole una cariñosa palmada en la mejilla y en la mano dos escudos de oro para ayudar á su dote; porque las peinadoras están sujetas á la comun flaqueza de las hembras y se casan tambien siempre que pueden.

Adolfo Mentaberry.

LA MUJER DEL FILÓSOFO

Dos causas determinan principalmente el carácter de las personas: ó las cualidades innatas, ó las que nacen y se desarrollan en la naturaleza á consecuencia de la educacion y del trato. Son estas las que por lo general enaltecen ó rebajan el alma de la mujer, que mas flexible y movediza que su compañero en goces y desdichas, cede prontamente á la influencia exterior, adopta las ideas y los sentimientos que se le imponen, y concluye por no ser sino lo que el hombre quiere que sea.

La mujer aislada, sobre todo en nuestro país, donde la emancipacion de tan privilegiado sér no ha pasado de los códigos de alguna asociacion extravagante, ofrece bien escasos tipos á la investigacion del hombre observador y curioso.

Para explorar con fruto en la muchedumbre femenil es preciso considerar á la mujer unida, formando ya la pareja social y siendo un reflejo de las locuras ó de las sublimidades del hombre. ¡Y qué singular aspecto ofrecen las cualidades de este pasando al través del carácter de su compañera, como pasa la luz descomponiéndose y alterándose al través del cristal! Habreis visto muchas veces pasearse por la escena del mundo al avaro, al hipócrita, al mentiroso y á otros

muchos mas ó menos raros. Todo esto es muy curioso; pero ¡cuánta mayor extrañeza no ofrecen tales y tan feos ó risibles vicios, si encarnados en el alma de un hombre se proyectan, digámoslo así, como sombras, sobre el alma de una mujer sin contaminarla! Es de suponer que mas de una vez habreis fijado la atencion con asombro en esos séres desdichados que el mundo designa llamándoles *la mujer del avaro, la mujer del hipócrita,* pobres hembras que en sí no son ni avaras ni hipócritas, pero que por vivir unidas á quien posee cualquiera de aquellas fealdades morales, se distinguen de las demás de su sexo y son una especialidad, como otras muchas marcadas desde el nacer con indeleble sello. Son el marido mismo, imperfectamente reproducido; son un facsímile incorrecto, una aberracion fotográfica, un vislumbre, una caricatura si se quiere.

Estas consideraciones hemos hecho buscando entre la multitud de hembras de todas clases que pueblan y regocijan el suelo de la católica España, una que se distinguiera entre todas las de su sexo por un desmedido amor á los trabajos especulativos; y, digámoslo en honor de la verdad, casi en honor suyo, no la hemos encontrado. La filosofante no existe: este mónstruo no ha sido abortado aun por la sociedad, que sin duda, á pesar de la turbacion de los tiempos, no ha encontrado materiales para fundirla en la misma turquesa de donde salió hace medio siglo la literata sentimental y hace treinta años la poetisa romántica.

Es cierto que hace poco ha aparecido una escrescencia informe, una aberracion que se llama la mujer socialista; y puede ser que las fuerzas generadoras de la naturaleza hayan lanzado al mundo en este tipo un esbozo de la filosofante que ha de venir, cuando Dios se fuere servido de fustigar con nuevos azotes este tan apaleado linage á que pertenecemos.

Pero sea lo que quiera, ello es que la mujer consagrada á las investigaciones de la idea pura no existe, por lo menos entre nosotros. Aun no tenemos noticias de que haya sido el terror de cualquier barrio de Madrid una *kraussista,* una

hegeliana, una *cartesiana* ó una *peripatética*. El único sér que alguna semejanza pudiera tener con las anteriores personalidades enteramente convencionales, es la *mujer del filósofo*, y á tan desdichado cuan anómalo ejemplar de la rareza humana vamos á consagrar este artículo.

Y aquí viene como anillo al dedo el nombrar á doña María de la Cruz Magallon y Valtorres, mujer casada por lo religioso y lo civil *(æclesia et republica)* con uno de los mas estupendos sábios de estos tiempos; hombre que, á tantas y tantas calidades propias de su inteligencia, añade las de ser bibliófilo, anticuario y rebuscador de papeles viejos, con lo cual dicho se está que calienta una silla en cada uno de esos panteones que se llaman Academias, y goza entre los doctos de un prestigio parecido al que inspiraban aquellos antíguos oráculos tan ininteligibles como graves, y objeto siempre de admiracion ciega y supersticiosa.

Pues bien; el doctor X inspira á cuantos le rodean un sentimiento parecido á la supersticion, y la persona mas fascinada es su consorte, que se considera puesta á gran altura sobre las demás de su sexo por estar enlazada con varon tan por encima de los otros mortales.

Este matrimonio vive modestamente, aunque sin estrechez, porque el lujo chocaria de frente con los fueros de la filosofía, y la miseria es exclusivo don de poetas y literatos, alcanzando rara vez á los académicos y á los árcades. No tienen hijos, pues á nadie se esconde que los filósofos solo se reproducen de peras á higos y en muy contadas ocasiones, por contener en sus naturalezas contemplativas la menor cantidad posible de animal. Aquel hogar no se parece á hogar alguno, del mismo modo que el filósofo no tiene punto de semejanza con ninguna otra curiosidad de la creacion.

Nos está vedado penetrar en ciertas interioridades del matrimonio; pero aun sin necesidad de hacer exploraciones indiscretas, sabemos que el doctor X se consagra noche y dia á sus estudios, sumergiéndose en cuerpo y alma en el océano sin fondo de la idea. En tan fatigosa tarea, el buen hombre se consume y adelgaza; el desarrollo excesivo de sus faculta-

des mentales impide en él todo otro desarrollo, y cada vez es mas espíritu y menos materia, segun su gráfica expresion. El dia no tiene bastantes horas para su trabajo, ni la lámpara de la noche suficiente petróleo para alumbrar su incesante lectura, escritura ó meditacion. Revuelve mil libros, hojea códices, saca apuntes, escribe cuartillas, y se enflaquece, como si cada idea le sacara del cuerpo una buena porcion de su natural sustancia. Añádase á esto que es sóbrio sobre toda ponderacion mas en el beber que en el comer, y se comprenderá cómo el doctor X va paso á paso encaminado á asimilar su naturaleza con la de un esprimido y enjuto bacalao.

Y en tanto (¡oh falta de equilibrio!) doña María de la Cruz engorda mas cada dia, y rebosa salud por todos sus poros.

Pasa un año y otro, y la mujer del filósofo no tiene hijos á pesar de desearlos ardientemente, aunque no sea mas que uno que perpetúe las glorias de su padre. La infeliz contempla el perenne afan de su esposo, advierte cómo se espiritualiza y adelgaza el sábio entre los sábios, y cada dia se aburre mas.

Este aburrimiento va creciendo y apoderándose de su espíritu. La mujer del filósofo tambien tiene sus horas contemplativas y sus momentos de profunda abstraccion.

A su casa no van mas que sábios, pero ¡qué sábios! académicos de todas las corporaciones conocidas y algun discípulo con antiparras, amarillo como un códice y desabrido como un sistema filosófico. Ninguno de estos séres saca á doña María de la Cruz de su aburrimiento, así como tampoco el buen doctor X, que, cuando se encuentra á solas con ella y en los breves momentos que le deja libre el trabajo, le esplica complicadas teorías sobre la naturaleza y el espíritu. Él tiene costumbre de relacionar siempre el efecto con la causa en todos los accidentes de la vida, pero esto no es entretenimiento para la melancólica esposa que cada dia se aburre mas.

Y para que comprendas, lector amigo, la magnitud de

su hastío, añadiré algunas noticias acerca de las relaciones de doña Cruz. Sus amigas son:

Doña Antonia Cazuelo de la Piedra, mujer del investigador de antigüedades prehistóricas.

Doña Pepita Ariana de los Vedas, hija del profesor de sanscrito.

Doña Rebeca Talmud, hermana del hebraizante.

Doña Rosa de los Vientos, esposa del principal astrónomo del Observatorio.

Doña Margarita Romero y la Zarza, hermana del profesor de botánica.

En las casas de todas estas veneradas personas suele haber reuniones íntimas, sobre las cuales los respectivos sábios que habitan allí proyectan triste y fatídica sombra. En casa de los Cazuelo de la Piedra, el niño recita por las noches la conjugacion griega, para que la tertulia admire precocidad tan inverosímil. En casa del profesor de sanscrito, Pepita hace minuciosa relacion de la ceremonia del último grado conferido en la Universidad, y pasa revista á las togas rojas, amarillas ó azules que exornaban tan interesante escena. En casa del hebraizante, su hermana no puede eximirse de referir los triunfos académicos de aquel, el número de prólogos que lleva escritos para apadrinar otros tantos libros, y la cantidad de ediciones de sus obras que han hecho los libreros de Leipsique y Francfort. ¡Ciencia, ciencia por todas partes, en casa y fuera de casa! Doña Cruz se aburre mas cada dia, y remedando á su esposo en las aficiones contemplativas, busca consuelo en la soledad, y se extasia evocando algun recuerdo de cosa ignorante, profana é iliteraria que endulce tan desabrida existencia.

Con estas ideas doña Cruz se asoma al balcon de su casa y contempla con arrobamiento la muchedumbre que va y viene, el vulgo alegre, movible, ajeno á las abstracciones, y que no estudia, ni escribe, ni se consume dia por dia. Doña Cruz siente una admiracion instintiva hácia todo lo que es ignorante, y aborrece aquella perfeccion intelectual que distingue á su consorte de las demás curiosidades de la creacion.

Y sigue él adelgazando y consumiéndose, y ella echando carnes y reventando de salud y lozanía. Pasan años y ningun hijo viene á hacer menos tristes y soporíferas las horas de este matrimonio. Está escrito que el filósofo no ha de reproducirse, y que en la tierra no ha de quedar un vástago para perpetuar las abstracciones del uno y los tormentos de la otra. Ella, que se cree de una fecundidad prodigiosa, está destinada á no ser madre. ¡Terrible privacion! En vano su esposo le esplica un dia en que por casualidad hablan de este asunto, la teoría de las Mónadas de Leibnitz. Ella no entiende de *mónadas*, y llora la esterilidad de una union formada por dos séres de tan diversa naturaleza y espíritu.

Pero llega un momento en la vida de nuestra heroina, en el cual se para, piensa, calcula y toma una resolucion definitiva. Conviene hacer aquí una bifurcacion, es decir, considerar lo que haria la mujer del filósofo en dos casos distintos, segun los sentimientos y la educacion que le supongamos.

Al llegar al apogeo del aburrimiento (y sabido es que la mujer puede hacer frente al peligro y á la desgracia pero jamás al hastío), al llegar á ese instante supremo en que es difícil aguantar mas tiempo el peso de la cruz que se lleva á cuestas, la esposa del doctor X puede seguir dos caminos: ó llenarse de resignacion y seguir adelante, ó cortar por lo sano y romper los lazos morales y sociales, volviendo la espalda á dos cosas igualmente austeras, la moral y la ciencia.

Si la mujer del filósofo es una de esas naturalezas impresionables y nerviosas, de fácil voluntad y dispuestas á dejarse arrastrar por cualquier arrebato de pasion ó despecho, entonces es probable que busque fuera de casa lo que en ella no ha podido encontrar, y abandone para siempre la compañía de tan extraño sér. Incapaz de elevar su espíritu á las regiones de lo absolulo, tira á lo vulgar, como la cabra al monte; no comprende lo meritorio que seria unir hasta el fin su existencia á la de aquel buen hombre tan superior por la inteligencia á los demás de su especie, y huye buscando lejos del santo hogar de la ciencia las distracciones y los placeres que allí no existen. No puede soportar el fastidio, cree que tiene

derecho á la mitad de las horas y á la mitad de la atencion que su esposo consagra á abstrusas cavilaciones. Es orgullosa y egoista. La gloria no vale mas que ella; todo lo quiere para sí; no comprende que quepa en el hombre otro amor que el de la mujer, ni otro anhelo que el de contentarla. Turbada, desalentada y ciega da el paso fatal y no vuelve mas al buen camino.

Pero si por el contrario la mujer del filósofo es persona que tiene alta idea del deber y recta conciencia; si tiene en el fondo del alma esa fuerza incontrastable que vence las momentáneas y seductoras alteraciones nerviosas; si sabe sobreponer la voz serena de su razon á la chillona algarabía de los sentidos que claman sin cesar en momentos de turbacion moral y de duda, entonces inclinará la cabeza respetando el destino y las conveniencias sociales, y se encerrará en la triste vivienda, continuando en el desempeño de su fastidioso papel con cristiana resignacion.

¡Y cuidado si es triste su casa! Allí ni un niño que juegue, ni un perro que ladre; ningun extraño y disonante rumor ha de turbar el silencio profundo en que necesita vivir la inteligencia del sábio. Algunas flores crecen tristes y descoloridas en un balcon, esforzándose en alegrar aquel recinto. Los dias son mas largos allí dentro, y las noches parece que no tienen fin. El tic-tac de un reló está diciendo contínuamente los instantes de tristeza que trascurren, y allí la uniformidad es la vida, y el fastidio es un sistema.

Entre tanto algo se ha de hacer para calmar la impaciencia y natural inquietud de que la mujer del filósofo está poseida. Anhelando ejercitar las fuerzas de su espíritu en alguna cosa, se hace mogigata, y ya la teneis metida en el golfo de las mas oscuras abstracciones, casi lo mismo que su esposo. Pasa todos los dias cuatro horas en la iglesia *comiéndose á Cristo por los piés*, como vulgarmente y de un modo muy gráfico se dice. Goza mucho contemplando la faz amarilla y charolada de este y del otro santo, y se entretiene en aquel inocente y soso comercio con las imágenes, atiforrándose de letanías, rosarios, novenas, cuarenta horas y

demás refrigerios espirituales. Su marido entre tanto se guarda muy bien de cohibir tan inofensivo pasatiempo, y como advierte que ella se va volviendo cada vez mas austera, mas ágria y sobre todo mas impertinente, él por su parte se va encerrando mas dentro de su filosofía, como el galápago dentro de su concha. Se van reconcentrando uno y otro, aislándose cada dia mas, viviendo dentro de sí con menosprecio y desgana de todo lo que pasa al exterior.

Pero véase qué singular desequilibrio: él enflaquece mas y mas con sus libros, y ella crece en gordura con sus santos. La disparidad aumenta. Hoy son mas antitéticos que ayer, y mañana mas que hoy, porque el filósofo es cada dia mas filósofo y su esposa cada dia mas mujer.

Así pasan los años y él se seca. El ejercicio de pensar consume la sávia de su cuerpo, como una llama el líquido que le da la vida. Aquella máquina se va á parar fatigada de tanta faena, y el buen espíritu de nuestro doctor agita las alas preparándose á partir para la region de donde quizás no debia nunca haber salido. En una palabra, el filósofo se muere del modo mas apacible y sencillo del mundo; inclina la frente sobre el libro, contrae ligeramente los músculos de su rostro y espira. Su mujer se le encuentra así cubierto de una aureola de gloria y mal alumbrado por la débil llama de la lámpara, que se extingue tambien poco á poco por no vivir mas que su dueño.

¿Y qué siente doña Cruz en aquel supremo instante? La mogigatería produce cierta insensibilidad; pero no es tanta la de la mujer del sábio que permanezca indiferente ante la *ascension* (así puede llamarse) de este. Despues de todo y á pesar de su pena, á doña Cruz le parece que no se ha muerto nada en la casa. Un cuarto vacío, un libro huérfano y *la ciencia de luto*, segun la fórmula oficial publicada al dia siguiente en los periódicos.

Doña Cruz lee con gozo mezclado de melancolía los elogios póstumos, las gacetillas apologéticas, la ofrenda final de insípidos ditirambos que acompaña la inhumacion del filósofo. Aquel matrimonio ilógico se deshace; aquel lazo absur-

do se rompe; aquella pareja formada tan solo por lo convencional, y en ningun modo por la naturaleza, se desbarata. La mujer del filósofo queda libre: pasan meses, y ¡cosa singular! ya la compañía de los santos no le es tan agradable. La casa se anima; caras alegres y voces sonoras sustituyen á la voz y á la cara del profesor de sanscristo y del astrónomo del Observatorio. Doña Cruz sale y entra, va aquí y allí, se sonrie, y un dia... ¡cielos! se casa. Inútil es decir que su segundo esposo no es ningun filósofo ni otro sér alguno que remotamente se le parezca. Es un señor de la curia, retirado á la vida privada despues de hacerse rico; hombre ignorante y vulgar si los hay en la tierra. ¿Necesitaremos decir que doña Cruz tiene un chiquillo todos los años? No; esto se supone.

Lector impresionable, no vayas á deducir de esta fabulilla, retrato, cuadro de costumbres, ó historia si quieres, que los filósofos no deban casarse. ¡Qué heregía! Cásense enhorabuena; pero ya habrás observado mas de una vez en cuantos apuros domésticos se ven metidos los hombres demasiado sábios, demasiado estudiosos y demasiado abstraidos. La inteligencia, lector amigo, tambien tiene su higiene, y si á esto añades que ninguna mujer casada con filósofo seguirá fácilmente á su marido á las regiones de la idea pura, puedes deducir la moraleja de este artículo.

B. PEREZ GALDÓS.

LA CRÓNICA.....

I

Sí, señores, la crónica... no precisamente escandalosa, pero poco menos: allí está; aquella es; Mariquita Indaga, ó bien doña María, ó simplemente María, que de todas estas maneras habrán oido Vds. nombrarla por innumerables personas que la conocen, y que, con mayor ó menor intimidad, son admitidas en su ameno y agradable trato.

Mariquita Indaga es un verdadero misterio, un enigma indescifrable, ó por lo menos todavía no descifrado. Parece soltera, algunos afirman que es casada, muchos sostienen que es viuda; su edad se desconoce, su procedencia se ignora; solamente saben de ella, los mejor enterados, que vive con desahogo, gracias á una renta que así puede ser viudedad, como orfandad, como intereses de la Deuda; que viste con elegancia y buen gusto, que frecuenta algunas reuniones de la aristocracia, y que se deja ver á menudo en el teatro.

Y... ahí la tienen Vds. en ese palco bajo. No es hermosa en verdad, pero tiene gracia; y muchas de las mas lindas *pollas* recien salidas del colegio rinden un tributo de admiracion involuntaria, y juntamente da envidia, á la naturalidad de buen tono con que mueve alternativamente los geme-

los y el abanico, á ese aire de no afectada distincion con que dirige, ora una sonrisa, ora una rápida mirada de inteligencia; al desenfado honesto con que envia un saludo afectuoso al amigo que ve en las butacas, y vuelve despues para decir dos palabras al que está á su lado en el palco.

Si la comparacion, sobre ser demasiado vulgar, no pudiese parecer poco galante, diríamos que María Indaga es una verdadera ardilla; ni un instante cesa en su movimiento; la actividad de sus ojos vivos y penetrantes no puede ser descrita, ni aun agotando las exageraciones todas de las poesías orientales: arriba y abajo, á derecha y á izquierda, al escenario y al paraiso, á todas partes mira, todo lo escudriñan sus gemelos investigadores, y cada nuevo descubrimiento motiva un comentario que María comunica á la preciosa niña, rubia y de ojos azules, que la acompaña, y que contesta siempre con una silenciosa sonrisa, ó á cualquiera de los jóvenes que, renovados constantemente, ocupan siempre el palco afortunado.

II

Mariquita Indaga, como todas las mujeres de *cierta edad*, desmerece mucho cuando es observada desde cerca: fuerza es, sin embargo, confesar, para ser imparciales, que el desmerecimiento se refiere exclusivamente á sus gracias físicas, y está compensado por lo chispeante y peregrino de su inimitable y encantadora *charla*.

Un amigo (no recuerdo su nombre ni hace al caso) me presentó á ella: cierto que necesité rogarle repetidas veces y con grandes instancias: María me saludó con una inclinacion de cabeza, entornó con gracia sus párpados, y me tendió con elegante cordialidad su diminuta mano. La presentacion estaba aceptada, y desde aquel mismo instante se estableció entre nosotros una buena amistad: amistad que desde entonces acá no disminuye, pero no aumenta; se está como se estaba; hoy es tal cual fué el primer dia y tal cual será probablemente dentro de muchos años.

—Conozco el nombre de este caballero, dijo al jóven que me presentaba, y tengo de él excelentes noticias que me obligan á darme el parabien por contarle en el número de mis amigos.

—Señora—dije yo verdaderamente sorprendido,—es para mí muy grato el saber que mi nombre ha llegado hasta V., bien que sienta de todo corazon que la realidad haya de hacerme perder en su concepto: esto no obstante, y solo por la buena intencion, yo agradezco desde ahora tan lisonjeros informes á la persona que los haya dado.

Esperaba yo que esto daria ocasion á que se me dijese cómo y por qué conducto habian llegado hasta María esos informes: no fué así.

Despues he sabido, por diferentes experiencias, que María nada dice de lo que se refiere á ella: en esta, como en las demás ocasiones, solo habló de lo que se referia á los demás.

Admitido en su trato, empezó desde luego á considerarme como de casa: me señaló una silla, que ocupé con docilidad, y continuó la série de sus curiosas observaciones, interrumpida un momento por mi aparicion en el palco.

—¡Ah!—exclamó de pronto volviendo la vista hácia la derecha y mirando y hablando á un tiempo—allí está Rosario. ¡Y qué desmejorada está la pobre! Es natural, el último disgusto ha sido terrible. La infeliz niña tiene la desgracia de perder á su padre, á quien creíamos todos inmensamente rico, resultando despues que solo deja deudas, y Paco O'Ryan, con quien debia casarse antes de quince dias, recoge su palabra. ¡Oh! ha estado á la muerte la pobrecilla: mas de un año hace que no se la veia por ninguna parte. Me agradó de verla...; pero ¡calla! mire V., mire V., si está haciendo señas al militar aquel... al que está en la fila segunda; vaya con Rosario, le ha dado por el ramo de guerra; y él no es despreciable, buen mozo, simpático y... toma, pues ya lo creo, como que es Manolito Sanchez. ¡Ay, Dios mio! á buena parte ha ido á parar la infeliz Rosario, va de mal en peor, Paco O'Ryan era un calculador, pero Manolito es un calavera perdido. Jugador, pendenciero... á disgustos mató á Lola, su primera mujer.

Como los pormenores de aquella historia me interesaban poco, aproveché una ocasion para retirarme.

Los ofrecimientos fueron breves y afectuosos: sin efusion, pero con franqueza. Decididamente Mariquita Indaga es excelente para amiga, pensé, y convencido de ello resolví cultivar estas relaciones.

III

Tres años han trascurrido desde entonces: en esos tres años, ya lo he dicho, ni un paso atrás ni un paso adelante he dado en su estimacion ni en su confianza, por lo menos ostensiblemente. En su casa los dias de recepcion—porque en otros nunca he conseguido verla;—en el paseo, en los espectáculos, la he hallado igual siempre; la misma sonrisa, idéntico agrado, conversacion análoga, y la misma desenfadada franqueza, que se aproxima, sin tocarlos nunca, á los límites del *descoco*.

Ella lo sabe todo; lo que no sabe lo presume, lo que no presume lo inventa, y sus inventos y sus presunciones se convierten en realidades. Nada se oculta á su perspicacia.

La próxima quiebra del banquero, el matrimonio en vísperas de efectuarse, el divorcio intentado, la seduccion lograda, la misteriosa aventura, el lujo no explicado, la ruina de esta familia, el encumbramiento de la otra, todo lo explica, todo lo prevé y todo lo anuncia tan precisa y tan exactamente como predice el astrónomo un eclipse de luna.

Sus investigaciones, lo mismo que el amor de D. Juan Tenorio, recorren toda la escala social.

Ninguna prueba la encuentra desprevenida, ninguna pregunta la sorprende, ningun curioso la interroga que no sea satisfactoriamente contestado.

En algunas ocasiones, yo, que nada tengo de supersticioso, he llegado á sospechar que Mariquita era el demonio en persona.

No puedo olvidar una noche en que, por una especie de apuesta hecha en son de broma, pero con cierto empeño, re-

corrimos todos los palcos de un teatro, pasamos despues á recorrer las butacas, y principiamos á recorrer la galería (todo con los gemelos por supuesto), y entonces nos dimos por vencidos, proclamando á Mariquita Indaga la primera y acaso la única maestra en su arte.

—¿Quién es aquella niña rubia, decíamos, y por qué está triste?

—¿Cuál? ¡Ah! sí, ya la veo; es Pepita H.: está tísica, y aunque ella lo ignora, la tristeza de los séres que la rodean la impresiona mucho. Pobre niña, sus padres adoran en ella, y ella ha sido causa de que no se hayan separado; porque hubo hace tres años un suceso... ya recordarán Vds.... se habló mucho de él en Madrid. La madre ha sido siempre una mala cabeza; ya cuando soltera dió mucho que hablar con un primo suyo que luego se ha casado en América.

—Y aquella morena de cabellera rizada, ¿quién es?

—¿Aquella? Pues hombre, si todos la conocen; Concha N.; uno de los mejores partidos de Madrid: por eso, observen ustedes que es el foco á donde convergen todos los gemelos de la platea. Trabajo perdido. Ella está enamorada (pero cuenta con reservarlo, que esto nadie lo sabe) de un muchacho, pianista de muchas esperanzas, que la da lecciones de música y... de amor. Los padres no saben nada, ni segun las trazas lo sabrán hasta que sea demasiado tarde para evitar el escándalo.

—¿Y sabe V. quién es esa niña que está sola en el palco del centro?

—¿Niña? me gusta, pues si es una señora de cerca de cuarenta años. ¡Milagros del tocador! ¡Efecto de la distancia! Esa es... Carolina L. en Madrid, Alexandrina en París; su marido despacha *Le Charivari* y *Le Petit Journal* en un kiosko en la capital de Francia; aquí ella consume las rentas del duque R.

—¿Y esa? ¿Y aquella? ¿Y la de mas allá? ¿Y...

—Esta es fulana, casada con mengano, hija de zutano y perengana, hace esto, espera lo otro: la de mas allá es viuda; la de mas acá mal casada; aquella está en la luna de miel, él

es rico, ella pobre, su abuelo se suicidó, su tio es millonario en el Perú, un primo suyo es secretario de la embajada: aquella es modista: la otra era bailarina en Lóndres hace cinco meses: esa fué actriz en Bruselas hace quince años: esta es novia de un jugador: la de enfrente mujer de un emigrado: la que está mas cerca es poetisa y ama en silencio á su cuñado: aquella de la izquierda pinta desde que tuvo la desgracia de dejarse seducir por un pintor de escaso mérito: esa de la última fila perdió á su esposo, y abandonó á sus hijos para vivir libremente con un hombre que la explota. . .

. . . .

Y la vida de cada una, y la genealogía de cada otra, y las salidas y las entradas de todas, y las vicisitudes de sus vidas, y las alternativas de sus prósperas ó adversas fortunas, todo era relatado por Mariquita Indaga con exactitud y precision, que nuestros mas minuciosos informes confirmaban.

IV

Ahora bien; ¿dónde, cuándo, de qué modo adquiria Mariquita tantos datos, noticias tan curiosas y pormenores tan reservados?

Este es su secreto.

Ella no falta ni en un ápice á las prescripciones del buen tono. Cumple con exactitud escrupulosa hasta con los mas insignificantes artículos del trato social: paga visitas, felicita dias, obsequia á quien debe obsequiar, recibe á quien debe recibir; ni por olvido ni por distraccion deja de poner en todos sus actos el refinamiento mas esquisito de las buenas formas.

En todas partes es bien recibida; de todas sus relaciones usa, sin permitirse abusar de ninguna, y de este modo, aunque sin que yo conozca los medios, ha resuelto el problema cuya solucion buscan inútilmente y con tanto empeño todos los jefes de policía: *saber todo lo que ocultan los demás, sin que los demás sepan ni aun lo que ella no oculta.*

V

Degeneraciones de este tipo son algunos otros menos distinguidos y sobre todo menos elevados.

La comadre chismosa, la portera entrometida, la desocupada de pueblo, la solterona de provincia, personajes son que tienen con Mariquita Indaga ciertas relaciones de analogía; pero ni llegan en sus pobres y pequeñas averiguaciones á la exactitud admirable de mi amiga, ni llevan su esfera de accion mas allá de la determinada por los vecinos de un trozo de calle, ó por las familias mas conocidas de una poblacion de tercer órden.

De estas es prudente huir, porque enojan, hastian, y sobre todo, dan informes equivocados, que casi siempre la envidia, el despecho ó los celos inspiran.

De Mariquita Indaga es conveniente ser amigo, porque sus noticias, acabadas siempre y perfectas, imparciales en la mayor parte de los casos, ya que casi nunca trata á las personas cuya historia refiere, pueden ser de provecho y de utilidad suma en ocasiones graves de nuestra vida.

Si el Estado sostiene á costa de grandes sacrificios pecuniarios una policía que pocas veces vale para algo, ¿por qué la sociedad no habia de recompensar á las *crónicas vivientes* que casi siempre sirven para mucho?

A. SANCHEZ PEREZ.

LAS COMADRES POLÍTICAS

No me cabe duda, la revolucion se ha consumado: ya estamos todos metidos en la danza: las comadres se han hecho políticas.

Yo tambien creia, lo mismo que V., señor leyente, que las comadres ejercitaban sus facultades nada mas que fiscalizando los actos domésticos de sus respectivos parientes y vecinos...

Es decir, yo sabia además, y V. tambien, que solian merodear por el campo de la medicina, y no ignoraba que en tiempo del ambo y terno, á mas de ocupar algunos ócios en formar cábalas, despues que las tenian hechas, pedian devotamente á Dios que tuviera la bondad de dejar todas sus ocupaciones y se sirviese colocar las bolitas de la lotería en tal disposicion, que salieran premiados los números que ellas jugaban.

Pero lo que yo no ví en mucho tiempo y he visto ahora patente, es que las comadres, apoderadas de los asuntos políticos, lavan, retuercen, secan, repasan y aplanchan todos los problemas que la gobernacion de los Estados entraña, y mírelas y óigalas V., y se persuadirá de que no comienzan á tientas ni proceden vacilantes como los utopistas recien nacidos á la vida pública, sino que se estrenan rajantes con

audaces afirmaciones, y desde la nocion mas sencilla se encaraman de un salto á la síntesis mas trascendental y compleja.

Despues de lo que he visto en ellas, y examinados ciertos caractéres que son á todas comunes, me atrevo á asegurar que las comadres políticas constituyen una clase de la sociedad española; son un elemento activo y eficaz de nuestra existencia como nacion, y no me causaria la menor sorpresa el verlas organizarse en grémio, tomar actitud de beligerantes, y reclamar voz y voto en la resolucion de todas las materias.

Yo tengo para mí que las comadres se creian digna y suficientemente representadas por aquella señora que no há mucho se sentaba en el trono de Fernando el Santo y Fernando VII, y en virtud de esto se contentaban con la propaganda de los remedios empíricos y el exámen del estado económico de todo bicho viviente, instituyendo sobre cuanto malgastaba el inquilino de la bohardilla y cuanto escatimaba el del cuarto principal.

Esto en mi concepto lo hacian por pelotones reunidos al acaso; pero hoy, huérfanas de representacion tradicional y legítima, ó creyéndolo así, hacen como la España de 1808, es decir: constituyen una especie de consejo supremo y llaman á sí todos los asuntos nacionales.

El modo de ser de la clase de comadres, tan espontáneo y oportuno como todo lo que procede *directe et inmediate* de la sábia naturaleza, causa profunda admiracion, porque es perfectamente armónico y se manifiesta por iguales medios en todas las provincias españolas. Donde hay seis comadres políticas hay una sola opinion; donde hay seiscientas, una opinion sola.

Si veis alguna mujer que no esté de acuerdo con ellas, esa podrá ser política ó politicona; pero no es comadre.

La unanimidad de pareceres no es un progreso en las comadres; digámoslo en su elogio: este fué don con que siempre fueron favorecidas por el cielo, y es sabido que desde que hubo comadres en el mundo, todas estuvieron de acuer-

do en que el cangrejo era colorado y andaba hácia atrás; en que la hormiga sabia labrar almacenes subterráneos y los llenaba de provisiones durante el verano para consumirlas durante el invierno, y en que el cisne antes de morir convertia su graznido en voz agradable y se cantaba á sí mismo un *De profundis* delicioso.

Pero si bien esa unanimidad no es un progreso en las comadres, bueno es saber y asentar que es prenda que no han perdido al penetrar en la esfera política.

Al pié de las escalerillas, en las galerías de las casas de vecindad, á la puerta de las iglesias, en las tiendas de modas, en las fuentes públicas, en los mercados, alrededor del brasero, podeis oir formuladas en concisos aforismos las opiniones de esa derrengada y respetable clase.

Dicen algunos que no nos entendemos; que hay planteado un problema social pavoroso y sin medio de solucion presentido; enmudece en momentos solemnes la voz del hombre sesudo, que se abisma en las mas recónditas profundidades científicas...

Entre tanto, si pudiérais oir á todas las comadres juntas, porcion numerosísima de españolas, que acaso considerásteis agenas de todo punto á la enmarañada ciencia política en particular y á todas las demás en general, las oiríais gloriarse de poseer el mejor tino y acierto para resolver todas y cada una de las partes del problema, y en un periquete os revelarian lo pasado, lo presente y lo porvenir de todas las instituciones.

Yo he oido á muchas, que equivale á decir que las he oido á todas.

Para las comadres lo pasado es lo mejor, lo presente es lo peor, y lo porvenir será lo pasado.

La comadre es lógica y progresiva á su modo.

Bello ideal de las comadres antes que hubiera frailes: nada de innovaciones; no debe haber frailes.

Bello ideal de las comadres hoy: nada de lo innovado; deberian volver los frailes.

Aforismos invariables de las comadres:

Sobre el sistema métrico: Esto no puede durar.

Sobre todo ministerio nuevo: Esto no puede durar.

Sobre el matrimonio civil donde es reciente: Esto no puede durar.

Aspiraciones de la comadre en materia de gobierno: Uno que dé palos.

No importa que todos los gobiernos, cual por una cosa, cual por otra, hayan apaleado á toda la parentela de la comadre: no importa. Ella, firme en sus opiniones, quiere que se den palos.

Cualidad extraordinaria de la comadre: El espíritu de adivinacion.

No hay una que no haya adivinado cien sucesos en su vida.

A propósito del éxito mas inesperado de cualquier acontecimiento político, la oireis decir: Apenas ví que sucedia tal cosa, ya me figuré lo que iba á resultar, y ¡ya ve V.! no me engañaba.

Y esto lo afirman ellas con un tono de conviccion tan profundo, que no podeis menos de pensar ¡aun hay candor en la tierra!

Digo y repito que no hay dolencia de la pátria que á curar no se comprometan, ni conflicto que no resuelvan, ni nudo que no desaten.

Tiene la comadre una fé inquebrantable en sí misma.

A veces en dos horas no ha podido conseguir que su chico se lave la cara, y hablando de política exclama:

—¡Ah, si yo mandara! No se reirian de mí.

Y asomada á la ventana del pátio, en coloquio, político tambien, con la vecina, olvida que se le está quemando el guisado, y dice sentenciosa:

—Nada, señora Micaela, nada, créame V. todo anda mal, porque en España nadie cumple con su obligacion.

Y esta verdad soltada al aire del pátio y comprobada prácticamente en las hornillas, creo que baste para dar idea del buen sentido de las comadres.

Es tan espontáneo en las comadres el ser políticas, que ni

siquiera saben que lo sean: así como el verdadero elegante lo es sin saberlo y el verdadero sábio nunca tal llega á creerse.

De ahí el que esas comadres no puedan sufrir que las mujeres hablen de política.

Una comadre pasará una hora tratando de demostrar que antíguamente las cosas iban mejor; se esforzará en probar que los sentimientos humanitarios para abolir la pena de muerte, no deben mostrarlos primero los legisladores ilustrados, sino los asesinos indoctos; afirmará que la república es imposible; no vacilará en asegurar que la libertad de la plebe es funesta; pero si una contertulia emite un parecer contrario al suyo, á los cinco minutos ya dice que las mujeres no deben ocuparse en cosas políticas.

Y dice lo que siente; porque para ella, pedir que el gobierno apalee, y que se dé garrote á medio mundo, y que se trastornen todas las instituciones, no es hablar de política, es soltar el freno á la lengua, abandonarse á su propension natural, como nada el pez y como vuela el pájaro.

Las comadres no quieren bien á los hombres que hablan de política, si no hablan de política con ellas.

Aviso á los amantes de toda hija de comadre: Para congraciarse con la futura suegra, el mejor medio es facilitarle que hable de política, no interrumpirla, y fingirse persuadido por ella.

Indudablemente dirá ó pensará: Es un chico bastante simpático.

Frases que toda comadre repite cien veces al año:

«¿La Internacional? ¡Cuatro locos, señora, cuatro locos!»

«Yo le aseguro á V. que me gustaria poderle decir cua»tro cosas á ese señor Castelar; que oiria lo que quizá no »haya oido nunca. Yo se lo aseguro á V.»

«A mi padre, que era un señor de mucha experiencia, »siempre le oí decir lo mismo: los hombres solo se meten en »política para medrar.»

«En otro tiempo no habia guerras.»

«Desengáñese V., antíguamente no se oia hablar de robos.»

Pero es que todas, todas dicen lo mismo, sin habérselo oido unas á otras; que es lo grande.

La jóven que pasa años y años oyendo siempre repetir las mismas sandeces y las cree, es un castigo que la Providencia va preparando para el infeliz mortal que con ella se case; porque esa es comadre antes que esposa, antes que novia; primero comadrea que ama, y seria espantoso ver la deformidad intelectual de mil pobres niñas de bonito exterior, cuyas madres, con tal de tenerlas siempre al lado, las condenan á no oir nunca una idea razonable.

Las comadres protestan siempre de su desprecio á la hez del pueblo, á la canalla.

Les repugna á todas igualmente que se las pueda confundir con gente de poco mas ó menos.

La comadre, entiéndase bien, toda comadre desearia que la sociedad se dividiera en dos clases, á lo menos, y cree (aunque sea hija de cordelero ó de bodegonero) que hecha la division, la tocaria á ella estar en los privilegiados.

No sé si se explica el cómo podria suceder así; pero me consta que lo cree.

No puede ver á los nobles modernos: se rie de ellos; pero venera extraordinariamente á los fundadores de las antíguas casas nobles, perdonándoles el que fuesen modernos entonces.

Habladle de un rey que en tiempos remotos concediese alguna extraordinaria distincion á un plebeyo de su tierra, y regocijada se deshará en elogios de aquel rey.

Habladle de algun plebeyo que en nuestros dias haya obtenido una cruz ú otro distintivo semejante, y la vereis escandalizarse y exclamar que todo se prostituye hoy dia; que no se hacen mas que disparates, y «¡miren qué condecorado! ¡Qué bien le estará la cruz con las alpargatas! ¡Ni sabe leer siquiera!

Porque la comadre es tal, que si V. le dijese que Carlomagno no sabia leer, le llamaria á V. embustero y quizá le arañaria.

Se lo advierto á V. para que no se lo diga nunca.

Si un dia le dice V. que circula poco dinero, exclamará en seguida:

—¡Oh! en otro tiempo todo iba bien, todo el mundo ganaba muchísimo dinero; los hombres solo se ocupaban en sus negocios y se vivia en la abundancia.

Si al otro dia le dice V. que se van á emprender grandes obras, prepárese V. para oirle decir:

—Hoy todo anda mal porque los hombres no piensan mas que en negocios; antes no habia ese afan de dinero; habia moralidad; hoy nadie piensa mas que en vivir en la abundancia.

La comadre es susceptible de grande entusiasmo. Por ejemplo: le esplicará á V. con tranquila satisfaccion que en otro tiempo habia en tal sitio unas casuchas muy feas y lóbregas formando calles peligrosas; pero que un gobierno paternal las demolió, dejando allí una hermosa plaza rodeada de hermosos edificios.

Pero si un dia el municipio trata de derribar otras casuchas feas y lóbregas y convertir en hermosa plaza un sitio peligroso, levántase la comadrería enérgicamente, y cuellierguida y trémula de histérico, protesta, chilla á riesgo de ahogarse, anuncia la entronizacion de la barbarie, y abomina de la piqueta... demoledora, que es el adjetivo inseparable de piqueta cuando habla una comadre.

La actual revolucion podrá ser mas ó menos fecunda; de su programa podrá quedar mas ó menos resíduo en las instituciones; pero es indudable que nos ha revelado por completo á la comadre política, y por este solo hecho nos dejará á todos agradecidos.

¿Subsistirá tanto como la presente civilizacion la comadre política?

¿Desaparecerá fugazmente como la senaduría hereditaria y el imperio de Maximiliano?

No nos atrevemos á afirmar cosa alguna sobre tan incierto punto; pero nos parece imposible que la naturaleza, al reunir los componentes de un organismo tan complicado como el de la comadre política, se haya propuesto darle vida efímera.

Hemos dicho antes que la manifestacion de la comadre en el sentido político era reciente; pero debemos advertir que, en concepto nuestro y de personas mas entendidas que nosotros, hace años que se tenian barruntos de su existencia é influjo.

Un discreto comentador de Espronceda asienta que cuando el poeta dijo:

Turba de viejas que ha mandado y manda,

no quiso dar á entender que fueran materialmente mujeres cargadas de años los que, con casaca bordada y sombrero con plumas, proclamaban las resoluciones régias desde las respectivas tribunas de las dos Cámaras, sino que aquellos ministros vivian y ejercian inspirados por el espíritu que anima á las comadres políticas.

Interpretacion que no rechazo y arroja gran claridad sobre el oscuro pasaje del poema.

Esto solo bastaria para demostrar que las comadres políticas odiaron siempre lo demagógico y son firme baluarte contra toda utopia.

No las vereis jamás contaminadas por el ánsia de innovar que desde el principio del mundo lo trastorna todo; y es seguro que si hubiesen existido á par del caos, habrian suplicado al Criador que no hiciera la luz, temerosas de pasarlo mal fuera de las tinieblas.

Esta es la mas sobresaliente cualidad de nuestro tipo. Esencialmente conservador, desdeña y combate lo presente, sin incurrir en contradiccion alguna, porque cree que lo presente es una fortuita desviacion, y que lo permanente es lo pasado, á que pertenece en cuerpo y alma.

Cuando se habla de hombres ilustres de otro tiempo, á todos se los figura con abultado vientre, altos y corpulentos, en el vigor de la edad, sóbrios y gruesos, sábios y religiosos.

Profesa la opinion de que hoy dia todo está corrompido menos ella y su esposo (si este se deja gobernar por ella); y si el esposo es empleado y su jefe le favorece, exceptúa tambien

al jefe de la nota de inmoralidad que hace pesar sobre todas las generaciones vivientes. En lo cual muestra ser agradecida.

El elogio mas cumplido que podemos hacer de la comadre política consiste en asegurar que siempre estuvo de acuerdo con los hombres eminentes que procuraron, aunque con mala fortuna, afirmar el órden y labrar la felicidad de la pátria sin oir el parecer de nadie.

Los ministros constitucionales que durante treinta años han regido á España, no pueden alabarse de haber ideado ni practicado nada que mil veces no haya constituido los programas de gobierno que prevalecen en las tertulias de esas señoras.

No me extrañará, no, el verlas organizarse un dia formando una liga que á modo de la anti-filibustera y anti-internacional se presente á pretender la gobernacion del Estado.

Y si llega semejante caso, es muy posible que, por no oirlas (yo á lo menos no me opondria), se les permita hacer un ensayo, y veamos realizado en parte el pensamiento de Picon en su *Isla de San Balandrán*.

Porque como ellas se empeñen y se amotinen por lograrlo... ¿quién resiste á su garrulería, á sus tenaces vociferaciones; quién se atreve á ametrallarlas?...

Yo no, ni español alguno.

Quedarán entonces muchos calcetines sin remendar; faltarán muchos botones en las camisas; pero el espíritu tradicional cobrará vigor nuevo y los hombres podrán entregarse un poco al descanso: no mucho, un par de dias.

Lo que tienen de hombruno las comadres políticas parece que lo adquiere su sexo siempre que los varones se afeminan. De modo que tal vez dentro de pocos años la organizacion oficial de aquellas sea un hecho consumado.

¡Yo te saludo, futuro gremio de comadres! Ya que no pueda llamarte gentil ni sandunguero, te reconozco y acato por representante de todos los siglos que ya pasaron y tambien del siglo presente cuando sea pretérito.

Yo confieso y declaro que no recibes inspiraciones de los políticos mejor intencionados, sino que en tí se inspiran ellos cuando se resisten heróicamente á que detrás del lunes venga el martes y detrás de julio agosto.

Discute sin empacho, teoriza sin temor, absuelve y condena segun te plazca; y sobre todo prolonga tu existencia entre nosotros, que te haremos siempre justicia.

Te prometemos que á cada afirmacion de ministro conservador, levantaremos la voz para reivindicar tu derecho, diciendo:

¡Así opinan las comadres!

Tú eres la musa; tuya es la gloria.

Roberto Robert.



LA CELOSA.

LA CELOSA

(BOCETO)

Entre los terribles males que proporciona al hombre (y entiéndase que al decir *hombre* quiero designar al hombre y á la mujer); entre los terribles males, repito, que proporciona al hombre esa funesta imposibilidad de estar solo, orígen y raíz de todas las calamidades que aquejan á nuestra especie, segun la opinion de La Bruyère, descuella la pasion de los celos, que ha inmortalizado á Otelo y al tio Macaco. No sabré deciros, ni hay necesidad de que os lo diga, lectoras desocupadísimas, cuál es la intensidad de esa pasion, cuáles sus efectos, cuáles sus causas; empero como vosotras y yo tenemos mucho tiempo que perder, podemos entretenernos en disertar acerca de este asunto, que, bien considerado, es de los mas importantes que se ofrecen á la consideracion del filósofo, del literato y del presbítero.

Si yo tuviera á mano uno de esos libros en que se hallan coleccionados los pensamientos, máximas, anécdotas, chascarrillos, preceptos y refranes referentes al amor, las mujeres, y todo lo que de estas cosas se deriva, que han discurrido y pensado los autores antíguos y modernos, no dejaria

de incluir en esta parte de mi artículo algunas docenas de los que se refieren á los celos, punto y objeto de mi disertacion; mas como no tengo ese libro, he de abstenerme de mostrar mi erudicion en letras sagradas y profanas. Ignorante y todo, como soy, no desconfio de salir airoso de mi empresa, si mi audacia y la benevolencia de mis lectoras me ayudan en ella.

Nacen los celos del amor; mas no solamente del amor del hombre á la mujer y *viceversa*, sino de todo amor de las personas hácia las cosas, y de los animales hácia los indivíduos masculinos ó femeninos de su especie. No describiré con rasgos virgilianos los celos del toro, ni robaré á Dickeus los colores de su paleta para pintar los del perro, ni tomaré á Lope por modelo para describir los del gato, ni me inspiraré en Toussenel para hablar de los del pájaro, porque supongo al lector convencido de la existencia de los celos en los animales expresados y en las condiciones necesarias para hacer por sí mismo las observaciones conducentes á llevar el convencimiento á su ánimo, si ya su ánimo no estuviera convencido de la verdad de mi afirmacion. Tiene celos el propietario de una capa, del indivíduo desarrapado y grotesco que dirige á aquella prenda una mirada codiciosa en noche fria y lugar despoblado; tiénelos el conservador, del comunista; el elector, del diputado; el pueblo, del monarca; el cura, del liberal: celós engendrados por el amor á la capa, al monopolio, á los honores, á la libertad y á la prebenda. Ello es cierto que estos celos, originados por el afecto de las personas á las cosas, no son tan intensos, tan violentos, tan impetuosos, tan vehèmentes ni tan dignos de consideracion como los producidos por el amor de las personas entre sí. Los celos verdaderos, legítimos, *auténticos*, son los que resultan del cariño que hombres y mujeres se profesan.

Cuando dos que bien se quieren (como dice la copla) se declaran mútuamente *su sentir*, no existe entre ambos el menor asomo de celos. La espansion del alma en aquellos momentos no permite pensar en otra cosa que en amar, en abstraerse en la contemplacion de la persona querida, en go-

zar de la posesion de lo que durante largo tiempo fué objeto constante de nuestro deseo. Despues el amor entra, como todas las cosas, en el período normal, adquiere carácter de costumbre, se convierte en ocupacion diaria, muy agradable, muy dulce, pero *diaria* y *ocupacion.* Entonces vienen los celos á romper la monotonía del cuadro, á darle animacion y vida; entonces sí que el amor es amor. Los celos son al amor lo que las espinas á la rosa; no nos avenimos á concebir el uno sin la compañía de los otros.

. . . .

Perdóneme la lectora las anteriores vulgares reflexiones, y ayúdeme con su benevolencia á emprender la difícil y árdua y en mal hora por mí comenzada empresa de describir la mujer celosa.

De la celosa puede decirse lo que del poeta: *nascitur*. La celosa nace. La primer idea que concibió su infantil inteligencia, contenia, siquiera en gérmen, la pasion de los celos que mas tarde habia de desarrollarse y crecer al calor de las influencias exteriores é internas, hasta constituir el carácter, el modo de ser, el distintivo particular de la individua que es objeto de estos desaliñados apuntes. Cuando niña, tenia celos de todas las niñas y de todas las mujeres y de todos los hombres, y hasta del perro y del gato y del loro y del canario. En el paseo, en visita, en todas partes, mostraba el afan de ser la preferida, la sola agasajada, mimada y acariciada. Si alguna vez, jugando al corro ó á *la limon* en la plaza de Oriente, oia decir á cualquier espectador ó espectadora, refiriéndose á otra niña: «¡Qué niña tan hermosa!» ó «¡qué niña tan amable!» ó «¡qué niña tan bien vestida!» salia furiosa del corro ó suspendia en aquel punto el juego para ocultar su semblante en el regazo de la niñera que la acompañaba. Cierto dia arañó á esta por celos de un buen mozo, cabo segundo de coraceros del Rey, á quien la jóven doméstica acababa de dar una ligera, aunque ostensible, muestra de cariño.

Para evitar á la niña los disgustos consiguientes, emplearon sus padres el medio de no elogiar en su presencia á ningu-

na persona, ni animal irracional, ni cosa mueble ó inmueble; de suerte que la pobre criatura fué formando un concepto en extremo desfavorable de todo lo que la rodeaba, y se consideró muy luego como emblema de perfeccion y único sér digno de amor, consideracion y respeto.

La niña comenzó á ser mujer, y como es natural, comenzaron á declarársela lòs *pollos* y aun algun que otro *gallo*. La celosa, acostumbrada á desconfiar hasta de su sombra, fué dando calabazas á todos sus amantes, y hubiera tardado mucho tiempo en tener novio á no haberla decidido á ello el ejemplo de sus compañeras, alguna de las cuales contaba con uno para cada dia de la semana.

Ser novio de niña celosa es el oficio mas maldito del mundo, como diria Quevedo. Son achaques generales de los amores juveniles escribir billetes, pasear aceras, abrigar esquinas, *hacer telégrafos*, oler ventanillos, sufrir desdenes, sobornar porteras, huir de padres y tutores, aguantar vientos, lluvias y escarchas y llevar micos; mas todos estos inconvenientes son nada en comparacion de los que asedian al que mantiene relaciones amorosas con una niña atacada de la manía de los celos. Para ese desventurado el amor viene á ser una verdadera batalla: amar es lo mismo que *estar de monos*. Y no hay necesidad de que yo explique lo que estas monadas significan.

El amante de la niña celosa ha de ser un esclavo entregado en cuerpo, lo mismo que en alma, á los caprichos de la celosa que le favorece con su cariño. El pobre ha de permanecer constantemente en la calle, frente al balcon de su adorada, por si esta tiene el capricho de asomarse; ha de estar siempre en el descansillo de la escalera pronto á recibir cualquier órden que su dueña y señora tenga á bien comunicarle; ha de acompañar á su novia á misa, sea cualquiera la religion que profese; al teatro, á paseo (detrás, á razonable distancia, como un lacayo), á las reuniones, á los bailes, á San Sebastian, á Biarritz ó á Getafe, ó á donde su adorada veranee, si veranea su adorada.

Está el muchacho plantado en la opuesta acera, retratán-

dose en su rostro el aburrimiento propio de la situacion, cuando la celosa asoma su faz por entre las cortinillas. Alza el desventurado la cabeza y envia á su amada una sonrisa triste. La celosa le mira, corre la cortina y se oculta en un rincon de su estancia para derramar abundantes lágrimas. «¡No me ama! dice. ¡Se aburre esperándome! ¡No se alegra al »verme! ¡Me vende! ¡Me engaña! ¡Ama á otra!» Y no sale de su error hasta que el pobre muchacho, á fuerza de ayunos, penitencias y cilicios, la persuade de su constancia inquebrantable y de su amor ardiente é infinito. Si en vez de mostrar tristeza y aburrimiento el infeliz amante, muestra alegría, contento y regocijo, el efecto es el mismo: los amantes se ponen *de monos*. ¿A qué insistir en este punto? Para la celosa todo sirve de pretesto á los celos; el aire, la tierra, el agua, el fuego, Dios y sus santos, las cuatro virtudes cardinales y los mandamientos de la Iglesia, el verano, la primavera, el dia, la noche, los animales y las plantas; de todo saca pretesto para *heautontimorumenizarse* (palabra nueva).

Por eso la celosa de quien mas arriba hice mencion no halló durante el breve espacio de su juventud un novio capaz de resistir sus impertinencias, y por su afan de ser amada con un amor imposible en este mundo material y relativo, quedó, como se dice, para vestir imágenes, entrando en el gremio de las solteronas, que tiene por divisa el *lasciate ogni speranza, voi che intrate*, del Alighieri. No se ha enmendado por esto la buena señora, y continúa, á pesar de todos los desengaños recibidos, haciendo sufrir á todas las personas con quienes trata las consecuencias de su carácter celoso. Por eso en la casa de pupilos, donde reina y gobierna, no permite que ninguno de los huéspedes ande en amoríos ni reciba visitas femeniles. Donde está doña Dolores (que así se llama) no levanta el gallo ninguna otra mujer: verdad es que doña Dolores no permitirá que ninguna traspase los umbrales de su hospitalaria morada. El huésped predilecto de doña Dolores es un sexagenario enjuto y mal encarado que no habla de las mujeres sino para decir pestes de todas ellas. Está separado

de su esposa por... incompatibilidad de carácter, si mal no recuerdo.

Doña Dolores tuvo celos en su infancia de todas sus compañeras y de todas las personas que la rodeaban; en su juventud se desesperó pensando que todas las jóvenes aspiraban á arrebatarla el amor de su novio; en la edad madura tiene celos de todas las mujeres en general y de las patronas de huéspedes en particular.

Despues de tratar de la celosa soltera, voy á decir algunas palabras respecto á la celosa casada, y en vez de meterme en filosofías que á nada sino á fastidiar al lector conducen, referiré en estilo mondo y lirondo lo que sé con respecto al asunto.

Yo conozco á una doña Vicenta, capaz de dar quince y raya á todas las celosas de la tierra y de los demás planetas habitados. Es tal, que todos los maridos, víctimas de los celos de sus mujeres, acuden á casa de doña Vicenta á buscar en el espectáculo del mal ajeno algun lenitivo al propio dolor. Doña Vicenta no cruza jamás la palabra con ninguna mujer, ha reñido con todas sus amigas, y con la ferocidad y descompostura de su semblante aleja de su camino á cuantas *individuas* halla al paso. Doña Vicenta no vé, ni oye, ni respira, ni come, ni bebe, ni dice cosa que no sea celos, celos y celos; ocúpase constantemente en espiar á su marido, y atenta al desempeño de esta que juzga obligacion imprescindible, descuida los quehaceres domésticos. No descuida, empero, doña Vicenta la guarda de su conyugal fidelidad, anteponiéndola á todo lo criado, como muchas otras mujeres que cifran todos sus deberes en el desempeño de uno solo, frecuentemente el que menos trabajo cuesta cumplir. El pobre Alvarez (que así llama doña Vicenta al incauto personaje que cometió la indiscrecion de darla ante el ara mano y palabra de esposo); el pobre Alvarez, decimos, comprende que le cuesta demasiado cara la castidad de su consorte; pero sea por la escasez que se observa de esa preciosa cualidad en este viejo mundo, sea por otro cualquier motivo que no hemos de averiguar, es el caso que Alvarez soporta paciente-

mente el yugo de su celosa mitad y acepta las amarguras que esta le proporciona, como indispensable compensacion de la felicidad que halla en la posesion absoluta de doña Vicenta, á quien, si bien considera como autora de sus padecimientos, mira igualmente como muralla inespugnable ante la cual se estrellan los dardos acerados de la seduccion.

Doña Vicenta pasaria de buen grado sin criada; pero como es preciso que mientras ella cela y vigila á su esposo alguien se encargue de encender lumbre, y poner el puchero, y fregar los platos, y barrer la casa, la buena señora no puede prescindir de tener una doméstica que se ocupe en todos estos pormenores. Obligada por esta razon á admitir *faldas* en su domicilio, elige siempre criadas feas, horribles, viejas endemoniadas, inverosímiles. Doña Vicenta se ha creado un tipo de fealdad, al que es fuerza pertenezcan las *indivíduas* que hayan de servir en su casa; lo cual no impide que doña Vicenta desconfie de todas ellas y las considere cual huríes celestiales que conspiran contra su paz doméstica, poniendo cerco al débil y mal seguro amor conyugal del desgraciado Alvarez.

Por eso antes sufrirá doña Vicenta el mayor suplicio que consentir que Alvarez se quede en casa acompañado del *mónstruo* que les sirve, ni que el susodicho *mónstruo* penetre en el cuarto de Alvarez cuando Alvarez está encerrado en su cuarto, ni que tenga el *mónstruo* relacion de ninguna clase con nuestro amigo Alvarez. Doña Vicenta tiene muy mala opinion de su marido; le cree enamorado, galanteador, seductor, calavera; y si bien no tiene una exagerada opinion de las cualidades personales de su esposo, le cree dotado de ese encanto misterioso que atrae y seduce; de ese *quid* que sabe conquistarse el afecto del sexo bello. Verdad es que doña Vicenta tiene peor opinion de las mujeres que de Alvarez, y si juzga á este aficionado á las faldas en demasía, piensa que todas las hembras son livianas, ligeras, coquetas y amigas de belenes, galanteos y aventuras *non sanctas*. Por eso teme que la buena disposicion de su esposo hácia el fruto prohibido, unido á la pecaminosa inclinacion del *fruto*, han de

dar al traste con la paz de su hogar si no previene con energía las fatales consecuencias que la libertad de su marido habria de producir.

En casa de doña Vicenta, doña Vicenta es la dueña del dinero. Alvarez recibe todas las tardes dos reales en plata de manos de su esposa; reales cuya honesta inversion ha de justificar, entregando á su esposa tres ó cuatro terrones de azúcar de pilon y cuatro cuartos, ó dos cuartos y una caja de cerillas. Doña Vicenta entrega á su esposo una cajetilla de Canet al mismo tiempo que los dos reales, y si pudiera hasta le abonaria en el café, pagando ella por adelantado: tal es la *escama* de la buena mujer. Alvarez sin dinero la parece excesivamente peligroso: con que ¿qué seria si á su propension natural hácia el bello sexo se uniera la posibilidad de satisfacer esas necesidades accesorias del amor que se traducen en dinero contante y sonante?

Como los celos de doña Vicenta vencen y dominan á la razon fria y severa, y no hay nada que los acalle y amortigüe, todas las precauciones de que llevo hecha mencion, y otras que me callo, le parecen insuficientes. Alvarez, viejo y feo, y sin dinero, que es lo mas grave, le parece tan propio para caer en las redes de la seduccion, que doña Vicenta no se muestra satisfecha de sus grandes precauciones y toma otras mayores aun. ¿Quién sino doña Vicenta se acerca casi todos los dias al portero de la oficina donde ejerce Alvarez su empleo? ¿Quién sino ella, cubierto el rostro con espeso velo, se acerca al susodicho portero, entablando con él un breve y animado diálogo?

—¿El Sr. Alvarez, está? dice doña Vicenta con voz trémula.

—Creo que sí, contesta el portero.

—Vaya V. á ver.

—¿Qué recado le llevo?

—Ningun recado. Vea V. si está, y vuelva V. á decírmelo.

—Pero ¿qué le digo?

—No le diga V. nada. Solo quiero saber si está.

—Entonces no voy, contesta el portero arrellanándose en su sillon y empuñando la badila del brasero.

—Es que soy... su esposa, replica doña Vicenta llena de ira é impaciencia.

—¡Ya! esclama el portero. Voy, señora, voy.

Y en efecto, va, y vuelve diciendo que Alvarez está en la oficina y que lee la *Gaceta* en aquel momento, ó que trabaja en algun expediente.

Y doña Vicenta con mirada escrutadora observa el semblante del portero, y procura adivinar en las inflexiones de la voz de este si es ó no cierto lo que asegura.

Otras veces doña Vicenta, para sorprender á su marido, le dice al regresar este á su casa (á las cuatro y cuarto de la tarde, ni antes ni despues) de vuelta de la oficina:

—Mira, Alvarez, ahí ha estado una *señora* á preguntar por tí.

—¿Señora? exclama Alvarez asombrado. Yo no conozco á ninguna señora. Será una equivocacion.

Y esto lo dice con tal candor, que doña Vicenta no puede menos de comprender la inocencia de su esposo.

No hay para qué decir que la venida de la *señora* ha sido una invencion *ingeniosa* de doña Vicenta «para sacar »de mentira verdad.»

Otras muchas particularidades pudiera añadir respecto á la vida y milagros de este matrimonio; pero mi natural discrecion sujeta mi pluma y sella mis labios. No diré ni escribiré, por tanto, nada que tenga la relacion mas remota con cierto cuartito sotabanco de la calle de Jardines, alquilado á nombre de Rosa Menendez, *costurera*, y en el cual pasa dos horas, *plus minusve*, todos los dias un indivíduo parecido por detrás al marido de doña Vicenta. Si esta señora llegase á saberlo, seria capaz de atormentar doblemente al inofensivo Alvarez.

Y no terminaré este *boceto* sin trascribir esta sentencia, ó cosa así, que acabo de encontrar en un papel viejo:

«Los celos indiscretos de la mujer no producen por lo re»gular otro efecto que hacer al marido inconstante. Una se-

»ñora discreta, á quien dijeron que su marido cortejaba á »muchas mujeres hermosas, respondió:

—»Poco me importa que mi marido pasee su corazon todo »el dia, con tal que á la noche me le traiga á casa.»

PEDRO AVIAL.

LA MUJER SIN TACHA

I

La experiencia habia enseñado á Pantaleon Prudente que la mayor calamidad para un hombre de bien era casarse con una mujer perfecta. Pantaleon vive, y aun casi nos atrevemos á asegurar que es tan inmortal como Aquiles, exceptuando el talon, y no tenemos la menor duda de que al leer este artículo derramará abundantes lágrimas de gratitud, exclamando con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Benditas sean las manos »del que lo ha escrito!»

Pantaleon conoció á Soledad en el Pardo. Ambos á dos hijos de Madrid, tenian la costumbre de acudir alegres y gozosos á coger bellotas el dia de San Eugénio.

Pantaleon vió á Soledad sentada á la sombra de una encina, con el delantal lleno de ese fruto que tanto engorda á la familia *sin desperdicios* del compañero de San Anton.

—Me gusta esta muchacha, se dijo partiendo una bellota entre colmillo y colmillo.

Y dirigiéndole una de esas miradas que son un poema de amor, se comunicó entre Pantaleon y Soledad ese fluido dulcísimo del corazon que brota por las pupilas, estableciéndose

el lenguaje espresivo del alma con el vocabulario, sin palabras, de los ojos.

Difícilmente en el universo existe una gente mas campechana que los hijos de Madrid, y que con mas facilidad contraiga amistades cuando se encuentra en el campo.

Pantaleon bailó unas seguidillas con Soledad, le compró panecillos del santo, y al regresar aquella tarde á la córte le declaró su amor junto á la Puerta de Hierro.

Tres meses despues, convencidos de que habian nacido el uno para el otro, un cura los casó en latin, y comenzó la vida feliz del matrimonio.

II

El matrimonio es una comedia cuyos entreactos muchas veces se convierten en lazo corredizo que estrangula la felicidad. En este caso, si el mártir es el marido, la mayor desgracia que puede acontecerle es tener lo que en el lenguaje familiar se llama una mujer perfecta, porque no tiene mas que dos caminos escabrosos y desagradables ambos: ó buscarle un amante á su mujer, ó pegarse un tiro. Esto tiene algo de inmoral, pero en cámbio es gráfico, verdadero hasta dejarlo de sobra.

¡Ah! se nos olvidaba decir que Pantaleon era un modesto empleado de Hacienda. Sus jefes le llamaban el Suizo por su exactitud, y sus compañeros Job por su paciencia; aborrecia las plumas de acero, dando la preferencia á las de ganso, y gastaba manguitos de percalina negra para conservar las mangas de la levita.

Pantaleon no tenia color político, pero siempre que caia algun ministerio perdia el color de la cara temiendo quedarse cesante. Sin embargo, su exactitud de cronómetro y su honradez de cuákero le sacaban incólume de todos los frecuentes cámbios ministeriales.

Cuando algun compañero le preguntaba: «Pantaleon, ¿qué hay de política?» Pantaleon, dejando asomar una sonrisa in-

LA FEA

Si yo dijera que todas las lectoras de este libro son prodigios de hermosura, seria un adulador, y nunca me dió por ahí, y así estoy yo de medrado. Lectoras tendrá este libro que serán feitas, sin poderlo remediar, y fuera una falta de consideracion no dedicarles un artículo, y no cantar sus alabanzas, que muchas feas hay dignas de ser alabadas, no por mí, que no paso de ser un feo, mas feo que ellas, sino por el mismo Apolo.

No se asusten, pues, las feas creyendo que voy á decir pestes de ellas: no, señoras, no tengo esas malas intenciones; ni se ufanen tampoco las bonitas, porque este artículo no va con ellas, que si ellas tienen la ventaja de ser bonitas, feas hay que son hermosísimas, y con una hermosura mucho mas duradera que la de las hermosas, por mas que yo tenga la debilidad crónica de gustar mucho mas de las hermosas que de las feas, siquier sean aquellas unos diablillos tentadores, capaces de volver loco al hombre mas grave y pacífico.

Pero no porque á mí me gusten las bonitas dejo de conocer que las feas pueden ser, y son, ángeles de bondad y de pureza, por todo extremo dignas de la mas profunda admiracion; y algunos maridos habrá por esos mundos que cualquier cosa darian porque sus mujeres hubieran sido feas, lo

cual habria proporcionado á los pobres la ventaja de vivir siempre en paz; porque á las feas, por punto general, no las persiguen mucho los buscadores de gangas y burladores de maridos, bien que se dan casos de hombres que por todo atropellan, y aun á las feas se atreven.

*
* *

Cuando voy yo á una reunion y veo una fea sentada en segundo término, mirando con la sonrisa en los labios las parejas que bailan, ó hablan, ó se miran, mi sensible corazon me lleva al momento al lado de la pobre fea abandonada.

Aquella pobre mujer sufre, indudablemente sufre, y es un deber de todo hombre bien nacido socorrer al que sufre, consolar al triste.

La fea me recibe muy bien; se la vé hacer esfuerzos por dibujar en sus labios una sonrisa mas expresiva, y lo haria si aquellos dientes, que se le salen de la boca, no se lo impidieran, y en sus ojos brilla cierta satisfaccion, cierto orgullo: sus ojos dicen claramente su agradecimiento. Empieza nuestra conversacion, y en verdad les digo á Vds. que he encontrado yo feas con quienes se habla muy á gusto largas horas. La fea es muy observadora, vé todo lo que se vé y lo que no se vé, profundiza hasta lo mas hondo del corazon ajeno y nada se le escapa, ningun pensamiento, ningun sentimiento. Ella adivina por qué está distraida y preocupada aquella hermosa dama, señora de un brigadier exento de servicio; á quién persigue, no al brigadier, sino á la brigadiera, un ayudante de campo, no exento como el brigadier, célebre por sus aventuras amorosas y su osadía temeraria; ella vé claramente los celos que devoran á aquella rubia espiritual que va á casarse con un calaveron deshecho; ella adivina el tremendo batacazo que va á dar aquel banquero arruinado por una primera bailarina y cinco ó seis segundas y terceras; ella, en fin, puede hacer la historia de todos aquellos séres, felices en la apariencia, que representan en la sociedad diversos pape-

les, logrando engañar á todos, menos á aquella fea tan modesta, tan risueña, tan á la buena de Dios.

Una fea así le encanta á V. toda la noche, y maldita la gana que le da á uno de bailar unos lanceros con aquella esbelta jóven de cabeza griega, con unos ojos capaces de encender el casi extinguido fuego en un corazon de sesenta ó setenta años, ni de llevar del brazo al *buffet* á aquella jamona que enseña unos hombros, y algo mas, de admirable contorno é irreprochable blancura, ni de probar fortuna jugando una vaca con el brigadier exento, que tiene una suerte loca, y todas las noches se lleva los bolsillos rebosando napoleones. A todo esto es preferible la conversacion con la fea, conversacion chispeante, filosófica, á las veces amarga, pero siempre discreta, amena, interesante. Dice las cosas de una manera tan sencilla, con tanta oportunidad, con tanta inocencia, que no parece que haya en ella intencion ni malicia; y sin embargo, nada hay tan malicioso, tan intencionado, tan alevoso, si así puede decirse, como lo que dice la fea de las demás.

Líbrenos Dios de incurrir en el desagrado de una de esas feas implacables. Procuremos, por el contrario, ganar su confianza, captarnos su simpatía, y será entonces nuestra mas íntima y dulce amiga.

*
* *

Otro tipo de fea se encuentra frecuentemente: la fea rebelde á su destino, que no puede disimular lo que le pesa haber nacido fea, y que tiene declarada la guerra á todas las que no lo son. No es esta fea, como la otra, discreta, amable, tierna: es imprudente, hosca, dura: no aborrece solo á las mujeres, aborrece tambien á los hombres, y «¡Jesús! dice; los »hombres... para quemarlos.» ¡Qué mas quisiera ella que poder quemarlos!... Para esta mujer no hay amor desinteresado, no hay felicidad en el matrimonio, no hay matrimonio bien avenido, no hay mujer que quiera á su marido ni marido que no se la pegue á su mujer. Anda siempre husmeando vi-

das ajenas, y es la trompeta del escándalo con singular fruicion; pero todo lo hace ruda, violentamente, sin escrúpulos. Cuenta lo que sabe y lo que no sabe lo inventa, y así entretiene su mal humor y divierte sus ocios forzosos de fea de solemnidad.

No confesará ella que ningun hombre le ha gustado alguna vez—y sin embargo, ¡le gustan tantos!...—no negará ella que fulanita, pongo por caso, es muy bella; pero... los peros de esta fea son terribles... Si confiesa que es bella fulanita, á renglon seguido le sacará á relucir sinnúmero de faltas ó defectos que afeen verdaderamente á la que ella misma llama hermosa, y se quedará tan satisfecha de que ha hecho el elogio de fulanita.

Si esta fea es rica, que suele serlo en justa compensacion, se deja solicitar por todos los que tengan ese mal gusto; que siempre hay hombres que pretenden á una mujer que tiene dinero, aunque sea, pongo por caso, mas fiera que la leona del Retiro, y entre todos elije, cauta, astuta, con alevosía y ensañamiento, á aquel en quien sorprende cualidades mas á propósito para ser ella quien le domine y le maneje, y le traiga y le lleve, y le haga su esclavo fiel y sumiso. Por eso habrán Vds. advertido que el marido de una fea es siempre un infeliz á quien su mujer llevaria al pilon si se le antojase. Ella quiere hacer ver que una fea tiene tanto... ¡qué tanto! mas poder que la mas hermosa para sujetar y domar á un hombre, y todo su placer es que se diga hablando de su marido: «Pero ¿cómo está ese hombre tan chochito con su mu»jer?... Por fuerza tiene un encanto especial que no tienen las »demás mujeres.» Ella se lo ha buscado obediente, pusilánime, infeliz; en una palabra, para hacer de él lo que se le ocurra, para llevarle siempre consigo, para hacerse ver con un buen mozo al lado—porque una fea no se casa con un feo,—para humillar á tantas mujeres bonitas que andan por ahí sin marido y casi sin esperanzas de tenerlo.

*
* *

La fea compuesta es atroz, dicho sea sin ofender á nadie: es una fea que tiene gusto especial en ser mas fea de lo que es realmente.

¿Han visto Vds. cosa mas fea que una fea compuesta, con el traje exageradamente á la moda, adornada de los colores mas vivos y rabiosos, llena de pelos postizos la cabeza, y con la cara embadurnada, revocada, estucada y hecha propiamente una plasta?

Esta fea compuesta es objeto de la mayor simpatía de parte de todos los perfumistas, inventores y vendedores de cosméticos, pomadas, elíxires y demás remedios heróicos propios para tapar las canas, hacer salir el pelo, estirar las arrugas, desterrar las pecas, aterciopelar el cútis, dar hermosura á quien no la tiene y desmentir é inutilizar las partidas de bautismo. Vayan Vds. por gusto á casa de esa fea cuando ella no esté, y procuren que una doncella indiscreta —que siempre lo son las doncellas,—les enseñe el tocador de la señora, y allí verán Vds. horrores, verdaderos horrores. Allí el frasco de la *leche antifélica* conversando con el de *aceite de bellotas con sávia de coco ecuatorial*, el paquete de polvos de arroz descansando sobre el bote de carmin para los labios, el pincel de pintar cejas apoyado gallardamente en el frasco de *velutina*, la opiata odontálgica sobre el prospecto que contiene la manera de usar el *agua de Barcelona*. Allí verán Vds. el *cofrecito de belleza* que le costó 250 francos, la *toalla de Vénus*, los mil y un botes de esencias y perfumes; y si miran Vds. con cuidado, no dejarán de encontrar rizos sueltos, moñas, menos bonitas que lasde los toros, trenzas de todos colores, rellenos, tirabuzones, en fin, una peluquería.

La fea está siempre suscrita á un periódico de modas, al mejor, y para ella son leyes ineludibles todos los preceptos de la moda, por poco apropiados que sean á la edad y circunstancias físicas de la paciente. Si el periódico de modas trae en un figurin un vestido de color de rosa para *señorita*, mándaselo hacer inmediatamente; porque ella es una señorita, y es verdad, solo que ya tiene cincuenta y cinco años, y me quedo corto.

Esta fea suele ser rica, ó estar á lo menos en posicion desahogada, y esta favorable circunstancia le permite consagrar tanto esmero, tan excesivo cuidado á hermosear su persona, bien que el efecto es contraproducente, porque una fea cuanto mas se compone mas fea parece.

Podrán Vds. encontrar muchas mujeres hermosas que saben que lo son y presumen de serlo mucho mas de lo que á la modestia y á la misma hermosura conviene; mujeres que le miran á uno de una manera que parece que le dicen: «¡Hom»bre, no sea V. tonto, asómbrese V. de verme!» mujeres que le perdonarán á V. una inconveniencia, un atrevimiento, un requiebro de mal gusto, pero no le perdonarán nunca que no demuestre ante ellas la mas profunda admiracion y que las mire con indiferencia; pero entre todas las hermosas presumidas, no hay ninguna que lo sea tanto como una fea compuesta. Yo he llegado á figurarme que algunas feas tienen por gracia especial, y en compensacion de carecer de toda gracia, la ventaja de que el espejo no sea para ellas lo que es para el resto de los mortales: sin duda cuando se miran al espejo no se copia en este su figura, sino la de una mujer regular, pasadera, graciosita por lo menos.

Este efecto de óptica debe existir indudablemente para las feas que andan por ahí tan ufanas y pizperetas, muy persuadidas de que tienen muy buen ver y que puede enamorarse de ellas cualquier hombre de buen gusto. ¡Ah! ¡Qué dias, ó mejor dicho, qué noches tan felices son para estas feas las noches de Carnaval! Ellas son las máscaras mas revoltosas, las que mas corretean, embroman y sacan de sus casillas á los mas *sesudos homes*. Ellas pasean por el salon del brazo de los mejores mozos, y... ¡ah! podria escribir un poema—quien lo supiera escribir—pintando las emociones de una grandísima fea que se oye llamar ángel, que escucha palabras apasionadas, apremiantes súplicas de amor y protestas de una pasion frenética... La fea que estas cosas oye en un baile de máscaras, que se vé agasajada, enamorada, *piropeada*, apremiada, estrechada, conmovida y enardecida por las frases mas insinuantes, mas tiernas, mas comprometedoras... ¡qué

poco tarda en quitarse la careta!... A las súplicas del galan rendido que la acompaña, cede al fin; ¿qué ha de hacer mas que ceder?... Y se quita el antifaz para que el galan no se le caiga muerto de amor... Y entonces es cuando la triste lleva el gran desengaño; entonces es cuando el galan se queda mas mudo que una estátua de la plaza de Oriente, ó huye pretestando que va á llamar á un amigo, ó sin pretestar nada echa á correr como si acabara de ver á un acreedor ó al demonio, que viene á ser lo mismo. Ya he visto yo en el ambigú del Teatro Real, en una noche de baile, á una fea que, convidada por un derretido galan, tuvo la inadvertencia de quitarse la careta para sacarle de penas, y se quedó allí sola delante de la mesa y de dos raciones de jamon con guisantes y una lata de pimientos: el doncel todavía está corriendo.

*
* *

No puedo concluir este ligerísimo boceto sin hablar de una fea que todas las personas sensatas miran siempre con simpatía: la fea modesta, la fea buena, la fea que sabe que lo es y procura poseer la hermosura duradera, la hermosura mas amable y mas útil á los demás, la hermosura de la virtud. Todos conocemos familias en las que hay, por ejemplo, dos hermanas bellas y una fea. Si esta última es buena, nada puede superar á su abnegacion, á su cariñoso interés por sus hermanas, á su generosidad, á su desprendimiento de todas las vanidades del mundo. Esta mujer incomparable es feliz en la felicidad de los demás, es caritativa, es una santa, cuya fealdad física solamente asusta á los indiferentes, á los tontos, pero no á los que saben sentir y comprender la virtud. Si pudiéramos leer en el corazon de esa mujer, veríamos acaso guardado allí un amor profundo, grande, inmenso, y leeríamos el nombre, siempre fijo allí, de un hombre que no sabe siquiera que es objeto de tan grande amor...

Si lo supiera, acaso preferiria el amor de aquella mujer fea al de otra hermosa. Ella lo guarda eternamente, y vive en perpétua dulcísima ilusion con aquel amor que nunca

ha de revelarse, y sufre á veces, pero halla un gran consuelo que dulcifique su sufrimiento, el consuelo de hacer bien, el consuelo de que las gentes digan: «¡Ah, es muy buena, es »una santa!» Bendiga Dios á las feas que son como la que acabo de señalar; ellas suelen ser la alegría, la paz, el arreglo, la ventura, el honor de la familia, con su caridad, con su abnegacion, con su vigilancia, con su modestia, con su laboriosidad, con su amor filial, con su cariño fraternal, y en una palabra, con sus virtudes imponderables.

*
* *

Mucho mas pudiera decir de las feas, porque es grande la variedad de tipos en el género; mas como temo abusar de la bondad de los lectores, que ya estarán impacientes por saborear los donaires de otros escritores mas lozanos que yo, bastante averiado ya y sin tiempo ni humor de rebuscar chistes y agudezas, aquí acabo, haciendo notar que en España, particularmente, suele haber feas con muchísimo salero y muchísima gracia, y que le vuelven loco á cualquiera. Como que este es el país de lo bueno, y francamente, señoras y señores, las feas españolas valen muchísimo mas que las bonitas de otros países. Y me quedo corto.

CÁRLOS FRONTAURA.



LA ENAMORADA.

LA VISITERA

—Déme V. el brazo, doña Leocadia.

—¿Para qué?

—Para presentar á V. ante el público.

—No sé si debo...

—¡Dichosa V., que no sabe si debe! Pues yo sí: sé que debo un artículo, y deseo pagarle cuanto antes. Con que, venga ese brazo... Así... Ahora, hágame V. el favor de adelantarse con dignidad, como cuando hacia V. damas jóvenes el año 38... Recoja V. un poco la falda, porque se la voy pisando... Reprima V. ese movimiento de caderas, que es de mal tono... Perfectamente... Deténgase V. aquí: ya hemos llegado. Ahora, no me interrumpa V. mientras improviso un pequeño discurso que estuve componiendo y aprendiendo anoche de memoria.

«Lectoras y lectores: Oíganme Vds. dos palabras; seré breve. En este país, donde se crian esquisitos garbanzos indígenas y se cultivan exóticas constituciones democráticas, la naturaleza próvida derramó á manos llenas los tesoros de la inteligencia y del saber entre los afortunados naturales que se comen estas constituciones y practican aquellos garbanzos... Creo que he trabucado las ideas...; como no tengo costumbre de hablar en público...

Decia, pues, que en esta tierra venturosa, donde abundan tanto los escritores, con perdon de Vds., no puede sorprenderles que el mas adocenado de todos ellos venga á pedir autorizacion para ofrecerles un artículo que, por no ser de primera necesidad, está exceptuado del arbitrio municipal. Aunque no escritor concienzudo, soy escritor de conciencia, y no acostumbrado á dar gato por liebre en mis guisos literarios. Así, pues, declaro solemnemente que el trabajo que voy á presentarles no es original, sino copia mas ó menos perfecta de la naturaleza. No es un tipo novelesco, una creacion arbitraria; es un personaje, y siento en el alma que altas razones de filología trascendental no me permitan decir *una personaja*, con lo cual quedaria mejor espresado mi pensamiento. Tengo, pues, el honor de ofrecer á Vds. un artículo de carne y hueso, que es el que ven Vds. colgado de mi brazo.»

Ahora, señora doña Leocadia, voy á permitirme empuñar la trompa épica para cantar las alabanzas de su persona; por lo tanto, y á fin de no ofender la característica modestia de V., le ruego me deje solo con estos señores...

—Pues, lo que es para este viaje...

—Es V. muy amable.

—¡Vaya con el hombre!

—Mil gracias, doña Leocadia.

*
* *

Reanudando mi improvisacion, queridos lectores, digo que esa señora que he tenido el honor de presentaros bajo su verdadero nombre de doña Leocadia, tiene cuarenta y cinco años segun la partida de bautismo, y treinta y ocho segun sus propias declaraciones; y tiene además ocho dientes postizos, una casita de su pertenencia en N..., donde reside habitualmente, un loro de veintidos años y una hija de diez y siete, ambos muy bien educados, un gato de Angola y otros efectos de menos valor.

Hace ocho años quedó viuda de su primero y único marido y de su penúltimo diente. Como coincidieron estas dos

pérdidas, y doña Leocadia, bien que apreciase á su esposo, idolatraba su dentadura, no pudo saberse á punto fijo cuál de las dos desgracias tuvo mayor parte en su dolor. Lo que sí se supo á los dos dias por una sincera amiga de la inconsolable viuda, fué que doña Leocadia, contra su costumbre, sonreia (yo creo que era una sonrisa de amargura) á cuantas personas iban á darle el pésame, y que por los poros de aquella melancólica sonrisa se filtraban dos hileras de bellísimos dientes artificiales.

Una amiga cariñosa jamás se detiene en el camino de sus observaciones, y la amiga de doña Leocadia creyó notar, pasados dos meses... Pero no tengo el tiempo de sobra para entregarme á esta especie de diseccion psicológica. Sinteticemos, pues, como diria cualquier articulista de fondo. Las observaciones de la excelente amiga de doña Leocadia la llevaron como en tram-via á esta conclusion: «Decididamente hay »viudas que, no contentas con gastar dientes postizos, usan »maridos artificiales.»

He dicho que doña Leocadia tiene una hija de diez y siete años; no he dicho todavía que es medianamente agraciada, que escede á su madre en estatura, que se llama Visitacion, y que á pesar de su edad y de su desarrollo físico, usa pantaloncitos y vestido corto, como las niñas de diez años. Las amigas de doña Leocadia declaran mancomunadamente é *in solidum* que la chica «está hecha una mujerona,» y que ya seria tiempo de vestirla de largo; pero la mamá protesta contra tales sugestiones *pubertinas*, y jura y perjura que la chicuela solo gusta de jugar con las muñecas; que no se debe violentar á la naturaleza haciendo mujeres antes de tiempo á las niñas, y que ella sabe mejor que nadie cómo ha de educar la suya.

¿Ven Vds. qué sensatas son las reflexiones de doña Leocadia? Pues ¡admírense Vds.! las amigas van por ahí diciendo que doña Leocadia no quiere vestir de mujer á su hija porque se hace la ilusion de que, llevándola con la falda á media pierna, las trenzas colgando y el sombrerito caido sobre las cejas, la mamá parece mas jóven, y ejerce así el mo-

nopolio de las miradas, atenciones y galanterías del sexo menos bello que el bello sexo.

Ofenderia los puros sentimientos maternales de doña Leocadia si intentase vindicarla de tales acusaciones. No se crea por esto, sin embargo, que la heroina de mi historia está exenta de toda clase de defectos. Por el contrario, soy el primero en reconocer que tiene varias debilidades de menor cuantía, y dos algo mas acentuadas, cuales son: una debilidad de estómago que la obliga á comer poco y á menudo, y otra debilidad consistente en que (lo diré en la forma gráfica que emplean sus amigos) «se pirra por las visitas.» Ni este es un pecado mortal, ni un arma de oposicion contra el ministerio, ni un acto penado por el Código, ni veo en ello la razon de que las amigas de doña Leocadia la hayan apellidado *la visitera*, como no me pareceria lógico que á cualquiera encopetada dama, á quien la gusten con exceso los rábanos, por ejemplo, se la llamase *la rabanera*.

Doña Leocadia no es rica, pero con sus seis mil reales de viudedad y la renta de su casita vive con cierto desahogo en N..., y aun la queda, despues de cubiertas sus atenciones, un remanente que la permite hacer de tarde en tarde alguna escursion á la córte en compañía de su hija. Este año ha venido con objeto de visitar la exposicion de bellas artes, hacer una visita de altares que tenia ofrecida desde que sufrió el último ataque gastro-hepático, y al propio tiempo visitar á la familia de un alto funcionario que sirvió años atrás en clase de meritorio en la misma dependencia de que era oficial primero el difunto esposo de doña Leocadia. A esta circunstancia debo el honor de haberla presentado á Vds.

Pero la vida de Madrid, que tanto seduce á la hija, se hace pronto insoportable para la madre, que echa de menos las comodidades de su casa, los animados diálogos con el loro, y especialmente el trato social y el comercio recíproco de visitas que constituye las cuatro quintas partes de su capital de satisfacciones.

Así, pues, no es en la córte donde debe estudiarse la idio-

sincrasia moral de doña Leocadia, sino en el punto de su ordinaria residencia.

Allí habian Vds. de verla, siempre afanosa, siempre trabajando, siempre ocupada y preocupada con el cuidado de sus asuntos. Y no es la administracion de su modesta fortuna lo que la trae tan atareada, que para eso tiene un administrador; ni el gobierno interior de la casa, encomendado á su hija casi exclusivamente; ni la aficion á los estudios ó á los trabajos intelectuales. Nada de eso. Doña Leocadia no hace ni piensa ni se ocupa de otra cosa que de sus visitas, y preciso es hacerla la justicia de que desempeña con celo, lealtad é inteligencia su vasto negociado.

Lleva sus libros con una regularidad y limpieza que envidiarian muchos tenedores reducidos á la categoría de medias-cucharas. El mas importante de todos, y que constituye, por decirlo así, la base del sistema de contabilidad de doña Leocadia, es el calendario, literalmente lleno en todas sus márgenes de notas, llamadas, signos, abreviaturas y geroglíficos, que están esplicados y detallados ámpliamente en otro cuaderno de grandes dimensiones. ¿A qué cansarme en hacer el inventario de los libros de doña Leocadia? Basta decir que, merced á sus ingeniosas combinaciones, puede saber al primer golpe de vista en qué dia del año celebran su santo cada uno de los indivíduos de las familias con que está en relaciones; cuándo y en qué iglesia deben efectuarse los funerales, aniversarios, etc., de los amigos difuntos; cuál es aproximadamente el período de gestacion en que se encuentran fulana, mengana y perengana, deducido muchas veces, á falta de signos visibles, de la época del casamiento; cuántas visitas ha hecho á cada familia desde que se relacionó con ella, el dia y hora en que las hizo y la hora y dia en que la han sido devueltas; y por último, hasta lleva anotados en un gran libro, que pudiera llamarse *copiador de conversaciones,* los puntos principales de que se trató en cada una de las visitas y los hechos mas salientes de las reuniones, espectáculos ó festividades á que ha concurrido.

Su coleccion de tarjetas, esquelas de defuncion, partes de

boda y de cámbio de domicilio é invitaciones de todo género, perfectamente clasificadas y enlegajadas, son una cosa notable y bastaria para acreditar á un coleccionador de documentos.

Doña Leocadia, que, sin agraviarla, no es de las que han inventado la pólvora, tiene, sin embargo, un tacto especialísimo, una gran penetracion, casi un verdadero talento cuando se ocupa de su especialidad, que son las visitas. Entrando en una casa adivina al primer golpe de vista el estado moral y aun material de la familia, y con arreglo á él sabe sacar en la conversacion todo el partido posible.

Muchas veces, detrás de la plácida sonrisa de la señora, y á través de la afable frase del esposo, el ojo clínico de doña Leocadia lee, como en sus libros, párrafos enteros de dramáticas escenas conyugales, que nadie habria sospechado. Entonces *la visitera*, aprovechando una corta ausencia del dueño de la casa, se acerca á la señora y la dice al oido: «Tiene V. un marido insoportable; pero no sea V. niña, »procure divertirse, y...»

Si, por el contrario, se vé un instante á solas con el esposo, le mira fijamente, cierra despues los ojos, suspira y le dice á media voz: «Es amiga mia, la quiero como á una »hermana, pero conozco su carácter... Nada, nada; V. es jó»ven todavía, y si dentro de casa no es V. feliz... ¡pish! mu»jeres no faltan...»

Algunas veces doña Leocadia llega á una casa en ocasion en que *está sola la señora*, segun la ha dicho al entrar la criada. «Me alegro infinito, dice *la visitera*, porque así »podremos tener una hora de conversacion.» Pues bien, á pesar de este propósito y de que, en efecto, encuentra absolutamente sola á su amiga, doña Leocadia permanece solo cinco minutos sentada y se despide con cierta sonrisita maliciosa.

—¿Tan pronto? dice la señora.

La interpelada acentúa aun mas su sonrisa, mira á su amiga entrecerrando los ojos, y despues de una pausa dice encaminándose á la puerta:

—El undécimo no estorbar.

Doña Leocadia es naturalmente algo propensa á la murmuracion, y, sin embargo, la practica con cierta habilidad; razon por la que no llega á hacerse antipática á sus innumerables visitas.

Sabe al dedillo la historia de todas las mujeres de la localidad. Lleva la alta y baja de los novios que han tenido todas las muchachas de mas viso. Sabe el orígen del lujo que gasta desde Carnaval acá la mujer del recaudador de contribuciones. Está al corriente del número de pesetas que gastó D. Casimiro en las últimas elecciones para ser diputado; y por cierto que solo perdió la eleccion por ocho votos. Conoce, á pesar de la discrecion guardacartoniana del médico, la causa patológica que obliga á la hija del escribano á ir á tomar baños en el mes de febrero. Está, en fin, enterada de todo lo que pasa y de todo lo que deja de pasar en N... Doña Leocadia lo sabe todo, todo. Lo único que ignora es que yo me habia propuesto acabar con ella (quiero decir, terminar mi artículo) esta noche, que el artículo se va haciendo largo, que necesito entregarlo mañana temprano á mi buen amigo Robert, y que no tengo tiempo para corregirle, ni esto seria fácil, aunque lo enviase á una casa de correccion.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

See 8 pages back for page 177

definible á sus labios, respondia encogiéndose de hombros: «No »sé nada.»

Siempre que en la oficina se hablaba de mujeres, de aventuras galantes, de conquistas amorosas, Pantaleon decia:

—Yo no puedo tomar parte en esta cuestion, no conozco á otra mujer que la mia.

Este era el tipo, hombre-máquina movido por la rueda motora del deber y de la exactitud. Pantaleon, cosa inverosímil, llegó á copiar los expedientes sin leerlos.

En cuanto á Soledad, ¡oh! Soledad era una mujer sin tacha, un gran modelo de honradez del hogar doméstico, una Lucrecia de sotabanco, no tenia precio, y por eso sin duda Pantaleon no tenia voz ni voto en la casa; porque cuando la mujer es perfecta, ¿qué le queda al marido?

El tipo de Soledad era verdaderamente severo: labios delgados y unidos como una línea, cejas arqueadas, mirada serena, frente modesta, rostro ovalado, dientes blancos y color sano; era, en fin, una de esas mujeres que, siendo bonitas, muy pocas veces se atreven los hombres á decirlas: «Me gusta »usted.»

Soledad se levantaba una hora antes que su marido, le llevaba el chocolate á la cama, le cepillaba la ropa, le planchaba el sombrero al dia siguiente de haber llovido, le registraba los bolsillos, y no le permitia nunca que llevara mas de ocho cuartos en el del chaleco, y seis cigarrillos de papel en la petaca.

Ante estas muestras de amor conyugal, Pantaleon solia decirse:

—Mi mujer no tiene precio; pero...

Este *pero* con puntos suspensivos era un poema sin palabras que decia mucho; decia tanto, que no podia decir mas.

Soledad, escudada con sus bellas cualidades morales, se habia convertido en el tirano de la casa; era un Dionisio de Siracusa, sin pelo de barba, y vestido con un traje de percal.

Pantaleon no podia romper un plato sin verse amenazado de un disgusto doméstico, que son los que mas abruman al

hombre á quien le gusta vivir dentro de la legalidad del matrimonio.

Cuando Pantaleon tenia que pedirle algo á su mujer, sentia escalofrios en todo el cuerpo, y su frente se llenaba de gruesas y frias gotas de sudor. Sabia de antemano que le diria que no.

El *no* era un monosílabo que estaba siempre en los labios de Soledad, el estribillo favorito, el punto final que ponia á todas las cuestiones domésticas: una especie de necesidad suspendida siempre de la punta de la lengua.

—Querida Soledad, yo quisiera decirte una cosa.

—Siempre será una tontería: dí lo que quieras.

—Pues has de saber que en la oficina ha entrado un auxiliar...

—Y á mí, ¿qué?

—Jóven muy simpático.

—Y á mí, ¿qué?

—Y muy guapo.

—¡Bah! Todos los hombres del mundo están demás para mí, exceptuando mi marido.

—Sí, ya lo sé, mujer; ya lo sé.

—¿Lo dices en tono de broma?

—No, mujer.

—Es que ni con un candil encontrarás en todo Madrid una mujer como yo; ténlo entendido.

—¡Oh! lo que es eso, contestaba Pantaleon sonriéndose...

—Soy honrada, y no ha sido poca ganga la tuya tropezar conmigo, en estos tiempos en que á los hombres se les da tantas veces gato por liebre.

—¡Oh, quién lo duda! añadia Pantaleon mirando de reojo la puerta, como si deseara poner término con la ausencia á la escena íntima que tenia lugar.

—Es que á mí lo mismo me importa que lo dudes que que lo creas; soy franca y me gusta el pan, pan, y el vino, vino; pero ya se vé, en este mundo, á las mujeres como yo, que son de exclusiva propiedad de sus maridos, se nos desatiende y se nos trata como á esclavas, mientras que á otras pícaras

que tienen cada mes un amante, y se van á donde Dios sabe mientras su marido está en la oficina, se las tienen muchas consideraciones, se las mima, se las lleva en volandas; pero es sabido que en este mundo todas las...

Aquí Pantaleon colocaba siempre cariñosamente la mano derecha sobre la boca de su mujer, sin duda por no dejarle concluir la palabra, y sonriéndose como un conejo despues de verse libre de los dientes del galgo, se marchaba á la oficina diciéndose para su capote:

—¡Qué mujer la mia! Es una Lucrecia, pero...

Por la tarde, cuando regresaba á casa, solia comprar cuatro cuartos de caramelos; porque sabido es que á las mujeres nunca les amargan los dulces, y entrando muy satisfecho en su sotabanco se los presenta á Soledad, esperando encontrar el oportuno agradecimiento.

Pero ¡ay! aquellos caramelos eran siempre para Pantaleon amargos como el acíbar: Soledad al verlos ponia el hocico apretado, practicaba un estremecimiento nervioso en la punta de la nariz, que era el síntoma infalible de una tempestad doméstica.

—¡Hola! ¡Caramelos! ¿Y quién te ha dado estos caramelos, hijo mio? exclamaba Soledad fijando en su marido una mirada que le cogia por el cogote como un raton cogido por unas tenazas.

—Los he comprado para tí, contestaba Pantaleon con una voz dulce, cariñosa, llena de ternura.

—¡Para mí! ¿éh? No hay como ser hombre; ellos sí que son dichosos; ellos pueden tenerlo todo, comprarlo todo, disfrutar de todo; pero nosotras, ¡pobres mujeres! Nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino, y cuando nos ven indignadas, como nos creen tontas, nos traen un dulcecito para que callemos. ¡Infames! ¡Hipócritas! ¡Tunantes! Si todas fueran como yo, el mejor quemado.

En estos casos, Pantaleon, aturdido como una golondrina que recibe un cañazo en la cabeza, daba vueltas por la habitacion procurando calmar á su esposa y diciéndose para sí mismo:

—¡Qué mujer la mia! Es una verdadera romana del buen tiempo, pero...

Soledad, escudada con la perfeccion de sus condiciones morales, encontraba siempre un motivo para reñir á su marido; era en ella un vicio de la sangre, una segunda naturaleza.

Si al pobre Pantaleon se le ocurria rasurarse el rostro una vez mas de lo acostumbrado á la semana, Soledad, mientras su marido se encontraba con la navaja en la mano delante del espejo, daba vueltas en derredor suyo como la pantera que se dispone á lanzarse sobre la presa.

De repente se cuadraba delante de su marido, y poniendo una *carita* que hacia temblar á Pantaleon desde la punta del cabello hasta la planta de los piés, le decia con un *retintin casero* de primera fuerza:

—Mucho te afeitas, mucho te cuidas el rostro; ¿tienes por ahí algun *dolor de cabeza*?

Pantaleon, con grave riesgo de degollarse, procuraba tranquilizar á su mujer, haciéndole mil protestas de amor y fidelidad, diciéndose al mismo tiempo para su sayo:

—¡Cuánto me ama! No hay en el mundo dos mujeres como la mia, pero...

Otras veces Pantaleon olvidaba el aseo de su persona con el objeto de no infundir celos á su mujer, á fin de que reinara la paz conyugal en el hogar doméstico.

Pero Soledad era una mujer perfecta y se hallaba en abierta oposicion contra las imperfecciones de su marido.

—Sí, eso es, le decia, te dejas la barba; como ya me has atrapado, te importa poco cuidar de tu persona. ¡Ah! bien se conoce que tú sabes hasta dónde llega mi honradez, mi virtud, y me miras con desprecio porque tienes la seguridad de que no he de faltar nunca al sagrado juramento que hice al pié del altar.

Pantaleon exhalaba un suspiro, y cogiendo los *chismes* lleno de mansedumbre se afeitaba el rostro y se ponia unas gotas de agua de Colonia en el pañuelo.

Pero ¡ay! el fragante perfume del agua de Colonia se con-

vertia poco despues en un terrible entreacto de la comedia del matrimonio, porque Soledad al registrar los bolsillos de su marido por la mañana olia el pañuelo y comenzaba un nuevo catálogo de recriminaciones.

Pantaleon no podia saludar á una vecina, no podia tener amigos; era un hombre, en fin, á quien su mujer le habia robado la fuerza de voluntad.

¿Pero cómo enfadarse con ella, cuando habia tenido la inmensa fortuna de casarse con una mujer perfecta?

Pantaleon un dia al abandonar su casa despues de una de sus frecuentes luchas domésticas, en la que siempre representaba el papel de víctima, tuvo un gran pensamiento, un pensamiento sublime, piramidal: buscarle un querido á su mujer. Esta idea inmoral llenó de alegría el corazon del marido, y la esperanza, esa bella flor del alma, brotó en su pecho, de que aun podian brillar para él dias de paz y ventura.

Aquella misma noche confió su pensamiento á un cesante que vivia en la boardilla de su misma casa. El cesante aceptó, le declaró su amor á Soledad, y ¡oh desgracia increible! Soledad, que era una mujer perfecta y que tenia el no siempre en la punta de la lengua, dió unas calabazas de marca mayor al pretendiente.

Pantaleon, al saber el mal éxito de su empresa, exclamó entre triste y gozoso:

—¡Qué mujer la mia! Ni doña Aldonza Coronel, ni la casta Susana, ni la pudorosa Rhut se avergonzarian al verse comparadas con ella, pero...

Estos *peros* se fueron indigestando en el estómago de Pantaleon. Su vida era un contínuo sobresalto, un disgusto interminable.

Muchas veces la queria echar de hombre fuerte, de amo de casa; tuvo hasta pensamiento de romperle un hueso á su mujer; pero ¡cómo, Dios mio! ¡Si era tan perfecta!

Pantaleon, viendo que se prolongaban los amargos entreactos de la comedia del matrimonio, estudió profunda y filosóficamente su situacion, y se convenció de que no le quedaban mas que dos caminos: ó ser injusto con su mujer, ó

apelar á la fuga; buscar en otro hemisferio la libertad perdida, la paz de su intranquilo espíritu, y es indudable que optó por esto, aunque no tenemos datos fidedignos para asegurarlo. Solo diremos que una mañana amaneció un cartel pegado en todas las esquinas de Madrid.

Hemos tenido la curiosidad de copiar este cartel sin otro objeto de enterar de él á nuestras queridas suscritoras, porque siendo apasionados del bello sexo, creemos que no les será del todo inútil tener una copia en su casa. El cartel decia así:

¡¡¡ALTO!!!

SOLTERONES.

No os caseis nunca con una mujer perfecta, porque es la mayor calamidad que puede caberle á un hombre de bien: escuchad mi voz, que es el eco de la experiencia, y aprended de memoria las preguntas y respuestas que á continuacion consigna el marido mas desgraciado de la mujer mas perfecta.

Pregunta.—¿Qué es una mujer perfecta?

Respuesta.—Un ángel de la tierra que habla, come, bebe y duerme, etc., etc., y reune todas las perfecciones del cuerpo y del alma.

P.—¿Se encuentra ese bello ideal en la tierra de los hombres?

R.—Muy raras veces.

P.—¿Por qué dicen entonces las mujeres con tanta frecuencia que son perfectas?

R.—Porque la mujer es un sér sensible, espiritual y débil que abusa del *adjetivo perfecto*, como abusa de su misma debilidad, porque sabe que es la gran palanca para mover á su antojo á los hombres.

P.—¿No basta á una mujer para ser perfecta ser honrada?

R.—No.

P.—¿Y ser hacendosa?

R.—No.

P.—¿Y ser limpia?

R.—No.

P.—¿Y ser bonita?

R.—No.

P.—¿En qué consiste, pues, la perfeccion de la mujer?

R.—En ser bonita, dulce, cariñosa, modesta, condescendiente, humilde, amante, sencilla, candorosa, honrada, madre de familia, y otras dos mil cosas mas que no enumero por no ser molesto.

P.—¿Y cómo puede conseguirse que una mujer atesore en su alma todas esas bellas perfecciones?

R.—Educándola desde el primer dia del matrimonio, para que convierta en un paraiso el hogar doméstico y en un nido de amor el lecho nupcial.

P.—¿ Y si ella no se deja educar?

R.—Entonces sigue mi ejemplo; coge la espada de Alejandro, y corta el nudo gordiano.

EPÍLOGO.

¿Qué fué de Pantaleon? ¿Qué fué de Soledad, la mujer mas perfecta que convirtió en un infierno el hogar doméstico? Nosotros nada podemos decir, ignoramos la última palabra que pronunció el matrimonio que nos ocupa; pero quizá nuestros lectores habrán encontrado por ahí alguna vez á Soledad y á Pantaleon, bajo distintos nombres y con diversa forma, paseándose cogidos del brazo por las calles de Madrid con la sonrisa en los labios, y el hastío, el malestar y la melancolía en el corazon.

Pero ¿qué podemos hacer nosotros, criaturas imperfectas, para corregir los vicios de la sociedad? Nada, absolutamente nada: dejar que ruede la bola, y decir bajo, muy bajo, muy bajito, que lo peor del mundo han sido, son y serán los hombres y las mujeres.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

LA ENAMORADA

I

¿Cómo la quiere V., blanca, finísima y aniñada, manantial inagotable de diminutivos? Pues hágase V. amar en Valencia. ¿Ó la prefiere V. ante todo morena, de formas redondeadas, tan propensa al enérgico arrebato de pasion como al deliquio, movediza hasta en el reposo como la esfera perfecta sobre la superficie plana? Pues, hombre, vaya V. á las Andalucías, y si queda V. descontento yo pago daños y perjuicios. Y si llevase V. su refinamiento hasta el punto de exigir una enamorada de tal condicion que cada dia sostenga una lucha consigo misma, deseando ser vencida por el amor, y lográndolo, por supuesto, lléguese V. á Galicia. Y si aun ambiciona V. mas; si quiere ver enamorada á la mujer varonil, de líneas severas y grave continente; si quiere V. ver la trasformacion de lo adusto en lo suave, de lo áspero en lo amorosamente blando, trepe V. por las montañas de Astúrias ó por las de Cataluña, y oirá arrullar como paloma á la hembra que tal vez juzgó V. que habia de rugir á manera de osa.

«¡No hay amor en las mujeres! ¡No hay mujer enamora»da!» dice el vulgo de mis compatriotas.

¿Con que no?

¿Pues en quién está el amor? ¿En los sochantres? ¿En los que aceptan la cruz de Cárlos III? ¿En los que buscan honores de jefe de administracion?

¡Con que no hay mujer enamorada!

Pues entonces, ¿quién está enamorado en España? ¿La milicia nacional? ¿Las sociedades económicas? ¿Los veteranos? ¿Los prestamistas? ¿El Tribunal de Cuentas? ¿Quién, vamos á ver quién?

Yo perdono al vulgo ese error, como le perdono el de la monarquía democrática y hereditaria; pero no paso por él; protesto contra él, y no quiero que se me confunda con los extraviados.

¡Que no hay española enamorada! ¡Y hay quien se atreva á decirlo en letras de molde! No lo pudistes imaginar tú nunca, ¡oh Guttenberg!

¡Pues si precisamente la española nació para amar; si casi no hace otra cosa; si vive de eso!

Allí donde las mujeres son doctoras ó taquígrafas, ó mozas de almacen, ó filósofas, podeis imaginar un gran número de ellas no enamoradas; pero suprimid en las españolas el amor, y ¿qué os queda de ellas? Quiero que me digais qué os queda: vamos á ver, ya escucho.

. . . .

II

«Las españolas, dice madama de Lambert, son vivas y »arrebatadas; cautivan los sentidos, pero no el corazon.»

Pues... mucho me repugna desmentir á las señoras; pero, perdone V., madama de Lambert, si le digo que la han engañado.

Lo que V. afirma no puede ser fruto de sus propias observaciones; es imposible creerlo de persona tan discreta como V. Por noticias vagas, incompletas, inexactas, ha formado V. su composicion de lugar y ha escrito: «Las españo»las son vivas y arrebat.....» Pero no: no quiero repetirlo;

porque es tan absurda y tan ofensiva la cosa, que hasta casi me pesa de haberla copiado.

Pero, señor, estoy yo loco, ó ¿no es esta la pátria de la enamoradísima Isabel de Segura, eterna gloria de España?

¿Está aquí ó en Francia la siempre famosa Peña de los Enamorados?

¿A qué país hubo de mendigar el buen Lope *La Esclava de su galan*, que yo siempre tuve por española castiza?

Cuanto mas lo reflexiono...

«¡Vivas y arrebatadas,» nada mas!

¡De suerte que aquel milagro de amor, cuya memoria eterniza Teruel en lugar consagrado, lo verificó una pizpereta baladí!

¡De suerte que aquella condesa de Castilla que se quedó voluntariamente prisionera, exponiéndose á la muerte por salvar á su esposo, no era una española enamorada!

¡Ah! pero ya estoy oyendo el reparo. Ya oigo que me replican: «Esto era en otros tiempos; esto no sucede hoy dia.» Es claro: virtud, fortaleza, decoro, todo naufragó en otros tiempos, y por no conceder nada simpático al siglo actual, hasta se pretende negar á las españolas la cualidad de enamoradas.

¡Pobres doncellas, ó lo que fuéreis, las que por ingratitudes y traiciones de los hombres os arrojais al mar, bebeis el ácido clorídrico, os precipitais desde el sotabanco á la calle, ó mas infelices aun, forcejeais asidas á las rejas de una casa de dementes pidiendo amor á las aves que pasan volando, y á las nubes que se desvanecen, y al sol que os parece menos bello que el sér amado; hé aquí cómo se os juzga!

Pero ¿nos hemos de cansar en balde con quien está decidido á no convencerse, ó nos hemos de entretener demostrando evidencias?

De ningun modo.

Castigue su propia incredulidad á los que nieguen á la mujer española la gracia ó desgracia de enamorar y enamorarse, y ¡ojalá les venga de mis compatriotas mismas el castigo!

A vosotras los entrego, lectoras mias; y si los encontrais en vuestro camino, haced de ellos mangas y capirotes: sed duras, sed insensibles... Pero es tontería esperarlo de vosotras; que mas deseosas de verles convencidos que castigados, sereis capaces de enamoraros de uno cada una... por lo menos.

III

Sí, españoles incrédulos; sí, madama de Lambert: la española no solamente se enamora, sino que suele enamorarse en edad temprana.

Chiquillas hay á quienes apenas se las viste de largo ya es menester atarlas corto, nada mas que por el pícaro enamoramiento.

¡Y luego dirán!

Ama principalmente la española al hombre valeroso. El Cid ha producido entre nosotros toda una literatura: ocho siglos de nuestra historia son ocho siglos de heróicas hazañas; y por si acaso la paz de tiempos sucesivos hubiese podido modificar esa inclinacion del bello sexo, nuestras guerras en el Nuevo-Mundo y en Flandes y en Italia la mantuvieron en su mismo sér y estado; y aun despues, por si se adormecia ó aletargaba, la vino á despertar y vigorizar la guerra de la Independencia.

Y la hembra española, cuando se apasiona del valor, es insaciable; quiere que su amado sea valiente como se es rubio ó moreno; la mas culta quisiera verle arrancar, como hizo el Gran Capitan, siete rejas de su calle; otra se complace viendo al suyo vestido de miliciano, porque imagina las heroicidades de que seria capaz si la ocasion se presentase; y hasta la mas ínfima se goza en ver al suyo con un chirlo en la cara, antes que huido.

IV

Cada vez que las universidades anuncian vacaciones, se desatan mil tempestades en el corazon de nuestras adolescentes.

Cada vez que se cambia la guarnicion de una plaza, hay llantos y desesperaciones femeniles capaces de ablandar corazones de piedra.

Digan Vds. que todo esto no sea debido al amor; ¿qué me importa? ¿lo sabrán Vds. mejor que ellas?

¿Creen Vds. que la mayor parte de las cartas que conduce el correo son de comercio ó de industria? No: son de enamoradas y de empleos públicos: porque, créanlo Vds., en España los hombres piensan principalmente en el empleo: las mujeres en el amor.

Observen Vds., si pueden alguna vez, á dos enamorados á quienes la ausencia separe por mas ó menos tiempo.

El, pensando piadosamente, piensa en su amada y le escribe con alguna frecuencia; pero va al café, va al teatro, fuma, lee periódicos, trata de su carrera, ó de su candidatura, ó de su herencia, y aun no suele rehuir la ocasion de un galanteo.

Pero ¿y ella? Ella ama. Ni mas ni menos: ama. Piensa en él todo el dia; huye de cuanto de él la distrae; le escribe todos los dias largamente. «¿Qué hará ahora? Ayer era domin»go, ¿en qué se ocuparia?» Así pasa el tiempo. Si despierta repentinamente el frio, lo primero que se le ocurre es que él se llevó poco abrigo y que es algo descuidado en este punto.

¿Se le ocurre á él esto? ¡Bah!

¿Por qué no come la niña? ¿Por qué no sale la niña? ¿Por qué, meditabunda y apoyando la cabeza en la palma de la mano, se pasa largas horas y suspira y se seca los ojos? ¿Por qué?

¡Jum!

V

Hay enamoradas alegres. Mujeres de corazon sencillo é índole risueña, que alegran la casa y la tertulia; mujeres á quienes les parece la cosa mas natural del mundo el ser amadas de buena fé y pagar leal y cordialmente con cariño á toda ley el cariño que se les muestra.

Si no encuentran obstáculos; si la vida no las obliga á

pasar por ciertas vicisitudes, no se apasionan, y por lo mismo suelen parecer incapaces de elevarse á la categoría de verdaderas enamoradas.

Pero esto es mera apariencia.

Dejad que su corazon haya contraido al hábito de amar y se haya posesionado de su mente la idea de ser amada; esperad á que tenga ya concebida la idea de su porvenir, y si por acaso la traicion ó la muerte del amante sobrevienen, vereis nublarse para siempre el brillo chispeante de sus ojos, vereis mustia la boca risueña, embotado el agudo ingénio, y trocarse en maquinales todos los movimientos de aquel sér, cuya espontaneidad solo era debida al amor.

Y si estas se enamoran así, ¿qué harán las otras?

¡Ah, inexperto jóven! tal vez algun dia te encuentres cara á cara con una española desgarbada, corta de génio, ruda, con cara de boba, desmemoriada y de escaso entendimiento, y dirás: «Esa sí que es incapaz de enamorarse; ¡si pa»rece una pava!»

¡No lo digas, no lo pienses, temerario, que acaso esté la pobre enamorada de tí mismo!

VI

A la mujer mas discreta y señora de sí misma, á la que con mas aplomo niegue y con mayor serenidad oculte su amor, sometedla al tormento de los celos ó de la ausencia, y por mas que mienta su boca, confesarán su semblante, su inquietud, su inapetencia, sus arrebatos.

. . . .

No sé si existe alguna española que no haya amado á algun militar; pero sé que abunda extraordinariamente la enamorada castrense.

Créanlo Vds.: son innumerables las que en lo amatorio no conciben lo bello ideal sin espada al lado.

Si es por adoracion ó veneracion á la fuerza, me explico el que haya mujeres que no quieran novio que no pertenezca por lo menos á la milicia ciudadana; así como las hay que no

se creen amadas si el objeto de su cariño no les ameniza la existencia con una que otra paliza.

Si hay placer inefable para la enamorada española, consiste en ver apacible, suave y tierno con ella al que se representa fiero, áspero é imperioso con los otros.

La generalidad de nuestras compatriotas, no solo siente profundamente la pasion del amor, sino que lo revela de contínuo.

En el teatro, presenciarán tal vez impasibles la lucha de dos bandos que ensangrientan una ciudad, sembrando la orfandad y el luto por do quiera; se conmoverán poco ante la ruina de un imperio; pero al llegar á las quintillas en que la dama jóven habla de sus quebraderos de cabeza, allí es el sacar de pañuelos y el recoger lágrimas.

De ahí que se les oiga decir tantas veces: «El drama no »vale gran cosa; pero lo que es el final, vamos, es precioso.»

No perdonan los excesos cometidos por ambicion, no estiman los sacrificios hechos por patriotismo; pero los delitos cometidos por amor los disculpan y cohonestan con la mas cristiana benevolencia.

¡Como que son cómplices!

¡Si pudiera averiguarse de cuánto heroismo han dado pruebas muchas españolas que escandalizan chillando amedrentadas al ver huir de ellas á un raton!

¿Por qué miente la española mas veraz? Solo por amor.

La que es dócil, bien criada, amante de su familia, respetuosa, resuelta á toda lealtad, aunque la amenacen con bayonetas, engañará á su padre, si el amor se lo manda.

¿Le piden á V. libros, eh? Présteselos V. de historia, de crítica, de costumbres, de caractéres, y si leen cien páginas bostezarán doscientas veces. Pero ¿aventuras de amantes? Esto ya es otra cosa. Las españolas no pueden sufrir aquellos libros en que se trata de dos amantes que al fin no se salieron con la suya. Esto á cada lectora le parece una fatídica amenaza. Quieren que los amantes salgan bien librados y sean felices, y lo agradecen como si fuese un anticipo hecho á buena cuenta á las lectoras.

Haga V. una prueba: pregunte en una reunion de mujeres quién fué Churruca, quién fué Balmis, quién fué Ali-Bey.

Despues pregunte quién fué *Manrique:* todas conocen á uno solo; precisamente al que no ha existido. ¿Y por qué?

¡Y me vendrán á decir que no hay enamoradas!

¿Pues cómo se ha de demostrar que las hay de todo género y matiz?

Yo no pienso, ni mucho menos, negarles á mis compatriotas ninguna de sus bellas cualidades; pero debo atreverme á decir una cosa, y es que á muchas se les atribuyen virtudes que no son sino enamoramiento.

Mujeres hay que habrian sido y han sido tal vez el diablo en persona; pero se enamoraron, y son recogidas, son previsoras, son fieles, son pacientes, son buenas.

Sucede á veces que una traicion, una felonía inmerecida, lastimándolas en los afectos y la dignidad, mata en su pecho el amor, y ya deshecho el encanto que las sujetaba, recobra la índole sus brios, y se vé á esas mujeres proceder de una manera extravagante. Y dicen por ahí: «¡Pero cómo se ha vuelto fulana!» No se ha vuelto, ha reanudado el hilo de su carácter: sigue siendo lo que era: ustedes no la conocian en su sér, sino en un estado.

VII

Hay enamoradas que no lo parecen, y no lo parecen porque son felices; son correspondidas y no temen dejar de serlo. ¡Oh, escogidas, cuán pocas sois!

Pero existen. Hay mujeres verdaderamente enamoradas de sus maridos; mujeres que no se han visto burladas en ninguna de las esperanzas que fundaron en la vida conyugal; y pasan años, y sin embargo su pasion no mengua. No hablo de las mujeres que profesan á su marido un afecto tranquilo y casi fraternal, no: hablo de las verdaderamente apasionadas.

¿He dicho que son felices?... Sí, lo son; pero no todas: algunas reciben un castigo terrible...

Algunas de esas mujeres no pueden amar á los hijos que no se parecen á su marido.

No todo es precocidad en España.

Hay mujer inocente que por espacio de largo tiempo se cree incapaz de apasionarse de hombre alguno.

Cásase con un sugeto estimable, á quien profesa un buen afecto; pero sucede que, despues de casada, se vé en grave conflicto, y no por culpa suya, sino que por morosidad de su naturaleza se le despierta entonces la pasion del amor.

A mí no me digan: ella no tiene la culpa.

Díganme que el honor, la fé conyugal, la virtud, exigen... Ya lo sé, y convengo en ello.

Pero ¿qué hace la española en ese caso?

Hace diversas cosas: á mí solo me toca decir una. En ese caso... ama.

—¡Mal hecho!

—Tan mal hecho como encanecer, ensordecer, envejecer...

—Es que esta es ley general dictada por la naturaleza.

—Y oiga V., las excepciones de esa ley ¿las he dictado yo por ventura?

—Es que el amor de esa mujer es inmoral.

—¿Y por ventura es moral un terremoto ó un niño de dos cabezas? Pues castíguelos V., señor moralista.

¿He dicho que aquella de quien hablábamos, ama? Pues ahora añado que ama fuerte. Para que se fastidie V.

VIII

Españolas hay, y no pocas, que pasan por ligeras é inconstantes, y son todo lo contrario.

¿Qué mas quisieran ellas sino que fuese digno de su inmenso amor el primer hombre á quien lo consagran?

Pero tienen la desdicha de equivocarse. En su extraordinario idealismo, aman en un hombre las bellas cualidades

que le atribuyen, le aman por ellas con todo su corazon; pero llega el momento en que se desengañan: ven claramente que el objeto amado carece de las perfecciones que amaban en él, y, como es natural, dejan de amarle.

Dejan de amarle, pero no de amar.

Aman á otro, le aman de buena fé; vuelven á engañarse, y de error en error, de engaño en engaño, pierden la lozanía, pierden la esperanza y adquieren el convencimiento de que su amor no puede hallar correspondencia en la tierra.

Entonces...

Entonces el mundo maldiciente de los hombres dice con desprecio:

—¿Quién, fulana? ¡Pues si ha tenido relaciones con medio mundo!

De todo se acuerda el mundo menos del respeto que mereceria la que procedió siempre de buena fé. Lo que deberia ser su gloria, es su vituperio.

Yo digo como Jesús: Fulana, mucho te será perdonado, porque has amado mucho.

IX

De la mar el mero y de la tierra el carnero, y de las enamoradas las devotas.

La mujer que de dia y de noche se reprende á sí misma su amor, se promete ahogarlo en el corazon, y pide candorosamente el auxilio de la divina gracia, y sigue mas y mas enamorada... ¡Oh!

Hay bárbaros que tienen la suerte de ser amados así. Y digo bárbaros, porque no hay hombre capaz de corresponder á semejante enamoramiento.

Ella toma una resolucion: se encierra en lugar retirado, se rodea de silencio y tinieblas, concentra su pensamiento en Dios, se aprieta las sienes con ambas manos, y sin embargo, por un resquicio de la imaginacion se desliza algo que poco á poco se va convirtiendo en la imágen del hombre amado.

Ella no queria: al contrario, procuraba olvidarle...

Aun se esfuerza mas: sale de casa, va al templo, se arrodilla á los piés de Jesús crucificado, llora, se exalta, cobra ánimo, se fatiga ó se tranquiliza, no sé, y se vuelve á su casa.

Al llegar... el aire de la calle, el espectáculo de objetos mundanos; ¿qué se yo? Lo que sé es que ella quisiera no ser hermosa, no ser débil, no amar, no ser amada...

Es decir: ¿desea tambien no ser amada? Porque de esto no estoy muy seguro, y temo equivocarme.

Lo que sé es que pelea consigo misma; que se avergüenza de que lo mundano la distraiga del amor infinito; que se cree indigna y sacrílega y sin perdon, y á pesar de esto, mientras el feliz mortal juega sus carambolitas, y casi renunciaria al placer de ir á verla solo por tomar el desquite, ella, inquieta con su tardanza, exclama: «Perdonadme, Dios mio; ¡me ama »tanto!...»

¡Pobre mujer! En sus aspiraciones al amor infinito encuentra siempre algo de mundano, y en el afecto hácia su amante mezcla siempre algo divino.

¿Suelen ser duraderas esas luchas?

Sí, Padre, muy duraderas: no acaban nunca.

La devota enamorada no acaba de decidirse nunca entre la tierra y el cielo: algo de su sér la eleva; otro algo abate su vuelo. Rauda lo toma á veces; cree llegar á confundirse con la divinidad, y ¡oh pasajero vigor! cae en brazos de su amado, y todavía le agradece que la haya recogido, evitándole la muerte; porque, no hay duda, ella habria muerto si hubiese caido en el peñasco del desamor.

Y entonces, sobre enamorada, agradecida... Calcule usted.

Yo la admiro, la compadezco... y me siento enternecido al reflexionar sobre su suerte.

Porque la pobre ya no sabe qué poner de su parte. Todo lo que la buena fé puede inspirar, todo lo ha puesto en práctica.

En ciertos momentos de ofuscacion ha intentado disculparse á sus propios ojos; cuando cree haberlo conseguido,

corre con infantil confianza al crucifijo para preguntarle si son valederas sus escusas; pero al verse delante de él, no se atreve; toda disculpa le parece frívola, falsa, egoista, y se calla y se aleja pensando: «No, no se lo diré.»

Lo cual no es tan risible como parece.

¡Oh devota, flor de las enamoradas!...

San Agustin lloró leyendo en Virgilio las amorosas cuitas de la diosa Dido.

Y si un santo se mostró tan sensible á las supuestas aflicciones de una falsa divinidad, bien puedo yo compadecer á la devota enamorada; que al fin y al cabo existe real y verdaderamente en la tierra, y especialmente en España.

ROBERTO ROBERT.

LA MUJER CASERA

¿Y esta, no es tambien española?

No la busqueis en el estrado, porque lo tiene siempre como una tacita de plata, y solo se abre aquel santuario cuando se vé obligada á recibir una visita de alto copete.

Tampoco la hallareis en el tocador: por la mañana ó por la tarde, cuando sus quehaceres le dejan un momento de respiro, sé peina en cinco minutos, y el tocador es una habitacion de lujo para ella, un requisito indispensable de la casa, que solo sirve para que no lo echen de menos los amigos cuando al final de la primera visita les enseña, movida por la costumbre y estimulada por un amor propio muy escusable, las dependencias de su morada.

No os figureis tampoco que vais á verla en el gabinete, escenario en donde la mujer francesa luce su educacion, su fina sátira, su chispeante ingénio.

Para sorprenderla en situacion es preciso buscarla en el comedor, en la despensa, en la cocina ó en los dormitorios; pero donde hay necesidad de hallarla siempre es en el *cuarto de los leones*.

Este es su campo de batalla.

Por la noche, despues de haber acostado á sus hijos, despues de *haberlos rezado* y de haber dado algunas vueltas

para tapar á uno, observar si es ó no tranquila la respiracion de otro, se dedica á zurcir el siete que uno de los rapaces se ha hecho en el pantalon jugando al toro, pega el boton que falta en la blusa del mas pequeño, coge los puntos sueltos en las calcetas de la niña, y con estas reparaciones y otras análogas evita, como ella dice con su lenguaje gráfico, que se *vayan por allí* las prendas, consiguiendo que sus hijos estén *limpios*, *aunque remendados*, y que no *se tire por la ventana* lo que con tanto trabajo gana en la oficina ó en el taller su *pobrecito* marido.

Despues toma la cuenta á la criada, y en esta operacion luce sus dotes económicas. Tal artículo es caro, tal otro hay que buscarlo en otra tienda, porque con unos cuantos pasos mas se encuentra en otro almacen, cuyo amo, como buen cristiano, prefiere dar gusto á los parroquianos á satisfacer su desordenada codicia.

Entonces es cuando la doméstica sisona se halla en presencia del juez mas temible; entonces es cuando se entablan entre ama y criada estos ó parecidos diálogos:

La doméstica.—Una libra de aceite.

La señora.—¡Aceite!

—Sí, señora.

—¿Pues no trajo V. ayer tambien?

—Ya se vé que sí.

—¿Y se ha gastado todo?

—Sí, señora.

—No puede ser.

—Pues la aceitera no tiene ni una gota, y en los guisados y el candil se ha gastado, que lo que es yo no me lo he comido.

—Nadie dice á V. eso, pero es preciso andar con tiento... ¡Ya se vé, como á Vds. no les cuesta ganarlo!

—Si lo hubiera por junto...

—Sucederia lo que ya ha sucedido.

En efecto, la mujer de su casa se ha convencido de que, cuando la criada es sisona, de nada le sirve tener las cosas al por mayor.

Los garbanzos, el azúcar, el arroz, todos esos artículos son objeto de su sisa, y ó los da á las personas de su familia, que *no pueden vivir sin verla* una vez por semana al menos, ó los vende en la tienda; y como á los tenderos les tiene cuenta estar bien con las criadas, se los compran, la encubren, y la cuenta sale igual.

Por eso muchas mujeres de su casa lo encierran todo y lo dan tasado á las criadas; pero la que tal hace se gana las murmuraciones de las domésticas en sus espansiones con los porteros y los demás colegas suyos de la vecindad.

La mujer de su casa que yo es presento, despues de sacar la cuenta, abre la despensa, entrega á la criada los comestibles que han de servir para el dia siguiente, da un vistazo á la cocina para ver si está bien recogido el fuego ó si se han olvidado de echar á remojo los garbanzos, espera á su marido, se satisface con que le cuente lo que ha sabido aquella noche en el café ó en donde ha estado, vuelve á ver á los niños, encarga á la criada que apague bien la luz para que no se prenda fuego, se acuesta, reza y se duerme como una bendita.

Por la mañana es la primera que se despierta, la primera que descubre el tizo torpemente arrojado al fogon, murmurando:

—¡Jesús! parece que no tiene V. narices.

—Yo, señora...

—¿No ha visto V. ese tizo?

—Entre el carbon estaba; que yo no lo he *fabricao.*

—¿Y para qué son los ojos? ¡Válgame Dios, qué vida!... Siempre rabiando con estas condenadas muchachas.

Los niños se despiertan.

Ella los viste, despues de hacerlos persignarse y rezar; ella los lava y los asea; ella distribúyeles el desayuno, con paciencia unas veces, impaciente otras; corrige sus caprichos, dirime sus cuestiones, castiga sus abusos, y entre caricias, amenazas, encargos y murmuraciones los despide á la escuela.

Acto contínuo se consagra á su marido.

—Hoy te toca mudarte de camisa.

—Pero, mujer, si me mudé el domingo.

—Bien, pero como es jueves...

—Si está aun limpia...

—Mejor... con eso la muchacha no la estropeará tanto al lavarla. Bonitas son ellas... Si hay manchas restriegan, y hasta que sale el pedazo... Como no les cuesta el dinero...

—Hágase tu voluntad.

—Sí, hombre, sí... eso no cuesta trabajo... Voy á darte un limpion á la levita.

—Que lo haga la muchacha.

—Calla, hombre, calla... ¡tiene unas manos! En cuanto coge una prenda por su cuenta la quita un par de años de vida.

—Pero te cansas.

—Mi gusto es que vayas curiosito. Luego dicen las gentes: «¡Cómo cuida la de Lopez á su marido!» y esto me enorgullece.

—A ver si luego sales á paseo.

—Lo que es hoy no hay que contar conmigo para nada.

—Pero ¿por qué?

—Tengo un cesto de ropa para repasar que da miedo.

—Mañana puedes...

—Hay que dejarla hoy lista para que la moje mañana la muchacha y se pueda poner á planchar al mediodía. Los dias son tan cortos...

—Pues lo que es el sábado...

—El sábado es dia de limpieza... La semana pasada no se hizo mas que cumplir y mentir, y los muebles se estropean con el polvo.

—La criada puede encargarse.

—Quita, quita, ellas no hacen mas que salir del paso... lo que vé la suegra, como dice el refran, y yo me desespero al ver los rincones que me deja.

—Está visto que te has empeñado en vivir emparedada.

—Lo primero es la casa.

—¿Y la salud?

—A mí me dan la vida los quehaceres.

—Pero no haces ejercicio.

—Vaya si lo hago... por las noches caigo rendida.

—Hay que dar un poco de espansion al ánimo.

—Con lidiar con los chicos tengo bastante.

—Pero estamos quedando mal con los amigos.

—Hijo mio, no es posible repicar y andar en la procesion. Ya querrá Dios que nuestra Luisita sea grande, y entonces me ayudará. ¿Pero no notas que entra aire?... Esa pícara muchacha habrá dejado el balcon mal cerrado... no tienen cabeza, y eso que se lo encargué... está visto, lo que una no hace....

Dejando á su marido terminar el tocado, cierra el balcon, va á la cocina, observa el resultado del barrido y acompaña á estos actos frases como estas:

—Deja V. abierto el balcon, y no solo entra aire, sino que como está abierta la ventana de la cocina se pasa la candela, y eche V. arrobas de carbon.

—Pero mujer, ¿no vé V. que la olla se va á tragar la espuma?

—Eso es, todo lo limpia V. con la rodilla... Así están ellas, que da vergüenza dárselas á la lavandera.

—Traiga V. esa escoba, mujer; vé V., me ha dejado usted aquí una arroba de polvo. ¿Y aquella telaraña? ¿Me quiere usted decir para qué son los zorros?

—¡Eso, con garbo!... De ese modo se entra por la porquería... Mas despacio, mujer de Dios; traiga V., traiga V., que no saben Vds. dónde tienen su mano derecha.

En seguida se dirige al *cuarto de los leones,* se sienta junto á un canastillo de ropa blanca, zurce una prenda, remienda otra, de dos hace una, *ternea* una sábana, pega botones, restaura presillas, y en medio de sus faenas no se olvida de preguntar á la criada:

—¿Ha echado V. el tocino?

—Ponga V. ya el arroz.

—Vaya V. á buscar á los niños.

A la hora de la comida todo está preparado.

Los niños llegan, el uno trae las manos llenas de tinta, el

otro se ha desgarrado la blusa, la niña se ha manchado de lodo.

—¡Jesús, qué manos! dice; anda á lavarte con jabon... aunque seria preciso echarte en la colada.

—¡Válgame Dios, qué siete!... ¿Cómo te lo has hecho, hombre? No hay manos que basten... Yo á componer y vosotros á destrozar.

—Pero mujer, cómo se ha puesto esa niña... Por fuerza se ha metido en un charco... No ven Vds. por donde andan.

Durante la comida ella hace plato, distribuye las raciones con equidad, da á cada cual lo que mas le gusta y salpica su conversacion con estas reprimendas á los niños:

—Juanito, ¿para qué se ha hecho el pan? ¿Te parece que está en el órden empujar con los dedos?

—No vayas tan deprisa, mujer... La sopa está rabiando y te vas á quemar.

—No seas gloton, Antonio, que comes mas con los ojos que con la boca.

—A ver si te estás quieto, muchacho, que parece que tienes hormiguillo.

—Hoy se le ha ido á V. el santo al cielo con la sal.

—No tire V. la comida que sobre, que es un pecado mortal. Esos garbanzos fritos pueden servir para el desayuno mañana, y si no, se dan á los pobres, que poquito que lo agradecen.

Si va de visita ó recibe á alguna amiga, aunque su interlocutora, segun costumbre, empiece á murmurar del prójimo ó de la prójima, pronto varía de conversacion, y despues de formular su credo social con la frase:

—Yo no me ocupo de lo del vecino, bastantes quebraderos de cabeza tengo encima; cada cual en su casa y Dios en la de todos.

Despues de evadir la murmuracion esterior, por decirlo así, entra en otro órden de murmuraciones interiores.

—¡Jesús! exclama, yo no sé lo que tiene fulanita, pero no le paran las criadas en casa.

—Como no está encima de ellas...

—Pues hace mal, que la que quiera estar bien servida tiene que saber hacerlo.

—Ella está todo el dia de pingo.

—Es verdad, y francamente, no sé cómo se arreglan algunas para poder estar en todas partes.

—¡Toma! dejando la casa abandonada.

—¿Y qué capital hay que resista ese desórden? Una tiene de qué vivir y siempre anda á la cuarta pregunta; como quien dice, estirando los cuartos.

—Tiene V. razon, señora... las casas andan por las nubes.

—La casa es un renglon, que ya, ya...

—Y en teniendo hijos...

—No me hable V. por Dios; por mas que me mate para que vayan decentes... el dinero de Salamanca es poco.

Pero cuando está elocuente es al tratar el capítulo de las criadas.

—Calle V., señora, exclama; el ramo está perdido. Antes le tomaban á una ley; pero ahora... Entre peinarse, ir á la plaza á que los zánganos las levanten de cascos y charlar con las otras criadas de la vecindad, se les va el dia. ¡Pues y cuando les da por cantar! Toda la fuerza se les va por la boca. Y qué exigencias: para un mal puchero que ponen, un mal fregado y un mal barrido, se dejan de pedir que es un gusto. Ya son buenas alhajas... Le digo á V. que si me pudiera pasar sin ellas...

¿Quereis verla entusiasmada? Pues preguntadle cómo se hace tal ó cual guisado. Vereis qué fé en su procedimiento... qué alegría cuando ha encontrado el medio de que tal ó cual plato le salga casi de balde.

En las grandes crísis de la familia, ella es la que sostiene el ánimo de todos.

Que se va la criada... no importa; ella sabe hacer todo lo necesario, y por añadidura se *echa* la mantilla y va á buscar quien reemplace á la ausente.

Que hay un enfermo... no hay que apurarse; ella conoce los medios mas eficaces, no necesita médico, como dice. Sabe

hacer sinapismos y poner sanguijuelas. Para que nada falte, se multiplica, y vela al enfermo, y pasa veinte noches sin desnudarse, y en medio de su fatiga no le falte tiempo para pedir á Dios misericordia, para encomendarse al santo de su devocion, para consolar á los que se afligen en torno suyo.

Para ella no hay paseos ni teatros: se pasa meses enteros sin salir á la calle, y solo en los dias clásicos, en férias, por San Isidro, en las verbenas y el dia del *Corpus*, saca los trapitos de cristianar y se divierte, como dice, con santa resignacion, «Hasta otro año.»

Ahora bien; ¿creeis que esta mujer es desgraciada?

Las que vivís en el bullicio del mundo, las que vais á la moda, las que os aburrís en vuestra casa cuando hace mala noche y no podeis salir, ¿pensareis que la mujer casera es una víctima?

No lo creais: es el tipo de la mujer feliz. Ha sembrado todos sus sentimientos en el reducido espacio del hogar, ha repartido su alma entre su esposo y sus hijos, tiene la inmensa satisfaccion de que todo lo que le rodea es obra suya, y avanza por el mundo escoltada por el amor de su familia, por el respeto de la sociedad.

¿Os habeis reido al verla en esta galería? Yo estoy seguro de que algun lector sentirá agolparse á sus ojos una lágrima recordando á su madre.

Esto no sucederá á nuestros nietos.

La mujer casera se va marchando con el hogar y la familia.

Por eso era preciso retratarla, y ahí la tienen ustedes.

JULIO NOMBELA.

LA ECONÓMICA

No ha estudiado en ningun autor, no ha leido siquiera los discursos de nuestros mas valerosos ministros de Hacienda, y, sin embargo, como vulgarmente se dice, echen ustedes guindas á la tarasca. Ella conoce todos los recursos rentísticos y ha encontrado la deseada fórmula para nivelar los presupuestos de su casa.

Y no crean Vds. que deja de acudir á las necesidades de su familia, aunque su malévolo marido murmura por lo bajo de la frugalidad de la comida y de la nulidad del almuerzo.

La mujer económica se basta á sí misma, y hasta puede decirse que sobra á su marido. Es una hormiguita que todo lo aprovecha, incluyendo el dinero que su consorte suele dejarse olvidado en el chaleco, en tanto que se entrega al desapacible sueño; porque el marido es tan bueno que hasta sueña con su económica mujer. Vive con el convencimiento de que no es sino un cero, cuyo valor y significacion serian nulos separándose de su mujer, que es la cifra significativa.

La voluntad del *fenómeno economista* es la órden del dia y de la noche. ¡Cuántas de estas ha pasado el buen hombre cantando, paseando y zarandeándose con un niño de pocos meses á cuestas, fiel traslado de su mamá y preciosa alhaja con que el marido ha visto *redondeada* su fortuna!

Una niñera, aunque pudiera pagarla, merced á un sueldo regular que cobra, y no diré que gana, en el ministerio de la Gobernacion, seria un lujo que la esposa, la económica esposa no se permite.

Ha sucedido mas de cuatro veces que el angelito, desconociendo todavía el peligro de muerte en que pondria á cualquier adulto el canto de su papá, se ha divertido acompañándole con sus manecitas y tocando el tambor en las espaldas del ilustre progenitor.

En este caso el paciente se permite alguna queja; pero la mujer económica duerme profundamente y sueña con el gasto de la compra del siguiente dia.

A veces, cuando hace falta un papel para envolver especias, la esposa, que no consiente á su víctima que gaste dos cuartos en *La Correspondencia*, va y coge un expediente, digámoslo así, que su hombre ha llevado de la oficina, y dispone de alguna ó algunas hojas.

Cuando el pobre empleado, trabajador infatigable, como condicion del oficio, busca su expediente, y sabe que su esposa le ha despachado en parte, se lamenta, y recibe por toda contestacion un bufido. «A bien, murmura él para sí, que »no será este el primero que se traspapele.»

Escusado es decir que el dia en que se cobra la paga, la incorruptible señora no consiente que su administrado se quede sin tabaco, y le da, á buena cuenta, una peseta de España con su conejo, para que la invierta en cigarrillos. Calcula, hace montoncitos del dinero, y distribuye mentalmente la suma, exclamando despues con tono angustioso: «No queda »ni un cuarto en pagando á todo el mundo: ni para comprar»me un vestido, y estoy desnudita.»

El paciente cordero calla. Si las levitas hablaran, ¡qué cosas podria contestar la del empleado á la dueña de su dueño! Pero como el traje llega á amoldarse al que le lleva, la levita, prudente, se contenta con sonreir por los codos.

La salud no se compra, dice la gente; y es tanta verdad, como que, convencida la mujer económica de ello, tiene á pre-

vencion en su casa una cajita con algunos medicamentos homeopáticos, que administra, segun un manual que hojea para el caso, bien sea á su marido ó bien á su hijo.

¡Oh, mujer deliciosa! Todo lo sabe; en todos sus actos resplandece el espíritu económico que la distingue: hasta en la ciencia médica.

Bien mirado, la muerte no es mas que una economía de la vida. Por esto, aun suponiendo que á su consorte se le lleven los demonios, muy señores suyos, ella no se aparta de la buena administracion.

Yo no sé quién ha comparado á la mujer económica con la sanguijuela, fundándose en que molesta mas que beneficia; pero haya sido quien fuese, no me parece exagerado el paralelo.

La casa donde anida es un palacio encantado; las puertas de la sala, gabinete y alcoba, no se abren sino en el momento crítico de entrar alguna persona, porque de lo contrario todo se pone perdido de polvo, y se estropea en cuatro dias. Los muebles están completamente disfrazados de fantasmas, envueltos cuidadosamente en percalina. Si llueve, en aquella casa no se permite la entrada á nadie sin advertirle primero que se limpie muy bien los zapatos en un ruedo ó un fragmento de alfombra colocados en la antesala; y aun muchas veces, cuando la lluvia es excesiva, no se deja pasar á nadie sino al comedor y á la cocina. Sin embargo, hay una cosa que la mujer económica no economiza nunca: las lágrimas; ese tesoro que ha dejado de serlo desde que han dado en despilfarrarle las mujeres. Lloran por su difunta madre; lágrimas preciosas: por sus hijos; lágrimas que excitan las nuestras: por su esposo ¡caso extraño y raro! porque no pueden comprarse un abrigo ó porque se quedan sin entrada para asistir á un espectáculo: lloran porque las conmueve la representacion de un drama y por las desdichas que afligen á la heroina de una novela.

Lloran por todo y por nada; y—fenómeno que las caracteriza—las mujeres que mas lágrimas han vertido, son las que menos han llorado durante su vida. Así se esplican las lágri-

mas de las mujeres económicas: lloran, porque no las cuesta ni siquiera el menor trabajo.

Por supuesto que cuando el hombre lleva el gasto de la casa, como suele decirse, la casa es un infierno, porque el enemigo está en la mujer económica, que todo lo encuentra caro, malo y desorganizado. Empezando por el tendero de comestibles, y concluyendo por la criada, para ella el mundo es una vasta cuadrilla de rateros que viven á espensas de su marido y otros tontos.

La mujer económica es uno de esos tipos que nunca se concluyen de analizar, y que presenta fases muy diferentes, aunque siempre en armonía con su sistema proteccionista; pero bien entendido, como la caridad bien ordenada. Generalmente es sensible en apariencia, y hasta suele llorar las miserias de sus prójimos; pero vayan Vds. á pedirla una peseta, y de seguro se quedarán sin los cuatro reales.

Si ella necesita un vestido, puede que se enternezca y se le compre; pero que se atreva su marido á comprarse un sombrero, y la oirán Vds. exclamar, cuando menos: «Ahora no te »hacia falta; el otro no estaba tan malo: á ver cómo le cuidas, »que ya ves, hijo mio, que no estamos todos los dias para »despilfarros semejantes.»

Yo he conocido á una de estas apreciables esposas, que cuando se permitia su marido tomar café dos noches seguidas, le amenazaba con el divorcio; y ¡pásmense Vds.! el hombre se entristecia.

«¿Qué va á ser de tí, decia, cuando yo muera?» especie de augurio que suele preceder á un discurso encomiástico de sus propias virtudes, ó á un ataque violento, á una recriminacion en boca de la mujer hacendista.

Conozco á otra inmensamente rica, que cuando va al teatro con su marido y sus dos hijas, y no va por cierto con mucha frecuencia, dispone que durante ocho dias se disminuya la cantidad de garbanzos en la comida de toda la familia; es decir, de los criados de la casa. No es necesario añadir que estos están deseando que la señora se divierta; y ella no cesa de repetir durante una quincena: «¡Cómo

»nos divertimos! ¿verdad fulano?» Este fulano es el marido.

¿Pues y la cocinera, generalmente vizcaina ó gallega, que consigue *meter la cabeza*, como ellas dicen, en una casa grande, y pertenece á la variedad de las económicas? Y esto es indispensable, tratándose de vizcainas y gallegas. ¡Qué es verla en la compra; y durante el ejercicio de su pringoso ministerio, cómo escatima, cómo busca, cómo averigua el puesto ó el establecimiento donde se venden los artículos de primera y aun de segunda necesidad con mas baratura! ¡Qué interés la mueve en beneficio de sus amos! ¡Qué instinto tan económico guia sus investigaciones!

Oirán Vds. decir que sisa, que comparte con el ayuntamiento este dulcísimo derecho al cobro de un arbitrio; pero ¡niéguenlo Vds.! la cocinera es una mujer económica, *et voilà tout*. Sus cuentas son claras, sus sentimientos nobles, sus aspiraciones el beneficio de la casa. No se puede pedir mas. Pasados algunos años, verán Vds. cómo tiene reunidos en el fondo de su baul algunos miles de reales, fruto de sus economías. Por mas que la maledicencia diga lo que quiera, la mujer económica es un regalo para el hombre. Ella dispone de los placeres, de las costumbres, de los pensamientos de su consorte, y los enfrena cuando pueden conducirle al precipicio de gastar una peseta. Sueña infidelidades en él, malversaciones, estravíos punibles; aborrece á los amigos que ordinariamente le acompañan: incendiaria los cafés, los teatros, las tabaquerías, y hasta á los sastres y á los zapateros; porque todo lo vé por el prisma de su fanatismo administrativo. Y ¡oh, fatalidad! ¡Caprichosa hembra! ¡diosa económica que persigues á los buenos! ordinariamente á una mujer aprovechada proporcionas un hombre pródigo hasta el despilfarro, amante de la vida alegre y de las emociones del placer, como á las feas buenos mozos, y como á las niñas bonitas hombres que apenas lo parecen.

Cuando la mujer económica sabe la renta, el sueldo ó la retribucion que percibe su marido, cada paso es un gazapo; esto es, cada fin de semana, de quincena, de mes ó de tri-

mestre, hay toros y cañas entre los cónyuges. Y bien mirado, mas le vale al marido que no haya toros sino en esos dias; porque como siempre puede sucederle á uno alguna desgracia mayor que la que deplora, justo es que se felicite de su buena suerte.

Al marido siempre le queda un recurso: triste es confesarlo, y no muy prudente descubrirlo; pero, por si Vds. no lo saben, voy á decírselo. El recurso, es... engañar á la mujer económica; y crean Vds. que esto es lo que hacen los pícaros desagradecidos.

Ya se vé, la administracion gubernamental es una carga mas que un beneficio: los ejemplos así lo demuestran; y la administracion gubernamental-casero-femenil es mucho mas que una carga; y el hombre mas pacífico tiene sus humos de libre, feliz é independiente, y ya que no pueda desprenderse de la carga, procura á lo menos aliviarse de una parte de ella.

¿Qué hace un pueblo cuando le pesan mucho los impuestos? Negarse á pagarlos; ocultar sus propiedades, su industria, sus medios de vivir: ¿no es esto? Pues lo mismo hace un hombre con una mujer económica.

Esto es lo que viene practicando hace algun tiempo el marido de quien hablé á Vds. al principio de este artículo (?). Un prestamista le proporciona dinero, mediante un descuento mensual de la paga, que se justifica á los ojos de la mujer económica, haciéndola creer que es un descuento oficial en virtud de las *economías*.

Desde entonces ya no hay disgustos en el matrimonio. La mujer es feliz, porque todo lo ignora, y el marido porque vive á su gusto.

Sí, á su gusto: no se lo digan Vds. á ella; pero á mí me consta que hace pocas noches se gastó *doscientos reales* en una cena, en union de... otra mujer menos económica, pero mas amable. El prestamista de costumbre adelantó sobre su paga aquella cantidad al humilde marido.

Si ella lo supiera...

EDUARDO DE PALACIO.

LA POLLITA

I

Pero, contémplela V., y diga si puede haber criatura mas mona.

¡Con qué disimulo procura mirar si le arrastra bien el vestido!

Mire V. qué ojeada echa al paso para verse en los cristales de las tiendas.

¡Con qué viveza se compara con las que transitan por su lado!

«¡Qué elegante va aquella!»

«¡Jesús, qué adefesio!»

«¡Preciosa mantilla!»

«¡Qué bien hace el guante claro!»

Las señoritas de diez y ocho años le parecen viejas... ¡Ya se vé, hoy por primera vez sale vestida de largo!... ¡Hoy, hoy mismo!

Ayer aun llevaba los brazos colgando; aun cantaba de dia por la calle, abrazada al cuello de su hermano: de su hermano, que ayer le parecia mayor que ella, y hoy le parece un chiquillo.

¿Qué mira ahora, que vuelve la cabeza? ¡Ah! ya: mira á

dos novios que van del brazo... ¡Pero qué mirada mas absorvente!

No te impacientes, hija mia, que ya te llegará el turno.

Ahora se detiene para hablar á su madre. ¿Qué irá á decirle?

Si yo pudiera oir... A ver.

—¿Ves, mamá? Las tres mas elegantes que han pasado, todas llevaban vestido azul: todas.

. . . .

El estado de pollita dura poco: ¡vida de lepidóptero!

¡Hola! Un conocedor del bello sexo, buen mozo, bien puesto, la mira, se detiene; la mira... Esa mirada es para ella un berbiquí; le quita la respiracion, la pone colorada... Quiere volver los ojos, y no puede; tropieza...

Pero, señor, ¿qué es esto? Ayer lo veia todo sin extrañeza...

La pollita se encuentra con un corro de amigas que juegan á juegos infantiles... ¡Qué extraño efecto le producen! ¡Jugar! ¡delante de todo el mundo! ¡Dar saltos, dar voces!...

¡Y sin embargo, ella lo hacia el domingo pasado, hoy hace ocho dias... ¡Cosa mas rara!

Sus amigas la convidan á entrar en el corro; le saltan encima abrazándola, la despeinan, le arrugan los ornamentos, y gritan como unas loquillas: «¡Ya somos una mas, una mas: »volver á empezar!...»

¡Qué cosa tan inverosímil para ella! ¡Y qué cosa tan molesta!

No sabe qué replicar; no sabe cómo deshacerse de aquel enjambre; procura apartarse, desahuecar el vestido, aliñar el tocado; se avergüenza de que todavía la tomen por una chiquilla, y luego, ¿qué pensarán aquellos dos jóvenes que la iban siguiendo?

. . . .

Han pasado ocho dias.

Si todos los progresos humanos se realizaran con la brevedad con que se realizan en la pollita, antes de un año ya no tenia nada que hacer la humanidad en el mundo.

Ya sabe por qué la miran. Ya no confunde las ideas relativas á cada género de amor; ya no tiene un solo paladar. Las fábulas de *La Cigarra* y *La Hormiga*, y de *La Zorra* y *La Cigüeña*, le parecen la cosa mas estúpida que se ha podido inventar en el mundo. ¡Y fueron tanto tiempo sus delicias!

Antes se adormecia de gusto oyendo consejas de gigantes princesas encantadas; hoy se dormiria de fastidio.

—Mamá, dice un dia de pronto, lee Roma al revés; ¡verás!

—¿Queeee?

—Que leas Roma al revés: ¡verás lo que resulta!

—Hija, no te entiendo; no me quiebres la cabeza.

—¡Ave-María! Como es tan difícil... Resulta amor.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, que es una casualidad. Yo lo he descubierto. ¡Oh, y sin querer!

—No sé á qué viene... Todas las palabras leidas al revés dicen alguna otra cosa.

—Ya, pero algunas no dicen nada. Por ejemplo... Prim... dobladillo... Roma, al revés, á lo menos tiene sentido.

Y se va corriendo por la casa, y diciendo: *Ro-ma*, *am-or*; *Ro-ma*, *am-or*... Y llega á su cuarto, y allí baja la voz, y á solas repite: *Amor*, *amor*, *amor, amor*...

La tempesta é vicina.

II

Han pasado otros ocho dias.

Ya la trasformacion es visible, es patente.

Es lo que hay que oir lo que hablan ella y sus compañeras; porque sabido es que las pollitas se reunen en numerosos grupos. Necesitan, como los académicos, verificar en comun sus respectivas observaciones, comunicarse los innumerables conocimientos que en pocos dias adquieren sobre perifollos, sobre el giro que van tomando sus afectos, y sobre mil cosas; porque todo lo conocido hasta entonces les ofrece nuevos aspectos.

Con admirable seguridad establecen reglas y se proponen

línea de conducta, y salpican el universo entero con sus dichos.

Ayer, como quien dice, averiguaron que existia el amor, y hoy ya creen conocer sus leyes, sus efectos, su influencia...

Á muchas les da por fingir desprecio al sexo feo; por repetir que no les importa de ningun hombre; que todos son unos tiranos; que el amor es una bobería...

Y lo dicen con una gracia, y se lo gorgean unas á otras con tan inesperadas salidas de tono, con tan sorprendentes incongruencias, que yo dejaria el mejor sermon por oirlas. ¡Qué tiene que ver!

¡Y qué presumidilla se va volviendo!

—Mamá, no te pongas ese manton, que ya no los lleva nadie.

—¡Jesús! ¡Me da una rabia este pelo! En cuanto doy cuatro pasos, ya se me han deshecho los bucles.

El primer dia que un jóven audacísimo se acerca al paso á la pollita y le dice disimuladamente: «¡Qué bonita es V.!» nada mas que esto, ¡uf! ¡qué abrasadora corriente le sube del pecho al rostro! ¡con qué estampido se le cierra la garganta! Es cosa de pedir agua á voces.

¿Y si el jóven insiste? ¿Si la sigue? ¿Si pasea su calle? ¿Si se hace presentar en la reunion? ¿Si la saca á bailar el primero? ¿Si le dice que no puede vivir sin ella? ¡Ella, árbitra de la existencia de un hombre! ¡Ella, señora absoluta de un corazon que ya entra en quinta!

¿Quién duerme aquella noche? La mamá, sí; el sereno del barrio, sí; la policía, sí; pero ¡ella! Ella ha descubierto mil leguas mas de mundo; ella ha ensanchado su dominio hasta lo infinito, como es infinito el corazon humano; ella tiene por esclavo eterno y voluntario á un hombre que solo por la viva fuerza serviria una temporada al rey mismo: si ella quiere, él dejará la carrera; si ella quiere, se casará con él mañana; si ella quiere... Piensa en todo lo que ella podria querer, y todo lo vé fácil. Se vuelve de un lado; se vuelve del otro; quiere reflexionar... No; los amantes de las dos novelas que ha leido no eran como el suyo: eso sí que no. ¡Se agita

la pobre! Está mas desvelada que cuando se acostó: mucho mas. Y piensa: si los padres de él se opusieran... ¡Y qué dirá Inesita cuando lo sepa! ¡Qué de envidias entre las amigas! Y he de averiguar cuánto le falta para acabar la carrera. ¡Y Loreto, que es tan presumida, que á todas quiere pasar delante! ¿Ves? ella todavía no tiene novio. Y se conoce que me quiere; eso sí que se conoce en seguida. Si mamá notó algo... ¡Y á mí, que no me gustaban con patillas!

Y penetra la claridad del alba en aquel dormitorio donde es imposible dormir, y el gobernador de la provincia telegrafia al ministro de la Gobernacion: «Ha trascurrido la »noche sin novedad.»

¡Ah, ignorante!

III

Desde entonces el nombre del pollo amado suena de contínuo en sus labios.

—Mamá, el primo Venancio ha estrenado un precioso pantalon de última moda. Es idéntico al de Miguel.

—En el Real habian anunciado la *Lucrecia*; pero antes pondrán *La Traviatta*. Me lo ha dicho Miguel.

—¿La mejor peluquería? Vaya V. á casa de Sisí.

—Pero, chica, ¿tú qué sabes?

—Yo... Es donde se afeita Miguel.

—No me gusta ese café. ¡Es mas cursi!...

—¡Pues si nunca has entrado en él!

—No, pero... por Miguel lo sé.

—Sí, señora; sí, señora: antes de fin de mes habrá bullanga; que se lo ha confiado á Miguel un comandante de reemplazo.

. . . .

En las reuniones de las pollitas, dirigen la conversacion las que tienen novio, esté ó no oficialmente reconocido.

Se expresan en ciertas materias con una malicia que es el asombro de los viejos; á veces revelan con la mas graciosa imprudencia lo que parecen mas interesadas en tener oculto,

y á veces, por lo contrario, creen ocultar con extrema discrecion lo que ponen mas al descubierto.

Gran sensacion cuando se casa una que fué compañera de colegio, ó es vecina de alguna de ellas y mas ó menos conocida de todas.

Allí se habla de los regalos de boda, del probable porvenir de entrambos, de cuál de los desposados vale mas... Ninguna de ellas cambiaria por él su novio.

Hay pollitas que... ¡cómo ha de ser! coquetean. Sí, pobrecitas, sí: algunas tienen esta desgracia.

Delante de un espejo toman ciertas actitudes, y se prometen elegir la que les parezca mas graciosa, para adoptarla en el paseo ó en el teatro.

Mucho inclinar la cabeza á un lado. Esta actitud la prefieren muchas, porque es la mas á propósito para oir bien aquellas dulcísimas cosas que el picarillo sabe decir en voz baja, cuando parece que ni siquiera mueve los labios.

Cuando sostienen entre varias una de aquellas madejas de conversaciones propias de la excitacion de su edad, y de repente una de ellas calla, se atusa rápidamente el cabello y se da dos inteligentes manotones en la falda del vestido, y estira el lazo del cuello..., es que se acerca él. Le ha visto desde lejos. Le conoce entre mil.

Cuando hay conflicto entre pollita y novio, en el corro se habla en voz baja; las caritas sonrosadas se acercan, tomando una expresion inverosímil de puro grave.

Allí se sostiene que no es de caballeros hacer lo que él ha hecho.

Allí se afirma que si él *la* quisiera verdaderamente, de otro modo se habria portado.

Allí levanta la voz la que dice que el que le faltase á ella tan descaradamente, no volveria á recibir ni palabra ni mirada suya.

Y si llega el caso en que los amantes se reconcilien, todas las que todavía no tienen novio desaprueban la reconciliacion.

IV

A veces se habla formalmente, y entre personas mayores, de algun suceso en que el amor haya tenido parte.

De pronto, la pollita dice:

—Pues yo en lugar de ella habria hecho tal cosa.

—¿Qué sabes tú? pregunta la madre asombrada.

La chica conoce su imprudencia y tartamudea:

—Digo... que me parece...; porque una...

—Vaya, vaya, dice la madre algo inquieta, las niñas no deben entender de esas cosas.

Y añade en su pensamiento: estas chiquillas de hoy dia no sé de donde sacan... Yo á su edad, ¡ni soñarlo¡

V

La pollita no se sacia de experimentar el dominio que ejerce sobre el que ha jurado amarla eternamente.

Querria ella realizar todos los imposibles.

Querria... en primer lugar, que él viese en ella la criatura mas atractiva, mas bella, mas complaciente; y querria, tambien en primer lugar, que el novio fuese su mas rendido esclavo, que hiciera alarde de ello, y que fuese un Proteo puesto á sus órdenes. Si fuma, se pregunta si dejaria de fumar por ella; si no fuma, se pregunta si por ella se aficionaria al tabaco; si él es hombre de armas tomar, se complace en horrorizarse pensando en los peligros á que se exponen los hombres valientes; si se habla de uno que con riesgo de la vida hizo alguna hazaña, se satisface pensando: esto tambien lo habria hecho él. Si es de carácter pacífico, se alegra pensando que ese es el mas á propósito para la vida conyugal.

La pollita que tiene novio alegre y decidor, habla pestes de los poco dados á gracias y chistes; la que da de primeras con un jóven de humor opuesto, no tiene en buen concepto á los muy alegres.

Sucede en ocasiones que á la pollita le dura un año el primer novio.

Llega el rompimiento, y...

No tengo para qué ponderar su disgusto, su pesadumbre.

«¡El, que juraba!... ¡Yo, que creia!... ¡Qué desengaño! ¡Son »unos perversos! ¿Yo amar en mi vida? ¿yo? aunque me... »¡Nunca!»

Pero lo grande es cuando al cabo de otro año, la pollita, muy puesta sobre sí, conoce que ni habia empezado á amar al tal novio, ni aquel era el camino, ni padeció mas que en su vanidad los efectos de un pueril despecho.

Y entonces... ¿Saben Vds. lo que sucede tambien entonces?

Que cuando se habla de ella en ciertas reuniones y alguno dice: «Sí, la pollita,» siempre hay alguna madre que replica:

—Pues ya no es tan pollita, que digamos.

—Señora, si es muy jóven!..

—Lo que es, es aniñada.

—Pero ¿qué edad puede tener?

—No sé; pero dos años atrás ya estaba cansada de tener *novios*... Con que, á ver.

—Pues no creia yo...

—¡Vaya! Lo menos le lleva año y medio á la mia.

Ello podrá no ser exacto; pero inexactitudes como esta se deben perdonar á las madres, sobre todo cuando no se proponen adobarnos para yernos.

La reunion acuerda que ya la pollita no sea tenida por tal en lo sucesivo.

Respetemos, pues, su acuerdo, poniendo remate á este artículo.

La pollita pasa á la categoría de niña casadera, y yo no debo pasar de ahí.

He llegado al límite, y la dejo en la frontera de su nuevo estado, en que acontece lo que Angel Avilés supo referir muy bien, como Vds. han visto.

LEONCIO ALIER.

LA MALDICIENTE

¿Quién lo diria á veces, no es verdad? Porque con aquel habla tan suave, y aquella vocecita simpática y un semblante atractivo, parece que no deberia pensar ni decir nada malo; pero sí, sí; fíese V. y saldrá escarmentado.

¡Es que es mucho cuento! Demasiado puede ella conocer que por su picara lengua se va quedando sin una persona que la quiera bien; pero en lugar de enmendarse, lo hace al revés: de dia en dia va aguzando las saetas que lanza sobre todo bicho viviente, y si no siempre es mortífero el veneno en que las baña, la falta no consiste en su voluntad, sino en su talento.

Si á lo menos todas las maldicientes fuesen feas, podria uno mirarlas con cierta compasion, porque en el pecado llevarian la penitencia; pero lo terrible es que las haya muy agraciadas: tanto, que á primera vista solo se esperan consuelos y palabras afectuosas de aquellos hermosos labios que todo lo ajan y amargan.

El único gozo de la maldiciente es poder hablar de una mujer verdaderamente culpable, aunque de ninguna ha podido averiguar que lo sea tanto como ella habria deseado.

La maldiciente provoca la confianza de las personas con

quienes entra en relaciones, á fin de saber bien pronto sobre qué punto podrá hablar mal de ellas.

Para ella no hay recato que no sea hipocresía; no hay negocio que no sea fraudulento; no hay afecto que no sea interesado; no hay falta leve que merezca perdon; no hay hecho alguno en el mundo que no tenga un móvil muy censurable, y hasta cuando no lo cree así, así lo dice; porque su propension es á maldecir.

Cuando no tiene de quién hablar mal, habla mal de sí misma, y en ese ejercicio estaria siempre acertada, si no calificase de excesiva templanza su cobardía y de demasiado amor á la franqueza su incontinencia de lengua.

Y tiene una gracia especial la maldiciente, y es que hace pagar á otros la mayor parte de sus culpas.

Pregunta á una madre cómo está de salud su hija, y le responde la madre:

—No está mal; solo que con estos frios le ha dado un poco de tos, y como la niña es así, finita, como V. sabe...

Ya no necesita mas. Aquel mismo dia esparce el rumor de que la niña está atacada del pecho, y no deja de añadir:

—Yo no lo habria sospechado; pero su madre misma, como quien dice, ha venido á confesármelo.

La muy pícara, encarga mucho que le guarden el secreto las personas á quienes comunica sus maliciosas noticias; pero como á los amigos les habla mal de los amigos y á los parientes les habla mal de los parientes, refiriéndoles cosas que no pueden callarse sin menoscabo del decoro propio ó de la familia, resulta que cuando, pregonado el secreto, sobrevienen las peleas y los disgustos, y se sabe que la causa ha nacido de la maldiciente, ella se indigna ,y replica que no habria ocurrido el menor disgusto si las personas á quienes se confió hubieran sido reservadas.

¡Ah! Cuando considero que el bello idioma español, tan susceptible de ternura y nobleza en boca de la mujer, se emplea tan indignamente, querria que todas las maldicientes fuesen á lo menos tartamudas ó solo supieran hablar ruso,

para que no las entendieran mas que los académicos que supieran el ruso.

Toda hermosa, toda rica, toda mujer amada es objeto de maledicencias femeniles.

¿Quereis saber en vuestra tierra cuál es la mujer de quien peor hablan las mujeres? Es aquella de quien mejor hablan los hombres.

Cuando una maldiciente pondera la fealdad de una conocida suya, cuanto mas fea la supone se figura que tanto mas hermosa ha de parecer ella al que la escucha.

Esta afirmacion, que tengo por acertada, no ha nacido de mí. La hizo una señora que durante su vida dió muestras de mas que regulares entendederas.

La maldiciente se fortalece en el ocio.

Suda un hombre y se afana trabajando para reunir un caudal que le consienta vivir descansado el último tercio de su vida. Ea, ya lo ha conseguido; ya se retiró de los negocios; ya puede gozar de una felicidad relativa; pero. . allí está su mujer, su mujer que se aburre en el ocio; que como no lee, ni pasa largas horas en el tocador, ni tiene ocupacion alguna, se entrega por completo á la maledicencia.

¿Mujer ignorante y ociosa?... No diré que sean maldicientes todas que se hallen en ese caso; pero si Vds. no me conceden unas noventa y cinco por ciento, lo disputaremos.

Hay maldicientes de circunstancias y hasta involuntarias. Me explicaré por medio de un ejemplo.

Si usted, señor lector, quiere enterarse de las cualidades de una moza casadera, hija de un médico que tenga una posicion regular, no pida V. noticias á ninguna otra moza casadera, hija de médico con regular posicion. ¿Me ha comprendido V.?

Es que sin malignidad tal vez, es fácil, muy fácil que á la chica le alarguen la edad, le acorten el caudal y le entrecorten con puntos suspensivos el relato de sus prendas de carácter.

La maldiciente no siempre logra sus triunfos hablando mal. Muchas veces con decir: «¡Dios mio!» hace mas daño

que la peste; otras veces con un ademan, con una mirada, causa estragos.

Agustina me acuerdo que se llamaba una buena señora que padecia crueles angustias para ocultar al mundo el grave detrimento que habian padecido sus intereses. Tuvo que empeñar cierta sortija que tenia grabada una fecha memorable, y, en vez de piedras preciosas, una cajita de tapa esmaltada que encubria una cifra. La pobre Agustina no pudo rescatar la joya, y disimulando su vergüenza, decia que se la habia enviado á un hermano que tenia en América.

Pero la maldiciente lo husmeó, se enteró, compró la sortija, se la enseñó á sus amigas reunidas, y con el aire de la mayor inocencia dijo:

—¿Verdad que no está mal? Por una friolera la compré en una casa de empeños con una porcion de chucherías.

No digo si lloró aquel dia Agustina. ¿Para qué?

La maldiciente, cuando no tiene que maldecir, calla. Pero ya he dicho que á veces maldice hasta callando.

Consiente que sus criadas le cuenten todo lo que quieran sobre los defectos de las personas á quienes han servido; y cuando la muchacha ya ha exprimido todo el jugo de su memoria, y no tiene mas que contar, entonces ella, que haciéndose la distraida no ha desperdiciado un ápice del relato, dice:

—Mire V.; déjese de esas historias, porque cada cual hace lo que le parece, y á mí no me gusta saber vidas ajenas.

¡Ah, bribona! Y no hace otra cosa en su vida que satisfacer su pasion á costa de ajenas vidas y honras.

Cuentan que en cierta elevada esfera vivia una hermosa señora, á quien varias maldicientes motejaban de fea.

Quiso ella castigarlas, y lo consiguió, porque cada semana le quitaba á una de ellas el amante. Con todas hizo lo mismo, de modo que en lo sucesivo no pudieron llamarla fea; pero desde entonces la acusaron de viciosa é inconstante.

Mas suponiendo que esa señora hubiese logrado cerrar la boca á las maldicientes, no todas son aptas para tomar la venganza que tomó ella. Hay estómagos de estómagos.

Tomasito estaba en víspera de casarse con Adela: como que no faltaban mas que ciertas formalidades para la celebracion de un matrimonio esperado con vivas ánsias por la familia de la novia.

De repente se opone el padre del mozo, le amenaza con desheredarle, y viendo que ni aun así cedia, le escribe que si no retira la palabra empeñada y no vuelve inmediatamente al hogar paterno, será culpable de la muerte de su madre, que no podrá resistirlo.

El pobre mozo, aterrado, se arranca de los brazos de la novia, le devuelve su libertad y vuela á su tierra.

Adela y su familia estaban consternadas. Todo era en la casa tristeza y silencio.

En medio de aquella consternacion, aparece un dia la maldiciente. Entra ris ueña, besa á la madre, besa á la hija, da una mirada al rededor, y con voz argentina pregunta:

—¿Y Tomasito? ¿Tan bueno, eh? Me alegro.

Y no satisfecha con lanzar ese dardo, cuando le advirtieron su inoportunidad, ella replicó:

—Pues yo no ví que Adela estuviera triste; antes al contrario, me pareció que... Seria aprension mia.

Ella fué la que al referirle que Lucia acababa de huir con su amante, preguntó:

—¿Con cuál?

Algo se habia murmurado sobre si Juan Antonio Palomares visitaba con demasiada frecuencia á su amiga Esperanza, cuyo marido estaba ausente.

Pero solo á nuestra maldiciente se le podia ocurrir la diabólica ocurrencia de encargar una caja de sobres y papel de cartas con las iniciales J. A. P., dejarlos pagados y mandar que los enviasen á casa de Esperanza, apenas llegó el marido con ciertos barruntos que le traian inquieto.

Y despues que hubo promovido el conflicto, fué contándolo por todas partes y diciendo que lo sabia por una cuñada del litógrafo.

¡Es la peste en figura de mujer!

La maldiciente, si es mujer de dinero, se complace en

zaherir á las que se ven obligadas á cercenar gastos. Prefiere imaginar que la economía es efecto de avaricia, que de hábitos de órden.

Es además monotona.

En el paseo, no vé mas que feas, desaliñadas, ridículas. En las familias no encuentra mas que viejos memos, esposas ó zalameras y falsas ó ariscas y cerdosas; en los dramas, todos los afectos nobles los tacha de imposibles ó exagerados. Aborrece los periódicos, porque dicen insolencias que resuenan mas que las suyas.

Ella querria ser la única que pudiera llamar cuadrúpedo, bribon, borracho, falsario y asesino á quien se le antojara.

Si á lo menos la maldiciente pudiese invocar, á modo de circunstancia atenuante, alguna virtud notable...

Por desgracia no suele suceder así.

El defecto de la maledicencia va generalmente acompañado de otros muchos.

¡Ay del hombre que caiga en manos de una maldiciente beata!

¡Ay de la familia que abrigue en su seno una mujer que por maldiciente se haya quedado soltera!

¡Ay de la esposa mal correspondida, que confia sus cuitas á la maldiciente!

No puede haber parentela bien unida, ni confianza conyugal, ni desliz oculto, ni reputacion segura, donde entre una de esas víboras.

Ocio, ignorancia, mezquindad de ánimo: grande es vuestra maldecida victoria cuando os enseñoreais de una pobre española.

Pero, señor, cuando parece que solo fueron criadas para contener todo lo bueno que á los españoles nos falta, ¿no es un dolor verlas llenas de...

¡Vamos, no me quiero sofocar!

Francisco Cantarel.

LA BIEN RELACIONADA

Muchos sábios fisiólogos y pensadores eminentes han creido descubrir en el corazon humano el egoismo como móvil directo de una gran parte de los actos del indivíduo.

No sé si despues de un detenido exámen tendria alguna objecion que oponer á esa idea; pero lo que desde luego puedo asegurar es que á primera vista la opinion de esos fisiólogos ha encontrado en mi raciocinio una acogida benévola: mas aun: simpática.

En efecto, la poca experiencia con que ya camino por este mundo, y la práctica, que tanto enseña, me han hecho entrever, en mas de un favor recibido, en mas de cuatro otorgados, en algunos actos de heroismo, en muchos de caridad y en no pocos de desprendimiento, un fondo, una base egoista que, sin quitar un ápice de mérito á los hechos generosos, oscurece en parte la pureza de su orígen.

¡Cuánta limosna se da para recibir el elogio del que la necesita! ¡Cuánto favor se dispensa á cámbio de una frase de agradecimiento! ¡Cuán fácil es, teniendo dinero, ser caritativo! ¡Cuán poco cuesta dispensar proteccion y apoyo al que lo há menester, si el otorgante tiene posicion y medios para proteger y apoyar!

Frecuentemente, el que tiende una protectora mano al

desvalido ¿qué hace sino comprar por un puñado de oro, que le sobra, una satisfaccion interna, de que carece?

Pero esto del egoismo es preciso estudiarlo con detenimiento; porque así como se dan casos en que por esta pasion puede un acto de virtud convertirse en una especulacion odiosa, no es menos cierto que en otras ocasiones el egoismo puede ser un deseo noble y justo, como lo es á veces la ambicion, el amor propio, el orgullo, y aun el patriotismo, dicho sea con permiso de los que opinen en sentido contrario.

Creo, por lo tanto, que podríamos convenir en que el que se esfuerza por lograr á todo trance el título de generoso y caritativo, y persigue el diploma de tal sin reparar en los medios, sin regatear gastos, sin escatimar sacrificios, como si se tratara de alcanzar el grado de bachiller en moral, es distinto de aquel que logra el título sin pensarlo, sin esperarlo y sin perseguirlo, y que solo conoce el bien que hace por el deseo que tiene de hacer otro nuevo.

Porque hay que establecer la debida diferencia entre el que dice: «Hoy he hecho tantos favores; los apuntaré en mi »memoria,» y el que, olvidando los que ha hecho hoy, solo piensa en los que pueda hacer mañana; entre el que se frota las manos al recordar las miserias que ha remediado, y el que se acongoja por las que no ha podido remediar.

Si convenimos en esto, lectora mia—que á las lectoras me dirijo,—tendré ya mucho adelantado para bosquejar el tipo de *la mujer bien relacionada*, que de una interminable lista de mujeres de varias clases, caractéres, opinion y circunstancias, he entresacado para presentarle á tu vista (y perdon por la llaneza en el tratamiento).

El hallazgo del tipo, debo confesarlo ingénuamente, ha sido para mí agradable: ¿no ha de saberse con satisfaccion que hay mujeres que viven haciendo favores, donde hay tantas que solo viven de recibirlos?

Porque yo, con el título de *bien relacionada*, quiero distinguir tan solo á la que por varios medios, lícitos todos, y Dios me libre de pensar de otro modo, ha adquirido un caudal numeroso de amigos, á los cuales molesta de tarde en

tarde con tal cual recomendacion para el que recurre á ella en demanda de la misma, y de cuyas recomendaciones jamás obtiene ella mas ventaja que la de poder decir sin afectacion: «Yo soy feliz con solo ver que lo son los que me rodean.»

Pues bien, esta mujer, en el apogeo de su estado, frisa en los cuarenta años, y ni es tan coqueta que pretenda ocultarlos tras un artificioso barniz, ni tan despreocupada que no sepa que la *buena forma* es el todo en ocasiones.

Papá fué intendente ó administrador de no sé qué aduanas, y su conducta intachable, su probidad y su celo le captaron las simpatías de todos los que tuvieron ocasion de tratarle, y aun la de algunos ministros que le llamaron mas de cuatro veces para hacerle de palabra el panegírico de su honradez, acreditada ya en la hoja de servicios y en otros documentos oficiales. Por otra parte, papá no era de estos que se meten en política: para él tan prójimos eran los blancos como los negros; así es que en uno y otro bando tenia personas que se honraban con tenerle por amigo. ¡Si viera usted cuántos coches fueron el dia de su entierro!

Mi tipo, jóven entonces, pensó tomar estado para tener quien mirara de cerca por ella, y trascurrido el año de luto se unió conyugalmente á uno de aquellos amigos á quienes papá preferia, y que era su vivo retrato en costumbres, laboriosidad, educacion y fineza.

Diez años vivieron en santa paz, hasta que una pícara é inoportuna pulmonía cortó el hilo de la vida de este honrado servidor del gobierno, cuya muerte llenó de dolor á sus numerosos amigos, entre los cuales los habia ¡yo lo creo! de respetabilidad y de nombradía.

Recibió la viuda nuevas proposiciones de matrimonio; pero rechazólas todas con humildad y modestia, porque, como ella decia: «Con mi viudedad, lo poco que me produzcan los »bienes que tengo en el pueblo, y la casita que tengo en Ma»drid, saco lo suficiente para vivir con desahogo y sin opu»lencia, y yo no necesito mas.»

Y en efecto, así vive aun hoy.

Pero el caudal mejor que de su padre y esposo recibiera

en herencia, es precisamente el que á ella mas la enorgullece. Me refiero á las relaciones de amistad que ha heredado, y que ella por su parte procuró aumentar honrosa y noblemente, y cuya conservacion es hoy dia su cuidado favorito.

Y así como otras al llegar á la edad provecta dedican todo su afecto al perro faldero, ó al amante ambicioso, ó á la literatura ramplona, doña María (que de algun modo he de llamarla) se dedicó á aliviar las desgracias del prójimo, utilizando para ello la influencia que el buen nombre de su padre y esposo la habian proporcionado.

Aquel coronel fiel amigo de papá; aquel subsecretario que tomaba café con el esposo; aquel escritor que iba *in illo tempore* á la tertulia de casa, cuando en casa habia tertulia; aquel conocimiento hecho un año en San Sebastian; el que tenia el abono del teatro (cuando habia abono) *junto al nuestro*; el que va á casa de las de Lopez; el que la presentaron el dia del *Corpus* otros amigos que no recuerdo; las esposas de esos amigos, con alguna de las cuales ha intimado; los demás parientes de todos esos amigos... unos y otros, estos y aquellos, los de acá y los de allá, todos, en fin, han admirado siempre las virtudes que adornan á doña María: los que conocieron á sus padres y á su esposo, añaden al afecto que ella les inspira, el que les produce el recuerdo de aquellos santos varones, y todos, como digo, la han dicho mil veces, y se lo han demostrado varias, que «están deseando servirla, que ponen á su disposicion sus humildes servicios, y »que una simple notita que les envie basta para que ellos se »desvivan por complacerla.»

Así es que doña María, que no tiene pasion política; mas aun, que no sabe lo que son bandos en política, ni en ciencias, ni en artes, ni en nada, tiene varios amigos en cada partido, en cada profesion, en cada fortuna, en cada ramo del saber humano, y es, con esta suma de relaciones, feliz, porque la consideran; dichosa, porque puede hacer bien á las gentes á costa de poco trabajo.

Inútil será decir el cuidado, la perseverancia, la asiduidad con que doña María conserva las amistades de estas gen-

tes. Mil tarjetas al año, quinientas cartas por el correo, y un pequeño desembolso de cuando en cuando, la bastan para cumplir como debe con aquellas personas. Todas las mañanas su primer ocupacion es la de *quedar bien* con los amigos, á los que mima y adula. Con el libro de visitas en una mano, *La Correspondencia* en la otra, y el calendario á la vista, empieza la operacion que ella llama: «Ehar comida á sus pollitos.»

—¿Qué dia es hoy? ¿San Luis? Tarjeta á Gomez y Rodriguez, visita á Luisita Prado, un ramilletito modesto á D. Luis Ponce... ¿Qué dice *La Correspondencia*? ¿Que han ascendido á fulano? Carta felicitándole, sin que se olvide el decir «que »es acreedor al ascenso.» ¿Que ha hecho dimision mengano? Esquela deplorando que se retire de la vida pública, donde tanto bien hacia á sus conciudadanos. ¿Han llegado de baños los de X.? Tarjeta hoy y visita mañana. ¿Se van fuera los de L? A despedirlos. ¿Ha publicado N. un libro? Felicitacion. ¿Tiene H. un nuevo vástago? Enhorabuena. ¿Se quedó viudo B.? Pésame, etc., etc., etc.

Porque no ocurre nada, no acontece nada, por insignificante que sea, en las familias de los amigos de doña María, sin que ella no se crea obligada á enviarles, á manifestarles la espresion de sus sentimientos, siempre con delicadeza, con sinceridad.

Por Noche-Buena, por Páscuas, por la recoleccion y en otras varias épocas del año, doña María recibe de su pueblo tal cual pavo bien cebado, media docena de gallinas, cestos de frutas, cajones de bollos hechos por aquellas monjas «que »los sacan á las mil maravillas.» Y ¿para quién creen ustedes que doña María quiere todo aquello? ¿Para ella? Nada de eso. Para sus amigos, para complacer á sus amigos, para hacer finezas á sus amigos, para tener contentos á sus amigos.

Esta política de atraccion produce ópimos frutos, porque no se da un solo caso en que al recibir un modesto regalo dejen de exclamar los obsequiados: «¡Pobre Mariquita! ¡Mira »cómo se acuerda de nosotros! ¡Es una infeliz! ¡Nos quiere »tanto! ¡Yo la tengo un cariño!...»

Ahora bien; ¿quieren Vds. decirme qué favor pedirá doña

María que le sea negado por todos los que de ella tienen formado tan elevado como legítimo concepto? ¿Quieren Vds. decirme qué recomendacion negará doña María al que necesitado de ella se presente á solicitarla?

Así es, que desde la portera de la casa que quiere meter á su chico en unas oficinas donde se haga hombre, hasta el hijo de un ricachon, que ricachon y todo necesita una recomendacion para que su hijo encuentre benevolencia en el tribunal que ha de examinarle, todos recurren á doña María, que con su dulzura, su bondad y sus muchas relaciones, es la encargada en la sociedad de socorrer á cada persona con los esfuerzos de los demás. ¿Qué mejor lazo de union entre las familias que doña María?

Y como todos lo saben, como su fama es notoria entre sus amigos, entre sus vecinos, en su pueblo y en todas partes; como todo el mundo dice: «¿Doña María? ¡Ya está bien re»lacionada, ya! Conoce medio Madrid. ¡Pídale V. un favor y »verá como lo hace volando!» de aquí que parezca que en la casa de doña María hay contínuo jubileo.

Allí llega todo el mundo; todo el mundo va á pedir una misma cosa, y todo el mundo sale complacido.

La mujer del médico del pueblo necesita una recomendacion para que resuelvan pronto el expediente de su viudedad; la vecina de la boardilla quisiera que su hijo, que le ha tocado *la suerte* de soldado, no saliera de Madrid, para estar á su vera; el novio de la criada (honrados muchachos ambos) quisiera una plaza de cualquier cosa, porque acaba de cumplir y quiere trabajar; el vecino del principal pide una tarjeta para ver al ministro á solas y proponerle un proyecto; el hijo de Lopez quisiera un ascenso, el de Rodriguez un traslado, el de Sanchez una permuta, etc., etc., etc.

Y ¿tan difíciles, tan árduas, tan trascendentales son las peticiones que á doña María hacen y que ella traslada á sus amigos? ¡Resolver un expediente! ¡Dejar en Madrid á un quinto! ¡Una plaza en resguardos! ¡Una hora de audiencia! ¡Un ascensillo! ¡Un traslado! ¡Una permuta! ¿Qué obra de romanos pide doña María?

Porque ella ya se guarda bien de no meterse á pedir favores trascendentales. ¿Un gobierno de provincia? ¿Una recomendacion para elecciones? ¿La concesion de una contrata? ¡Oh! eso jamás lo pide doña María, la cual, cuando mas se aparta de sus propósitos, es cuando pide para alguno una cruz sencilla de esas que de puro comunes y manoseadas ya son distinguidos los que no la tienen.

Además que ella, como no da tarjetas ni esquelas recomendatorias por hacer gala de sus vastas relaciones, procura molestar solo lo preciso, lo puramente preciso, recomienda á personas siempre de buenas costumbres, y todo esto facilita notablemente su humanitaria empresa.

Y ¡qué cartas! ¡qué tarjetas! ¡qué modo de pedir tan delicado, tan humilde, tan cariñoso! Vean Vds. un autógrafo suyo que conservo en mi poder:

«Estimado Alvarez: El dador de la presente es un honra»do padre de familia que se ha quedado sin pan. Su probidad, »su buen celo, su aplicacion y su intachable conducta me »mueven á recomendarlo á V. eficazmente, en la conviccion »de que ahora, como siempre, encontrará en V. la desgracia un »protector cariñoso. Atiéndale V., pues, en su peticion; favo»rézcale, ya que puede hacerlo, y tendrá V. la satisfaccion »envidiable de haber salvado del hambre y la miseria á una »familia honrada. Esto espera de V. su afectísima amiga »Q. B. S. M.—María de la X.—Tantas cosas á Lola, á la cual »visitaré un dia de estos.»

Si la recomendacion es por tarjeta, escribe de su puño y letra sobre el nombre litografiado la frase: «Recomienda efi»cazmente á su amigo el Sr. D. N. N. al dador de la presente »su afectísima y segura servidora...»

Doña María es, en resúmen, el paño de lágrimas de sus parientes lejanos, de los parientes de los amigos, de sus criados y los parientes de estos, y de todos aquellos, en fin, que mas ó menos de cerca solicitan su apoyo, que siempre encuentran, sin que sea parte á disminuir el buen deseo de la recomendadora la diferencia de edades, posicion ó fortuna.

¿No ha de ser, pues, legítima mi satisfaccion, amable lec-

tora, al haber tenido la suerte de emborronar un poco de papel describiendo á grandes brochazos uno de los tipos mas virtuosos, mas encantadores, mas halagüeños de entre los muchos que suministra esa mitad humana depositaria de todos los afectos, de todas las pasiones, de todos los sentimientos conocidos?

¡Ah! sí. Dichoso me considero con haber sido el encargado de presentar á una española, cuya abundancia de buenas cualidades se utiliza hasta para recomendar mis defectos literarios.

Porque, eso sí, yo no me presento sin apoyo. Sabe, lectora mia, que acudo á tí con una recomendacion de doña María, á la cual, aunque solo de vista, debes conocer. Conste así.

MANUEL MATOSES.

LA SIEMPREVIVA

I

¿Pero sabe V., mi querido Robert, en qué intrincado soto me ha metido al encargarme que pinte una española?

¡Bonita se va á poner la retratada por mí, cuando repare que en vez de pintar su retrato solo he dibujado un mamarracho, digno de figurar en el mas grotesco pliego de aleluyas!

¡Pobres mujeres!

Cuando los españoles tuvimos la ocurrencia de presentar al público nuestros retratos, fuimos tan cautos, tan egoistas y tan desconfiados, que publicamos un libro titulado *Los Españoles pintados por sí mismos.*

Entonces no quisimos encomendar á estraña pluma ni á femenil caletre la tarea de ensalzar nuestras virtudes, por temor de que á la par se metiesen á descubrir nuestros defectos. En aquella ocasion practicamos la utilitaria doctrina de Juan Palomo; pero hoy que ha llegado su vez á las españolas, no queremos reconocerles el mismo derecho, y hénos aquí á mas de veinticinco hombres publicando un libro con el título de LAS ESPAÑOLAS PINTADAS POR LOS ESPAÑOLES.

¿*Cur tam varie*? que dijo el otro.

Hace muchos años, cuando el editor D. Ignacio Boix publicó aquella curiosa coleccion de tipos, nada habria tenido de estraño que los españoles se encargasen de *pintar* á las españolas, porque muchas seguramente no sabrian *pintarse*; pero en el año de gracia de 1871, ¿quiere V. decirme, señor D. Roberto, cuál es la mujer de España que no *se pinta sola*, desde la dama mas aristocrática hasta la mas popular de las fregatrices?

Pero V. manda, y yo obedezco.

Pintaré el retrato de una española de la mejor manera que me sea posible. Desgraciadamente no pertenezco á la familia de los Madrazos literarios, que tan brillantes retratos han presentado ya en esta galería. Mi paleta es harto pobre: el manojo de mis pinceles no es mas que una brocha gorda, y de seguro que nadie conoceria el original de mi relato á no revelarlo el título que lo encabeza, y que traerá á la memoria de mis lectores aquella famosa inscripcion: *Este es un gallo.*

II

La *siempreviva* no es un tipo exclusivamente madrileño, ni aun castellano, ni andaluz, ni particular de una provincia de España. Es un tipo tan sobradamente español, que bien puede llamársele europeo y hasta universal.

Tampoco pertenece á esa raza de tipos que solo se encuentran en los grandes centros de poblacion. La *siempreviva* nace, crece, se desarrolla y *dicen* que muere, lo mismo en las grandes ciudades que en las modestas villas ó en los pueblos de corto vecindario.

En cualquier lugar de España hallareis tres tipos indispensables: el alcalde, el cura y la *siempreviva.*

Pero ahora observo que he pintado ya algunas de sus principales circunstancias, sin haber definido préviamente mi tipo.

¿Qué es la *siempreviva*?

Dadas sus condiciones de juventud permanente, no titu-

beo en afirmar que la *siempreviva* es la última encarnacion, la moderna forma de aquellos séres inmortales que figuran entre los dioses mayores y menores, los héroes, las musas y las ninfas de que nos habla la mitología.

Siempre jóven como Hebe, arrogante como Juno, mas bailarina que Terpsícore y tan habladora como Eco, la *siempreviva* se burla del trascurso de los años, que ó no pasan por ella, ó pasan sin desteñir su mejilla, sin encoger su talle, sin platear ni uno solo de sus cabellos.

Yo no sé, ni á nadie le importa saber, si la constante juventud de la *siempreviva* es debida á su privilegiada naturaleza ó á la prodigiosa habilidad que despliega en su tocado. Quizás haya ejemplos de todo; pero yo no debo perseguir á mi tipo hasta el espejo de su tocador, y en último caso no son los afeites los que constituyen su manera de ser.

Porque no hay que confundir á la *siempreviva* con la *retocada*.

La cascarilla de plata, el corcho quemado, el carmin y la tintura Padró, podrán pulir el cútis de una mujer marchita, oscurecer sus cejas, sonrosar sus labios, teñir de rubio ó de negro sus cabellos grises; pero no podrán fortalecer su cuerpo, rejuvenecer su alma, llenarla de ilusiones infantiles, y estos son precisamente los rasgos característicos de la *siempreviva*.

En una palabra: mejor dicho, en siete: la *retocada* se hace; la *siempreviva* nace.

¡Nace como la flor del campo, como la seta del bosque, como el sol, como el poeta! ¡Sin que nadie la forme, sin que nadie la eduque! ¡Porque Dios quiere que nazca *siempreviva*!

Muchos de vosotros, mis queridos lectores, habreis abandonado alguna vez el país natal y regresado al hogar paterno despues de una larga ausencia.

Muchos tambien habreis visitado dos ó tres veces una misma poblacion, con intervalos de algunos años.

En el primer caso, ¿no habeis encontrado convertidas en madres de familia ó en murmuradoras beatas á muchas niñas compañeras de vuestra infancia, mientras que la hija de

fulano ó la sobrina de mengano se conserva casi tan jóven, tan elegante y tan coqueta como aquel dia en que os separásteis de su lado?

Y en el segundo caso, ¿no habeis notado con gran extrañeza que en las distintas ocasiones que estuvísteis en aquella ciudad os han llamado la atencion las hermanas del médico ó las primas del escribano, por su perpétua juventud, su constante buen humor y su contínua asistencia á los paseos y las reuniones?

¡Ah! que ya me parece oiros exclamar:

—¡Calle! ¡Así es Vicentita!

—¡Así es la Petra!

—¡Así es doña Purificacion!

¡Sí, amigos mios, sí! En todas partes hay Vicentitas, y Petras, y doñas Purificaciones: ¡y ese es el verdadero tipo de la *siempreviva*!

En sus relaciones amorosas, pesa sobre ella la fatalidad de ser el primer amor de los mozalvetes del pueblo, y la novia forzada, es decir, obligada de todos los forasteros.

Pero la *siempreviva* nunca se casa, á no ser con su opinion: y aunque en la del público llegue á hacerse sospechosa, por los muchos amantes que se le han conocido, lo cierto es que su vida íntima suele ser de las menos reprensibles; como que le va en ello la conservacion de su dilatada juventud. En abono de su conducta debo consignar aquí, que oyendo referir á un amigo mio sus aventuras amorosas con una *siempreviva* de primer órden, recordé mas de una vez aquellos dos endecasílabos de *El Diablo Mundo*:

¡Tanto pudor á los cincuenta años!
¡Oh incansable virtud de la matrona!

Además, cuando la *siempreviva* se hace verdaderamente digna por su edad de llevar este nombre, aspira mas á la admiracion envidiosa de las mujeres que á la pasion ardiente de los hombres.

Su principal deseo es brillar á todas horas. Ni el rigor del frio, ni el calor, ni la lluvia la retraen de presentarse en el

paseo, en el teatro, en las verbenas, en todas partes. Su contínua presencia en cualquier reunion ó espectáculo hace que nuestros ojos se acostumbren á verla, hasta tal punto, que su ausencia en una procesion, por ejemplo, seria tan notable como la falta de la cofradía celebrante.

Y sin embargo, la inverosímil perpetuidad de su juventud ha sido mas de una vez orígen de su desgracia. En mi segundo viaje á una de las mas bellas ciudades que baña el Mediterráneo, cometí involuntariamente una indiscrecion de la que nunca me arrepentiré bastante.

Un rico forastero iba á casarse con una linda muchacha, al parecer de diez y nueve años. La noche que me la enseñó en el teatro

—Envidio á V. su suerte, le dije. ¡Qué mujer tan hermosa!

—¿Verdad que sí?

—Solo recuerdo, continué diciéndole, haber visto unos ojos tan encantadores como los de esa niña: los de otra jóven que conocí en esta poblacion hace diez y siete años. Por cierto que se parecia bastante á su novia de V.

—¿De verás?

—¡Pobrecilla! ¿Qué habrá sido de ella? Huyó de su casa con un infame seductor...

—¿Cómo se llamaba? me preguntó el forastero.

Entonces le dije inocentemente, porque el suceso habia sido público, el nombre y circunstancias de aquella desgraciada criatura. Figúrense mis lectores cuál seria mi asombro al oir exclamar al enamorado:

—¡Diablo! ¡Pues si es la misma!

Escusado creo añadir que yo me quedé petrificado y la boda en agua de cerrajas, todo por culpa de aquella juventud inquebrantable. ¡Durante diez y siete años, la *siempreviva* habia permanecido completamente estacionaria!

Otra de las cualidades que mas resaltan en mi tipo, es su estudiada reserva respecto de todo lo pasado. Obrando de otra manera revelaria fácilmente su disimulada edad.

La *siempreviva* pudiera ser una excelente cronista; pero no la pregunteis sobre acontecimientos anteriores á dos ó tres años, porque os dirá que ignora el contenido de la pregunta: ni apeleis á su testimonio para probar la veracidad de cualquier suceso que ella haya presenciado hace algun tiempo, si no quereis exponeros á que os conteste ágriamente:

—¡Está V. equivocado! En esa época andaba yo de pantalones, y no me òcupaba mas que de mis muñecas.

¡Y la verdad es que entonces contaba ya mas de veinticinco años! Pero seria mucha pretension exigir mas franqueza de la *siempreviva*, tan mujer al fin como la *flor de un dia.*

Su contínua sonrisa oculta perfectamente la amargura que siente en todas partes al recordar que hace muchos se halló en situaciones análogas.

¡Miradla en una funcion de iglesia! No conocereis que está echando de menos las largas filas de Padres Gerónimos y Franciscanos.

¡Vedla en una tribuna del Congreso oyendo á Castelar con patriótico entusiasmo! ¡La está mortificando el recuerdo de Alcalá Galiano en *La Fontana de Oro!*

¡Observadla en el teatro, en la primera representacion de una comedia! Rie, aplaude y sufre interiormente acordándose del estreno de la *Marcela.*

Pero... ¡perdonadme, lectores mios! Tengo forzosamente que terminar aquí el retrato de la *siempreviva.*

¡Huyendo de mis toscos pinceles, se ha metido en el teatro; y ese templo, del que no soy mas que un pobre sacristan, es para mi *siempreviva* una verdadera iglesia de refugio que no puedo profanar, y tengo que respetar á mi víctima dentro de aquel recinto!

Una aclaracion importante para concluir.

He dicho al empezar este artículo que la *siempreviva* nace, crece, se desarrolla y *dicen* que muere. ¿Por qué he subrayado la palabra *dicen*? Vais á saberlo.

Aunque nadie me pregunta la edad que tengo, debo de-

cir que cuento muchos años mas de los necesarios para ser elector, y alguno mas de los que vivió Jesucristo entre nosotros. Pues bien; ¡en el trascurso de mis años he conocido á muchas *siemprevivas*, pero no recuerdo que haya muerto ninguna!

(Cae el telon.)

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.



LA ESPAÑOLA NETA.

LA ESPAÑOLA NETA

¡Existe! Vive entre nosotros por fortuna, y es falsa la noticia de que el tipo haya naufragado en la borrasca revolucionaria que corremos desde principios del siglo.

Las españolas de hoy son menos hipócritas unas y menos descocadas otras, que á fines del pasado siglo; se guardan á sí mismas sin necesidad de las dueñas y las rejas del siglo XVIII; son mas libres y por lo tanto mas leales y francas que nunca.

¡Oh que anticipados lagrimones arqueológicos derraman algunos en Madrid, lamentando la desaparicion de la manola y deduciendo de ahí que el tipo español se ha perdido!

Pero, señoras y caballeros, digo, ciudadanos de ambos sexos, ¿tan desdichados habíamos de ser que estuviese el tipo de nuestras compatriotas cifrado en aquella manolería incivil, desconocida en tiempo de nuestros bisabuelos, y cuyo efímero reinado no extendió sus límites mas allá de algunos miserables barrios de la villa de Madrid?

¡Pues qué! ¿en los tiempos que Vds. creen mejores no eran españolas las españolas y solamente lo eran las de los barrios bajos de la córte?

Ea, déjense de sandios aspavientos y de infantiles, cuando no cocodrillescos lloriqueos, y no nos abarraganen el tipo de la española neta ni le den por muerto.

Vivo ingénio, gracia no aprendida, facundia para donaires, instintiva honestidad y fortaleza de ánimo, no le faltan hoy dia á la española, y la que en mas alto grado posea dichas cualidades, creo que sin error pueda ser calificada de española neta.

Si comparamos la educacion que recibe la mujer en nuestra pátria con la aptitud que para todo muestra, cierto que no podremos quejarnos de las compañeras que nos han tocado en suerte.

La malignidad, rutinaria, dice que *antes* las muchachas eran menos desenvueltas.

Pero antes abundaba mas aquella mogigata que con tanto garbo nos retrató Moratin el jóven.

En tiempo de Moratin se decia tambien que antes las chicas andaban mas recogidas.

Pero tambien se decia entonces que era escándalo ver la gala que se hacia del vicio, segun exclamaba un autor severo:

. . . . . y nuestras Julias,
mas que ser malas quieren parecerlo.

Pero abundaban mas aquellas escenas sangrientas, de que siempre eran causa los nocturnos galanteos.

Dejemos pues á los que comprometidos á alabar lo pasado alabarian con exceso á la generacion actual que hoy abominan, si esos comprometidos volviesen á nacer dentro de cien años.

No: la española neta no es una hembra desgarrada y tabernaria, enemiga de todo lo culto y ajena á todo deseo de perfeccionarse: se puede muy bien ser española neta sin haber frecuentado las tabernas, hablando regularmente el pátrio idioma y algun otro, gustando de la buena sociedad y conmoviéndose con la música de Bellini.

Solo en la mujer española pudo notar Calderon á un tiempo mismo aquellos dos armonizados aspectos,

de señora en el aliño,
de aldeana en el donaire;

porque la española es señoril de suyo y por lo mismo es sencilla.

Es nuestro tipo muy tradicionalista, y por esta causa conserva ciertos resabios de que podria prescindir muy bien sin perjuicio suyo, y antes creo que con ventaja.

Como en España no se escriben libros para las mujeres, ellas tienen que aprendérselo todo por sí mismas, y como la idea que tienen formada del decoro de su sexo las tiene cohibidas, no dan las muestras que dar podrian de su iniciativa.

La española neta es patriota: pocos asuntos públicos la interesan; pero cuando se le habla en nombre de la pátria, su corazon responde siempre con simpático latido.

Porque es patriota y porque ama la tradicion, asiste á las fiestas de toros; pero no crean Vds. que hoy dia sea tipo de española neta la menos sensible á las frecuentes desgracias del circo y la que mas impasible presencia allí espectáculos repugnantes, no.

Al contrario: si hoy se inventasen las fiestas de toros, no habria buena española que no levantase la voz contra ellas; que no echase en cara á los hombres el indigno desperdicio de la vida en los redondeles; que no experimentara náuseas en aquellos casos en que es necesario cubrir de arena los charcos de sangre y coser los vientres de los caballos.

Pero... ella es asi. Las corridas de toros, segun ha oido decir, nos caracterizan; son asunto exclusivamente nacional, y por esto las resiste todavía, si bien ya no hace mas que resistirlas, y debo añadir que en aquellas provincias donde la tradicion y el falso pretexto de lo caraterístico de la fiesta no han hecho contínuas las corridas de toros, no hay española alguna que las alabe ni desee.

A una niña española que nunca haya visto mantillas, dadle una mantilla sin decirle para qué sirve. Ya vereis cuán poco tarda en colocársela donde es debido, y cómo se arrebuja en ella cruzando los paños sobre el pecho, y cómo parece que nadie sino ella fué la primera inventora de aquella españolina prenda.

Hombres de otros países, acostumbrados al trato de sus paisanas, podrán alabar á estas por mas instruidas, por mas arriesgadas en hablar de todo; pero jamás ocultan la viva

impresion que les causa la gracia y el decoro naturales en la española.

La sencillez y la viveza se hermanan muy bien con la gravedad de la española neta.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch hace decir con felicísimo acierto á una simple bonetera madrileña:

A veces juguetoncilla
en casa, á veces apática,
parezco una diplomática
en tomando la mantilla.

Para burlas y para veras sirven en efecto las españolas, y así como en París la mujer de mas fama suele ser la de mas ingénio y en Lóndres la mas aristocrática, á nuestras compatriotas no les basta con poseer en sumo grado una de estas dotes: es menester que se presenten adornadas de entrambas, porque pueden.

La española neta no puede prescindir de un ideal religioso. En ningun país ha habido mas famosos teólogos que en España; en ninguno ha dominado mas tiempo el exclusivismo religioso; en ninguno está menos razonada la fé, y si esto último sucede entre los españoles, ¿qué no sucederá entre las españolas?

En cuanto á la parte positiva de la religion, sabido es que la española reza en latin una letania que no entiende, y oye en latin la misa y recibe en latin los sacramentos; pero á ella no le importa no entenderlo: hasta creo que lo prefiere, porque cuanto mas misterioso y oscuro, mas agradable para ella. Su imaginacion, como imaginacion femenil, se complace y recrea cerrando los ojos á la luz del sol y abriendo los sentidos á todas las nebulosidades, y creo que se proporciona un refinamiento de placer procurando ignorar la verdad de ciertas cosas, porque presiente que son mas bellas del modo que ella se las idea.

Las imágenes de santos, y sobre todo de santas, cuajadas de joyas preciosas y de ex-votos de todo género, pregonan la idolatría de la española; pero en su descargo debemos decir que la española es idólatra de todo lo que cree sublime.

No quisiera ofender á mujer alguna; pero sin hacer responsables á las demás de su inferioridad, bien puedo dar como indudable que nuestra compatriota vence á las mujeres de otras muchas naciones en punto á honestidad, que es principalísima prenda.

Ciertas corrupciones de que adolecen las ya viciosas, las han adquirido unas pocas por contagio y han sido las últimas de Europa en adquirirlas, y segun he podido observar, es tal la estimacion en que se tiene la mujer de nuestra tierra, que aun la que se vende á la infamia no se vende toda, y en su mayor degradacion quiere ser señora de algo suyo.

La española neta es quien es. Quiero decir que como mujer siente el valor de su personalidad y es de las que menos imitan á las otras.

Las mujeres francesas escriben ya mucho para el público y se dicen unas á otras en sus libros el concepto en que se tienen y lo que les da ó quita mérito.

Esto, que con el tiempo no dudo que podrá dar buenos resultados, ha creado hasta ahora en Francia unos modos de ser convencionales, que contrarian la espontaneidad y deforman los caractéres.

Además, como las expresadas mujeres escriben mucho (relativamente á lo que aprenden), suelen equivocarse (y no lo digo en son de agravio) muchas veces.

Dice la señora de Girardin, á pesar de su buen juicio:

«El italiano tiene mas talento que la italiana.

»El español tiene mas talento que la española.

»El aleman tiene mas talento que la alemana.

»El inglés tiene mas talento que la inglesa.

»El ruso tiene mas talento que la rusa.

»El griego tiene mas talento que la griega.

»Pero el francés tiene menos talento que la francesa, y »no hablo ya del francés vulgar, sino del que pueda ser con»tado como superior entre lo mas escogido.»

¿Qué podemos replicar á esto? Que ninguna española neta incurriria en ese pecado de pueril vanidad habiendo recibido la instruccion que en la señora de Girardin reconocemos.

Precisamente la española ama y respeta á sus compatriotas porque reconoce en ellos la superioridad del sexo, y tal es la rectitud de su instinto y tal el sentimiento de su dignidad, que tomaria sobre sí la resolucion de los negocios si se creyese con mas talento que el hombre para resolverlos.

A la señora de Girardin se le debe replicar lisa y llanamente: si la francesa tiene mas talento que el francés, que lo pruebe.

A esa escritora contesta con nota bien disonante una ciudadana de los Estados-Unidos, que dice:

«¿Veis cuán relajado está el carácter entre los españoles, »los italianos y los franceses? Pues la culpa la tienen las »mujeres de esas naciones. En vez de aspirar al dominio de »sus respectivos compatriotas, por medio del saber, el racio- »cinio y la profundidad de miras, pasan el tiempo inventando »monadas, discurriendo sobre lo que podrá dar mayor brillo »á su tez ó mas gracia á sus ademanes, sin sospechar que »de este modo confiesan su flaqueza y fortalecen á los hom- »bres en sus ideas de superioridad y dominio.»

Y vean ahí nuestras lectoras como las escritoras de otros países no las tratan tan bien como los españoles, de quien tanto suelen quejarse.

¿Qué querria la señora Rebeca Smith (que este es el nombre de la autora del párrafo que acabo de citar), qué querria?

¿Que las niñas de España desde su mas tierna edad contrastaran la influencia de la tradicion, de las costumbres, de la educacion y del ejemplo?

Nos parece imposible que tal cosa desee, porque no cabe en lo humano.

La española aprovecha la escasa instruccion que recibe. ¿Es culpa suya que el bobo de su padre se contente con verla hacer una cortesía á la francesa, con que toque al piano una romanza, sepa bordar y hacer mermeladas y nada mas?

La señora Smith habla de las españolas como suelen hablar de los menesterosos los que ya se han encontrado con un caudal hecho al venir al mundo.

Si las españolas no brillan por el saber, ¿es porque se

opongan á adquirir conocimientos? Si razonan poco, ¿es acaso porque se nieguen á ejercitar su razon? Y si no tienen profundidad de miras, ¿es que por ventura se les enseña algo mas que la superficie de las cosas?

Estimárselas debe por su adivinacion y sus aciertos, y no echárseles en cara errores y faltas de conocimientos de que no tienen culpa.

La que como la señora Smith ha nacido y vivido en un país donde la conciencia es libre, donde la tradicion es democrática, donde el saber y el ganarse el sustento nunca fueron vilipendiados, donde los medios de educarse abundan tanto como los de instruirse, es por demás severa, es injusta al vituperar en las españolas aquello mismo que debiera inclinar su ánimo á compadecerlas.

Y es de advertir que ni ahora ni nunca han dado indicios de esterilidad el entendimiento ni el corazon de las españolas.

Sin mas objeto que citar de pasada algunos nombres de españolas célebres, podemos extractar las noticias de un libro que está á nuestra vista, donde se mencionan las siguientes:

La valerosa María Pita, gallega, cuyo heróico ardimiento salvó á la Coruña en 1589.

María de Estrada, asturiana, consorte de Pedro Sanchez Farsan, mujer verdaderamente hazañosa, que peleó á caballo y lanza en mano, poniendo espanto y asombro en cuantos la miraban.

Y advertimos de paso que no es menester remontarse á clases superiores ni á tiempos remotos para dar con ejemplos de extraordinario valor en pecho de española; pues el discreto Feijóo decia á principios del siglo:

«Y yo conocí una que examinada en el potro sobre un de»lito atroz *que habian cometido sus amos*, resistió las pruebas »de aquel riguroso exámen, no por salvarse á sí, *sí solo por »salvar á sus amos;* pues á ella le habia tocado tan pequeña »parte en la culpa, ya por ignorar la gravedad de ella, ya »por ser mandada, ya por otras circunstancias, que no podia

»aplicársele pena que equivaliese, ni con mucho, al rigor de »la tortura.»

Pero ese acto de varonil resistencia y de acendrada lealtad redunda solo en honor de una española, y ya que el citado autor refiere á renglon seguido lo que honra á muchas, séame lícito copiar tambien el párrafo siguiente que dice:

«Pero de mujeres á quienes no pudo exprimir el pecho »la fuerza de los cordeles, *son infinitos los ejemplares.* Oí »decir á personas que habian asistido en semejantes actos, »que siendo muchas las que confiesan al querer desnudarlas «para la ejecucion, rarísima, despues de pasar este martirio «de su pudor, se rinde á la violencia del cordel. ¡Grande ex»celencia verdaderamente del sexo, que las obligue mas su »pudor propio que toda la fuerza de un verdugo!»

Aquí para recordar la fortaleza de la mujer española en tiempos mas próximos, basta que se quiera volver los ojos á nuestra guerra de la Independencia, á las que, como Mariana Pineda, eternizaron ilustremente su nombre en la lucha con el despotismo, y á las que durante la guerra civil y en posteriores discordias se han acreditado de valerosas.

Volviendo al extracto de la lista, española fué doña Ana de Cervaton, dama de honor de la segunda esposa de D. Fernando el Católico, y mujer que siendo celebrada por bella, lo fué aun mas por entendida.

Isabel de Joya, que en el siglo XVI predicó dentro del templo en Barcelona, explicó en Roma á presencia de los cardenales las sutilezas de Scoto, y arrebató con su elocuencia á gran número de judíos, que abrazaron el cristianismo.

La toledana Lucía Sigeo, de quien ha escrito un bello libro nuestra preclara contemporánea doña Carolina Coronado, supo latin, griego, hebreo, árabe y siriaco, y fué docta en filosofía y buenas letras.

Doña Oliva Sabuco de Nantes, natural de Alcázar, supo física, medicina, moral y política, y tuvo aliento para arrojarse á destruir los errores fundamentales que en física y medicina privaban en las escuelas.

Doña Bernarda Ferreyra, portuguesa, que conocia varios idiomas y fué muy entendida en poética, retórica, filosofía y matemáticas.

Doña Juliana Morella, barcelonesa, que á los doce años defendió conclusiones públicas de filosofía, y á los diez y siete argüia públicamente en el colegio de jesuitas de Leon de Francia; supo filosofía, teología, música y jurisprudencia. Sabia hablar catorce lenguas, y ¡oh rareza! no fué tachada de habladora.

La monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz, fué celebrada como poetisa, pero entendió mas aun de todas cuantas facultades se enseñaban en su tiempo.

No pretendo lastimar la modestia ni tampoco herir la susceptibilidad de ninguna de mis contemporáneas ilustres: no las citaré pues por sus nombres, pero algunas son hoy las que dentro y fuera de España brillan por su buen entendimiento y otras prendas.

Mas debe considerarse que las españolas entendidas no maravillan comparadas con el vulgo de su sexo, sino comparadas con lo poco que se cultivan sus facultades.

El caballero portugués D. Francisco Manuel, aun confesando que habia juzgado con alguna severidad á las mujeres en general, decia: «Creo en verdad que hay muchas mujeres »de gran juicio. *En España* y fuera de ella, ví y traté algu»nas.»

No porfiemos ya mas en desmentir con dichos y ejemplos á los que desconocen lo que es la española.

Que tres siglos de educacion frailuna la han perjudicado, es verdad; pero ¿no nos han perjudicado tambien á los españoles?

En cuanto á facilidad para aprender, yo no sé qué mujer puede competir con la española, y en nuestras comarcas industriales, donde á cada paso la mecánica introduce novedades en las operaciones, no sé que jamás las mujeres mas rudas hayan sido obstáculo á que un aparato á ellas encomendado pueda cambiarse en seguida por otro de diferente manejo.

La española neta es limpia por naturaleza; pero ya sé que en alguna ciudad de España no tiene siquiera agua para lavarse y se ve precisada á irla á buscar á dos leguas de distancia.

La española neta tiene recto sentido; pero cuando los españoles mas eminentes se andan desmintiendo por espacio de años enteros sobre las verdades mas palmarias, ¿querrán exigir Vds. que cada española vea mas claro que todos los obispos, que todos los ministros, que todos los magistrados, que todas las dinastías?

La española neta es honesta; ¿pero ha de ser cada una de ellas superior al influjo de toda una córte corrompida como la de Felipe IV, la de Cárlos IV y la de Isabel II?

La española neta es leal y concienzuda; pero en épocas en que los que guian la nave del Estado truecan y venden sus opiniones, sacrifican alevosamente á sus amigos, se convidan á espectáculos pacíficos para asesinarse, ¿exigirán Vds. de cada una de ellas mas virtudes que de todos los políticos que por turno van medrando?

Lo menos que puede decirse de la española neta es que ni su pudor, ni su buen sentido, ni su aptitud intelectual, ni su ternura, ni su esfuerzo serán aventajados por otra alguna, ni lo han sido.

Y tan discreta es la española neta, que, estoy cierto de ello, las que lean este artículo dirán para sí: Justa y halagüeña es la pintura del tipo de la española neta; pero el tipo... no soy yo.

Roberto Robert.

LA HABLADORA

I

No, no, apreciabilísimas lectoras, no soy yo de esos bellacos malandrines que afirman que la palabra mujer es sinónimo de habladora. No puedo yo convenir con esos espíritus poco investigadores que creen á piés juntillos que la locuacidad es uno, acaso el principal, de vuestros defectos capitales. Mil y mil ocasiones he tenido en que poder admirar y aplaudir vuestra prudente reserva y vuestro elocuente silencio, y así quiero que conste para los efectos que puedan convenir á todas en general y á cada una en particular.

Pero no habreis de negarme, hecha esta salvedad, que la mujer habladora existe; y si prescindís por un momento de la pasion de partido, que diria un político, fuerza os será confesar tambien que la habladora abunda mucho mas de lo que fuera de desear.

Sí, lectoras de mi alma, la habladora existe en número tan considerable, y es por lo tanto tan conocida, que acaso por esta razon se ha exagerado el mal y hemos convenido, digo, han convenido esos pícaros en atribuir este defecto, que es un defecto de padre y muy señor mio, á todas las españolas habidas y por haber.

Pero aquí estoy yo que, aunque español, amo la equidad y la justicia, y juro por quien soy y por quien fuí, que he de estampar la verdad en estos mal pergeñados renglones.

Sí, lectoras idolatradas, yo me propongo bosquejar el tipo de la habladora, y ¡ojalá este modestísimo trabajo mio sirva de punto de comparacion para que el inesperto pollo y el gallo malicioso no confundan con ella á la muchacha alegre y pizpereta que, en un momento de algazara, da rienda suelta á su buen humor charlando por los codos, ó bien, apasionada como nunca, descubre en frases tan sencillas como abundantes los mas puros afectos de su alma!

II

Acaba de cumplir los anhelados quince abriles. Ya los severos papás la permiten alternar en las conversaciones de las personas mayores, y la jóven habladora entra en el goce de este derecho con un afan y un entusiasmo indescriptibles. Ya no se la considera como una chiquilla. Ya puede, sin ser objeto de burla y risas, hablar del amor y emitir su parecer en todo aquello que fuere de su agrado. Ya la juventud masculina le procura frecuentes ocasiones en que poder lucir sus prodigiosas facultades, y visitas, reuniones, paseos y espectáculos, no tienen para ella otro objeto que el de soltar la taravilla. No la pregunteis si el drama ha sido de su gusto y la reunion ó el paseo han estado animados. No lo sabe. No ha podido hacerse cargo de ello, ocupada en referir á fulanito ó á menganito las excelencias del folletin que acaba de leer ó las emociones y sobresaltos que la producen sus primeros ensayos amorosos.

En esta edad la habladora puede hacerse tolerable en gracia de la ingenuidad y viveza que resplandecen en sus conversaciones, aparte de que es poco exigente. Un solo interlocutor, ó mejor dicho, un solo oyente le basta. Mas adelante la cosa varía por completo. Entonces no se contenta, no puede contentarse con hablar sin descanso. Es necesario que todos presten atencion á lo que ella dice, y no queda satis-

fecha si el auditorio en masa no da señales de su complacencia al escucharla.

La habladora es un tipo que se conoce á la legua. Si tiene gran fuerza de voluntad, reprimirá sus pasiones y ocultará sus defectos todos, menos el de querer hablar siempre con privilegio exclusivo. Esclava de su vicio, por mas que haya recibido una educacion esmerada, por mas que tenga un buen talento, faltará á todas las conveniencias sociales á trueque de satisfacer aquel vivísimo deseo de charlar que ha llegado á ser en ella una necesidad imperiosa.

Si su maestro la explica la leccion de piano, por ejemplo, le interrumpirá mil veces con cuantas salidas de pié de banco se le ocurran, que no serán pocas, y el pobre señor tratará en vano de proseguir y hacerse comprender.

Para la habladora el mayor aliciente del amor está en lo originado que es á sostener polémicas y entablar discusiones en que ella lleva, como dicen los músicos, la parte cantante.

Es poco fuerte en materia de retórica y poética, y en elocuencia deja bastante que desear al menos exigente. Mas aun poseyendo estas envidiables dotes, incurrirá á cada paso en disparates garrafales.

Su palabra precede al pensamiento, y las mas de las veces empieza sus interminables discursos sin tener la menor idea de lo que va á decir.

En el teatro habrán Vds. de fijarse necesariamente en ella, aun cuando les separe una gran distancia. Ustedes oirán sus cuchicheos y sus exclamaciones altisonantes durante la representacion, y la verán gesticular como una mona y manotear como un payaso. Observen Vds. cómo se vuelve y se revuelve en todas direcciones en busca de algo que la llame la atencion, para comunicar inmediatamente sus impresiones al infeliz que la acompaña.

¿Infeliz he dicho? Pues me quedo corto. El acompañante de la habladora es sin disputa el sér mas desdichado de la tierra, sobre todo si ha jurado ante Dios y el alcalde ser el eterno compañero de aquella chicharra. No hay para él tregua ni descanso. No le basta encerrarse en su despacho pre-

testando graves ocupaciones ó fingir agudas dolencias al refugiarse en el lecho conyugal. El tendrá que oirla, mal que le pese. Ahora le referirá mil cosas que olvidó contarle el dia anterior. Luego le presentará y apoyará varios proyectos económico-domésticos. Despues regañará durante horas enteras á la criada y á los chiquillos, y, si es necesario, hasta al minino.

Si el marido, ó el víctima, que no sé qué nombre darle, se insurrecciona y pretende hacerla callar, es hombre perdido. No solamente no consigue su objeto, sino que la procura de este modo un nuevo asunto que viene como de molde para que la conversacion no se acabe, á menos que la dé el antojo de ir á buscar fuera de casa nuevos séres á quienes sacrificar.

Llega la hora del reposo. Todo el mundo se entrega al sueño; pero el marido de la habladora no tiene este derecho en tanto que su inhumana costilla permanezca despierta.

—Oye, fulano, ¿qué es eso que he oido decir esta mañana, de que el gobierno piensa cerrar las Córtes?... ¡Calla!... ¡Se me figura que llora el niño!... No; son unos que pasan por la calle. Pero ¿no decias tú que esta colcha no abrigaba? ¡Pues, hijo, apenas!... Dí, ¿no es la hermana de Pedrosa aquella que encontramos esta tarde en la calle de Atocha? ¡Hombre, mira tú lo que estará diciendo de nosotros su cuñada! ¡Cerca de un mes que lleva enferma y aun no hemos ido á verla! ¡Vamos, no sé qué gusto tienes en dejarte esas patillas tan largas! Pareces un chino. Pero ¿no ves que estás destapándome?... Hoy le he comprado á Adolfito unas medias de estambre... Dí, ¿no tenias tú una receta contra los sabañones? Pero ¿qué es eso? ¿te estás durmiendo? ¡Ah!... ¡Creia!... ¿Te he dicho que esta mañana ha roto la muchacha la sopera grande? Sí, es verdad, no me acordaba. Mira, quiero que nos suscribamos á esa novela que han echado por debajo de la puerta: ya ves tú, ¡á cuarto la entrega! Hombre, he visto ayer en la calle de Postas unos tartanes... ¿Te acuerdas como se titula aquella comedia en que la Matilde hacia un papel

tan bonito?... ¡Mira, no te duermas! Pues esta mañana estaba yo acordándome de unos versos que tú me hiciste cuando éramos novios... ¿Y qué habrá sido de aquella doña Faustina que vivia con mamá?... ¡A ver si no te se olvida traerme aquellas pastillas que te dijo la de Fernandez! ¡Oye! ¡Oye, hombre!... Pero ¿te estás durmiendo? ¡Mira! ¡Oye!... Hoy me ha dicho el médico que tú no debias tomar café, porque... ¡ah!... el café... ¡aaah!... es muy... ¡aaaaaah!...

Durante la noche es muy fácil que la habladora se despierte, es casi seguro. Entonces ella encontrará medio de interrumpir el pacífico sueño de su consorte para obligarle á escuchar el monólogo interrumpido por Morfeo. Y esto se repite diariamente, ¡pásmense Vds.! y llega un dia en que el infeliz esposo muere sin que á nadie se le ocurra sospechar siquiera que en aquella casa se ha cometido un asesinato!...

La habladora, por regla general, es poco ó nada instruida, y en este caso, el sufrirla, el tolerarla, siquiera sea por un momento, es un verdadero acto de heroismo.

¡Ah! La habladora ignorante es una verdadera plaga. Oidla, oidla hablar, y ella os hará saber que Foblás salió del vientre de la ballena y que el Ticiano venció á los moros en la batalla de Pavía. Oidla hablar de modas, una de sus conversaciones favoritas, y ella os describirá los peinados mas en boga durante el reinado de Luis *equis v*, amen de otros mil disparates que empezarán por desternillaros de risa y acabarán por haceros desear la muerte.

Supongamos que la habladora le dispensa á V. el honor de dejarle que conteste á alguna pregunta suya ó refiera lo que tuviere deseos de referir. Pues, aun así y todo, esté V. seguro de que no hablará veinte palabras seguidas sin que aquella chicharra le interrumpa con réplicas, objeciones y preguntas, hasta que V., deplorando su lamentable empeño, renuncie forzosamente al uso de la palabra.

¿Van Vds. á una reunion, á un concierto? Renuncien generosamente al placer de oir una romanza de *La Favorita* ó un nocturno de Zabalza, si la habladora ha usado, ó mas bien, ha abusado del derecho de asistir á aquel sarao.

¿Hace una fermata la soprano ó ejecuta el pianista un paso difícil y delicado? Pues estén Vds. muy persuadidos de que entonces se le ocurrirá á la habladora esplicar á la señora que tiene al lado, en voz alta por supuesto, los adornos de *guipure* que ha mandado poner en el vestido que va á hacerle madama Honorina.

Entonces le dirá á fulanito, que se halla situado en el opuesto extremo de la sala:—¡Ah! Esta música de Donizetti me arrebata! ¡Qué sentimiento! ¡Qué poesía! etc., etc.

¿Quereis martirizarla horriblemente? Hablad de algo que ella no entienda. Haced una disertacion acerca de los diversos sistemas planetarios ó las diferentes escuelas filosóficas, y si no teneis corazon de hiena y entrañas de tigre, habrá de moveros á compasion la angustia indescriptible y de atroz desasosiego de aquella parlanchina sin ejercicio.

No puede darse nada mas cómico y original que la entrevista de dos habladoras. No se disputan dos partidos políticos la olla del presupuesto con mas encarnizamiento ni con mas teson que aquellas dos charlatanas se disputan el uso de la palabra. Las dos hablan á duo. Las dos en competencia alzan la voz. Las dos accionan como actores bufos. Las dos se levantan de sus asientos, y fuera de sí, creyendo verse respectivamente privadas de sus derechos de bachillería, se separan reprimiendo á duras penas el deseo de vengar de cualquier modo tamaña ofensa.

Entre las infinitas víctimas de la habladora, merece citarse el comerciante al por menor. El dia que la habladora no tiene humor ú ocasion de hacer visitas, y se vé, por cualquier concepto, privada del auditorio casero, se lanza por esas calles *á ver tiendas*, como ella dice, y entonces ¡ay de la tienda, bazar ó almacen donde caiga aquella nube! No espereis que deje títere con cabeza ni cosa con cosa.

Ella os impedirá, respetables comerciantes, que sirvais á los demás clientes, y se enterará de la calidad y precios de todos los objetos, como si se tratara de pediros la tienda en traspaso. Ella os pondrá, en cámbio, al corriente de las ventajas y desventajas que ofrece la tienda de fulanito ó de men-

ganito, y abandonará vuestro local dejándole convertido en un cajon de sastre, para continuar en los establecimientos de vuestros colegas sus terroríficas correrías.

¿Quién de Vds. no la ha visto en visita? La habladora toma la palabra. Y ¿cómo no? ¿Quién se atreveria á disputarle este derecho? El temerario que acometiese tamaña empresa conseguiria, á lo sumo, dejar oir alguna que otra pequeña frase, haciendo con la charlatana un duo soberanamente desagradable.

A la llegada de la habladora no hay necesidad de preguntar por su salud; ella da, sin que Vds. la interroguen, cuenta detallada de su estado fisiológico, en tanto que besuquea á las señoras y á los niños y estrecha la mano á los caballeros. Antes que Vds., fingiendo una alegría inmoderada, acaben la frasecilla de dichosos los ojos que la ven á V.; antes que Vds. hayan tenido tiempo para ponerse en pié, empieza la habladora, no el diálogo, porque donde ella sienta sus reales no hay diálogo posible, sino un monólogo capaz de acabar con la paciencia de un santo, pero de un santo que tenga mucha paciencia.

—¡Ay! exclama al entrar, dando un resoplido con ciertas pretensiones de suspiro; ¡Jesús, vengo sofocada!—No se molesten Vds. ¡Ay, hija, estas distancias la matan á una!—Conque ¿cómo están Vds.?—Yo, hija, siempre con una pesadez... Ahora estoy tomando la homeopatía.—¿Y qué saben Vds. de Conchita?... ¡Verán Vds. qué bien la sientan aquellas aguas! Yo pensaba ir allá este verano; pero, hija, no me atrevo á dejar la casa sola, y eso que la criada que ahora tengo es de toda confianza! ¿Sabe V. quién me la recomendó? La Pepita Molina. Aquella señora gruesa que tiene un bigotito... Sí, una que va á casa de Rojas.—¡Ah! y á propósito de Rojas. ¡Ahora acabo de encontrarme á la pobre Rosarito! ¡Bendito Dios, y qué desmejoradísima está!—¡Calla, calla! ¿Este vestido se le han hecho á V. ahora? Pues hija, es precioso.—Y ¿qué tal vamos de piano? Ahora estudiará V. poco; con estos calores...—¡Pues sí, está muy lindo ese vestido!—¡Ay, señor, y qué pícaro mundo!—¡Ah! pues como iba diciendo, he visto á

la pobre Rosarito.—Pero hija, ¡qué lujo en aquellos jardines del Retiro!—¡Pues al fin ha salido verdad aquello de que se casaba la Casilda!... ¡Vaya, vaya!—Conque, vamos, ¿qué me dicen Vds?...—¡Ven, ven aquí, Merceditas! ¡Dame un beso, monina!—¿A que no saben Vds. lo que he soñado esta noche?... Vamos, señor, si hay cosas...—¡Ay! ¡esa niña se va á caer!—Ahora verán Vds. qué pulsera me ha regalado mi señor marido... ¡Qué bonita! ¿eh?...—Pero ¿no les hace á ustedes daño ese resol?—¡Ah! ¿Y se acabaron por fin aquellas zapatillas?...

Basta, basta para muestra. Las víctimas de la habladora intentan en vano tomar una pequeña parte en la conversacion. ¡Que si quieres! Aquello es un huracan deshecho.

El desgraciado mortal que la acompaña pone en juego al cabo de algunas horas de visita todos los recursos de la mímica, todos cuantos gestos pueda hacer figura humana para tratar de persuadir á aquella bachillera de que es tiempo sobrado de dejar en paz á tan apreciables gentes. Pero, nada, todos aquellos esfuerzos son inútiles. Sigue la charla, y el infeliz tiene que acudir al recurso extremo, y poniéndose en pié, dice á su costilla, ó lo que sea, con el acento mas expresivo del mundo:

—Fulanita, cuando tú quieras...

A lo que fulanita contestará irremisiblemente:

—Hombre, ¿qué prisa tienes?... Siéntate un momento, que ahora nos iremos.

Esta escena suele repetirse dos ó tres veces. La habladora se decide por fin á dejar el campo, y todo el mundo se pone en pié. Pero aquí empieza la segunda parte, que suele ser la mas lastimosa, y en esta ocasion lo es efectivamente. No extrañen Vds. que en esta segunda sesion dure la despedida tanto como la visita. Tampoco se sorprendan si al salir de la sala acompañando á aquel papagayo con faldas empieza el tercer acto en la meseta de la escalera para proseguir durante el lento descenso de la habladora y concluir únicamente cuando, llegando al portal, piérdense en el espacio los últimos ecos de aquella garganta privilegiada.

¡Y qué soberbia coleccion de historias, cuántos chascarrillos y sucedidos tiene siempre á mano la habladora! ¿No la habeis oido referir los ingeniosos robos de Candelas, los horrores de la Inquisicion y las peripecias de la guerra civil? ¿No os ha contado el viaje que hizo salvando mas de noventa leguas en la clásica galera para ir á reunirse con su marido, y las mil travesuras que hacia cuando pequeña en el colegio? Pues no parece sino que ha contraido el compromiso formal de referirlas cuotidianamente, y al mes de honraros con la amistad de aquella parlanchina, os las sabreis perfectamente de memoria.

La mentira, ó por lo menos la exageracion, campea libremente en los relatos todos de la habladora. Y ¿cómo no? Es preciso las mas de las veces inventar mil patrañas para hacer interesantes aquellos interminables monólogos, y cuando faltan materiales para continuar, la habladora se lanza al campo de la novela, con unas dotes capaces de causar envidia á todos los Dumas presentes y futuros.

La habladora no suele tener predileccion marcada por tales ó cuales asuntos; pero en el caso contrario, se aficiona á referir vidas ajenas y á dar á conocer la crónica escandalosa. ¡Guay entonces de los infelices á quienes dé el nombre de amigos!

Pero no hay que confundir el tipo de la habladora con el de la chismosa y maldiciente, por mas que tenga con estas ciertos puntos de contacto. Si la habladora descubre secretos ajenos ó lastima alguna reputacion, no lo hace ciertamente obedeciendo á malas pasiones; obra inconscientemente, y hecho ya el daño, deplora su imprudencia mucho mas, si cabe, que la misma persona ofendida.

La habladora charla sola lo mismo que acompañada; es decir, sin cesar. En estos soliloquios finge un interlocutor que lleva la parte contraria con objeto de que no se agote la materia.

No hay habladora que deje de tener algun que otro animalito doméstico, con el cual ¡oh, cielos! deliberan, discuten y debaten lo mismo que con una persona. Estos animalitos,

á fuerza de oirlas charlar sin tregua ni descanso, acaban, si no por hablar, por comprender el castellano como un académico de la lengua ó poco menos.

La imaginacion vehemente y contínuamente excitada de la mujer habladora, la hace soñar mil cosas absurdas cuantas veces se entrega al reposo. Dormida acostumbra á hablar en voz alta, y viene á hacer una recopilacion ó extracto de cuanto ha charlado durante el dia. Así es que amanece ojerosa, sobresaltada y febril, y se viste de prisa y corriendo para descubrir á la fámula ó al primero que halla á tiro el susto que ha llevado al caer en un pozo, ó las maravillas nunca vistas ni oidas de que ha disfrutado durante su permanencia en un palacio encantado.

Los rasgos característicos de la habladora experimentan en el trascurso de los años pocas y leves variaciones. En la edad madura, sin embargo, se agria el carácter de las personas, y la habladora desciende en los últimos años de su vida al rango de las murmuradoras, chismosas y maldicientes.

No se entienda por esto que cesa en su constante afan de hablar: la habladora charla lo temporal y lo eterno con las personas que rodean su lecho mortuorio, hasta que se paraliza la circulacion de la sangre y el alma vuela á regiones desconocidas.

EDUARDO QUILEZ.

LA ESPANTA-NOVIOS

I

No hay libro malo, dicen, que no contenga algo bueno, y por mi parte creo que es verdad, y estoy dispuesto á asegurar que lo que se dice de los libros puede aplicarse á las mujeres, con tal que ellas se avengan á declarar que tambien puede aplicarse á nosotros los del sexo feo.

Hay una porcion de muchachas, ¿qué digo una porcion? hay un sinnúmero de muchachas que han tenido novio ó novios, y de las cuales hablan pestes los susodichos novios y dicen muchas alabanzas las demás personas.

¿Quién tiene razon: los novios ó los demás?

—Unos y otros.

—¿Cómo puede ser esto?

—De la manera mas natural y sencilla, y me lisonjeo de hacerlo comprender sin grandes dificultades, si Vds. me dejan hablar y no me interrumpen.

—Hable V. pues, señor autor, que ya escuchamos.

—Pues atencion, que ya estoy hablando.

II

(Habla el autor.)

Supónganse Vds. una moza de aspecto agradable, hacendosa, entendida en las labores de su sexo, sumisa á sus padres y de reputacion sin tacha.

Esa niña ¿quién lo duda? será justamente alabada de cuantos la conozcan, y aun mas de cuatro veces se la citará como ejemplo digno de imitacion en las casas de sus conocidas.

Pero...

Aquí entra el pero. Supónganse Vds. además (cosa perfectamente compatible con lo que hasta ahora hemos dicho) que la expresada moza ó señorita dice en mas de una ocasion en voz alta, que su amiga Pilar ó su amiga Cármen se ha casado con un pelele que solo gana sesenta reales diarios.

Hétenos aquí á nuestra protagonista convertida en espanta-novios de sesenta reales para abajo, que son la inmensa mayoría de los novios españoles.

Demos, empero, que no habiendo cometido la imprudencia que acabamos de suponer, ha sabido la muchacha atraerse un novio á su gusto.

Él la quiere, ella le quiere, los padres quieren... corriente.

Se habla un dia en presencia de los novios de cierta conocida suya casada, cuya conocida ha tenido un disgusto por aquellos dias, con motivo de no haberle satisfecho su esposo un deseo desde largo tiempo manifestado por ella.

Si la chica dice aquello de: pues conmigo no habria sucedido; eso sí que no; primero... qué sé yo; pero, vamos, yo no hubiera pasado por ello,

Hé ahí que ya asoma la espanta-novios.

Sin embargo, en ese caso, el novio es uno solo, dirán ustedes, y el que haya disgustado á uno no prueba...

Voy á ello, voy á ello: no corramos, que para todo hay tiempo.

La que no atempera sus ínfulas á su dote ó al peculio de su familia, es una espanta-novios.

La que teniendo novio que gana el sustento trabajando, dice que si se casa es para no hacer nada y tener quien la mime, es espanta-novios.

La que critica á los matrimonios jóvenes porque no lo gastan todo en boato, es espanta-novios.

La que á sus amigas les dice que ella no se casa para esclavizarse, sino para ser libre, es espanta-novios.

La que al casarse una amiga, tacha de miserable la fiesta nupcial y el ajuar de la casa, aunque todo ello represente el sueldo de un año de su futuro, es espanta-novios.

El lector.—Pues por esta regla, casi todas...

El autor.—Hemos dicho que nadie nos interrumpiria. Ya hablarán Vds. despues, ¡qué diantre!

Doy otro sesgo á mi discurso, y prosigo.

III

(Prosigue el autor.)

Pero antes reclamo de Vds. un sí ó un no, para encaminar con mas seguro resultado el proceso de mis principales argumentos.

¿No es verdad que en todos los casos que he citado la protagonista es verdaderamente espanta-novios?

—... Sí, vamos, sí señor.

—Ajá. Ahora prosigo.

Hay una porcion de muchachas á la buena de Dios, como suele decirse, que no hacen daño á nadie, pero que se lo hacen á sí mismas por su imprudencia.

Manosean con demasiada familiaridad; hablan al oido á sus amigos para decirles, no malicias, sino cosas insustanciales; se rien demasiado; no saben fingir que ignoran ciertas cosas que acaso no deberian saber; por excesiva imprevision hacen

demasiada confianza de sus conocidos; por la seguridad que tienen de la inocencia de sus acciones, temen poco ó nada el qué dirán, y de todo esto resulta ¿qué? que todas las mencionadas son espanta-novios.

Otras, por no correr ese riesgo, caen en el exceso opuesto. No las abandona un instante el anhelo de parecer perfectas, y como no pueden lograrlo, solo consiguen parecer menos buenas que son realmente.

Aceptables serian, y mucho, si se dieran á conocer en su propio ser y estado; pero como todo lo que dicen y hacen es fingido y encaminado á que se les atribuyan las mayores perfecciones, y como las pobres fingen mal, de ahí que en seguida penetre el recelo en el pecho de cuantos mortales podrian ofrecerles su mano y su nombre; y siendo esas las mujeres mas inútiles para la falsedad, cobran fama de falsas, y todos huyen de ellas como de la peste, achacándoles precisamente todos los defectos opuestos á las buenas prendas que ellas deseaban se les atribuyeran.

Me parece que no me negarán Vds. que tambien esas sean espanta-novios.

La que tuvo un novio que por causa de ella se vió obligado á romper la cabeza á un transeunte inofensivo; y luego tuvo otro que casualmente por causa de ella se halló con la cabeza rota por otro hombre inofensivo; y despues tuvo otro que, aunque ella no queria, salió á romperse la cabeza con su mejor amigo, ¿qué es?

La que, fria como el hielo, aparta los ojos de los hombres colocados por el caudal y la educacion al nivel de ella, y solo acepta los homenajes de los que se ciernen en esferas muy superiores, ¿qué es?

Y la que de buenas á primeras convierte en sustancia la mas obligada lisonja, y toma por declaraciones de amor los baladíes cumplimientos, y un dia y otro repite á sus íntimas que su único apuro consiste en escojer entre tantos como la pretenden, ¿qué es?

Es como la anterior y como todas las que hasta ahora nos han dado materia: espanta-novios.

IV

Entre todas hay una...

¿Por qué pondrán algunas tan pertinaz empeño en que su novio ande desasosegado por celos?

Porque es de saber que hay novias de esas. Quieren ver al novio celoso, y no están contentas si el pobre mártir no padece de ese mal.

En vano es que él con toda buena fé le diga: Mira, yo conozco tanto tu lealtad; estoy tan persuadido de que me amas á mí sincera y exclusivamente, que no puedo estar celoso.

—Pues esto es porque no me amas, replica ella.

—Al contrario, hija mia; precisamente lo que en tí me enamora es que te creo incapaz de darme fundamento para la menor sospecha injuriosa.

—Sin embargo, cuando se ven ciertas cosas, es preciso no amar ó tener horchata en vez de sangre para no alarmarse.

—Pero, criatura, ¿qué he visto yo?

—Demasiado has visto al entrar que Luisito me apretaba con vehemencia la mano. Todo el mundo lo ha notado ¿y tú no? tambien seria buena casualidad.

—Ea, no me hagas reir con tu Luisito, que es un bobalicon. Tú no puedes amarle.

—Sí, llámale bobalicon, y éramos novios cuando niños.

—Razon en mi favor.

—Dí tambien que mi primo Ignacio es bobalicon; anda, dilo; y toda la noche quiere que esté bailando con él.

—Porque tú le dices que te saque siempre á bailar para que yo me enoje.

—Pero ¡habráse visto!

Y lo mas cargante (llamemos á las cosas por su nombre), lo mas cargante, señores, es que esa mujer es incapaz de tener celos de su novio. Pero consigue aburrirle, desesperarle, trocar su amor en enfado, y por mucho que él la haya querido, llega un dia en que no puede mas y la deja.

Hagamos una pausa, ya que parece que esta parte del asunto ha concluido.

V

(Aquí el autor se arrellana satisfecho frotándose las manos, echa una rápida mirada á sus oyentes para gozarse en el efecto que les produce, y en seguida continúa diciendo:)

Sin embargo, sea breve la pausa, porque aunque parece que ha concluido, sigue todavía y voy á decir cómo.

Es á saber: que la chica no ha escarmentado, y si tiene otro novio da en la misma tema.

Si por casualidad un dia le dice él en tono de broma: ¡Vamos, vamos, que con mucho interés ha estado mirándola á usted Ramon! ella experimenta instantáneamente una profunda alegría. Ya cree tener al novio en la pendiente de los celos; ya no falta sino que ella dé un empujoncito para que él se precipite al fondo del abismo.

Desde entonces no cesa; finje que se le escapan alabanzas de Ramon; todo el dia está con que «hemos encontrado á Ra»moncito y se empeñó en acompañarnos; Ramoncito queria »convidarnos hoy; antes que á sus primas ha querido ofrecer»nos los billetes. Si queremos ir á tal sitio reservado, no te»nemos mas que avisar á Ramoncito...»

Llega al extremo de finjir que esconde cartas en el seno para que el novio la pida cuenta de ellas; se muestra con Ramoncito mas afable que con los otros para excitar las sospechas del novio; y tales cosas hace, que á veces logra la satisfaccion de sembrar la enemistad entre dos hombres que no tenian motivo alguno para quererse mal.

Y cuando por ese loco empeño han huido de su lado los novios que de veras la querian, exclama ella: ¡Son unos fal»sos, unos corazones de piedra, todos, todos!»

Y digo yo, señores, ¡vaya un modo de querer y un corazon que tiene ella!

VI

Hay algunas muy atractivas, muy simpáticas, que en todo dan la razon al pretendiente... durante los primeros dias.

Pero apenas el hombre ha declarado sus honestos propósitos, y ha sido aceptado por la familia, y ha empeñado su palabra, y está lo que se llama comprometido, la chica se le vuelve completamente del revés.

Todo lo que antes le celebraba se lo censura ágriamente.

Los amigos del novio son los hombres mas antipáticos; los gustos del novio los mas opuestos á los suyos; el partido político del novio el peor; los proyectos del novio los mas disparatados.

El hombre se admira á cada paso, y un dia no puede menos de decirle:

—Pero, Pilarcita, antes no eras así.

—¿Qué estás diciendo? Afortunadamente, cuantos me conocen saben que siempre he pensado lo mismo.

—No, que al principio mis amigos te eran simpáticos.

—Pues no faltaba mas sino que el primer dia te hubiera dicho: Caballero, los amigos de V. me encocoran. ¡Si que habria estado lindo!

—Es que todo cuanto yo hacia te era agradable.

—Me era indiferente y te lo elogiaba por urbanidad. Ahí tienes.

—Antes me decias que el pasatiempo mas culto y honesto era el que yo preferia: la ópera, y hoy, porque ayer estuve en *Los Puritanos*...

—Es que antes no tenias obligaciones preferentes.

—No me desesperes, mujer; el venir á verte á tí no lo considero yo como una obligacion; no hay contento como el de estar á tu lado...

—¡Ya se conoce!

—¿Pues no te pregunté ayer si te sabia mal y me dijiste que no?

—Pues no faltaba sino que de rodillas te hubiera rogado que no fueras. ¡Bonita soy yo para eso!

Y así eternamente... digo, no: así hasta que el novio espantado del porvenir que le amenaza, se vuelve atrás, rompe su palabra y recobra su libertad, por mas que ella diga que hasta entonces la habia tiranizado.

No hablo de otras que merecen capítulo aparte y por algun otro concepto se hallan incluidas en esta galería de españolas, porque al considerar el discreto lector algunos de sus rasgos, harto conocerá que son de las que podrian colocarse entre las espanta-novios.

VII

Ahora bien, amados oyentes mios, ¿tenia yo razon al comienzo de mi artículo para suponer que convendrian ustedes en la bondad y eficacia de las razones que iba á exponerles acerca de las espanta-novios?

¿Callan Vds.?

¿Mueven la cabeza en sentido afirmativo?

¿Qué es esto?

¿Es que me dicen que sí ó cabecean de sueño?

Mas vale no averiguarlo.

Desaparezcamos de puntillas...

MAXIMINO LOPEZ.

LA QUE VA Á TODAS PARTES

Como el perejil: lo mismo que el perejil, que en todas las salsas entra.

Y este sí que es un tipo realmente genérico; tipo de córte y de cortijo, de ciudad y de villorrio, que á donde va V. lo encuentra.

> ..... *Pauperum tabernas*
> *Regumque turres.*

Que en este caso particular, viene á decir poco mas ó menos:

> Lo mismo en Madrid y en Búrgos,
> que en Benasque ó Calasparras.

¡Y en todas partes, hombre; en todas partes!

Mujer-ferro-carril, porque se traslada de un punto á otro con la velocidad del rayo; *mujer-farol*, porque se la vé desde lejos y da siempre mala luz; *mujer-mosca*, porque acude á todos los sitios y en todos incomoda; *mujer-camello*, porque mientras está de muestra no necesita comer en ocho dias; *mujer-imperdible*, porque parece que la lleva V. enganchada en el faldon de la levita; *mujer-grano*, porque consigue montársele á cualquiera en la punta de la nariz;

mujer-pública, porque goza perennemente de plena publicidad; *mujer-semi-dios*, porque goza de omni-presencia como este caballero; *mujer-exposicion*, porque pasa los dias enseñándose; *mujer-indispensable*, porque no se concibe fiesta sin ella; *mujer-guardia civil*, porque acude allá á donde va la gente; *mujer-cataplasma*, *mujer-chinche, mujer-perejil*, por remate y acabamiento, que en todas las salsas entra.

¡Este es el tipo de que se trata!

Vaya V. á cualquier pueblo desconocido, y antes de dar cincuenta pasos por él ha tropezado V. ya con ella; y desde aquel punto hasta el de su marcha, bien puede V. ir á misa, y acudir á la féria, y visitar al alcalde, y ver la procesion, y presenciar el baile, y asistir á la boda del tio fulano, y pasear por la plaza; que en la féria, en la visita, en la iglesia, en el paseo, en la boda, en el baile y en todas partes tropezará usted con ella y se dará de bofetadas con su cara.

¡Oh! ¡lo que es este tipo es una verdadera calamidad!

¡Y hay muchas! Su número en cada poblacion está en razon directa del de habitantes é inversa del amor al trabajo y al hogar. En las ciudades son *Gacetas,* en las aldeas *Diario de Avisos*, y en todas partes *Correspondencias*.

Saben... ¡la mar de cosas! Debian emplearlas en la estadística.

Son monárquicas en los distritos rurales, y en los grandes centros republicanas. Cada lugarejo tiene en la clase una reina que empuña el cetro de por vida, y aun gracias si en vez de electivo no es hereditario el sistema y cuando acaba el reinado de la madre no comienza el de la hija. En Madrid, en Barcelona, etc., tiene esa falange femenina una presidenta que dura dos, tres, cuatro años: por fin cae del poder y se confunde en la masa comun de esas simples ciudadanas; porque abjurar del tipo, eso es punto menos que imposible: la que se contagia una vez... De higos á brevas parece como que desaparece alguna; no hagan Vds. caso, está representando el papel de cometa: eso es que se ha casado ó que se le ha muerto una tia. Pasa un mes, pasan dos... y vuelve á brillar el tipo con la misma luz de candil que acostumbraba.

En este género hay toda la variedad de tintas apetecible: desde el rojo mas subido hasta el violeta mas lila.

Por ejemplo: hay mujeres de ese tipo que lo pasan holgada y aun suntuosamente, y otras que viven en la estrechez, como quien dice respecto al arco iris: color anaranjado y color verde. Las primeras le exhiben á V. en un dia *(passez moi* el anglicanismo) cinco ó seis vestidos. Traje de mañana, traje de tomar las once, traje de las tres y cuarto, traje de paseo, traje de reunion, etc. Las segundas, como no tienen mas que tres, no pueden sacar mas á relucir. Pero de mañanita se ponen la falda de un vestido, el cuerpo de otro y las caidas del tercero; al mediodía se encajan el cuerpo del primero, las caidas del segundo y la falda del otro, y con tal sistema, y haciendo en un solo dia cuantas permutaciones y combinaciones son posibles entre las piezas sueltas de sus trajes, logran de un tiron el andar por las calles pomposas y satisfechas como reinas de la moda, el parecer un arlequin á cualquiera, y el enterar por ende á todo el mundo antes de cuatro dias del color, calidad, número, riqueza y buen gusto de todas las prendas de su ropero.

Por ejemplo: las hay cursis, sobre toda ponderacion, y las hay hasta semi-elegantes. Esto es, distintas intensidades de un mismo color. Elegante del todo yo no he visto ninguna.

Por ejemplo: las hay cuasi aceptables, contando, por supuesto, con la mano de gato y los revoques; y las hay tan supinamente feas, que á mí cuando las miro me entran unas ganas de llorar y un desconsuelo...

Pero de todos modos son insufribles.

¡Mire V. que eso de salir de casa un hombre honrado con la idea de arreglar un asunto, echarse á nado por esas calles, y en el punto mas raro y mas excéntrico, en el portillo de Gilimon, pongo por caso... ¡zas! la mujer: desempeñar la comision, dirigirse á la carrera de San Gerónimo, encontrar unos amigos, y cuando está V. aun cambiando un saludo tranquilamente... ¡cataplum! la misma mujer: dar media vuelta, marcharse á los toretes, llegar, acomodarse, y en el momento que comienza V. á pasar revista, volver los ojos al

palco mas inmediato, y... ¡cuernos! la propia mujer: aburrirse de mirar barbaridades tauromáquicas, tomar distraidamente las de villadiego, enderezar los pasos hácia la Castellana, y antes de dar la primera vuelta tropezarse de narices con la tal, con la propia, con la misma, con la mismísima mujer!... ¡Eso, ni hay paciencia que lo sufra, ni linfa que lo aguante! *Et sic de cæteris;* porque V. se marcha á su casa malhumorado y aburrido y se esconde entre las cuatro paredes de su habitacion, y ella continúa impertérrita su vida al aire libre, frecuentando las reuniones, los cafés, los conciertos, los teatros, los paseos, las plazas y los callejones, de dia y de noche, en invierno y en verano, con frio y con calor, con sol, con luz y con moscas.

De tanto enseñarse, casi todas acaban por conseguir algun mote. A la una le llaman la marquesa del Panecillo, porque se los come á pares en Fornos; á la otra la vizcondesa del Mantecado, porque tuerce los ojos y tiene un vestido que verla con él es lo mismo que ver un sorbete de aquella clase; á la de mas allá la llaman... en fin, qué sé yo, una porcion de porciones de atrocidades.

Faltarles jamás á ellas billetes ni invitaciones para el estreno de un teatro, la inauguracion de una obra, distribuciones de premios, comidas de pobres, funciones de Santa Bárbara, etc., etc... ¡imposible!

Pues no faltaria
sino que faltara,

como dice mi paisano Liern. No parece sino que cada una tenga establecida una agencia general de aquellas cartulinas para su uso particular y exclusivo.

Hombre, aquí hay una de esas mujeres que me ponen malo. El dia que menos, me la encuentro diez veces. Su cara se me ha hecho ya antígua de puro verla; me parece el propio retrato de doña Urraca. Pues el otro dia, y despues de completar la docena de encuentros antes de la puesta del sol, aburrido y excitado, por no tropezarla mas, quise marcharme á casa en piés ajenos. Me acerco á un simon, abro la por-

tezuela, meto las narices dentro del carruaje, y... ¡pum! tropiezo con las suyas, que penetraban por la otra portezuela: ni dije «V. dispense,» y eché á correr como gato escaldado. Ignoro su nombre, el pueblo de su naturaleza y la casa en que vive; no la he oido el metal de voz, ni sé si habla en castellano; me parece cursi, no me gusta ni pizca, me ahorcaria primero que tenerla por mujer... y sin embargo, he soñado mas de cincuenta veces con ella, y sufro unas pesadillas horribles, y me levanto malo, y todas las noches cuando me retiro á casa abro temblando la puerta de mi cuarto, porque la misma antipatía me persuade de que me la voy á encontrar tambien allí. Y estoy dudando á qué santo hacerle oracion, de los que hacen caso de esos memoriales, para que implore de la divina gracia el inmenso favor de que yo no tropiece con ella todos los dias, á todas horas y en todas partes.

Esas mujeres conocen á todo el mundo, y todo el mundo las mira (aun sin haberlas hablado jamás) como personas de su confianza. Los camareros de café las saludan, los acomodadores de teatros las sonrien, y hasta los mozos de cordel las hablan.

Ni barren nunca, ni cosen nunca, ni crian hijos, ni paran en su casa un minuto: estrictamente, hasta debe faltarles el tiempo para comer y para mudarse trajes.

Usted no las hallará nunca en su cuarto remendando un calcetin al marido, enhebrando una aguja á su abuela ó lavando y fajando á un chiquitin (si son madres); pero en cámbio las verá V. siempre pidiendo en las iglesias, alumbrando en las procesiones, asistiendo á los conciertos, culebreando en el Retiro, bailoteando en las reuniones, de cuerpo presente en las paradas, de gran gala en los aprieta-manos (que con perdon así deben llamarse ahora), y en todas partes, hombre, en todas partes, excepto en las únicas donde podrian hacer falta.

Nada, nada, lo dicho: como el perejil, lo mismo que el perejil, que en todas las salsas entra. ¡Vaya un tipo!

P. XIMENEZ CRÓ.

LA CASA-HIJAS

No la confundan Vds. con la casamentera, porque no tienen nada absolutamente que ver la una con la otra.

La casamentera no necesita tener hijas para ser lo que es; á ello la llevan la vocacion, el génio entrometido ó la necesidad de apelar á recursos extravagantes con que ganar el sustento.

La casa-hijas no es así. Si no fuese madre, no pensaria en casar á nadie, y si en ello pensaba alguna vez, no emplearia para ello los medios que emplea; no se aguzaria tan puntiagudamente su ingénio; no pasaria malas noches ni haria enormes sacrificios de todo género; no haria, en fin, lo que solo hace una madre para colocar, como dicen, á sus hijas.

Excusado es añadir que cuantas mas hijas tiene, mas casa-hijas es, y esto no es verdad de Pero-Grullo, supuesto que en otras materias trabajosas, cuanto mas las practica uno mas se cansa de ellas y con menos ánimo las repite; pero en la casa-hijas, cada tarea llevada á cabo es otro tanto de ánimo para llevar adelante las que están por realizar.

La casa-hijas es mujer que no suele revelar en lo mas mínimo el talento de que está dotada, hasta llegar á la última parte de su vida: esto es, hasta que su hija mayor corre peligro de quedar soltera.

Algunas hay que fueron siempre listas, y al llegar al caso de que hablamos, con la excitacion que les produce el deber de madres, no hay para qué ponderarlo, hablan como cicerones, corren como ardillas, vuelan como águilas, discurren como Maquiavelo, cantan al oido de los solteros como sirenas, y mientras parecen dormidas, revuelven á toda la solteria masculina de su tierra.

Estas, que fueron siempre listas, son las que menos nos interesan; porque, si no para casar hijas, para cualquier otra cosa habrian demostrado su habilidad á la corta ó á la larga.

La que yo tomo por tipo es la que, por el contrario, únicamente ha sentido avivarse extraordinariamente su ingénio y su actividad para lo que indica el título de este artículo.

Para ser del todo francos, hemos de advertir de paso que hay algunas casa-hijas que sin dejar de ser activas y de calentarse mucho los cascos para conseguir su objeto, nada logran: hacen bobadas, se dejan dominar por el fin y no aciertan con los medios; pero no por eso dejan de emplear, aunque sin acierto, cuantas estratagemas les sugiere su pobre caletre, oscurecido por la presion de las circunstancias.

Todas las madres ¿hay cosa mas natural? desean ver casadas y bien casadas á sus hijas; pero las hay que se contentan con desear el casamiento: no lo trabajan, no lo preparan, no conocen el uso de la liga ni del anzuelo, no saben poner garlitos en sitio conveniente y frecuentado por los mas incautos y sabrosos pececillos, y si las hijas no se ayudaran con la natural penetracion que la Providencia les otorgó para fines semejantes, no saldrian nunca del triste celibato.

La casa-hijas, á medida que la mayor de estas se va acercando á la edad núbil, va ganando en el arte fisionómico aplicado á los solteros y tambien á los viudos.

Segun el dote con que pueden contar las chicas, así sube ó baja la puntería, y si las chicas no pueden contar con dote alguno, en vez de disparar al vuelo dispara en los terrones, donde suelen cogerse muy estimadas perdices.

Si una de las hijas casaderas sabe hacer compotas, y en presencia de la madre dice algun mortal casadero algo de su aficion á los dulces, ya pueden Vds. contar con que la boca se les va á hacer agua oyendo lo maravilloso que de las compotas filiales refiere la que le dió el sér.

Y así es en todo.

Háblase de un viudo algo acomodado y de buena edad que piensa en casarse, y poco á poco ó de prisa, segun convenga, resultará de lo que diga la madre, que una de sus hijas, por su carácter festivo, pero tranquilo; por lo bien enseñada que está á llevar una casa; por su docilidad y por otras mil prendas, parece que nació exprofeso para esposa de un viudo.

Cuando hay en perspectiva un novio no acostumbrado al bullicio de las grandes poblaciones y de esos que llaman amigos de lo positivo, hay que oir á la madre. Sus chicas, si no fuera por ella, nunca se harian un vestido; sus chicas no saldrian nunca de casa; sus chicas nunca han sido amigas de reuniones. La mayor sobre todo, siempre dice que por su gusto viviria en el campo.

Para el presunto novio músico, siempre tiene una hija cuya voz es encantadora y cuya única aficion es la música. Déjenla Vds. ir de cuando en cuando á la ópera, y no pide otra cosa en todo el año.

Para las tertulias en que se baila, por de contado, siempre tiene una hija que es un primor en la danza, sin que haya tenido maestro: ella sola se lo aprende todo con una vez que lo vea, y ha enseñado á una porcion de amigas.

¿Se habla de buena letra? ¡Oh! pues para eso una de sus hijas. Y si se sabe de positivo que la tiene mala, no importa. Se la ha echado á perder con la falta de uso, pero la tenia preciosa, y mas de cien veces habia dicho su maestra, que como se dedicara á la caligrafía, podria, en caso de una desgracia (de que Dios nos libre) ganarse muy bien la vida dando lecciones.

La casa-hijas no es de las que llevan á sus hijas á todas partes; pero es de las que saben donde han de llevarlas, cuándo y de qué manera.

Cuando hay en perspectiva un novio grave que teme los gastos que ocasiona el cargar con una familia, entonces poca butaca, pocos perifollos, nada de echar plantas; se adopta un discreto término medio que sin suponer pobreza ni tacañería, suponga buen juicio, hábitos económicos, prevision y demás prendas análogas.

En otros casos, por el contrario (sobre todo si hay dote y no se sabe cual puede ser), de cuando en cuando se hace gala de haberse dado un buen rato, y dice ella: No somos ricos, pero, alabado sea Dios, no está una en el caso de privarse de todo. Las niñas están en edad de divertirse, y como á Dios gracias no carecen de todo, bien pueden de cuando en cuando gozar de algun honesto placer. A su padre y á mí no nos han de enterrar con lo poco que tenemos; para nadie ha de quedar sino para ellas; de demasiadas cosas se privan por ahora las pobres, porque algo se ha de guardar para lo porvenir, y por si mañana (lo que Dios no quiera) tuviésemos algun contratiempo; pues hoy en dia están de tal manera las cosas que nadie puede decir con seguridad «tengo esto ó tengo lo otro,» porque á lo mejor el que mas seguro cree tener lo suyo se ve privado de ello sin saber como. En casa, en buena hora lo diga, no sobra, pero tampoco me quejo, porque á Dios gracias no falta, y si mañana ó el otro se casan las niñas, grandes riquezas no llevarán, pero quiero decir que no saldrán desnudas de nuestro lado.

Donde hay mucho que admirar, y aun diria donde tienen que aprender los mas hábiles diplomáticos, es en una lucha sorda y fria entre dos casa-hijas que sin decírselo, sin aludir á ello, sin que parezca en lo mas mínimo, se disputan secretamente un novio.

Las hijas en ese caso no son mas que unos peones de ajedrez que no sospechan en qué casilla van á dar jaque. Las madres, las casa-hijas, son las que dicen á cada una respectivamente: hoy te colocas aquí, ahora pasas allí; esta noche cuando yo te haga seña me has de hacer tal pregunta; mañana no vamos á misa á las diez, sino á las once. El jueves en vez de pasar la noche en casa de Encarnacion iremos á

vér á doña Ceferina. Este lazo verde arrincónale, no te va bien; ponte aquel adorno encarnado. Si cuando lleguemos frente á la tienda paso de largo, no lo estrañes; tú no mires al pasar, ya te diré yo si volveremos ó no.

¡Ah, cuando en la misma reunion y á presencia del presunto futuro novio se encuentran las dos casa-hijas beligerantes!

Cada palabra, cada movimiento, cada ademan, cada mirada es accidente inseparable de un todo grandioso.

Al poco tiempo de ese ejercicio, á cada lado de los ojos de la casa-hijas se van marcando tres ó cuatro sutiles surcos á modo de radios.

El ser se ha completado.

Si hubo acierto en casar á la primera; si la madre se convence de que los medios por ella puestos en juego fueron los que encaminaron y determinaron el casamiento, sigue su derrotero con una seguridad, con una conviccion tan tranquilizadora y con una experiencia tan profunda, que la ahorra la mitad de las operaciones, de las marchas y contramarchas hechas durante su primera campaña.

Al cuarto de hora de hallarse por primera vez entre diez hombres casables, ya sabe cuales ofrecen y cuales no probabilidades para sus negocios.

Prudente como la serpiente y sin la candidez de la paloma, va recta cuando hay peligro en torcerse; tuerce el paso cuando no conviene atacar de frente; *latet in herba*, cuando su presencia puede ser perjudicial á sus proyectos, y se yergue y ondula sibilante á su debido tiempo.

Cuando no se apresura á atraer á su propia casa á la futura presa ó futuro yerno, es porque le conviene mas hacer como si por casualidad le encontrara al paso; cuando le contradice, es por la conveniencia de darle la razon al dia siguiente, colmándole de excusas y lisonjas; cuando le da la razon hoy con el intento de contradecirle mañana, es para ponerle á prueba.

La casa-hijas es una mártir, se despoja de todas sus inclinaciones, renuncia á todo con gusto, hace completa abne-

gacion de sí misma. El dia que cree que tiene asegurado el casamiento de una de ellas con tal que pase un año entero sin salir de casa mas que los domingos, por callejera que sea no mueve pié ni brazo los otros dias: es como si la hubiesen leido en la Ordenanza: «La madre que abandonase el punto, »será pasada por las armas.»

¡Lo que miente, señor, lo que miente! Pero por ellas. Profesa la máxima de que el fin justifica los medios, y con tal de casar por sí misma á sus hijas, es capaz... iba á decir de todo: es capaz de muchísimo.

Es de advertir que la casa-hijas adquiere con el tiempo un defecto grave.

Si al principio les salieran novios á las chicas y se casaran, no lo adquiriria; pero á medida que ve la necesidad de sus esfuerzos para colocarlas, se va convenciendo de que solo à ella tiene que ser debido el milagro, y tanto llega á aficionarse á esa idea, que despues nunca le parece del todo bien ningun novio que tengan sus niñas, si ella no se lo ha traido.

Esta circunstancia suele dificultar el logro de lo que principalmente se propone; pero no llega nunca el caso de que se empeñe en hacer preferir al novio espontáneo el novio por ella cazado, si bien tampoco se resuelve á creer del todo que valga mas aquel que este.

Los últimos dias de la casa-hijas son tristes.

Despues de casarlas á todas, que á veces son cuatro ó cinco (y aun se han dado casos de seis), entra en un forzado reposo contrario á los hábitos adquiridos, y llega á creer que para ser dichosa debia haberla concedido el cielo otra hija que casar.

Ella no lo confiesa; ella da en público gracias á Dios porque al cabo de sus años le concede algun descanso y la dicha de ver bien colocadas á sus hijas; pero no es cierto, en prueba de lo cual se altera toda su organizacion; se aburre; no sabe qué hacer de los consejos que su experiencia le dicta; no tiene á donde ir á hacer aplicacion de sus facultades; sus ideas adquiridas le sirven de estorbo; su actividad no encuentra pábulo y la consume. Parece feliz, le dan la enhorabue-

na, pero ella padece; que no á tontas y á locas preguntó el poeta:

¿Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?

A veces no se resigna con su suerte, y se propone continuar en la aplicacion de sus conocimientos casando sobrinas ó parientas allegadas.

Pero ¡oh desgracia! no parece ella misma. Como si la aconsejaran los enemigos de su gloria, cuantos pasos da son otros tantos desaciertos, confirmando el dicho de que nunca segundas partes fueron buenas.

Y la razon de esto es que ella es casa-hijas y no casa-parientas ni casa-primas, y lo que hacia muy bien trabajando con sus propios instrumentos y siendo única directora y mangoneadora con sus hijas, lo hace mal con las otras que no en todo ni á todas horas pueden seguir su inspiracion ni recibir sus avisos ni seguirlos al pié de la letra.

Para seguir triunfante por la senda emprendida, seria menester que le diesen niñas muy jóvenes á quienes pudiese ella modelar á su gusto, sobre quienes pudiera ejercer contínua vigilancia, que dependiesen exclusivamente de ella y no recibiesen mas inspiraciones que las suyas; pero con muchachas casi diré prestadas, ¿qué ha de hacer la pobre, si lo que ella prepara bien esta noche se lo echan á perder á la mañana siguiente?

Tras esta desdicha suele venir otra peor, y es que se quejan de ella y le echan la culpa de todo noviaje fracasado aquellos mismos que le han impedido salir con lucimiento de su empeño.

Entonces viene lo de decirle que bien se conoce que la cosa no iba con sus hijas; que de otro modo conducia los asuntos cuando le iba algo á ella; que no se ha portado como requerian los fueros de la sangre, y aun la llaman entrometida, cuando la verdad es que si ella deseó casar, los padres de la candidata no deseaban menos que casara, y si

ella se encargó gustosa del negocio, gustosos tambien se lo encomendaron.

Un golpe de esos altera notablemente á la casa-hijas, que como no esté ya monomaniaca, renuncia para siempre á sus ilusiones, y como Don Quijote, vuelve maltrecha á encerrarse en su hogar, calumniada y tenida en menos por los mismos en quienes quiso derramar sus beneficios.

De la casa-hijas no queda en el vulgo de sus conocidos otro recuerdo que el de las ridiculeces que hizo y de la impaciencia que en ella descubrieron alguna vez por hallar maridos para sus niñas. Del sentimiento que la inspiraba, nadie se acuerda; de la necesidad y la prevision que la impulsaron y guiaron, parece como que nadie tenga la menor noticia.

Cuando despues de haber conocido á una casa-hijas se llega á conocer á otra, dice la gente: ¡Qué mujer! se parece á fulana ó á doña fulana (que tambien hay doñas entre ellas); se dejaria ahorcar con tal de ver casadas á sus hijas. Y se rien todos.

Solo sus hijas dicen á veces entre sí, aunque no hagan conversacion de ello:

—La pobre. mamá... ella sí que no pensaba mas que en nosotras. Ella sí que todo lo sacrificaba á nuestro bienestar. Con tal de vernos bien casadas... ¡Pobrecita! Como ella hay pocas ó ninguna.

Enrique V. Cárdenas.

LA SUPERSTICIOSA

I

Quiero que sepas, considerado lector, si, como presumo, no lo sabes, que uno de los propósitos que con mayor heroismo cumplió siempre mi voluntad, fué el de apartar de todas mis lucubraciones literarias (ó *literatescas*, como gustares) el espinoso, delicado y venerable asunto de la religion.

Creí siempre que á cuanto de superior se habia dicho en su favor y sobre sus excelencias, nada sabria añadir; y he sentido á la vez natural, invencible aversion á mortificar, cuando menos con opiniones ajenas, el sentimiento ó las creencias de los que todavía profesaren algunas.

Y perdónenme de buena fé tales advertencias, cuantos al apercibirse del título que encabeza estas líneas hubiéranse figurado que las servia de motivo una entidad social que de una muy augusta creencia sabe hacer el irresistible fundamento de sus aficiones y apetitos mundanos, el mejor escudo de sus bellaquerías y la piedra de toque de sus experimentos materiales.

Nada tan lejos de mi ánimo como el ocuparme de la *beata*, ni consagrar mi atencion á la pintura de las que en nuestros dias son conocidas con el nombre de *neo-católicas*, es

decir, de esas mujeres que viendo perdidas la frescura y lozanía de los años juveniles, y con ellas los atractivos todos de la vida para que fueron creadas, encubren los despojos del tiempo ó del vicio con austera basquiña y luengo velo, hacen del templo casa propia, de la *novena* y los *gozos* oficio cuotidiano, y del rosario y del confesor confidentes íntimos de sus envenenadas murmuraciones.

No ha de ser, y así os lo prometo, la *supersticiosa* que voy á describiros aquella que equivocando *el fundamento* y santidad de las doctrinas y los ritos, presta indebido culto, por ignorancia ó mala fé, al objeto de sus veneraciones.

No es la *superstición religiosa* el punto de mis propósitos: no se trata aquí de exponer con pelos y señales los desvaríos de esas cucarachas de sacristía que no consagrarian un recuerdo á Santa Polonia si no creyesen, porque así se lo enseñaron, que posee la especial gracia de reparar *statim* las dolencias de pechos, desde las que produce el *pelo* hasta las del *cáncer*, sin la dolorosa intervencion del bisturí de Federico Rubio, de Martinez Molina ó de Velasco: no es cosa de fijar mientes en esas preocupadas de tres al cuarto que no prestarian sus cuidados á la infeliz parturienta sin colocar á la cabecera de su lecho la efigie de San Ramon, aun cuando de repente haya de ser sustituida por el *forceps*: no vale la pena de tomar en sério la debilidad de las que á ojos cerrados creen en la licuefaccion milagrosa de la sangre de San Genaro, ni la de aquellas que en el momento de una conmocion eléctrico-atmosférica se apresuran á encender el cabo de vela devuelto por la parroquia cuando sirvió para alumbrar el *monumento de Jesús Sacramentado*, ni la de aquellas otras que bendicen á Santa Lucía por la curacion de la oftalmía catarral que padecieron, y les cuidó sencillamente *el de guardia* en la casa de socorro.

Todas estas *supersticiosas*, por ridículas y vulgares que aparezcan, tienen todavía para su defensa aquellas deliciosas lecciones de un pasado afrentoso, del que la ignorancia y la malicia hicieron rudo baluarte contra la razon, la fé verdadera y los irresistibles argumentos del análisis.

Pero es el caso que existen en medio de nosotros, sin antecedente, sin historia, sin causa, me atreveria á decir, si no se atravesase aquí lo de *nullus efectus sine causa*, y lo mas positivo de *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, otra infinita série de *supersticiones* de carácter exclusivamente material, dando lugar á una no menos dilatada especie de séres (por lo general femeninos) que vienen á constituir y caracterizar un *tipo* con todos los detalles, accidentes y calidades de tal.

A esa *especie*, á este su *tipo* es al que he de consagrarme en esta ocasion, y para ello, y aun cuando no tuviere mas objeto que el de granjéarme las simpatías de las *supersticiosas católicas*, no empezaré mi obra sin encomendarme de todo corazon y buena voluntad á Santa Rita (que, como ustedes saben, es la *abogada de los imposibles*.)

II

Dos hechos de innegable fundamento pudieran, á mi juicio, servir de pretesto á las debilidades de que voy á dar á ustedes cuenta.

El primero, la inesplicable pero positiva desgracia de muchos séres cuya imaginacion les sirve principalmente para atormentarse con la existencia de peligros, riesgos ó accidentes desgraciados que solo existen en su espíritu.

El segundo, la tan sabida verdad de que «el sentido co»mun es el menos comun de todos los sentidos.»

Porque sino, díganme: ¿á qué obedecen esos infundados temores, esos improcedentes sustos, esa contínua agitacion, ese repentino estremecimiento de que frecuentemente vemos víctimas á personas de quienes teníamos derecho á esperar que procediesen con juicio, en gracia siquiera de lo ridículo de sus sobresaltos, de lo extravagante de sus inquietudes, de lo inverosímil de sus preocupaciones?

¿A qué obedecen, si no es á los impulsos de una superstiion (todavía por calificar), esas buenas gentes que por nada

del mundo acometerian en *martes* una empresa, por trivial y sencilla que ella fuese?

¿Qué experiencia funesta, qué sancion deplorable ha lanzado á la masa comun de los débiles de espíritu aquella piedra negra con que señalan ese dia de la semana como *nefasto* y de horribles consecuencias?

¿Qué *augur*, qué *santon*, qué *derviche* ó qué sacristan de aldea habrá sido el autor de este axioma de la simplicidad formulado con todos los caractéres de precepto evangélico: *En martes ni te cases ni te embarques?*. . . . .

Pues variemos de especie.

¿A qué causa, á qué orígen, á qué fundamento misterioso obedecen, no ya la niña inquieta y ligera de cascos, pronta al temor de lo mas fútil y deleznable, sino el hombre circunspecto, modelo de sensatez y aplomo, para resistirse, si es que por fin ceden, á sentarse á la mesa cuyos comensales compongan el número **13**?

¿Qué *fetichismo* se engendra por esta causa para dar con uno de los trece en el cementerio dentro del término de un año?

¿Qué son sino *supersticiosas* de no clasificada especie las mujeres que vuelven precipitadamente el pan colocado en el sentido inverso de su elaboracion y cochura? La que se sobrecoge, palidece y muestra en semblante y movimientos todos los caractéres de un temor colosal, porque la casualidad vertió el salero ó derramó el vino, ¿á qué secreto presentimiento de fatalidad rinde culto?

¿Qué teme la cocinera ochentona cuando repara sobrecogida que la escoba ocupa en el rincon del hogar contraria colocacion de la natural y consuetudinaria?

¿Quién la habló de *aquelarres* y conventículos *baraonenses*?

Y á esta otra, pobre doncella asustadiza, cuando no está al paño el objeto de sus debilidades eróticas, ¿quien le hizo dar un eco lúgubre y pavoroso á los aullidos del perro vecino, á los maullidos del casero gato, ó á los silbidos de la avecinada lechuza?

¿Por qué razon esotra muchacha pizpereta, que cruza la calle sosteniéndose en coqueton equilibrio sobre dos piececitos de colibrí, y acogiendo con traviesa sonrisa las frases de los ocupados en su seguimiento y requiebro, entra saltando en aquella casa de vecindad dudosa, y sale á poco rato pensativa y meditabunda, despues de haber escuchado á una zurcidora de embelecos presagiarla horrores por el simbolismo estúpido de los naipes?

¿Qué misterioso horror han podido ejercer en su ánimo aquellas farsas representadas alegóricamente, en las que un *rey* hace de amante ó perseguidor, y una *sota* de rival, y una carta la cita *por esquinas*, y otra la ofrece *besos y abrazos*?

Pues sepa, quien no lo supiere, que las *supersticiosas* de este género han sido y son el objeto de una de las *industrias* mas lucrativas de cuantas conoce la aberracion humana.

Pero no han concluido aquí todas los especies del tipo.

Falta aun por enumerar la que preocupa, y no poco, á ciertas gentes por el encuentro de un *tuerto* á la salida de la casa propia; funestísimo accidente que por sí solo basta para encerrarles de nuevo entre las paredes del hogar y resistir á todo humano propósito en el término de veinticuatro horas.

Falta consignar todavía que son infinitas las madres de familia que hacen suspender de la faja en que envuelven á sus hijos una bolsita (regalo de la monja amiga ó del sacerdote conocido) donde se encierran algunos textos del Evangelio; costumbre que respondiendo á un sentimiento de religioso respeto, bien digno de estimacion, traducen muchas por preservativo contra *el mal de ojo* y *las brujas*.

Falta todavía exponer la inesplicable fé de atar á los pequeñuelos, durante el período de la denticion, del collar *anodino*, que por misteriosa virtud facilita la salida y evita los dolores.

Falta aun por registrar el orígen de esa tradicional costumbre á que obedece la nodriza que suspende de su cuello, á guisa de milagroso *amuleto*, una *bolita* de cristal cuajado,

como el mas seguro y eficaz preservativo contra la *retirada de la leche.*

Falta aun por conocer á qué tradicion obedece la doncella que esquiva cuanto puede servirse del vaso en que bebió su amante, por no conocer sus secretos.

Y no acabaríamos nunca si hubieran de quedar aquí referidas y detalladas tantas y tantas y tan incalificables sencilleces, por no darles otro nombre, como en el catálogo de las preocupaciones humanas figuran puestas en constante práctica.

Afortunadamente los errores, por su condicion de tales, van desapareciendo uno tras otro, y la luz de la verdad y los irrebatibles argumentos de la razon, llegando dia tras dia hasta las últimas trincheras de la ignorancia, concluirán por dar al traste con la obra de la candidez y los amaños de la explotacion.

Yo seré de los primeros en felicitarme de tal resultado, si en mis dias llegare, aun cuando por él haya de desaparecer de la escena social el *tipo* que sirvió de asunto á estas mal pergeñadas líneas.

EDUARDO SACO.

LA ELEGANTE

I

Dicen que España es el país de los contrasentidos y de las aptitudes desplazadas, y ciertamente me voy convenciendo de esta verdad, al considerar que el hombre mas previsor en política que he encontrado es un sastre, el mas inteligente en tauromaquia un presbítero, y el astrónomo mas notable un celador de alcantarillas.

Pero si aun me faltasen pruebas del susodicho aserto, considerándome y conociéndome á mí mismo (que dicen que es la mas difícil de las ciencias), hallaria una contundente.

Yo, el mas antiestético, el mas antielegante de los nacidos, voy á escribir de una materia, de lo mas abstracto y metafísico que puede ser la materia.

Perdon, pues, amables lectoras: conste que han abusado de mi candor; que he sido catequizado, impulsado é impelido por... no diré por quién... Callo y me sacrifico.

Ahora... ¡Dios sobre todo!

II

En primer lugar, ¿qué es elegancia?

Desconfiando de mi suficiencia para contestar á esta

pregunta, si yo fuera espiritista y *medium*, evocaria un espíritu superior: el de Platon, por ejemplo; pero estoy casi seguro que el elegante filósofo me diria lo siguiente, poco mas ó menos:

Lee un período de Cervantes, un terceto del Dante, una frase de Castelar, un alejandrino de Racine ó una estancia de Tíbulo.

Oye una melodía de Bellini.

Contempla el friso del Partenon, la curvatura del golfo de Nápoles en la playa de la Margelina, la luna bañando á Cádiz en una noche de estío, y... Adiós, tengo prisa, me voy.

Y con estas ó pocas mas palabras, creo ó quiero suponer que *el espíritu escurriria el bulto*, creyendo haberme puesto en materia y alumbrado los oscuros desvanes de mi mente.

¡Sea todo por Dios! Proseguiré solo la ímproba tarea de asir el aire, la luz, la electricidad, la poesía: todo lo impalpable.

Comenzaré por la mujer.

III

Vedla: allí va: es el arquetipo de la belleza del alma, el ideal de los sueños poéticos, *lo desconocido* para muchos, el éxtasis para unos pocos.

Es la flor no clasificada, la *rara avis*, la mujer elegante, en fin.

¡Bah! exclamará tal vez alguna de mis lectoras, la cosa no es para tanto; hay muchas mujeres elegantes.

Poco á poco, señora ó señorita mia, el género no abunda, como V. cree. Será V. bonita, jóven, graciosa; tendrá abono en la ópera, y ¿quién sabe? quizá un cochero inglés.

Leerá V. cinco periódicos de modas y analizará veinticinco figurines cada semana.

Sabrá V. emplear convenientemente los *rulós*.

Casará V. con prismática armonía los colores *rayo de sol*, *agua marina* é *iris*.

Distinguirá V., á la primera ojeada, las mínimas diferencias del tafetan grís del de *color* crepúsculo.

La galantería me manda reconocer en V. estas y otras cualidades.

Y sin embargo, puede V. no ser elegante.

Si pertenece V. á las altas clases sociales, está en inminente peligro de extralimitarse.

Puede V. ser *cocotte* en Francia.

Fasihonable en Inglaterra.

Cursi en España...

¿Cursi? ¡Qué horror!

Sí, señora ó señorita, cursi en toda la terrible acepcion de la palabra; porque no solo es cursi la que va á la parada y usa botas de almacen y guantes de Valladolid.

La riqueza tiene tambien sus escollos.

Cristo dijo: «Es mas difícil que un rico se salve, que el »que un camello pase por el ojo de una aguja.»

Pero yo, como no estoy tan autorizado como el Salvador, me limito á decir:

Es fácil que una mujer rica se pierda en el laberinto de la moda, no obstante el hilo de todas las modistas del mundo.

Porque se necesitan mucho tacto, discrecion y talento para contener la imaginacion sobreescitada en los límites del buen gusto y no caer en las extravagancias de la moda.

La mujer rica y ociosa tiene muchos escollos que evitar, muchas tentaciones que reprimir, por lo mismo que es mas vasta la esfera en que vive; y por la facilidad de satisfacer sus deseos y aspiraciones, se halla en idéntico caso que Góngora, poeta de quien V., señora mia, tal vez ha oido hablar, el cual primero fué elegante, y luego... gongorino.

Creo que debe haber diferencias entre la manifestacion de la elegancia en ambos sexos; pero yo observo tan poco al hombre exterior, que apenas me atrevo á indicarlas: solo me parece que, si la mujer nunca es demasiado femenina, el hombre debe conservarse varonil; porque el que se afemina se envilece. Conozco alguno que hace treinta años usa el traje del mismo corte y de casi idénticos colores, y no obstante oigo decir de él: «¡Qué elegante es fulano!»

Y eslo, en efecto, ¿en qué consiste? ¿En el aire, en el pensamiento noblemente empleado que se asoma al exterior?

No acierto á definirlo.

IV

La mujer verdaderamente elegante puede ser bonita ó fea, pero casi siempre se observarán en ella las señales de su raza privilegiada. La frente alta, las orejas pequeñas, los ojos dulces ó vivos, el cuello y las manos ligeramente prolongadas y el pié graciosamente arqueado como el de *La Leda* de Benvenuto Cellini. Así debieron ser, ó tal debieron verlas en su imaginacion, los poetas y los amantes: Ruht, la linda espigadora; Safo, la poetisa; Beatriz, Victoria Colonna y Julieta. Estas mujeres reales ó imaginadas debieron deslizarse sobre la tierra como un ángel que ha perdido sus alas, pero que aun conserva algo de su orígen ó de su predestinacion celeste, templando la frialdad de la vida desamorada con el fuego de su pensamiento ó de su corazon, haciendo ondular graciosamente sus sencillas vestiduras, y realizando, en fin, esa óptica del amor y de la poesía que se llama elegancia.

Así como el escritor de génio modifica las leyes del idioma, del mismo modo la mujer elegante no acata servilmente las prescripciones de la moda, sino que las inventa y perfecciona. Suben ó bajan el peinado, el talle, la falda; se hincha esta como una vela latina ó se ciñe al cuerpo como un sudario; se cubre de cintas, se riza en infinitos volantes, se envuelve en uno y otro *peplum:* la figura femenina tan pronto se parece á la *columna* como á la *pirámide*, raquetas que, desde tiempo inmemorial, se envian mútuamente el volante de la moda; y la mujer elegante, asida firmemente á la roca de la estética, resiste á esta inundacion de caprichosas estravagancias.

La elegancia no reconoce clases ni gerarquías. Si sois inteligente y penetrais en el gabinete de la verdadera gran señora, en la eleccion y colocacion de los bronces antíguos, de

las ricas porcelanas, de los muebles raros y preciosos, se os revelará la mujer elegante tan claramente como en el modesto ajuar del cuartito de la hija del pueblo: porque la elegancia no es esencia, sino atributo; no es orígen, sino derivacion; no es superficie, sino fondo; ó mejor dicho: es el conjunto de todas estas cosas.

Pero para llegar á esta manifestacion plástica de la elegancia *femenina* (y subrayo la palabra para dar á entender que dejo al hombre aparte) es necesario partir del alma, espíritu ó quisicosa interior.

Un poeta ha dicho:

Bajo una forma muy bella
puede haber mal corazon.

Yo rechazo el concepto en lo que á la mujer atañe. Un estudio constante, hijo de mi aficion al bello sexo, me ha hecho observar, reconocer y sostener lo contrario, y puedo proclamar muy alto esta consoladora verdad:

La mujer elegante de mal corazon es un fenómeno de la naturaleza y de la sociedad.

V

En todas las mujeres elegantes, pertenezcan á unas ú otras clases, se notan casi los mismos gustos é inclinaciones de bondad y belleza, idénticas costumbres, repulsiones ó simpatías; salvas, naturalmente, las exigencias de posicion social.

La mujer *elegante,* rica ó gran señora, es sencilla, afable y bondadosa, como la hija del pueblo *elegante*; y esta, aun sin educacion y rodeada por lo comun de séres toscos y vulgares, presiente todas las filigranas de la amabilidad y del traje, peculiares á aquella.

A ambas les repugnan los postizos, los cosméticos y los perfumes penetrantes.

Ambas llevan la cintura y los piés holgados.

Como saben que la limpieza es base de toda elegancia,

tienen siempre las manos esmeradamente cuidadas, porque *tal mano, tal mujer.*

Verdad es que poseen exclusivos privilegios de raza. Por ejemplo: una mujer elegante tiene el don especial de vestirse sin arrugar el traje ni ajar la ropa blanca, y de atravesar por sitios súcios ó enlodados sin mancharse la falda ni el calzado.

Todo esto sin cuidado ni esfuerzo, y merced solo á una difícil facilidad que ni en elegancia ni en poesía se pueden definir.

Aun cuando la mujer elegante paga tributo á la coquetería, como cada hija de Eva, su deseo de agradar es mas limitado, mas íntimo, menos osténtoso que en las demás mujeres. Casi ama mas la elegancia ajena que la propia, pues esta en ella es un gozo y una satisfaccion personal é instintiva, como en el armiño la repulsion á manchar su nívea blancura.

Segun mi modo de pensar, la mujer, especialmente la mujer española, no ha comprendido su mision mas que á medias. De soltera procura realzar sus gracias, sus cualidades, ocultando los defectos: todo esto á fin de agradar y fijar la eleccion de un hombre que ha de ser su compañero en la vida; halla este compañero, y en agradecimiento á esta preferencia se despoja, por falta de cuidado, de sus atractivos, y solo pone en relieve los defectos. Busca la felicidad en el matrimonio, que aunque participa de sacrificio, está basado en el amor, y cuando la alcanza, se despoja de ella á sí propia.

Es como si un ángel se cortara las alas, ó como si un avaro, despues de descubrir un tesoro, le arrojase al mar.

La mujer elegante se aparta casi siempre de tan mal camino, y si se casa procura ser á un mismo tiempo novia y mujer de su marido, cultivando sus cualidades y cuidando de su persona con el mismo esmero que de soltera.

VI

Desgraciadamente la elegancia es una especie de *masonería*, en cuyos altos secretos hay muy pocos iniciados. Las mujeres elegantes se reconocen entre sí, y son conocidas por muy pocos hombres de quienes no les separen uno ú otro obstáculo. Si son ricas, en esa conjuncion de dos estrellas que se llama matrimonio tienen que someterse á las exigencias de clase; si son pobres, no pueden subir; de suerte que, por no quedarse flotando en el vacío del alma, ahogan sus aspiraciones y se unen á un hombre que no es su compañero en el corazon.

Por fortuna, para *ellos*, no para *ellas*, partiendo del principio de que la mujer elegante es buena y discreta, suele ser buena esposa y buena madre de familia, ocultando entre la ceniza del hogar doméstico la chispa de idealidad nunca extinguida en el fondo de su alma.

Tambien á veces la mujer elegante se entrega á las ascéticas voluptuosidades de la devocion, buscando al pié de los altares ó en la soledad del cláustro la aspiracion no realizada en el mundo.

VII

¡Oh, mujer... mas aun: mujer elegante, es decir, perfeccion de la mujer, síntesis de lo bueno y de lo bello, miel sobre hojuelas, copa cincelada, guardadora de un generoso espíritu, frágil maravilla de gracia, hermoso pretesto para que inmigre á la tierra un alma hermosa, perdona si he osado hablar de tí con pobre lengua y estilo chabacano! Un poeta oriental dice que Dios habia hecho blanca la rosa, pero que habiéndola mirado Adan en el momento de entreabrirse, tuvo vergüenza y se puso rosada. Pues bien: yo por lo desnudo me parezco á Adan, y tú indudablemente á la rosa; pero ¡ah! si te sonrojas, que no sea de indignacion contra este tu humilde adorador desde lejos,

F. MORENO GODINO.

LA SUEGRA

—¡Vírgen Santísima! ¡mi marido se muere! ¡Doctor, por piedad, sálvelo V.! ¡sálvelo V., Dios mio! si él falta, ¿qué va á ser de mí?

—Señora, la ciencia ha terminado su mision. He apurado cuantos recursos son posibles en casos tan críticos como este; pero solo la voluntad de Dios puede obrar el milagro.

Las anteriores palabras se cruzan entre una bella jóven y un feo médico en el interior de un aristocrático gabinete, amueblado con sencilla y suprema elegancia.

El doctor, tieso como un cirio pascual, con la mirada pudibunda, el sombrero en la mano y el traje correctamente negro, como el heraldo de la muerte, permanece impasible frente por frente de la enamorada paloma que, recostada en una duquesita, con el rostro sepultado en las manos, recorre toda la escala de los sollozos y toda la metamórfosis de las lágrimas.

—¿Pero no tiene remedio? balbucea al fin, desprendiendo de sus velados ojos una de esas miradas que parecen salir del fondo de un relámpago.

—En mi humilde entender, no. Sin embargo, bueno será, como último recurso, que cite V. una junta de médicos todo lo antes posible.

—¡Oh! sí, sí, al momento, dice Isabel agitando convulsivamente el cordon de la campanilla.

Un criado se presenta.

—¿Qué manda la señora?

—Toma un coche, dos, tres, los que se necesiten, y vé en busca de los señores cuyos nombres y señas llevas en este papel. No vuelvas sin ellos. ¡Dios mio, qué desgracia! ¿Es la hora de que le dé la medicina?

—Sí señora. Una cucharada, despues de revolver el agua del vaso.

Isabel entra precipitadamente en la habitacion del enfermo. Este se halla como el que ha sido dejado por las manos de Dios en las manos de un mal médico, y por añadidura homeópata: sin cura.

Una señora anciana que está sentada á la cabecera del moribundo, dice para sus adentros cuando vé á Isabel derramar en las fauces del marido aquella agua clarificada:

—Lo que es á mí no me han de matar con enjuagatorios.

Isabel, despues de cubrir con un papel blanco la boca del vaso para que no se evapore la diluicion de los glóbulos, vuelve su vista hácia la anciana, la cual, con el egoismo de los años, se encoje de hombros.

Lo que equivale á decir sencillamente:

—Lo mismo me da que se muera ó no.

Queda reconocida la suegra en este lacónico indiferentismo de caridad evangélica.

Isabel rompe á llorar.

—Vaya, hija mia, dice la madre sacándola por la mano de la habitacion; es preciso acostumbrarse á todo. Si Dios lo dispone así, no es posible atentar á sus designios. Que llores, es muy justo, pero no que te desesperes. ¡Pobre Luis! ¿Crees que yo no deploro esta desgracia? Tan bueno, tan amable, tan complaciente... Y á propósito, lo suyo no tiene remedio, como ves; horas mas, horas menos, todo está terminado al parecer. Pero por lo mismo es necesario que pienses algo en tí... en tu porvenir. Eres jóven... bella... el mundo está lleno

de seducciones; mañana puedo faltarte, ¿y qué seria de tí, sola y abandonada á tus propias fuerzas? No, hija mia, Dios nos manda no abandonarnos, porque él no nos abandona. Creo, pues, que es hora de secundar el pensamiento de tu marido.

—¡Oh! siendo su voluntad, haré cuanto desee.

—Pues bien, se trata de una cosa muy natural, de su testamento.

—¿Testamento?

—Claro es que sí. Me lo dijo terminantemente hace dos horas, y por satisfacer su deseo envié á buscar un escribano.

—¿Pero á mí qué me importa todo si lo pierdo á él?

—Todo eso es muy bueno y muy santo; pero, hija mia, los muertos no comen y los vivos sí. ¿Te parece prudente que le deje sus bienes al aguador ó al portero? Si cuando uno se muere se los pudiera llevar, pase; pero teniendo que dejarlos, es preferible que los disfrute un estómago agradecido que no un extraño. ¡Dios mio, yo daria lo que me resta de vida por poder salvar la suya!

—¡Madre mia! dice Isabel cayendo en los brazos de la lógica suegra.

Entre tanto en el gabinete contíguo se hallan sentadas dos damas hablando cautelosamente para no interrumpir la lúgubre soledad del moribundo.

Son dos amigas de la casa un poco entradas en años y por lo tanto envidiosas.

—¿Has oido lo que ha dicho esa buena señora á su hija?

—No, me hallaba distraida.

—Pues ¡asómbrate! le ha dicho que daria gustosa lo que le resta de vida por salvar la de su yerno.

—Se habrá equivocado. Querria decir que daria gustosa lo que le resta de vida por ver terminada la de su yerno.

—A lo menos ya lo ha desahuciado echando al médico y llamando al escribano.

—¡Desahuciar! No parece sino que ese pobre hombre ha dejado de estar desahuciado desde el momento en que se casó.

—¿Tan desgraciado ha sido?

—Tanto, que estoy segura de que se muere contento por no ver á su suegra.

—Y sin embargo, ella lo cuida y no se separa de la cabecera de la cama.

—¿Sí, eh? Pues mira, es para tener el gusto de convencerse de que se ha muerto.

—¡Hija, qué corazon!

—Ella sabe bien que su cara es para su yerno una gota de cicuta aplicada á su lengua. La suegra lo sabe tambien; y por un cálculo á lo Locusta, que, como sabes, era una célebre envenenadora, ha hecho el siguiente raciocinio:

—Si para acabar con un sér humano se necesitan treinta gotas de cicuta, y mi cara es para mi yerno una gota, presentándosela treinta veces acabará por dejar este mundo, dejar sus bienes á mi hija y dejarme en paz, que son tres patrimonios impagables. Y hé aquí por qué entra y por qué sale hasta salirse con la suya.

—¿Y por qué ese odio?

—Por una razon muy lógica; porque ha hecho feliz á su hija.

—¿Lo crees así?

—Los trato desde que se casaron. Su casa era un paraiso, y ellos, solos y felices como Adan y Eva, disfrutaban de toda la paz evangélica de los bienaventurados; pero un buen dia, la suegra, es decir, la serpiente, cae de improviso en aquel eden, se enrosca al árbol de la felicidad del matrimonio, silba al oido del yerno, envenena el corazon de la hija, y el ángel de los celos, de la discordia y de la perturbacion entra en la casa á garrotazo limpio, destruye las ilusiones del uno, las esperanzas de la otra, el bienestar de los dos, y el diablo... se encargó de hacer lo demás.

—Ese diablo, ¿fué algun pecador con sombrero de copa?

—Hija, tanto como eso no te podré decir: solo sé que la niña iba á baños acompañada de su madre... y de un primo en noveno grado.

—Pero la madre...

—Vive pegada como un molusco al dinero de su yerno.

Dicen que tenia un carácter angelical con su marido; pero que no bien se murió este y la hija se casó...

Pasos acompasados y cautelosos interrumpen la conversacion.

Una de las damas entreabre la puerta de la habitacion del enfermo y sepulta sus ojos en la oscuridad.

—¿Quién es? dice la otra.

—El escribano que sale de terminar el testamento.

—Ahora sí que es hombre al agua.

—¿Quién, el escribano?

—No, el enfermo.

—Escucha, escucha.

—¡Ay, Dios mio! ¿Si se habrá muerto?

—¿Por qué lo supones?

—¿No oyes pasos de varias personas que se acercan? Sin duda son los enterradores.

—¡Jesús, hija, qué lúgubre estás! ¿Qué pito tocan aquí esas gentes?

—¿Pues quiénes son esos hombres?

—Son... los médicos.

—¡Ah! así morirá tranquilo.

Los médicos entran en la cámara mortuoria acompañados de la suegra. El enfermo abre los ojos, alza la cabeza, los mira, vé á su suegra... y se vuelve tranquilamente del otro lado.

Uno de los médicos al ver este movimiento dice:

—Se ha salvado.

La suegra al oir este augurio fatídico para ella exclama:

—Al fin Dios ha escuchado mis plegarias. ¡Hijo de mi corazon, si los buenos no deben morir nunca!

Y oyendo esto, dice una de las damas para sus adentros:

—Siendo eso así, no sé cómo has nacido.

—¿Conque se ha salvado? repite la suegra acercándose al lecho.

—Ha hecho crísis la enfermedad. Lo repito, señores, dice mirando á sus compañeros; ese hombre está vivo.

—¡Si está muerto! interrumpe la suegra.

—Es natural, dice una de las envidiosas al oido de la otra. ¡Médicos y suegra! La pócima bastaba para reventar á un toro, cuanto mas á un hombre.

Anunciada la fatal nueva, el escribano anuncia que se va á abrir el testamento.

La suegra hace retumbar la casa con sus quejidos y lamentos. Sus ojos parecen dos mangas de riego. Los circunstantes se hallan como asombrados con lo que ven. ¡Llorar una suegra es el gran milagro hecho por Dios!

El escribano empieza la lectura. Los sollozos de la suegra apenas le dejan leer.

—Item, es mi voluntad que todos mis bienes pasen á poder de mi hermano, el cual obrará con arreglo á las instrucciones del codicilo.

La suegra se queda como quien vé á un acreedor: estática.

—¡Cuando digo que era un pillo!... exclama en el colmo de la indignacion.

Y con la nariz hecha un granate y los lábios hechos espuma, entra donde se hallan las dos damas.

—¡Conque ha muerto! esclama una de ellas toda compungida.

—Era natural, responde la suegra. ¡Si estaba podrido!

—Pues no lo parecia.

—Calle V., señora; si en cataplasmas para los bubones, en magnesia para el estómago y en enjuagatorios para la garganta, hemos gastado un capital.

—¡Ah! cuando se tiene para gastar...

—Sí, buen tole tole le dió al dinero. Vds. saben que mi fuerte es la economía. Pues bien, todo era inútil con él. Era capaz de gastarse la figura. No sé qué demonios hacia con el dinero. Y luego aquel carácter... vivíamos materialmente sacrificadas. Yo les aseguro á Vds. que si vive estaba dispuesta á separarme de él, porque de lo contrario era esponerme á reventar de un berrinche. ¡Jesús, qué hombre! Bien se lo decia á Isabel antes de que se casara:

—Hija, el matrimonio es un saco, en cuyo fondo hay cien

culebras y una anguila: la cuestion está en meter la mano y en sacar la anguila.

—La he sacado, replicaba mi hija. Y bien lo ha visto despues: no anguila, sino serpiente, y de cascabel, fué lo que sacó.

En esto entra en la estancia un caballero.

La vieja se queda como la mujer de Loth, al ver aquella cara.

—Señora, dice el caballero despues de saludar; estoy encargado de la última voluntad de mi hermano, que es esta. Y diciendo y haciendo, le entrega un papel.

La suegra lee lo que sigue:

—Todos mis bienes le serán entregados á mi mujer.

—¡Oh, Dios mio! no los bienes, sino á él, es al que nosotras querríamos. ¡Es una desgracia espantosa!

Y rompe á llorar.

Una de las damas le dice á la otra:

—Llora por el miedo de que resucite.

—Como antes lloraba por el miedo de que no se muriese, replica la otra.

—Es la única vez que ha tenido sentido comun mi yerno, murmura la suegra.

—Es la primera vez que ha dado pruebas de mentecato mi hermano, dice el caballero.

—Me he muerto á tiempo, replica el difunto desde la eternidad.

¿Y la esposa? Inconsolable.

Y así pasa un año. La hija ha llorado dos meses y ha dejado de llorar otros dos.

Al quinto mes le dice la madre:

—Isabel, los médicos te aconsejan los baños. Vamos á tomarlos á San Sebastian.

—¡Jamás! replica la hija. Mi dolor ahuyenta de mi alma el ruido y las distracciones: iremos á otra parte mas solitaria.

—Sea, dice la madre.

Y un coche de primera clase las conduce á Bilbao, y de

allí una diligencia las deja en un oculto pueblo de la costa de Cantábria.

Como no tienen privilegio exclusivo ni de Dios, ni del diablo, ni del gobierno para estar melancólicas, hé aquí que á los pocos dias se encuentran en la playa con un mortal que, envuelto en una sábana como una tortuga en su concha, entra en el agua al propio tiempo que ellas.

Señoras y señoritas, lo que hay que ver en este mundo es una playa en la hora del baño, cuando los bañistas salen de sus nidos para zambullirse en el agua.

Comprendo el divorcio desde el momento en que los ojos pueden fijarse en una mujer saliendo á la luz del sol desde el fondo de la garita para dirigirse al agua. Pantalon hasta media pierna, pié descalzo ó con zapato de goma, gorra de hule en forma de boina, y chaqueta ceñida á la cintura por un cinturon. Las formas protuberantes y prominentes de la estatuaria femenina adquieren una desproporcion tan exagerada, que no acierta un mortal á comprender cómo aquella especie de molusco puede, dos horas despues, inspirar pasiones desastrosas y arrebatos febriles solo por la variacion de traje.

Pero sucede, y con esto basta.

El bañista masculino, al ver aquella rubia cabeza sostenida sobre la superficie del agua como una flor dentro de un búcaro, dice zambulléndose como una sardina:

—Es un pez que se debe pescar en seco.

Y la viuda, que maquinalmente se fija en él, responde á un pensamiento que la acaricia:

—No caeré en ninguna red.

Y la suegra, que está haciendo calceta sentada en la orilla sobre la arena, añade contemplándolos dentro del agua:

—Son dos corazones en remojo.

Y el diablo, que está detrás de la suegra, le sopla al oido esta frase:

—Tú los escabecharás.

Aquella noche, los pocos bañistas que hay y los muchos que han llegado deciden divertirse.

Al efecto se anuncia un baile.

Puestos de acuerdo todos para no faltar, dan principio á la fiesta con el indispensable wals, que es lo que mas une dos cuerpos, dos cinturas y dos cabezas.

El bañista en cuestion invita á bailar en seco al pez que ha olfateado en el agua.

Una jóven madrileña se sienta al piano y preludia el magnífico wals de Ardite.

La pareja se lanza como un torbellino por el salon, seguida de otras.

Isabel baila; ¿y el difunto?

El difunto llama á la tumba vecina, sirviéndose de un hueso como llamador.

—¿Quién? murmura una voz hueca y sorda:

—Vecino, hace ocho meses que dejé una viuda en el mundo, la cual á estas horas está bailando: ¿qué dice V. á eso?

—¿Que qué digo?

—Sí señor, porque me interesa.

—Pues oiga V. lo que digo:

Mujeres que estais bailando,
al infierno vais saltando.

—Vecino, ¿es V. el Sr. Claret?

—El mismo.

—Pues buenas noches.

—¿Cómo me ha conocido V.?

—Por sus versos. Además, como profetiza V. que las mujeres que bailan se van al infierno saltando, y mi suegra no baila, que es la que me conviene que se vaya de cabeza, repito á V. las buenas noches.

Y volviéndose del otro lado exclama:

—¡Cuando digo que me he muerto á tiempo!

¿Por qué baila Isabel?

Por una razon sencillísima. Cuando se habló de baile, se resistió valientemente á concurrir.

Pero como allí estaba su madre para torcerle las intenciones, le dijo:

—Hija, la viudez tiene sus límites y la sociedad sus exigencias. Porque llores y te desesperes no ha de resucitar tu marido. Así, pues, es preciso que te resignes con las conveniencias del mundo y que empieces á darte un poco á luz. Eres sensata, y creo que mis consejos son los de una buena madre.

El diablo, que oye este diálogo, da un brinco por la ventana y se lanza por el espacio exclamando:

—Esta vieja va á acabar por pervertirme.

Bailando con Isabel el pescador en seco, le deja caer sobre la cabeza esta bomba:

—Despues de Dios, V.

La suegra, en tanto, hace á una señora que está sentada á su lado esta pregunta:

—¿Conoce V. á aquel caballero?

—Bastante, replica la señora.

—¿Quién es?

—Un título de Castilla, rico y no mal mozo.

—Cuéntate en mi casa, piensa la suegra.

—Cuéntate con los difuntos, piensa la señora.

Y es que la suegra calcula en casarlo con su hija, y la señora, que hace años conoce á la suegra y adivina su intencion, raciocina acertadamente. Quince dias despues Isabel sonrie, toca un poco el piano, se viste con esmero, se pone pelo postizo, y se da unas pasadas de mano de gato por la cara. El título de Castilla está enamorado de la hija y encantado de la suegra. La amabilidad de esta es seductora.

—¡Título y rico! dice á su hija. Es el colmo de la felicidad.

En esto regresan á Madrid. Las visitas menudean, los meses se pasan, los duelos se evaporan, y...

En la iglesia de San Luis se verifica el entierro de un vivo á los doce meses, ocho dias y quince horas de haberse enterrado á un muerto.

Isabel entra en el gremio de la grandeza de España. Se ha casado.

Los veinte primeros dias de matrimonio todo va á pedir de boca.

Pero llega el dia último del mes, y la suegra, viendo que su yerno no le entrega los dineros para los gastos de la casa, le dice:

—Federico, hoy es el último dia del mes, y por lo tanto hay que pagar: da, pues, la órden á tu administrador para que me entregue los fondos necesarios.

—Querida mamá, replica el noble, aquí no hay mas administrador que yo, y en cuanto á lo demás, viva V. tranquila, pues todo está pagado.

—¡Cómo! ¿Tú te ocupas de esas pequeñeces, que son exclusivo derecho de las mujeres?

—¿Y por qué no? El ojo del amo engorda al caballo.

—Aquí no se trata de ojos ni de cuadrúpedos; se trata de que tengas dignidad para no rebajarte á esas fruslerías. Mi hija posee bienes...

—Que ha puesto en mis manos para que se los administre con los mios.

—Pero esto es horrible.

—Es lógico, señora.

—Es el despilfarro.

—Al contrario, es la economía.

—Es decir, que se propone V. tomar la cuenta del aceite, de los garbanzos, de...

—De todo, señora. Es la manera de cursar con provecho las matemáticas.

—Creí que mi hija se habia casado con un caballero y no con un mercachifle.

—Señora...

—Señor...

Y la suegra concluye por asegurar que si su difunto esposo viviera le ajustaria las cuentas, y por jurar que se irá de la casa antes que someterse á aquella odiosa coaccion.

Pero como va en coche y engorda sobre las costillas del yerno, la cosa pasa por entonces hasta nueva ocasion. Pero eso no impide que le diga á su hija:

—¿Es natural que tu marido nos prive de lo necesario, cuando necesita atender á lo supérfluo?

—Es un hombre de órden, replica la hija.

—Ya lo creo, como que es progresista.

—La opinion política no hace al caso.

—Pero sí hace mi opinion sobre la querida que mantiene.

—¿Querida?

—¿Tienes cataratas hija mia? Si no ves, es porque te ha dado adormideras para que te se cierren los ojos.

—Pero ¿qué está V. diciendo?

—Lo que solo tú ignoras. Pero ante todas las cosas soy tu madre, y no es justo que vivas engañada por un perdido. Ponte la mantilla y pronto te convencerás de lo cierto.

La hija se deja arrastrar por la madre como un autómata.

Es de noche. Atraviesan algunas calles y se sitúan en la sombra proyectada por una portería sin luz.

Diez minutos hace que esperan, cuando ven salir de la casa de enfrente al marido dando el brazo á una elegante jóven vestida de negro. Un lacayo abre la portezuela de una berlina, en la que se acomoda la pareja, y un minuto despues los caballos toman el trote.

Isabel está á punto de desmayarse. Una vez en su habitacion, se encierra en ella sin querer recibir á su marido. Al siguiente dia se arma en la casa el juicio final. Gritos, sollozos, súplicas, convulsiones, y por último la palabra «divorcio,» cae sobre las cabezas como pedrisco en otoño.

No hay medio de entenderse; no hay paciencia para oir, ni tranquilidad para raciocinar, ni se puede atender á nada. A las primeras palabras del uno sigue una série de exclamaciones de la otra; cuando él quiere dar un consejo, ella necesita á toda prisa un anti-histérico; el pañuelo de la dama ya está todo empapado en lágrimas; ella dirige entrecortadas exclamaciones al cielo, y él quisiera disponer de los tormentos del infierno.

¡Qué escena! Escena terrible, inolvidable. Y ¿por causa de quién? ¿De quién?

Al fin el marido se hace escuchar de su mujer unas horas despues, y resulta que la dama en cuestion era... la hermana del noble que estaba de tertulia en la casa.

Derrotada la suegra, toma las de villadiego.

Y el diablo, al verla marchar, dice rascándose la oreja con la punta de la cola:

—Estas van á desalojarnos el infierno.

—¿Y por qué? le dice otro.

—Porque haciendo que los hombres se condenen en el mundo, Dios se los lleva luego al cielo con redencion de sus culpas.

¡Estas son las suegras!

S. DE MOBELLAN DE CASAFIEL.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

FIN DEL ÍNDICE.

